Guzmán Carriquiry Lecour

Realidad y perspectivas del laicado católico en nuestro tiempo

Centro Cultural Católico "Fe y Razón"
Montevideo – 2010
Primera edición
Colección "Fe y Razón" – Nº 4

Introducción

El autor de este libro, Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour, se ha definido en alguna oportunidad como "uruguayo, rioplatense, mercosureño, sudamericano, latinoamericano, que, por sorprendentes y desproporcionados designios de la Providencia de Dios, trabaja desde hace más de 35 años en la Santa Sede".

Su lugar de trabajo, desde que muy joven dejó su país natal, el Uruguay, hasta la actualidad, ha sido el Consejo Pontificio para los Laicos, uno de los nuevos organismos creados en el gobierno central de la Iglesia católica a solicitud de los Obispos del mundo entero que participaron en el Concilio Ecuménico Vaticano II. Incluso fue el primer laico católico (no eclesiástico) en ser nombrado, por parte del papa Pablo VI, Jefe de Departamento ("*capo ufficio*") en un dicasterio de la Santa Sede, y también el primer laico católico a quien otro pontífice, Juan Pablo II, confió la alta responsabilidad de Sub-Secretario del mismo organismo (designación después confirmada por el mismo papa y por su sucesor, Benedicto XVI).

El Dr. Guzmán Carriquiry Lecour ha estado, pues, en las mejores condiciones para apreciar, acompañar y servir, desde ese mirador universal que es el centro de la catolicidad, la gran corriente histórica de "promoción del laicado" que el Concilio Vaticano II recogió, profundizó en sus fundamentos y relanzó con renovadas luces e ímpetus en las décadas subsiguientes.

Al hablar del laicado católico –nos dice el Prof. Carriquiry– nos estamos refiriendo a más del 99% del pueblo de bautizados en la Iglesia católica –que alcanza casi a los 1.100 millones de personas de todas las naciones y continentes–, en diversos círculos concéntricos de pertenencia y adhesión a la Iglesia. Si, por una parte, ese pueblo de bautizados ha sufrido fuertes influjos de descristianización, por otra parte, muchos de sus componentes han ido dejando atrás cierta condición de minoridad y pasividad de los fieles laicos –que fue característica de una Iglesia de fuertes acentos clericales en tiempos pos-tridentinos tardíos–, ahora muy conscientes de su dignidad cristiana, de su plena pertenencia a la comunión eclesial, de su responsabilidad de testimonio y anuncio del Evangelio y de servicio de la caridad en todos los ambientes de la convivencia social y en las más diversas culturas y situaciones.

Los diversos artículos del Dr. Carriquiry recogidos en este volumen nos introducen en un cuadro panorámico de las realidades, corrientes,

exigencias y desafíos que emergen en la vida del laicado católico de nuestro tiempo.

El Centro Cultural Católico “Fe y Razón” se siente muy honrado y se complace en promover la edición de este libro y de contar en su catálogo de publicaciones con la obra de este prestigioso autor. Es un servicio que se ofrece a todos los que se interesan por conocer más cabalmente la vida de la Iglesia católica –más allá de impresiones episódicas, fragmentarias, y de diafragmas ideológicos deformantes– y a todos los que se sienten implicados como discípulos y testigos de Jesucristo en la vida matrimonial y familiar, en los ámbitos de la educación y la cultura, en los medios de comunicación social, en la economía y la política, como ámbitos de santificación y de construcción de formas de vida más humanas.

1. Los fieles laicos en la vida de la Iglesia: identidad, exigencias y desafíos

Principal marco de referencia actual

La Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles Laici* (1988) –documento del Magisterio pontificio que recoge una vasta riqueza de reflexiones y aportes suscitados en el camino de preparación y, sobre todo, durante la realización colegial de la VIII Asamblea General del Sínodo de Obispos– constituye, sin duda, el principal marco de referencia actual en lo concerniente a la vocación y dignidad de los fieles laicos, a su comunión y participación en la misión de la Iglesia Católica.

La validez, interés y repercusión de este documento proceden del haber sabido conjugar simultáneamente tres importantes objetivos. En primer lugar, se puede encontrar en él una recapitulación orgánica de las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre los laicos, desde una mirada retrospectiva, sintética, iluminada por el sucesivo Magisterio y praxis de la Iglesia. En segundo lugar, la *Christifideles Laici* incluye un necesario y delicado discernimiento de muy diversas experiencias, corrientes y planteamientos de participación de los laicos durante una primera fase pos-conciliar tan fecunda como tumultuosa, de experimentación, de prueba, de crisis. Y a la vez, afronta y discierne la novedad de movimientos y cuestiones que cobraron cuerpo después del Concilio y gracias al evento conciliar. En tercer lugar, en fin, la Exhortación post sinodal propone renovadas orientaciones para "*suscitar y alimentar una más decidida toma de conciencia del don y de la responsabilidad, que todos los fieles (...) tienen en la comunión y misión de la Iglesia en «esta magnífica y dramática hora de la historia, ante la llegada inminente del tercer milenio*»"[1].

Estos tres objetivos parecían ya imponerse en el tema escogido de aquella Asamblea sinodal, que hacía referencia a la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo desde la perspectiva dada por: «*A 20 años del Concilio Vaticano II*». «*Si alguna cosa pido al laicado de Roma y del mundo* –decía Juan Pablo II, a inicios de su pontificado, en la primera alocución dirigida expresamente a los laicos– *es que tengan siempre presente estos espléndidos documentos* (conciliares) *de la enseñanza de la Iglesia contemporánea. Ellos definen el sentido más profundo de su ser cristiano. Estos documentos merecen mucho más que ser simplemente estudiados y meditados; si no se busca en ellos el*

apoyo, es casi imposible comprender y realizar nuestra vocación y, especialmente, la vocación de los laicos»[2]. Y en su primera Encíclica, programática, *Redemptor Hominis,* el Santo Padre se había propuesto «*promover con acción prudente y a la vez estimulante, la más exacta ejecución de las normas y de las orientaciones del Concilio, favoreciendo sobre todo la adquisición de una adecuada mentalidad en el sentido del movimiento y de la vida*»[3]. Pero si «*las orientaciones del Concilio deben ser estudiadas, meditadas, releídas y actuadas*», siguiendo fielmente los contenidos de los específicos documentos, el Papa indicaba también –hablando a la Asamblea general del Episcopado italiano, en marzo de 1982– una «clave sinodal» que ofrece luces para su ulterior consideración y desarrollo.[4] La VIII Asamblea general del Sínodo de Obispos y la Exhortación *Christifideles Laici* han sido un hito fundamental en el camino y clave sinodales de realización de las enseñanzas conciliares.

La corriente de promoción del laicado

«*Vosotros sabéis bien cómo el Concilio Vaticano II* –recordaba Juan Pablo II en su primer viaje apostólico, en México[5]– *recogió esa gran corriente histórica de promoción del laicado, profundizándola en sus fundamentos teológicos, integrándola e iluminándola cabalmente en la eclesiología de la* Lumen Gentium*, convocando e impulsando la activa participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia*». Sabemos que esa corriente histórica de promoción de los laicos –uno de los hechos más importantes del siglo XX eclesial– fue generada y contó con impulsos sucesivos en el proceso de una maduración progresiva de una más profunda autoconciencia del ser y la misión de la Iglesia en nuestro tiempo. De esa preparación remota y próxima del Concilio Vaticano II, que hunde sus raíces históricas en la segunda mitad del siglo pasado, se cuenta ya con numerosas investigaciones y estudios. Nuevas exigencias y modalidades de participación de los fieles laicos se promueven entonces, en Europa, ante la progresiva disgregación de las cristiandades rurales tradicionales, ante la ruptura entre el «trono» y el «altar» y las hostilidades y persecuciones promovidas contra la Iglesia por las nuevas dirigencias políticas e intelectuales secularizantes, ante las profundas repercusiones sociales y culturales provocadas por la extensión del proceso de la «revolución industrial», emergiendo nuevas sociedades en proceso de creciente descristianización. Los renovados estudios bíblicos y patrísticos hacia

fines de siglo, el camino emprendido de renovación eclesiológica, nuevos carismas y comunidades misioneras *ad gentes*, el resurgimiento del asociacionismo católico, las corrientes y experiencias del «catolicismo social», entre otros, fueron abriendo cauces y dando consistencia a ese protagonismo de los fieles laicos.

Hubo que esperar al Concilio Vaticano II para que la Iglesia Católica en su conjunto pretendiese «*poner el mundo moderno en contacto con las energías vivificantes del Evangelio*»[6]. En efecto, en el Vaticano II, con una renovada autoconciencia, la Iglesia reconocía en sí la participación de todo el Pueblo de Dios en el don sacerdotal de Cristo, implantando el sacramento del orden –jerárquico y ministerial a la vez– en el contexto universal del sacerdocio de los fieles. Se habló entonces de «revolución copernicana». Al mismo tiempo, esa misma autoconciencia daba nuevas perspectivas a la misión, replanteando la presencia y el servicio de la Iglesia en el mundo, ya no replegada sobre sí, sino «derribados los bastiones», andando «*ad gentes*», solidaria con «*los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren*» (...), bien consciente que la «*espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana*»[7].

No en vano el Concilio Vaticano II representaba «*el fundamento y el comienzo de una gigantesca obra de evangelización del mundo moderno, que ha llegado a una nueva encrucijada de la historia de la humanidad en la que esperan a la Iglesia tareas de una gravedad y amplitud inmensas*»[8]. Se trataba de «volver a las fuentes» para reproponer la radicalidad y fascinación de la Presencia de Jesucristo en medio de los hombres por medio de una renovada autoconciencia y autorrealización de la Iglesia, rejuvenecida desde la santidad, en su misterio de comunión y en su impulso misionero, *ad gentes*, hacia todos aquellos que no creen o no viven más la fe recibida con el Bautismo, alcanzando y convirtiendo con la potencia del Evangelio de Cristo la conciencia personal y también colectiva del los hombres, las actividades en las que están comprometidos, su propia vida y sus ambientes de convivencia. Ningún bautizado podía quedar ajeno y ocioso ante esa ineludible responsabilidad, con la conciencia «*que las circunstancias actuales piden un apostolado seglar mucho más intenso y amplio*»[9].

De allí la autoconciencia conciliar respecto de los fieles laicos, que Juan Pablo II sintetizara luminosamente conmemorando el vigésimo

aniversario del Decreto *Apostolicam Actuositatem*, destacando ese «*pleno reconocimiento de la dignidad y responsabilidad de los laicos, en cuanto "*christifideles*", en cuanto incorporados a Cristo, o sea en cuanto miembros vivos de su Cuerpo, participantes de este misterio de comunión en virtud del sacramento del bautismo y la confirmación y del consiguiente sacerdocio común y universal de todos los cristianos (...), llamados a vivir, a testimoniar y compartir la potencia de la Redención de Cristo –clave y plenitud de sentido para la existencia humana– en el seno de todas las comunidades eclesiales y en todos los espacios de la convivencia humana: en la familia, en el trabajo, en la nación, en el orden internacional*»[10]. Esa «dignidad», «corresponsabilidad» y «participación» de los fieles laicos, a la luz de las inseparables dimensiones de misterio, comunión y misión de la Iglesia, se retoman y conforman, ahondan y desarrollan en la Exhortación postsinodal *Christifideles Laici*.

Vocación y dignidad de los *christifideles*

La preocupación por estimular la participación de los laicos en la vida y misión eclesiales se ha expresado con mucha frecuencia, en tiempo del pos-concilio, más en el orden del «hacer» que en referencia al «ser». Para demostrar tal participación se enumeran, pues, las distintas responsabilidades que los laicos asumen, se pone de relieve su presencia en múltiples actividades, se destacan sus poderes y funciones. La visión tendió a concentrarse así, desde un punto de vista «militante», activista, en los llamados «laicos comprometidos», sobre todo aquellos que descuellan en la acción pastoral, en la militancia social, en los movimientos apostólicos. En gran medida es lógico que así sucediese, pues la renovación suscitada por el Concilio Vaticano II, desde el punto de vista social, afectó primero al estamento sacerdotal y religioso y al laicado militante, que son el núcleo de las elites más comprometidas en la Iglesia, las más sensibles y conformadas sobre el acontecimiento conciliar, en las que se localizaron primero los entusiasmos renovados, las energías, las oposiciones, los conflictos, las experimentaciones de los inmediatos tiempos pos-conciliares. Pero desde tal ángulo visual, considerado en extensión, quedan en la penumbra las grandes mayorías laicales que componen el Pueblo de Dios, cuando no despreciadas sus formas tradicionales de participación y de religiosidad católicas, consideradas como condenadas a ser barridas por el proceso de descristianización. Por otra parte, no sólo en razón de su extensión sino sobre

todo de su profundidad, resulta fundamental partir siempre, no tanto de actividades y funciones, sino de la vocación y dignidad que deben presidir y animar toda la vida de los fieles laicos.

Hoy puede considerarse superada aquella condición de minoridad en la que quedaban recluidos los fieles laicos, como si se tratase, por una parte, de una *capitis diminutio* en relación al clero, masivos destinatarios y clientes de la acción pastoral, apenas una fuerza auxiliar; así como, por otra parte, en relación a los religiosos, como cristianos de segunda clase tolerados en sus conmixtiones y debilidades «mundanas». De allí que predominase meramente su descripción «negativa», en cuanto no pertenecientes ni al orden ni al estado religioso y que los fieles más practicantes y devotos tendieran a asemejarse, como ideal, sea a los curas, sea a los religiosos.

La «teología del laicado», que tuvo auge durante las décadas del '40, del '50 y del '60, con no pocos influjos en la elaboración de textos del Concilio Vaticano II –cuya obra más completa y conocida fue la de Yves Congar[11]– tendió a fundar la identificación de lo «específico» del sacerdote, del religioso y del laico. Se requería entonces resaltar, enfocar con fuerte luz, colocar en el centro de la vida y de la atención eclesiales, la identidad del laico. Acentuando el momento de la diferencia, de la diversidad, de la especificidad, fueron tiempos de búsqueda y acentuación de una formación laical, de una espiritualidad «laical», de un compromiso «laical», de una exaltación de la «laicidad» en el mundo, etc. Prestó, eso sí, un precioso servicio en esa «hora de los laicos», apoyando el reconocimiento y el pleno ingreso de sectores «laicales» emergentes en la escena eclesial. Dio alas a la conciencia de dignidad de los laicos y al reclamo y ejercicio de su responsabilidad en la Iglesia.

La afirmación de la autonomía de los laicos, de sus estilos y campos específicos, se movía aún en el campo sensible de una reacción de resistencia y sospecha ante las pretensiones de una Iglesia «clerical». Pero esa identidad específica no podía definirse sino por oposición. No por casualidad, la imagen de una comunión eclesial ofuscada y descoyuntada en segmentos estamentales y corporativos –clero, religiosos, laicos– en pugna por una rigurosa y celosa delimitación de esferas de acción, por una afirmación y redistribución de sus respectivos derechos, poderes y funciones, por un combate contra todo clericalismo –real o presunto– llegó a prevalecer en las actitudes y comportamientos de no pocos «agentes pastorales». Las relaciones clero-laicado constituyeron un campo temático crítico, sobre todo

durante los años ’60, desde un interminable y variadísimo anecdotario eclesiástico. Fueron también frecuentes las contraposiciones esquemáticas y disgregantes entre una «Iglesia-Pueblo» y una «Iglesia-Jerarquía», entre una «Iglesia-comunidad» y una «Iglesia-institución».

Al mismo tiempo, tal definición por oposición e incluso por contraposición, terminaba esfumando y descentrando la conciencia de la común radical «identidad» e igual dignidad de todos los fieles cristianos, sobre fundamentos cualitativamente mucho más importantes que los motivos de distinción –a veces, además, entremezclados según criterios diversos– entre ellos.

Por todo ello fue bien percibido como necesario y oportuno recentramiento, en sintonía con lo fundamental de las enseñanzas conciliares al respecto, el arraigo que la Exhortación Apostólica, a 20 años del Vaticano II, quiso dar a la vocación, dignidad y responsabilidad de los laicos en su condición de «*Christifideles*». No ya la sola referencia a laicos –término que dice poco y resulta culturalmente ambiguo– sino «fieles laicos», «cristianos laicos», «***Christifideles*** laicos». Esto es mucho más que una simple cuestión nominalista. El sustantivo es el de fieles, «*christifideles*» en el que el paulino «*en Christoi*» expresa el signo esencial y distintivo de la existencia eclesial del cristiano, precedente, y más radical, originario y decisivo que toda distinción entre estados de vida. Ser en Cristo, o sea vivir el seguimiento de Cristo con su intrínseca dimensión misionera concierne en sí y para sí a todos los fieles: pastores, religiosos, laicos. La figura del cristiano laico no se caracteriza, pues, inmediatamente en relación al sacerdote o al religioso sino en la referencia directa a Jesucristo.

Esta referencia comporta en sí misma una determinación positiva fundamental de la figura del cristiano que ninguna ulterior consideración debería ocultar o preterir. Ella se realiza por la incorporación de los fieles a Cristo, regenerados a la vida de los hijos de Dios, unidos a Jesucristo y a su Cuerpo que es la Iglesia, ungidos en el Espíritu Santo y constituidos en templos espirituales. «*Es la inserción en Cristo por medio de la fe y del sacramento de la iniciación cristiana* –afirma Juan Pablo II en la *Christifideles Laici– la raíz primera que origina la nueva condición del cristiano en el misterio de la Iglesia, la que constituye su más profunda "fisionomía", la que está en la base de todas las vocaciones y del dinamismo de la vida cristiana de los fieles laicos*»[12].

En Cristo Jesús, muerto y resucitado, el bautizado llega a ser una «*criatura nueva*» (2 Cor 5,17); «hombres nuevos» y «mujeres nuevas»

en Cristo revestidos, purificados y vivificados. Por eso, «*no es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del bautismo, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios*»[13]. Por tal gracia bautismal, incorporados a Cristo, los fieles laicos participan, a su modo, de Su triple oficio sacerdotal o cultual, profético o de testimonio y anuncio, real o de señorío de sí y del mundo al servicio al Reino de Dios.

Una refundación de la vida cristiana

El título, pues, de la Exhortación Apostólica postsinodal, *Christifideles Laici*, es todo un reconocimiento: es título de identidad y dignidad, pero, a la vez, como una interpelación, un llamado a reavivar esa vocación fundamental, un programa de vida. En efecto, se siente la necesidad, de modo muy especial en nuestros días, con los fuertes acentos del pontificado de Juan Pablo II, de recentrar con más vigor y entusiasmo la atención, la palabra y la praxis de la Iglesia en lo que es lo más radical e identificante, más esencial e insustituible de la experiencia cristiana. Y no puede consistir en otra cosa que en el mismo anuncio de Pedro, bajo el ímpetu de Pentecostés: «*El Jesús Nazareno que vosotros habéis clavado en la cruz (...) y habéis matado a causa de vuestros pecados, Dios lo ha resucitado y todos nosotros somos sus testigos (...). Arrepentíos, pues, y cambiad vuestra vida*» (cfr. Hech 2,22-33; 3,12-22). Hoy, con la misma fuerza, con la misma novedad, con la misma realidad que dos mil o quinientos años atrás. Así lo proclamó Juan Pablo II en la inauguración de su pontificado misionero, en su primer viaje apostólico: "*Lo que se nos pide es que anunciemos la muerte de Jesús y proclamemos su resurrección. Jesús vive (...). Sí, Cristo vive en la Iglesia, está con nosotros, portadores de esperanza e inmortalidad. Si habéis encontrado, pues, a Cristo, ¡vivid a Cristo, vivid con Cristo! Y anunciadlo en primera persona como auténticos testigos: para mí la vida es Cristo. He aquí la verdadera liberación: proclamar a Jesús libre de ataduras, presente en los hombres transformados, hechos criaturas nuevas*»[14].

La fuerza y novedad de este anuncio se conjugó también con una renovada modalidad pedagógica: el Papa nos lleva a confrontarnos con Cristo, en cuanto presencia que irrumpe en nuestra vida, con un impacto siempre originario y decisivo porque corresponde al más

profundo anhelo de significado y plenitud de vida, de realización humana, que late insuprimiblemente en el corazón del hombre. Por eso, sólo reviviendo –tanto en la experiencia personal como en la comunitaria– el estupor y la fascinación de esa Presencia, se revelan y liberan energías de comunión y de verdad, de misión y de solidaridad entre los hombres. Hoy que «*la fe no es más un patrimonio común ni una posesión tranquila sino una semilla insidiada y a menudo ofuscada*»[15], urge más que nunca que todos los fieles –¡que toda la Iglesia!– se dirijan como «*única dirección de la inteligencia, de la voluntad y del corazón (...) hacia Cristo*»[16].

Todo se juega, pues, en aquel «Ven y sígueme» que, a través de las diversas circunstancias de la vida por las que la Providencia quiere atraer nuestro corazón, Cristo continúa proponiéndonos cara a cara. Eso es lo que llamamos vocación a la santidad, en el encuentro, seguimiento e identificación con el Santo por excelencia. Todo lo demás «se da por añadidura». Lo que importa es esa centralidad, para no convertir en centro, infecundo, las «añadiduras».

Pues bien, parece muy evidente que a veinte años de la clausura del Concilio Vaticano II y de su actuación, la Iglesia siente especialmente la necesidad de este re-centramiento, de esta refundación de la experiencia creyente de todos los *christifideles* en relación a la «*vocación universal a la santidad*», correspondiente al designio originario del mismo Concilio y desarrollada especialmente por el capítulo V de la Constitución *Lumen Gentium.* Pero, ¿por qué este acento renovado? ¿Por qué tan frecuentes referencias catequéticas de Juan Pablo II a la santidad? ¿Por qué tanta asiduidad en celebrar y resaltar la memoria de los grandes testimonios de santidad, como paradigmas pedagógicos sobre las posibilidades concretas y maduras de realización del cristianismo?

Quizá porque en la primera fase del pos-concilio las energías desencadenadas, liberadas de camisas demasiado estrechas, terminaron centrándose en debates de interpretación del Concilio, en polémicas eclesiásticas, en experimentos de reformas de estructuras o de creaciones de otras nuevas en la Iglesia, en tareas de continua planificación y programación, con riesgos de burocratización por multiplicación y confianza excesivas en comités, consejos, secretariados, lista densa de sesiones... Cosas importantes estaban en juego en todo ello, sin duda. Pero quizá, también, estas energías no estuvieron suficientemente arraigadas, sostenidas, alimentadas en la fuente de donde procede verdaderamente la *dynamis* de la auténtica

renovación de la Iglesia. De nada valen programas y estructuras si la sal se vuelve insípida. Son sólo instrumentos al servicio de algo mucho más grande y profundo. «*La Iglesia tiene hoy necesidad* –repite Juan Pablo II– *no tanto de reformadores cuanto de santos*». Porque los santos son los más auténticos «reformadores» y evangelizadores; no caricaturas meramente devocionales, sino testigos de gran humanidad, «hombres nuevos» en el camino de crecimiento hacia la plena estatura revelada por Cristo, ¡el hombre perfecto! Así lo demuestra la historia de la iglesia, como decía el Papa a los laicos españoles en Toledo: «*Estáis todos llamados a la santidad. Así como florecieron magníficos testimonios de santidad en la España del Siglo de Oro por la Reforma católica y el Concilio de Trento, reflorezcan ahora, en tiempos de la renovación eclesial del Vaticano II, nuevos testimonios de santidad, especialmente entre los laicos*»[17]. Y en la jornada conmemorativa del vigésimo aniversario del decreto conciliar para el «apostolado de los laicos», afirmaba: «*La Iglesia tiene necesidad hoy de grandes corrientes, movimientos v testimonios de santidad entre los* christifideles*, porque es de la santidad de donde nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y de la secuela cristiana, toda fecunda reactualización vital del cristianismo al encuentro de las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la existencia humana...*»[18].

«*No tengan miedo a ser santos*» decía a los centenares de miles de jóvenes reunidos en Santiago de Compostela[19]. Es, sí, sólo en la santidad –en cuanto *sequela Christi*, hasta llegar a confesar «*no soy yo que vivo sino que es Cristo quien vive en mí*»– que se sostiene y se irradia la participación de los fieles laicos en la comunión y misión de la Iglesia. Es la santidad de la Iglesia –en la perfección de la caridad– el secreto manantial y la medida infalible de su laboriosidad apostólica y de su ímpetu misionero[20].

Más allá del divorcio entre fe y vida

Ahora bien, la grandeza y sublimidad de esta vocación –en cuanto llamados y destinados a la «perfecta unión con Cristo»– se vive en la conciencia aguda de los propios límites, fragilidades y miserias humanas, en la experiencia del pecado. Por eso requiere, con el auxilio de la gracia, un proceso de continua conversión de vida. El Concilio Vaticano II ha señalado especialmente el divorcio entre la fe que se

profesa y la vida cotidiana, entre las ocupaciones profesionales y sociales y la vida religiosa, como «*uno de los errores más graves de nuestro tiempo*»[20]. Pablo VI indicaba la «*ruptura entre Evangelio y cultura*» como el drama más grave de los tiempos modernos[21]. La Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* lo recalca, señalando la tendencia a las «vidas paralelas», fragmentadas, parcializadas[22]. Al contrario, se trata de ir más allá de todo ritualismo, moralismo y espiritualismo –en los que la fe no logra interpelar y convertir la vida del bautizado– para promover una más plena interiorización y apropiación personales del anuncio evangélico, de modo que la fe crezca y sea cada vez más el significado y la experiencia matrices de todo el espesor y el horizonte de la existencia.

En la pedagogía del designio conciliar, todos los *christifideles* quedan especialmente llamados a tomar conciencia del propio bautismo y de la novedad de vida que comporta como germen fecundo, para que fructifique y Cristo se manifieste en el rostro de cada bautizado. Importa, pues, suscitar en los fieles una formación de la conciencia, de las actitudes y de los comportamientos vitales que sean correspondientes a la fe recibida; que den forma subjetiva, en la existencia cristiana, a las enseñanzas objetivas de la Iglesia. Mientras, por una parte, resulta capital que la formación de los fieles sea capaz de incorporar, en modo fiel, integral y orgánico, la Verdad de la fe y de la doctrina católicas recibidas de la Revelación y la tradición eclesial –compendiada en el precioso servicio que es el nuevo «*Catecismo de la Iglesia Católica*»–, por otra parte, ello mismo ha de suscitar un desarrollo de la sensibilidad y mentalidad cristianas para ir creando en los fieles como un hábito capaz de reaccionar ante todos los acontecimientos y situaciones de la vida con criterios de juicio y modos de comportamiento formados por la fe. «*Esta realidad objetiva del misterio de la Redención* –afirmó el Papa, anunciando el Año Jubilar extraordinario– *debe convertirse en realidad subjetiva, propia de cada uno de los creyentes, para obtener su eficacia concreta, en las condiciones históricas del hombre que vive, que sufre y que trabaja en esta fase del segundo milenio después de Cristo*»[23] . Y no se trata de un mero esfuerzo, siempre frágil, de coherencia moral. Es el encuentro y el seguimiento de Jesucristo que transfiguran la vida del hombre. Nada de ella puede resultarle ajeno. A todo ha de imprimirle su «forma»: al estudio y al trabajo, a los afectos, a la vida matrimonial y familiar, al empleo del tiempo libre y del dinero, al modo de analizar la realidad, a las opciones políticas... La fe se verifica y crece así como certeza

experimentada en la vida y no reducida a discurso abstracto y formal. El testimonio profético de los *christifideles* es este hacer evidente, experimentable, encontrable, su Presencia misericordiosa, redentora, tanto en la existencia personal como social, demostrando que Cristo revela efectivamente el misterio del hombre, da un significado radical y unitario a la totalidad de la experiencia humana, es respuesta y camino de plenitud para sus exigencias y anhelos de dignidad y verdad, de belleza y felicidad, de paz y justicia.

Es en tal síntesis entre la fe profesada y la vida personal, familiar y social, que está en juego la realización de la vocación peculiar de los cristianos laicos y su contribución singular a la misión de toda la Iglesia. Todo lo contrario de una fe ajena y lejana de la vida, apenas un fragmento cada vez más residual de la experiencia humana, cada vez más marginada, reducida y empobrecida bajo las presiones del proceso de secularización.

Partícipes de un misterio de comunión

Bien es sabido con cuánto vigor la conciencia del ser Iglesia, de ser reconocidos y reconocerse como miembros vivos del Cuerpo de Cristo, de ser valorizados en su plena ciudadanía en el Pueblo de Dios, suscitó un renovado ímpetu de participación activa y responsable de los fieles laicos en la vida y misión de la Iglesia. Un profundo proceso de renovación eclesiológica se despliega desde mediados del siglo pasado, incorporando datos bíblicos y referencias patrísticas re-descubiertas, poniendo en mayor resalto en la autoconciencia eclesial su fundación trinitaria y cristocéntrica, su realidad pneumatológica y soteriológica, sus dimensiones sacramentales y comunitarias. Causó honda impresión la vigorosa exclamación de Pío XII –el Papa de la *Mystici Corporis*– dirigiéndose a los laicos: *«¡Sois Iglesia!»* Los laicos –repetía luego a los Cardenales– «*deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia sino de ser la Iglesia*»[24]. Sólo una eclesiología total –reconocía luego Yves Congar– «*puede fundar y animar una teología y praxis del laicado*». Esa renovación eclesiológica está en el corazón mismo del Concilio Vaticano II. El redescubrimiento de la Iglesia como sacramento, arraigado íntimamente en la vida trinitaria, que «significa» al mundo entero el misterio del designio salvífico, revela la naturaleza dinámica del Pueblo de Dios, presente en la historia como signo de la inextinguible novedad del Cuerpo de Cristo. Es a la luz de la eclesiología conciliar que queda

iluminada y destacada la original dignidad de los fieles laicos, al punto que el Decreto *Ad Gentes* llegará a afirmar que «*la Iglesia no está verdaderamente formada ni vive plenamente, ni es representación perfecta de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la jerarquía un laicado propiamente dicho*»[25]. En el pueblo profético, sacerdotal y real, que es la Iglesia de Jesucristo, «*es común la dignidad de los miembros, que deriva de su regeneración en Cristo; común la gracia de filiación, común la llamada a la perfección: una sola salvación, única la esperanza e indivisa la caridad (...). Aun cuando algunos, por voluntad de Cristo, han sido constituidos doctores, dispensadores de los misterios y pastores para los demás, existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo*»[26].

De esa conciencia de común pertenencia y de igual dignidad se desataron durante y después del acontecimiento conciliar fuertes ímpetus y corrientes de participación, en los más diversos niveles, de los fieles laicos en la vida de la Iglesia, ya no limitados a la fruición de servicios rituales sino en cuanto sujetos eclesiales que, en el bautismo y en la confirmación, así como en la comunión eucarística, descubren las exigencias intrínsecas de su vocación cristiana y de su testimonio misionero. Se asiste, pues, a una presencia activa y a una creciente toma de responsabilidades por parte de los fieles laicos en las más variadas comunidades, servicios e instituciones del Pueblo de Dios, gracias a un proceso de reconocimiento de la diversidad y de aprendizaje de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades.

La vida comunitaria eclesial se ha renovado en el tejido de las parroquias, referencias visibles, vecinas e inmediatas, de la Iglesia local, abiertas y acogedoras de la diversidad de componentes del Pueblo de Dios, congregado en la unidad, fundamentalmente en torno a la Palabra de Dios y a la Eucaristía. Muchas de ellas han evolucionado hacia la realización de una comunión de comunidades, más allá de las formas de masificación y, a la vez, de disgregación que imperan en el tejido social[27]. Esta renovación se manifiesta también en la promoción pastoral de pequeñas comunidades o «comunidades eclesiales de base», en muy diversas modalidades, que pretenden realizar el arquetipo de las comunidades primitivas, atentas a los criterios de discernimiento dados por el Magisterio[28]. Toma cuerpo asimismo en las familias cristianas que redescubren su vocación de Iglesias domésticas[29]. Se realiza aún en

las comunidades que forman parte de asociaciones de fieles o suscitadas por los carismas y pedagogías de movimientos eclesiales. Muchos fieles laicos han ido tomando conciencia de estar incorporados en una Iglesia particular, porción del pueblo de Dios encomendada al Obispo, que es «principio y fundamento visible» de su unidad, expresión y realización de la Iglesia Católica, una y única, universal y primigenia, esparcida y encarnada en los más diversos contextos sociales y culturales de los pueblos[30].

No hay dimensiones, servicios y actividades eclesiales en las que esa renovada presencia de los fieles laicos no se haya dejado sentir, como en el movimiento de renovación litúrgica –con la mayor participación del pueblo cristiano en la celebración de los misterios de Dios–, en la revalorización de la piedad popular católica, en las más diversificadas tareas de la catequesis en niveles y para destinatarios muy variados, en las obras de caridad –especialmente desde la solidaridad con los más pobres y necesitados–, en instituciones educativas y de creación y difusión de cultura, en la prensa católica, en la acción misionera *ad gentes*.

Un aspecto particular que merece ser destacado dentro de esa pluriforme corriente de participación y corresponsabilidad de los laicos es lo que respecta a las formas institucionales en que se expresa. Por una parte, se trata de la creación o renovación de estructuras de participación, corresponsabilidad, coordinación... Numerosos Sínodos diocesanos han contado con relevante representación laical. Algunos países experimentan la realidad de Consejos nacionales de laicos. Pero el lugar privilegiado, querido por el Concilio mismo[31], han sido los Consejos Pastorales –parroquiales y diocesanos–, llamados a «*estudiar y examinar todo lo que se refiere a las obras de apostolado para después sacar conclusiones, a fin de que la vida y la actividad del pueblo de Dios sean más conformes al Evangelio*»[32]. En tales órganos se pretende que los fieles laicos participen de modo influyente en la elaboración y gestión de programas pastorales. Pasada una fase crítica de experimentación, se espera que su realidad crezca en sus presencias diocesanas, pero sobre todo en intensidad de comunión y servicio.

Por otra parte, también se ha ido procediendo a una creciente institucionalización «ministerial» de servicios prestados por fieles laicos, sobre todo a partir de la reforma de las órdenes menores según el Motu Proprio *Ministeria quaedam,* que estableció los primeros «ministerios instituidos» abiertos a los no-ordenados[33]. La experiencia y la reflexión sobre la naturaleza y diversidad de tales ministerios no-

ordenados no hará más que crecer en tiempos pos-conciliares. La Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* destacó la importancia de esos ministerios para la *plantatio ecclesiae,* para su vida y maduración, indicando a título de ejemplo los de «*catequistas, animadores de la oración o del canto, cristianos dedicados al servicio de la Palabra de Dios o a la asistencia de los hermanos necesitados, dirigentes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos, etc.*»[34]. La generosa disponibilidad de muchos fieles laicos está, sin duda, fuera de discusión. También los preciosos servicios que desempeñan –¡cómo no recordar la actividad fundamental de los catequistas laicos en tierras de misión!– ante las más diversas necesidades de las comunidades cristianas. Y si bien es claro que estas responsabilidades son asumidas en cuanto ejercicio del sacerdocio universal de los fieles, o sea en razón de las exigencias del bautismo y de la confirmación, no cabe duda que el desarrollo de los ministerios no-ordenados ha cobrado especial urgencia en tiempos y lugares de escasez del personal clerical y religioso. No pocas cuestiones se plantean aún respecto a esta experiencia. ¿Cómo precisar, en efecto, la oportunidad pastoral y la razón teológica de instituir determinados ministerios –como cometidos concretos ante necesidades vitales de la Iglesia, que comportan una responsabilidad y una duración, siendo reconocidos por la Iglesia local, implicando un acto de la autoridad eclesiástica– que, de hecho, los fieles laicos pueden ejercer ordinariamente en razón de su condición de bautizados, miembros de la Iglesia? ¿Cómo evitar una inflación indiscriminada de «ministerios», banalizando la diaconía eclesial, «clericalizando» a los laicos, tendiendo a «sociologizarlos» según roles y funciones, deslizándose a veces –sobre todo en las Iglesias que cuentan con considerables recursos económicos– a la formación de una corporación de «funcionarios» eclesiásticos? ¿Cómo superar los riesgos de una confusión genérica de ministerios que ofusque la esencial diversidad entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial –fundado en el sacramento del orden– en tiempos en que resulta tan importante, sea la promoción de vocaciones sacerdotales, sea la reafirmación de la capitalidad y la originalidad del ministerio sacerdotal para bien de la vida y misión de la Iglesia?[35]

A 30 años del Concilio Vaticano II, toda esa densidad de experiencias multiformes de participación de los fieles laicos ha sido signo de la fecundidad del acontecimiento y de las enseñanzas conciliares, ha hecho crecer la conciencia y responsabilidad de muchos

laicos en la comunión y misión de la Iglesia, ha abierto caminos a su más enriquecedora realización como pueblo de Dios. Pero la renovación eclesial fue también surcada por graves formas de contestación, secularización y desafección. No es, pues, por causalidad que la Iglesia invite y proponga hoy a todos los fieles –para confirmar y profundizar los buenos frutos y evitar los malos– a meditar y gustar la densidad, grandeza y belleza del «misterio de comunión» que la constituye y que ella realiza como sacramento de unidad y salvación del género humano. Ya la Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos (1985) retomaba y destacaba esa «eclesiología de comunión», que recorre como hilo conductor toda la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* mediante la figura bíblica de la vid y los sarmientos (cf. Jn 15,5)[36].

Destacada como acontecimiento de gracia, se busca superar toda degeneración «mundana» que redujese a la Iglesia a una institución social más, manipulable, sometida a precomprensiones ideológicas e instrumentalizaciones políticas, adecuada a las imágenes que de ella quieren difundir e imponer los poderes dominantes mediante los medios de comunicación social, hoy especialmente tentados de comprimir su mensaje y su servicio a una función de suplemento espiritual y moral de sociedades organizadas a espaldas del *Redemptor hominis*. La participación de los fieles quedaría así limitada dentro de consideraciones funcionales, regida por criterios de poder, status y eficacia. ¿No es cada vez más difusa la pertenencia débil y parcial de muchos fieles que continúan reconociéndose como católicos pero que adhieren selectivamente a puntos fundamentales de la doctrina y la moral católicas, rebajados a nivel de meras opiniones? Pues bien, es necesario redescubrir de nuevo en la Iglesia el misterio de Dios que, en Jesucristo, por medio de Su Espíritu, salva y congrega a los hombres en la unidad de la verdad que le ha sido encomendada para custodiarla, protegerla y comunicarla en toda su integridad a los hombres. La Iglesia no es nuestra, sino suya, de Dios[37], milagro experimentado por los hombres gracias a la potencia salvífica de su Presencia. No puede convertirse en objeto exterior, sujeto a nuestra disección analítica y a nuestra libre manipulación. Más que transformarla, nos trasforma con sus dones jerárquicos y carismáticos. Quizá por ello mismo se propone expresar mejor ese misterio por la conjugación de la imagen de pueblo de Dios –que evoca una dimensión histórica, peregrinante, escatológica– con la de Cuerpo de Cristo, que da todo un sentido de radicalidad e interioridad de pertenencia.

Sabemos bien que no se puede adherir verdaderamente a Cristo sin esa participación en la comunión eclesial, pero recuperada toda la grandeza y profundidad de su misterio. Un gran teólogo –como el Cardenal Hans Urs von Balthasar– llegaba a preguntarse si la Iglesia «*no se ocupa quizá demasiado de sí misma... Una cosa es clara* –afirmaba–*: una Iglesia que en su conjunto ponga más el acento sobre sí misma y no sobre Cristo, no interesa para nada al mundo, no tiene credibilidad. Nadie se convertirá a Cristo por el hecho (...) de que exista un gigantesco aparato eclesial*»[38]. Y el Cardenal Ratzinger prosigue aún esta reflexión al advertir, durante la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo mundial de los Obispos (1985): «*Sería un triste espectáculo si finalmente pudiese surgir la impresión de que hemos hablado principalmente de nosotros mismos, de nuestras normas, de nuestros poderes. La Iglesia que habla de sí misma no habla de sí, porque no tiene la propia esencia en sí, sino que se encuentra a sí misma difundiéndose en el Señor*»[39]. Por eso, se puede afirmar que aquella pregunta fundamental del Vaticano II –«*Iglesia, ¿qué dices de ti misma?*»– hoy, treinta años después del Concilio, reenvía necesaria, inseparablemente y de un modo más radical a la pregunta que Cristo, en la Iglesia y por la Iglesia, continúa planteándonos a cada uno de nosotros: «*Y tú ¿quién dices que soy yo?*», para que confesemos nuevamente con Pedro, con los apóstoles y sus sucesores, desde la fe de toda la Iglesia: «*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*».

Parece una cosa ordinaria –pero ¡qué decisiva!– invitar a amar a la Iglesia como Madre, que hace presente el Cuerpo de Cristo en medio de los hombres, como Esposa en un incomparable misterio de comunión. Entonces cambian nuestras perspectivas. Esa común pertenencia y esa solidaridad radical se viven, pues, muy concreta y efectivamente, como más totales y determinantes que toda otra solidaridad social, política o ideológica. La comunión se realiza, no como fruto de hegemonías o transacciones desde una lógica de poder, sino como don de unidad acogido y profundizado en la verdad y en la caridad, significada y garantizada por la comunión afectiva y efectiva con los obispos en tomo al sucesor de Pedro. El Papa no se cansa de invitar a toda comunidad cristiana –familia, parroquia, comunidad eclesial de base, asociación o movimiento...– a realizar, testimoniar y comunicar ese misterio de comunión que constituye a la Iglesia. Cuanto más lo experimenta y manifiesta una comunidad cristiana, más sorprende por su novedad de vida, más interpela y atrae, más hace crecer las personas,

más vitalidad misionera demuestra, más se convierte en sujeto de solidaridad entre los hombres.

La gratitud y el empeño perseverante, la identidad y el crecimiento de la vida cristiana sólo pueden, en efecto, sustentarse por la incorporación de los fieles en esas comunidades cristianas vivas, nutridas por la frecuente participación en la Eucaristía –fuente y vértice de la *communio*– y el sacramento de la Penitencia, iluminadas por la Palabra de Dios, interiorizadas en la oración, compartidas con los hermanos en la fe y guiadas por la paternidad y el magisterio de sus Pastores. Es esta experiencia concreta de comunión –no el aislamiento o la diáspora, no la provisión episódica de servicios religiosos, no el activismo funcional en colectivos impersonales, no la simple etiqueta de católico– lo que genera e irradia la libertad de los hijos de Dios en la que Cristo nos ha liberado, ya no subalterna y conformada a la cultura mundana dominante. En ella, el despliegue de diversidades y pluralidades legítimas de caminos y modos de expresar la fe no se volverá desgarrante. La Asamblea extraordinaria sinodal habló de pluriformidades en la comunión. La acogida y la búsqueda del don de la unidad en lo que es esencial –o sea, la plenitud de la fe católica en toda su verdad, y en todas sus dimensiones, de la que el nuevo «*Catecismo de la Iglesia Católica*» es compendio orgánico y punto de referencia– deja entonces atrás las tentaciones oscilantes entre monolitismos uniformizantes y tranquilizantes y pluralismos disgregantes, ambos empobrecedores de la comunión y la misión. Se enfrenta así el reto de una Iglesia que es y tiene que ser cada vez más, en sus diversas comunidades, como esa *forma mundi*, es decir, como ese «modelo preclaro» de la unidad que Dios quiere entre los hombres: ejemplo de convivencia donde pueda encontrarse la libertad y la solidaridad; donde la autoridad venga ejercida con el espíritu del Buen Pastor; donde se viva una actitud diversa ante la riqueza; donde se experimenten formas de organización y estructuras de participación capaces de abrir caminos hacia un tipo más humano de sociedad; y sobre todo, donde se manifieste inequívocamente que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión humana resulta en última instancia incapaz de sostenerse y termina fatalmente por volverse contra el hombre mismo[40].

En movimiento

Siempre en la historia de la Iglesia numerosos fieles se han sentido llamados y atraídos a una vida cristiana exigente en sus ímpetus de santidad y de apostolado, manifestada en muy diversas formas carismáticas, comunitarias, asociativas[41]. Pero muy especialmente la corriente de «promoción del laicado» ha estado íntimamente vinculada a un vigoroso desarrollo del asociacionismo de los fieles desde fines del siglo pasado hasta nuestra actualidad.

No puede extrañar, pues, que el Concilio Vaticano II, en el cuadro iluminante de su eclesiología de comunión y de responsabilidad misionera de todos y cada uno de los bautizados, haya destacado «*la importancia de las formas organizadas del apostolado seglar*» como respuesta adecuada «*a las exigencias humanas y cristianas de los fieles y (...) al mismo tiempo, signo de comunión y unidad de la Iglesia en Cristo*». Recomendó también «*que se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado*» y alentó el desarrollo asociativo a nivel internacional, reafirmando explícita y netamente «*el derecho de los fieles a fundar y guiar asociaciones*» en la comunión[42].

En «*la variedad existente de asociaciones de apostolado*» que el Decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos (n. 19) reconocía hace 30 años, se hacía una merecida referencia especial y recomendación de la Acción Católica. Se pueden rastrear los orígenes de ésta desde finales del siglo XIX. Sabemos que adquirirá una orientación y estructuras más precisas en el pontificado de Pío XI, quien la consideraba «*inspiración providencial*». No en vano el «Papa de las misiones» en pueblos emergentes fue también el Papa de la Acción Católica, ante los desafíos crecientes de la descristianización. Así quedaba definida, según categorías de ese tiempo: «participación» –decía Pío XI–, mejor «colaboración» –precisaba luego Pío XII– de los laicos en el apostolado de la jerarquía para *instaurare omnia in Christo*. Sin duda, la Acción Católica, en su diversidad de formas, ha significado una gran siembra y escuela multiplicadora en la formación, participación y promoción de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. Es como matriz fundadora, en el siglo XX, de los dinamismos de organización de los laicos con fines apostólicos. En ella se han forjado generaciones de un laicado militante con fuerte sentido de fidelidad eclesial y de ella procedieron líderes laicales en los más diversos ámbitos de la vida eclesial y secular. Su modelo unificado en el nivel nacional fue dado por la Acción Católica Italiana, mientras que

desde ámbitos franco-belgas se difundieron los movimientos de «Acción Católica especializada» o «de ambiente» sobre la base de las intuiciones misioneras y pedagógicas de Joseph Cardijn. Las profundas exigencias de *aggiornamento* desatadas por el acontecimiento conciliar y el impacto de las altas mareas ideológicas –secularizantes y «anti-institucionales»– de fines de la década de los '60, sumieron a la Acción Católica y a muchas otras tradicionales asociaciones de fieles en una fase de prueba, de desconcierto coyuntural, de trabajoso proceso de renovación y redefinición. Se habló entonces de crisis del asociacionismo. Algunos Obispos y Episcopados exclamaron: «tenemos laicos pero no laicado». Otros tendieron a sustituir y contraponer a las formas asociativas una diversificación de lugares de participación de los fieles (pequeñas comunidades, parroquias renovadas, ministerios no ordenados, diversos Consejos y estructuras...). Hoy día la Acción Católica ha ido recuperando su mejor tradición, renovándose en sus articulaciones asociativas, en sus itinerarios de formación, en su servicio a la pastoral cotidiana y común de las Iglesias locales, siempre en directa comunión y disponibilidad de los Obispos. Pero su realidad ha quedado limitada a algunos países dentro de la catolicidad. Los movimientos «especializados» sufrieron fuertes crisis de identidad que hoy resultan superadas –salvo casos aislados– buscando consolidar y difundir un nuevo vigor espiritual y misionero. Mientras tanto se ha multiplicado y diversificado un tejido de organismos de «voluntariado» –confesionales o no, pero siempre con la participación de muchos cristianos– al servicio de enfermos y minusválidos, de los pobres y marginados, de los ancianos, de la recuperación de drogadictos, del interés ecológico, de la solidaridad entre los pueblos, de la acción misionera. También se han incrementado diversas formas asociativas laicales vinculadas al carisma y a las obras de comunidades religiosas.

Sin embargo, la «*nueva época asociativa de los fieles laicos*»[43] está, sobre todo, caracterizada por la novedad de la vigorosa expansión de lo que se ha dado en llamar nuevas comunidades y movimientos eclesiales. Entre ellos, el Movimiento de los Focolares (Obra de María), la Renovación Carismática Católica, Comunión y Liberación, Schoenstatt, Comunidades Neocatecumenales, Cursillos de Cristiandad, Encuentros Matrimoniales, Comunidad del Emmanuel, Comunidad de San Egidio y muchos más. «*En varias ocasiones, sobre todo durante mis viajes en Italia y en varios países del mundo* –afirmó Juan Pablo II, confirmando su reconocimiento y aliento en muchas oportunidades– *he*

tenido la gran oportunidad de reconocer el grande y esperanzador florecimiento de los movimientos eclesiales y los he indicado como motivo de esperanza para toda la Iglesia y para los hombres»[44]. Aunque sean muy diversos en sus orígenes y carismas, pedagogías y formas, se pueden enumerar algunas características para reconocerlos.

En primer lugar, impacta el hecho de su emergente novedad y de su "factor sorpresa" en la actualidad eclesial. No han surgido y crecido por decisión de la Jerarquía. Como sugerentemente se ha escrito, nadie los ha proyectado ni han sido diagramados por ninguna oficina ni plan pastoral. Irrumpen como novedad no prevista ni esperada, que sorprende, sacude, rompe rutinas y hábitos, a veces desconcierta, suscita dinámicas nuevas, obliga a revisar esquemas mentales y, ¿por qué no?, proyectos pastorales. «*Novedad del Espíritu, "que sopla donde quiere" (Jn 3,8),... son el signo de la libertad de formas* –afirmó el Papa Juan Pablo II– *en las que se realiza la única Iglesia y representan una segura novedad, que espera aún ser adecuadamente comprendida en toda su positiva eficacia para el Reino de Dios en el hoy de la historia*»[47].

En segundo lugar, puede afirmarse que, aunque nacidos en fechas diversas, –antes, durante y después del Concilio–, no es por casualidad que su más vigorosa expansión se dé en una tierra eclesial abonada por las simientes conciliares y en fase de sedimentación y crecimiento de su mejores frutos.

En tercer lugar, se definen más por la acogida, comunicación y fructificación de un carisma que por consideraciones funcionales, programáticas o de eficacia. Por eso reconocen a sus líderes como autoridades espirituales y se participa en ellos por asunción personal de una solicitación del Espíritu y no por razones extrínsecas o mecánicas de pertenencia institucional.

En cuarto lugar, prefieren llamarse más «movimientos eclesiales» que laicales, pues reflejan en su propia composición –a veces institucionalizada en diversificados núcleos y agrupaciones– la participación de cristianos en diversos estados de vida y marcan el tránsito de «las teologías del laicado» a una más madura conciencia y realización de la eclesiología de comunión.

En quinto lugar, son más misioneros que «eclesiásticos», en cuanto lugares de conversión y crecimiento en la fe, especialmente referidos a ambientes o personas muchas veces lejanos de los radios ordinarios de las instituciones eclesiásticas.

Coexisten hoy, en el panorama asociativo de la Iglesia, el

testimonio secular de Cofradías, Terceras Órdenes, Congregaciones marianas (hoy Comunidades de Vida Cristiana), pioneros del asociacionismo laical contemporáneo como los Vicentinos de Ozanam, el apostolado católico de un Pallotti o de un Kolping; también, la gran tradición de la Acción Católica en sus diversas formas y la de otras asociaciones probadas en sus servicios como la Legión de María, los Cursillos de Cristiandad y los Caballeros de Colón, junto con las Organizaciones Internacionales Católicas en los campos de la educación, de las comunicaciones sociales, de las profesiones, de la promoción humana..., y aún la variedad de los nuevos movimientos eclesiales.

Esta riqueza indudable de la pluriformidad de dones, caminos y experiencias asociativas tiene que conjugarse en la unidad. Preciosas resultan, pues, las indicaciones del apóstol Pablo sobre el discernimiento de los carismas, que se reconocen provenientes del único Espíritu (1 Cor 12,4ss) si confiesan a Jesús como el Señor (1 Cor 12,3) y concurren todos a la utilidad de la Iglesia en cuanto crecimiento del Cuerpo de Cristo (1 Cor 12,7; 12,22-27), buscando y teniendo como preeminencia el don de la caridad (1 Cor 13; 2 Cor 6,6; Gal 5,22). Si los Pastores no cuentan ciertamente con el monopolio de los carismas, están investidos por el carisma de discernimiento de todos los carismas en la Iglesia. Esto es propio de su ministerio de gobierno pastoral. Todos los carismas y experiencias asociativas dan ya muestras de autenticidad eclesial sometiéndose al discernimiento de la autoridad eclesiástica, llamada a reconocerlas y acogerlas –sin pretender desconocer o modificar su identidad profunda–, a acompañarlas y corregirlas cuando haga falta, a armonizarlas y guiarlas para bien de la comunión y misión de toda la Iglesia. Se trata de «*poner a prueba los espíritus*» (1 Jn 4,l), no para mortificarlos sino para alentar, garantizar y hacer crecer sus frutos cristianos. Más que un deber, es una delicada responsabilidad: «*No extingáis el Espíritu (...); probadlo todo y retened lo bueno*» (1 Tes 5,19-22).

Dada la delicadeza y actual complejidad de esa tarea, resalta hoy la necesidad de contar con «*criterios precisos de discernimiento y reconocimiento*» de las asociaciones de fieles, más allá del cómodo o displicente «*laissez faire, laissez passer*» o del mero gesto de autoritarismo clerical. Como «*criterios fundamentales*», la Exhortación apostólica *Christifideles Laici* ha destacado estos cinco: *«el primado que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad»,* estando las asociaciones de fieles llamadas a ser *«instrumentos de santidad»; «la*

responsabilidad de confesar la fe católica» que hace de cada asociación de fieles *«un lugar en el que se anuncia y se propone la fe y en el que se educa para practicarla en todo su contenido»; «el testimonio* –que deben demostrar– *de una comunión firme y convencida»* con el Papa y los Obispos*;* el ser *«sujetos de una nueva evangelización»;* el actuar como *«corrientes vivas de participación y solidaridad para crear unas condiciones más justas y fraternas de sociedad».* En última instancia, es por los frutos concretos que se conoce y aprecia el árbol[46].

Algunas breves observaciones parecen aún oportunas respecto a esta nueva fase asociativa en la vida eclesial.

En primer lugar, no hay que olvidar que la promoción y el sostén del asociacionismo de los fieles en la Iglesia fortalecen derechos y espacios de libertad y de participación en el tejido social de las naciones. No en vano, estas asociaciones son frecuentemente víctimas de las políticas hostiles o represivas de los sistemas o regímenes liberticidas.

La segunda observación es para destacar la importancia que tienen las asociaciones de fieles para formar personalidades cristianas adultas, maduras. Confiarse hoy día sólo a las instancias tradicionales de socialización y educación cristianas –familias, parroquias, escuelas– parece muy insuficiente.

La tercera se refiere a la relación de movimientos internacionales (subrayo: internacionales) con las Iglesias locales (subrayo: locales). Hay que reconocer que existen a veces tensiones, pero si pensamos análogamente en la historia de las relaciones entre Iglesias locales y Congregaciones religiosas, nos convenceremos de que no hay nada de especialmente novedoso bajo el sol en esta materia. Toda exaltación del localismo, como si la Catolicidad fuese federación de Iglesias locales, termina siendo limitada, empobrecedora, dependiente de cielos políticos, culturales y eclesiales estrechos. Es normal, es bueno que las asociaciones de fieles tengan proyección internacional, católica, siguiendo como referencia y guía al Pastor universal y enriqueciendo con sus carismas y circulación de experiencias a las múltiples y diversas localizaciones. Pero esa proyección internacional requiere, indisociablemente, que las asociaciones de fieles hagan un serio esfuerzo de inculturación en diversos contextos seculares y eclesiales, incorporándose con disponible apertura, desde su propia identidad, a la vida y programas de las Iglesias particulares, siempre en comunión con los Pastores. En vista de la unidad y catolicidad de la Iglesia, es bueno

que el discernimiento de cada Obispo tenga bien presente el discernimiento del Papa y de sus hermanos en el Episcopado. Más que eso, cabe sólo esperar que las dificultades y tensiones transitorias que se presenten sean afrontadas con magnanimidad, paciencia, prudencia, y con aquellas otras cualidades que el Apóstol Pablo indica en el himno a la Caridad (1 Cor 13,1-10).

Última breve anotación: más allá de todo irenismo o sentimentalismo, hay que ir disminuyendo en todas las instancias de la Iglesia el nivel de rivalidad y hasta de contraposición entre variadas experiencias asociativas. Hieren la comunión, desgastan energías para la misión. Gracias a Dios, se está avanzando en el proceso del reconocimiento de los recíprocos dones, en espíritu de comunión y colaboración. Pues «*todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo*» (1 Cor 12,13): el testimonio de unidad es, sobre todo en esta fase de gran desafío misionero, el don más grande para la conversión y la transformación del mundo.

Sujetos de una nueva evangelización

Es paradójico pero muy real que, al mismo tiempo que se daba una acrecida participación y responsabilidad de fieles laicos en la vida de la Iglesia, se difundía un vasto y capilar proceso de descristianización. Si en los años '60 el Concilio Vaticano II advertía que «*multitudes crecientes se alejan de la religión*»[47], veinte años después la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* no daba espacio a fáciles optimismos: «*Enteros países y naciones, en los que un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes (...) están hoy día sometidos a dura prueba e incluso alguna vez que otra son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del secularismo y del ateísmo*». Grandes masas de hombres viven «*como si Dios no existiese*». Pero también «*en otras regiones o naciones* (en que) *todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y religiosidad popular cristiana*» ese «*patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impulso de múltiples procesos, entre los que se destacan la secularización y la difusión de las sectas*»[48]. «*El número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia* –se afirma aún en la Carta Encíclica *Redemptoris Missio– aumenta constantemente; más aún, desde el final del Concilio, casi se ha duplicado*»[49]. Si millones y millones de hombres esperan aún una primera evangelización, una

«nueva evangelización» es necesaria –y no de menor ímpetu misionero, ni de menor urgencia, audacia y novedad– para hacer reflorecer la vida cristiana allí donde avanza la desertificación de una convivencia humana sometida a los ídolos del poder, de la riqueza y del placer.

Ante tremendos desafíos, las primeras palabras de Juan Pablo II -«*Abrid las puertas a Cristo... a su potestad salvadora. Abrid las fronteras de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. No tengáis miedo...*», eran el preludio de un pontificado misionero. ¿No era ésa, acaso, la profunda intencionalidad del Concilio Vaticano II, que Pablo VI destacaba en su discurso inaugural del cuarto periodo de sesiones cuando decía: «*la Iglesia, en este mundo, no es un fin en sí misma; está al servicio de todos los hombres; tiene que hacer presente a Cristo a todos, individuos y pueblos, lo más ampliamente, lo más generosamente posible; ésta es su misión*»?[50]. Se trataba de pasar de una actitud «conservadora» a una actitud misionera: derribar los muros, dejar atrás la mentalidad de fortaleza asediada, superar hábitos y formas institucionales y culturales que habían perdido dinámica misionera real, corriendo el riesgo de fosilizarse. Un nuevo impulso para ir *ad gentes*, pero no sólo hacia nuevos territorios sino hacia todos los ambientes de la convivencia social. Diez años después de la conclusión del Concilio, la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* confirmaba y recentraba esta intencionalidad misionera con su estupenda perspectiva de la evangelización de la cultura y las culturas del hombre. Se requiere una «nueva evangelización»: así la ha convocado reiteradamente Juan Pablo II. No ciertamente un «nuevo Evangelio», pero sí la novedad inagotable del Evangelio de siempre –en la insondable riqueza de Cristo– testimoniado y anunciado por «hombres nuevos» y «mujeres nuevas», con nuevo ardor, nuevos métodos y expresiones, para responder a los nuevos desafíos que se plantean en las más diversas situaciones y culturas del hombre.

Podría hasta decirse que Juan Pablo II ha querido prolongar y condensar, en ese lema iluminador y movilizador de una nueva evangelización, la actualización del mandato misionero, confiado por Cristo a su Iglesia, según el designio y el legado del Concilio Vaticano II para esta fase del segundo milenio. Hay como una urgencia misionera que desatar en la vida de las comunidades cristianas, para sacudir las propias inercias, letargos y distracciones, exigir una autenticidad de experiencia cristiana, ir más allá de la rutina eclesiástica, salir al encuentro de todas las necesidades del hombre,

atender sus demandas de significado y de ideales grandes de vida. Con la inaudita convicción y el contagioso entusiasmo de que –como afirmaba el Santo Padre– «*para el hombre que busca la verdad, la justicia, la felicidad, la belleza, la bondad sin poder encontrarlas con sus propias fuerzas, y que se detiene insatisfecho ante las propuestas ofrecidas por las ideologías inmanentistas y materialistas y, por eso, toca el abismo de la desesperación o del aburrimiento, o queda como paralizado en el estéril y autodestructivo deleite de los sentidos, para el hombre que lleva impreso en sí, en la mente y en el corazón, la imagen de Dios y siente esta sed de absoluto, la única respuesta es Cristo*»[51].

Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia, ningún fiel cristiano puede sustraerse a este deber supremo de anunciar a Cristo en todos los pueblos, de «*dirigir la mirada del hombre, de orientar la conciencia y la experiencia de la humanidad hacia el misterio de Cristo*»[52]. Es, a la vez, supremo servicio para la realización de la libertad, la dignidad y el destino de cada persona humana.

Si la corriente histórica de promoción del laicado cobró originariamente impulso ante los impulsos de la disgregación de las antiguas cristiandades y las necesidades de la misión en nuevas tierras y pueblos –en aquella segunda mitad del siglo XIX–, hoy los fieles laicos quedan convocados en primera fila para dar cuerpo a una nueva fase misionera de la Iglesia, de la que la Encíclica *Redemptoris Missio* es una *Charta Magna*. A ellos se dirige también la fuerte interpelación de ese importante documento de Juan Pablo II cuando afirma que las dificultades más arduas de superar son las «internas» al Pueblo de Dios: «*la falta de fervor* (que se manifiesta) *en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés y sobre todo en la falta de alegría y esperanza*», como también «*las divisiones pasadas y presentes entre los cristianos, la descristianización de países cristianos, la disminución de vocaciones al apostolado, los anti-testimonios de fieles que en su vida no siguen el ejemplo de Cristo*». Todavía, entre las «*más graves*», está «*la mentalidad indiferentista, ampliamente difundida, por desgracia, incluso entre los cristianos, enraizada a menudo en concepciones teológicas incorrectas y marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que una religión vale la otra*»[53]. Sólo son protagonistas de nueva evangelización los fieles laicos que comuniquen de persona a persona, de experiencia en experiencia, la novedad de vida encontrada y compartida desde el seguimiento de Jesucristo, como testigos y heraldos de su Presencia

salvadora en todas las situaciones, ambientes y culturas humanas.

Constructores de nueva sociedad

«Una nueva evangelización», si es auténticamente tal, tiene que generar nuevas formas de vida para el hombre, nuevas experiencias de convivencia social, nuevas mentalidades y estructuras de relación entre hombres y pueblos. Lejos de toda evanescencia y desarraigo, esa nueva evangelización se realiza desde la solidaridad cristiana con el destino del hombre y el porvenir de las naciones. Nada de lo humano puede resultar ajeno a esa solidaridad cristiana. La actitud de amor hacia cada hombre, el compartir la vida de cada ambiente humano, el arraigo en cada cultura, la pasión por el destino del propio pueblo, la solidaridad humana más allá de las fronteras, son signos que caracterizan la presencia cristiana. El Evangelio acoge, expresa y potencia todo lo auténticamente bueno, justo y verdadero que se vive en la experiencia humana, mientras rechaza toda esclavitud y opresión como atentatorias contra la sublime dignidad del hombre, creado a imagen de Dios y redimido por la sangre de Cristo. Es «*fuerza de libertad y mensaje de liberación*». Una transformación real de la vida y de la sociedad a la luz de Cristo: ésta es la obra a la que está llamada la Iglesia[54].

En esta perspectiva, la contribución dada por los fieles laicos a la presencia misionera de la Iglesia, al servicio de la persona y de la sociedad, es insustituible y sumamente importante. Su novedad cristiana de vida está, en efecto, caracterizada por la «*índole secular*», en cuanto modalidad de realización y dilatación en las «*condiciones ordinarias de la vida familiar y social*»[55]. Donde «secular» no quiere decir por cierto separado de Cristo sino llamado a recapitular en Él todas las articulaciones de la experiencia humana. Ni tampoco vale la contraposición entre «identidad cristiana» y «laicidad», siendo ésta sólo un modo específico de vivir la común pertenencia y misión cristiana y eclesial, caracterizado por la inserción en las realidades terrenas. Cierto es que han sido superados esquemas vulgares que tendían a atribuir al clero el dominio de lo sacro y a los laicos el de lo secular, siendo bien consciente hoy la Iglesia que toda ella está caracterizada por una dimensión secular: vive en el mundo aunque no es del mundo y su misión de continuar la obra redentora de Jesucristo está referida a la salvación de los hombres, abarcando a la vez la restauración de lo temporal. Todos sus miembros participan de esa dimensión secular, aunque con modalidades distintas.

Sin embargo, retomando los acentos de las enseñanzas conciliares en esta materia, ya Pablo VI había sentido la necesidad, a diez años del Concilio, de urgir el compromiso de los fieles laicos en esa «*forma singular*» de evangelización[56], que es la de informar con el espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras en las cuales ellos viven. Es ésta la modalidad primordial que caracteriza su testimonio de Cristo, Señor de la historia, y su contribución a la dilatación de Su «*reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz*». «*La unidad de vida, la síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana*»[57]. Así el ímpetu misionero de la Iglesia se expande «fuera de los muros» donde cada vez más las instituciones y el personal eclesiástico no logran estar presentes ni tener alguna influencia real.

Se trata, pues, de hacer todo lo posible para suscitar y robustecer tal identidad, esta presencia y acción en el compromiso de los fieles laicos en la ciudad secular, con la responsabilidad y la libertad que se les reconocen. Ellos deben crecer en una renovada confianza en la potencia constructiva del Evangelio en todos los campos de la vida social. La clave de discernimiento y de orientación de su praxis social ha sido expresada muy claramente por Juan Pablo II al inicio de su ministerio de supremo Pastor de la Iglesia y desarrollada en la actual fase de relanzamiento de la Doctrina social de la Iglesia: "*La Iglesia posee, gracias al Evangelio, la Verdad sobre el hombre. Ella se encuentra en una antropología que la Iglesia no cesa de profundizar y comunicar. La afirmación principal de tal antropología es la del hombre como imagen de Dios, que no se puede reducir a una mera partícula de la naturaleza o a un elemento anónimo de la ciudad humana (...). Esta verdad completa sobre el ser humano constituye el fundamento de la Doctrina social de la Iglesia, como es también la base de la auténtica liberación*»[58].

Toca especialmente a los laicos llevar el testimonio evangélico, la presencia de la Iglesia, el anuncio y la experiencia de una vida nueva y buena, el servicio concreto de la caridad, al encuentro de las necesidades y esperanzas en la vida cotidiana de sus prójimos, antes que nada en la vida matrimonial y familiar, en el trabajo y en el ejercicio profesional, en las escuelas y universidades, en las fábricas, en

las oficinas y en los campos, en la vida política y social...[59] Inculturando una fe vivida y compartida, ellos deben manifestar, con sus obras, que el Evangelio de Cristo es «*fuerza de libertad y mensaje de liberación*»[60]; es «*Buena Nueva sobre la dignidad de la persona humana*»[61], comenzando por el derecho a la vida, a la libertad religiosa, a la libertad educativa y asociativa; es caridad que sostiene y hace más grande toda auténtica solidaridad entre los hombres; es solidaridad preferencial con los que viven más agudamente el misterio de la Cruz, llevando en su carne las llagas de la humanidad: los enfermos y abandonados, los pobres y oprimidos, los desocupados, los privados de su libertad y derechos, los que sufren la guerra y el hambre... Tienen que demostrar históricamente hoy que el cristianismo es la propuesta más plenamente humana, más a medida de la totalidad de la vocación, la experiencia y el destino de los hombres, mucho, muchísimo más, que cualquier ideología humana.

La Iglesia convoca, en fin, a orientar y animar ese compromiso social de los fieles laicos en la perspectiva de una civilización del amor. Nada tiene de sentimentalismo irénico ni de tranquilizante fuga en la utopía. Las impresionantes transformaciones que están ya desplegándose hacia fines de este siglo son, sí, de magnitud civilizadora. Se asiste a saltos cualitativos del progreso científico y tecnológico, a una revolución de las comunicaciones, cambian los sistemas de trabajo y las referencias culturales, se resquebrajan imperios y se abandonan sistemas y mesianismos terrestres... Son también de horizonte civilizador los grandes desafíos planteados para la salvaguardia de la vida y la libertad humanas ante los complejos tecnoburocráticos de concentración del poder, para la educación de las nuevas generaciones, para la afirmación de la paz y el desarme, para la custodia de la ecología ambiental y humana, para la construcción de una verdadera solidaridad entre las naciones ante la tragedia y el escándalo planetarios de la miseria y del hambre en pueblos enteros. Llega a sus puntos de mayor radicalización materialista, nihilista, el proceso de la modernidad secularizante, pero también a su agotamiento y empantanamiento. ¿Cuáles son los motivos y caminos de esperanza?

Pues bien, somos testigos de que Cristo revela el Absoluto insondable de Dios como amor y que es piedra angular de toda civilización auténticamente humana. La batalla se libra en el corazón de cada hombre y enfrenta el Señorío de Cristo contra los poderes de este mundo. La certeza de la victoria está dada por la potencia de la Resurrección, la derrota del pecado y de la muerte –que son raíces de

toda esclavitud– y el don definitivo de los cielos nuevos y las tierras nuevas, en la morada del Padre, en donde no habrá más hambre ni sed y toda lágrima será enjugada. ¿Seremos los cristianos capaces de vivir y anunciar aquí y ahora, esa potente y segura esperanza, para ir construyendo nuevas experiencias de convivencia humana –aunque siempre frágiles, reformables, mejorables– en las que se vislumbre «la liberación que se avecina», los signos emergentes del Reino de Dios?

Vaticano, noviembre de 1994.

Notas

1) *Christifideles Laici*, 2-3.
2) «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. I, 1978, Libreria Ed. Vaticana.
3) Radiomensaje del 17-10-1978, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. I, 1978, pág. 14.
4) Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana, 12-3-1982, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. V/1, pág. 827.
5) Alocución a las Organizaciones Nacionales del Laicado en Ciudad de México, 29-1-1979, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. II, 1979, pág. 249-250.
6) Juan XXIII, Constitución Apostólica *Humanae Salutis*, 25-12-1961, Libreria Editrice Vaticana.
7) *Gaudium et Spes*, 1; 39.
8) Juan Pablo II, Alocución al VI Simposio de Obispos europeos, 11-10-1985, en "Insegnamenti di Giovanni Paolo II», Vol. VIII/2, 198,1), pág. 910, n. 13.
9) *Apostolicam Actuositatem*, 1.
10) Alocución para la Conmemoración del vigésimo aniversario del Decreto Conciliar *Apostolicam Actuositatem*, 18-11-1985, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. VIII/2, 1985, pág. 1300, n. 2.
11) Y. Congar, «*Jalons pour une théologie du laicat*», Editions du Cerf, Paris 1953.
12) *Christifideles laici,* 9.
13) *Christifideles laici*, 10; cf. G. Angelini y otros, «*I Laici nella Chiesa*», Ed. Elle Di Ci, Turín 1986, págs. 9-27; I. Biffi y otros, «*I laici e la missione della Chiesa*», Ed. Istra, Milán, 1987, págs. 47-65.
14) Alocución al Clero y Religiosos en Santo Domingo, 26-1-1979, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. II, 1979, pág. 135.
15) Juan Pablo II, Alocución a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos, 4-5-1992, n. 4.
16) *Redemptor Hominis*, 7.
17) Juan Pablo II, Alocución a los laicos en Toledo, España, 4-11-1982, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. V, 1982, pág. 1128.
18) Alocución para la Conmemoración del Vigésimo aniversario del Decreto *Apostolicam Actuositatem*, 18-11-1985, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. VIII/2, 1985, pág. 1300.
19) Alocución en el Encuentro Internacional de Jóvenes en Santiago de

Compostela, España, 14-8-1989, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. XII/2, 1989, pág. 284.
20) *Gaudium et Spes*, 43.
21) *Evangelii Nuntiandi*, 20.
22) Cf. *Christifideles laici*, 59.
23) Discurso a los Cardenales y a los Miembros de la Curia Romana con ocasión de la Audiencia de felicitación navideña, 23-12-1982, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. V/3, 1982, pág. 1675.
24) Pío XII, Alocución del 20-2-1946, citada por Juan Pablo II en *Christifideles laici*, 9.
25) *Ad Gentes*, 21.
26) *Lumen Gentium*, 32.
27) Cf. *Catechesi Tradendae*; *Christifideles laici*, 26.
28) Cf. *Evangelii Nuntiandi*, 58.
29) *Familiaris Consortio*, 49 y ss.
30) Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta a los Obispos de la Iglesia católica sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como "comunión", n. 13; 28-5-1992, Libreria Editrice Vaticana.
31) *Christus Dominus,* 27; *Ad Gentes,* 30.
32) Pablo VI, Motu proprio *Ecclesiae Sanctae*, 6-8-1966.
33) Pablo VI, Motu proprio *Ministerio Quaedam*, 15-8-1972.
34) *Evangelii Nuntiandi*, 73.
35) Cf. *Christifideles laici*, 21-24.
36) II Asamblea extraordinaria del Sínodo mundial de Obispos, *Relatio finalis*; cf. *Christifideles laici*, 19 y ss.
37) Cf. J. Ratzinger, «*Rapporto sulla Fede*», Edizioni Paoline, Milán, 1985, págs. 48-49.
38) U. von Balthasar, «*Viaggio nel postconcilio*», cf. entrevista en Revista "*30 giorni*", año III, n. 10, Roma, noviembre 1985, pág. 10.
39) J. Ratzinger, «*L'uomo non cerca strutture*», Revista «30 giorni», año IV, n. 1, Roma, enero 1986, pág. 46.
40) III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Documento de Puebla, n. 273, BAC, Madrid 1985.
41) Cf. G. Carriquiry, «*Las asociaciones de fieles, con referencia especial a la Acción Católica y a los nuevos movimientos eclesiales*», en "*La voz de los laicos en el Sínodo*", Ed. Pontificio Consejo para los Laicos, Vaticano, 1988.
42) *Apostolicam Actuositatem*, 19; cf. GS, 90.
43) *Christifideles laici*, 25 y ss.
44) Alocución a los sacerdotes de Comunión y Liberación, 12-9-1985,

en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. VIII/2, 1985, pág. 658.
45) Alocución en el 30° aniversario del Movimiento Comunión y Liberación, 29-9-1985, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. VII/2, pág. 694.
46) *Christifideles laici*, 30-31.
47) *Gaudium et Spes*, 7.
48) *Christifideles laici*, 34.
49) *Redemptoris Missio*, 3.
50) Pablo VI, Alocución de inauguración del IV período de sesiones del Concilio Vaticano II, 14.9.1965, en «*Insegnamenti di Paolo VI*», Vol. III, Tipografia Poliglotta Vaticana, pág. 460.
51) Juan Pablo II, Discurso a los Cardenales y a los Miembros de la Curia Romana con ocasión de la Audiencia de felicitación navideña, 23-12-1982, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. 3, 1982, pág. 1674.
52) *Redemptor hominis*, n. 10; cf. *Redemptoris Missio,* 1-4.
53) *Redemptoris Missio*, 36.
54) G. Carriquiry, «*Desafíos para la nueva evangelización a la luz del Magisterio de Juan Pablo II*», Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, México 1992.
55) Cf. *Lumen Gentium*, 31, 35, 36; *Apostolicam Actuositatem*, 7; *Ad Gentes*, 21; *Gaudium et Spes*, 43.
56) Cf. *Evangelii Nuntiandi*, 70.
57) *Christifideles Laici*, 34.
58) Alocución de inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 28-1-1979, en «*Insegnamenti di Giovanni Paolo II*», Vol. II, pág. 199.
59) Cf. *Christifideles laici*, 36-45.
60) Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción *Libertatis Nuntius*, 1, AAS 76 (1984), 876-877.
61) *Redemptor Hominis*, 10.

2. Nueva época asociativa de los fieles laicos y el don de los movimientos eclesiales

De la eminente dignidad de los bautizados

Este estudio pretende ofrecer algunas reflexiones relativas a la "recepción del Concilio" en la vida de los cristianos laicos, privilegiando la perspectiva del hecho asociativo, es decir, de su adhesión y participación a asociaciones, movimientos y otras modalidades de agrupación con fines espirituales, apostólicos y caritativos.

No se desea recaer por ello en el reduccionismo de no pocos estudios sobre la teología y la praxis de los laicos, sobre todo en décadas anteriores al acontecimiento conciliar, que tendía a concentrar y hasta a monopolizar la referencia al "laicado" (¡«*laicat*», diferente de «*laics*»!) a sus minorías militantes, activistas, «comprometidas», sobre todo aquellas que descuellan en actividades eclesiásticas, en movimientos apostólicos y en liderazgos políticos. Se distinguían así los meramente "practicantes" de los "militantes" sobre el trasfondo de la considerada, y más bien despreciada, masa informe de los fieles –los "no organizados"–, residuo de cristiandades en desaparición. Era lógico que, en gran medida, esta visión –muchas veces no conscientemente asumida y tematizada– se prolongase en los tiempo del inmediato pos-concilio, ya que la irrupción de la repercusión suscitada por el acontecimiento conciliar, desde un punto de vista social, afectaba primero al estamento clerical y religioso y al laicado militante, o sea, al núcleo de las elites más comprometidas en la Iglesia, las más informadas y sensibles respecto del Concilio, en las que se localizan primero entusiasmos y euforias, oposiciones y conflictos, ensayos y experimentaciones, reflexiones y críticas. Pero desde tal ángulo visual, quedaban en la penumbra las grandes mayorías de bautizados que componen el pueblo de Dios, cuando no despreciadas sus formas tradicionales de participación y de religiosidad católicas –y hubo grandes olas de "iconoclastía" secularizante al respecto–, reservándose por lo general las referencias eufóricas y complacientes sobre la «era del laicado» y «el laicado en su edad adulta», a aquellas minorías. Contra tal reducción es ilustrativo, por una parte, recordar los títulos de dos artículos reactivos publicados en la revista *Communio*, por sí bien expresivos: "*De la eminente dignidad de los pobres bautizados*" y "*La muerte del laicado y el renacimiento del pueblo de Dios*"[1]. Adviene,

por otra parte, la revalorización de la piedad popular católica y de convocatoria del pueblo cristiano en grandes eventos eclesiales.

Con estas advertencias, este trabajo quiere demostrar la pertinencia de haber escogido las vicisitudes asociativas de los fieles laicos como especialmente ilustrativas de las cuestiones y desafíos que se plantean a todos los laicos en la recepción del Concilio en el contexto de nuestro tiempo, desde la convicción de que las corrientes modernas y contemporáneas de promoción del laicado encuentran su condensación vertebradora, propulsora e irradiadora, sobre todo gracias a tales experiencias asociativas. Se da obviamente por supuesto que, no obstante la validez general de esa hipótesis, la adhesión a una asociación o movimiento no ofrece para cada persona singular una patente cierta de discípulo y testigo; y que los que participan en ellas no agotan por cierto los testimonios laicales que afrontan con seriedad su propia vocación y destino, menos aún hoy día en que se dan vastas y diversificadas modalidades de participación y servicio de los fieles laicos en la vida de las comunidades cristianas –en sus diversas actividades litúrgicas, catequéticas, caritativas, educativas, misioneras... – y de compromiso de presencia y servicio cristianos en el mundo, sin que necesariamente participen en una realidad asociativa.

En la tradición de la Iglesia

El asociacionismo de los fieles recorre, a través de muy variadas formas, toda la historia de la Iglesia. No es, en verdad, un fenómeno tan sólo contemporáneo, ni siquiera moderno. A lo largo de los siglos "*asistimos continuamente* –señalaba S.S. Juan Pablo II– *al fenómeno de grupos más o menos grandes de fieles, quienes, por un impulso misterioso del Espíritu, fueron espontáneamente impulsados a asociarse con el objetivo de perseguir determinados fines de caridad o de santidad, en relación a las necesidades particulares de la Iglesia en su tiempo o también para colaborar en su misión esencial y permanente*"[2]. La «*asociación de los fieles* –confirma la *Christifideles laici– siempre ha representado una línea en cierto modo constante en la historia de la Iglesia*»[3]. ¿Acaso no han sido protagonizados fundamentalmente por laicos los diversos movimientos monacales del primer milenio cristiano, proseguidos por muchas experiencias de "vida apostólica" entre los laicos? Contamos aún con el testimonio de terceras órdenes seculares y de cofradías laicales que hunden sus raíces en el bajo medioevo. Luego se agregarán los «oratorios», las

«congregaciones marianas», diversas experiencias asociativas de mujeres cristianas y tantas otras experiencias asociativas. Como ímpetus de la "reforma católica" y de "contrarreforma", ante el drama de la "reforma protestante" y el reto de la evangelización e implantación católicas en los "nuevos mundos", el primer tiempo del barroco verá una vasta y densa red de asociaciones de los fieles en cuanto expresión de las exigencias planteadas a la vida de los laicos y de su respuesta comunitaria, con-fraternal, para crecer en la fe por medio de la catequesis, para dar gloria a Dios en las obras culturales y artísticas, para dilatar la caridad en formas de servicio a las más diversas necesidades humanas y para propagar el evangelio *ad gentes*[4].

En el proceso de irrupción victoriosa del capitalismo burgués, las asociaciones fueron consideradas como obstáculos a la libertad económica y cultural y, por eso, llegaron a ser perseguidas y suprimidas. La Revolución francesa y el Código napoleónico decretaron su abolición. Pero el fenómeno asociativo, secular y eclesial, adquiere un intenso renacimiento desde la segunda mitad del siglo pasado. Por una parte, el progresivo debilitamiento del poder y la influencia «temporales» de la Iglesia, la agresividad anticlerical y anticatólica de dirigencias racionalistas y liberales, la disgregación progresiva de las «cristiandades rurales» bajo los impactos de la propagación de la revolución urbano-industrial, el surgimiento de nuevos grupos sociales y movimientos político-ideológicos, exigieron en la Iglesia la promoción de nuevos instrumentos organizativos de formación y acción de los católicos, especialmente para una movilización general de los fieles laicos. Por otra parte, los estudios bíblicos y patrísticos, el camino emprendido de renovación eclesiológica, nuevos carismas y comunidades educativas, caritativas y misioneras, la conformación del "movimiento católico" con numerosos y diversos componentes, las corrientes y experiencias del "catolicismo social", fueron abriendo cauces a ese protagonismo de los laicos. El Espíritu de Dios suscitaba, entonces, más allá de las impregnaciones clericales en la vida eclesial, providenciales experiencias asociativas de los fieles, como las conferencias vicentinas de F. Ozanam, la genial intuición del «apostolado católico» de V. Pallotti, el trabajo educativo con los jóvenes de sectores populares de J. Bosco y de A. Kolping, y tantas otras experiencias y obras de construcción y participación laical desde finales del siglo XIX.

En el curso de la primera mitad del siglo XX esa dinámica asociativa adquirió un aún más vasto y diversificado desarrollo,

contando como columna vertebral con la Acción Católica, nacida ya hacia finales del siglo XIX pero definida y estructurada más precisamente, y propagada a nivel mundial, especialmente durante el pontificado de Pío XI. No en vano el "Papa de las misiones" en los pueblos emergentes fue también el "Papa de la Acción Católica" en tiempos de descristianización de las tradicionales cristiandades. La Acción Católica es "*la participación* –dirá Pío XI; mejor "colaboración", precisará Pío XII– *de los laicos en el apostolado de la jerarquía para* instaurare omnia in Christo*"*.

A niveles nacionales, la estructura de la Acción Católica articulaba muy diversas ramas asociativas, movimientos, obras y servicios. Desde los años ´30 se vivió, no sin tensiones y dificultades, desde sus orígenes franco-belgas, la separación progresiva de ese tronco común de los movimientos "especializados" de acción católica, para los diferentes ambientes, con su propia pedagogía ("ver-juzgar-actuar", "revisión de vida", formación en la acción, encuestas y equipos de acción...).

Se constituyen también, entre las décadas de 1920 y 1960, numerosas asociaciones de fieles de dimensión internacional, en sintonía y bajo la interpelación, por una parte, de la interdependencia creciente en la vida de los hombres y los pueblos, de la institucionalización de la Sociedad de Naciones y luego de las Naciones Unidas, y, por otra, del despliegue histórico de la catolicidad encarnada en el seno de las más diversas culturas y naciones emergentes. Cubren una gran variedad de finalidades y campos de acción (cultivo de la piedad, apostolado en las diferentes clases sociales y profesiones, presencia cristiana en la educación y en la cultura, en las comunicaciones sociales, en el mundo médico-sanitario, modalidades de caridad y promoción humana, organización de jóvenes y de mujeres, etc.). Fueron reconocidas como las "Organizaciones Internacionales Católicas" (en 1927 nace la Conferencia de los Presidentes de las OIC, que en 1946 será la «Conferencia de las OIC»[5]). Se agregó aún la creación y difusión de instituciones y movimientos, "*formas nuevas que promovían, de una u otra forma, la santidad en el mundo*", algunas de las cuales fueron acogidas bajo la nueva figura de los "institutos seculares". En todas estas realidades asociativas se aprecia un aumento de la participación y del protagonismo de los laicos, existiendo relación muy estrecha entre ese desarrollo asociativo, el fenómeno llamado de promoción del laicado y las reflexiones y publicaciones crecientes sobre la teología del laicado y la espiritualidad laical.

Por todo ello, mientras en el Código de Derecho Canónico pío-benedictino (1917) se reconocía tan sólo la existencia de asociaciones de fieles erigidas o aprobadas por la jerarquía, citando únicamente a las Cofradías, Pías Uniones y Terceras Órdenes, ya hacia tiempos del Concilio Vaticano II las experiencias y perspectivas asociativas de los fieles habían adquirido toda otra envergadura eclesial, manifestada, por otra parte, en su pujante participación en los sucesivos congresos mundiales para el apostolado de los laicos (1951, 1957, 1967), en las actividades del Comité Permanente de éstos en Roma (COPECIAL), así como en la vasta, compleja e intensa escena de trabajos preparatorios, de estudios y consultas, que precedió y acompañó las sesiones del Concilio Vaticano II[6].

No podía, pues, extrañar que el Concilio destacara "*la importancia de las formas organizadas del apostolado seglar*" como respuesta adecuada "*a las exigencias humanas y cristianas de los fieles y (...), al mismo tiempo, signo de comunión y de unidad de la Iglesia en Cristo*"[7]; que recomendara que "*se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado*"[8] y que se alentara también ese desarrollo asociativo a nivel internacional[9].

El Concilio Vaticano II reconoce el derecho de los fieles a fundar y dirigir asociaciones, salvada la "*debida relación con la autoridad eclesiástica*"[10], no concebido como benigna concesión de los Pastores, sino fundada en el respeto por la libertad de la persona y en el estatuto bautismal, también como especificación de la exhortación conciliar a los «sagrados pastores» para que "*reconozcan y promuevan la dignidad y responsabilidad de los laicos en la Iglesia (...) y les den libertad y oportunidad para actuar, animándolos incluso a emprender obras por su propia iniciativa*"[11].

No obstante ello, desde comienzos de la década de los años 70, en la primera fase del inmediato pos-concilio, se hablaba ya corrientemente de la "crisis del asociacionismo católico", dada la situación turbulenta en la que muchas asociaciones tradicionales, sobre todo la Acción Católica, resultaban interpeladas y sacudidas por ráfagas de revisión y renovación y, a la vez, de incertidumbres y desgastes.

Una nueva época asociativa

La Exhortación apostólica pos-sinodal *Christifideles laici* es el primer documento del Magisterio pontificio que señala y afronta sistemáticamente la novedad de los movimientos eclesiales y las nuevas

comunidades que irrumpen en la vida de la Iglesia en tiempos pos-conciliares. En este documento se advierten claramente los signos de "*una nueva época asociativa de los fieles laicos*", caracterizada por "*una particular variedad y vivacidad*", en la que "*junto al asociacionismo tradicional, y a veces desde sus mismas raíces, han germinado movimientos y asociaciones nuevas, con fisionomías y finalidades específicas*", en cuanto expresiones de la "*riqueza y versatilidad de los recursos que el Espíritu alimenta en el tejido eclesial*" y de "*la capacidad de iniciativa y de generosidad de nuestro laicado*"[12].

En efecto, "*en las primeras palabras del nuevo pontificado*", considerando el legado recibido del Concilio Vaticano II y de sus predecesores, Juan Pablo II observaba ya como "*un espíritu de colaboración y corresponsabilidad*" se había difundido entre los laicos, "*confirmando no sólo las organizaciones del apostolado laico ya existentes, sino creando otras nuevas, que tienen muchas veces un perfil diverso y un dinamismo excepcional*"[13]. Desde entonces, el Papa no cesa de reconocer, alentar y promover "*el gran y promisorio florecimiento de los movimientos eclesiales*", indicándolos "*como un motivo de esperanza para toda la Iglesia y para los hombres*"[14]. Especialmente significativa fue su importante alocución, en la Plaza de San Pedro, el 30 de mayo de 1998, en la que, recapitulando veinte años de atenta compañía, discernimiento y aliento de los movimientos y nuevas comunidades eclesiales y llamándolos a emprender una fase de madurez, los vuelve a proponer con vigor a toda la Iglesia, indicándolos como "respuesta providencial" para los dramáticos desafíos de finales del milenio. "*En nuestro mundo* –dijo el Santo Padre en esa oportunidad–*, frecuentemente dominado por una cultura secularizada que fomenta y propone modelos de vida sin Dios, la fe de muchos es puesta a dura prueba y no pocas veces sofocada y apagada. Se siente, entonces, con urgencia la necesidad de un anuncio fuerte y de una sólida y profunda formación cristiana. ¡Cuánta necesidad existe hoy de personalidades cristianas maduras, conscientes de su identidad bautismal, de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo! ¡Cuánta necesidad de comunidades cristianas vivas! Y aquí entran los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales: son la respuesta suscitada por el Espíritu Santo a este dramático desafío del fin del milenio. Vosotros sois esta respuesta providencial*"[15]. "Respuesta providencial" significa ser considerados como signos emergentes del designio del Señor de la historia, de su economía de Salvación, de los

caminos admirables por los que gobierna y conduce la vida de las personas, de las naciones, de Su Iglesia, suscitados, pues, por la inagotable fecundidad del Espíritu de Dios, que obra por la libre distribución de una diversidad de carismas. El Papa Benedicto XVI ha reafirmado en diversas oportunidades este carácter "providencial".

Cuando se habla de movimientos, se hace referencia a concretas realidades como los Cursillos de Cristiandad, la Obra de María (Focolarinos), la Renovación Carismática Católica, Comunión y Liberación, Schönstatt, Movimiento de Vida Cristiana, así como las llamadas "nuevas comunidades", sobre todo las de origen francés (Emmanuel, Béatitudes, Chemin Neuf, etc.) pero también a la Comunidad de San Egidio, la Comunidad Papa Juan XXIII, la Comunidad de Villa Reggia y muchas otras, entre las que descuellan las Comunidades Neocatecumenales. La noción de "movimiento" es aplicada a realidades muy diversas entre ellas, en sus carismas, pedagogías, formas comunitarias, estilos de acción e incluso en sus respectivas configuraciones canónicas. Es tanta la diversidad que a veces resulta algo abstracto y convencional hablar de "movimientos". No es cuestión ciertamente de constituir un "bloque de movimientos" dentro de la Iglesia.

Además, no es que los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades agoten los componentes de esta nueva época asociativa. Los dones del Espíritu Santo se manifiestan en muchas otras realidades, de diferentes configuraciones canónicas. La misma Exhortación apostólica *Christifideles laici* se refiere al proceso de renovación y relanzamiento de la tradición de la Acción Católica[16]. Surgen también numerosas y variadas formas asociativas de los laicos ligadas al carisma, al apostolado y a las obras de Institutos de vida consagrada y a sus "familias religiosas". Y resulta cada vez más significativa la participación de los católicos en muchas organizaciones no gubernamentales, con muy diversos objetivos.

Frutos y sujetos providenciales de actuación del Concilio Vaticano II

Juan Pablo II ha señalado varias veces los movimientos y nuevas comunidades eclesiales como "*uno de los frutos más significativos de la primavera que anunció el Concilio Vaticano II, pero que, desgraciadamente, a menudo se ve entorpecida por el creciente proceso de secularización*"[17]. Ciertamente el Concilio Vaticano II no

les había dedicado una atención específica, porque eran pocos los entonces existentes, mientras otros apenas estaban surgiendo en la vida eclesial. Como acontecimiento capital del Espíritu para la Iglesia de nuestro tiempo, el Concilio sembró las enseñanzas y abrió las compuertas para que corrientes de agua viva, que brotan de la única e inagotable fuente, regaran el *humus* de la vida de las personas y comunidades, fecundándola y fructificándola.

Su imprevista y vigorosa emergencia se manifiesta sobre todo en el que podría llamarse como "segundo tiempo" del pos-concilio, precisamente en el cuadro de un pontificado que desde su comienzo se propuso "*promover con acción prudente y a la vez estimulante, la más exacta ejecución de las normas y orientaciones del Concilio, favoreciendo sobre todo la promoción de una adecuada mentalidad*"[18].

Los signos inaugurales de esa segunda fase del pos-concilio pueden convencionalmente indicarse en la apertura del Año Santo de 1975, en la realización de la III Asamblea General del Sínodo de los Obispos, pero sobre todo en la publicación, por parte de Pablo VI, de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975). A diez años del Concilio Vaticano II, la Iglesia sentía ya la viva necesidad de un retomarse sintético, unificante, integrador, en torno a lo esencial de sí misma, luego de la diversificación de reformas y ensayos, de la diáspora de experiencias, de tendencias polarizadas y disgregantes que se vivieron convulsionadamente en la fecunda y crítica primera fase del pos-concilio. La *Evangelii Nuntiandi* –en el camino sinodal que es clave de lectura y realización de las enseñanzas del Concilio[19]– operó un proceso de discernimiento, por una parte, reteniendo y sedimentando lo mejor de las reformas conciliares, y desechando experiencias fallidas y caminos de crisis. Por otra parte, fue también un proceso de recentramiento de la Iglesia en su "*vocación propia*" e "*identidad más profunda*", que es su misión evangelizadora, con la responsabilidad de custodiar y trasmitir los contenidos íntegros de la verdad que le ha sido confiada[20]. La "*evangelización de la cultura y de las culturas*" apuntaba no sólo a predicar el mensaje de Cristo a nuevas tierras y pueblos sino también a "*alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad*", convirtiendo la conciencia personal y a la vez colectiva de los hombres y generando nuevas formas de vida correspondientes a su dignidad de persona humana y a sus anhelos de liberación integral[21]. Tal recentramiento eclesial fue pronto advertido

como el camino oportuno para dejar atrás la frecuente y perniciosa contraposición entre la afirmación de identidad –mal comprendida y rechazada como encierro solipsista, *ghetto* de restauración– y la apertura y servicio al mundo –confundida con la subalternidad a las vigencias mundanas dominantes y el auto-vaciamiento en ellas–. Iglesia, sí, para el mundo, pero desde lo más propio de sí: el Evangelio como anuncio, experiencia y propuesta de novedad de vida en la comunión irradiante de los discípulos y testigos del Señor. Había que superar muchas otras contraposiciones, propias de la mentalidad *aut-aut* –como aquellas entre evangelización y sacramentalización, espiritualismo y compromiso social, iglesia institucional e iglesia carismática y profética, iglesia jerárquica e iglesia-pueblo de Dios, ortodoxia y ortopraxis– que resultaban disociadoras y disgregantes en la aproximación de los fieles a la unidad (*et-et*) de la "sinfonía católica".

En la superación progresiva de aquella fase crítica y tumultuosa –que la santa paciencia y sabiduría de Pablo VI orientó hacia una auténtica renovación eclesial–, fueron madurando las condiciones espirituales, culturales y pastorales para que el pontificado de Juan Pablo II se propusiera la plena e íntegra actuación de las enseñanzas del Concilio, gracias a una Iglesia ya "*más crítica frente a las diversas críticas desconsideradas, más resistente respecto a las varias 'novedades', más madura en el espíritu de discernimiento, más idónea para extraer de su perenne tesoro 'cosas nuevas y antiguas', más centrada en su propio misterio y, gracias a todo esto, más disponible para la misión de salvación de todos*"[22]. Se desbloqueaba y desataba, aún entre pesos muertos y resistencias potentes y ante ingentes retos, una renovada "ofensiva" de presencia evangelizadora de la Iglesia al servicio del hombre. Su programa está todo allí, en la primera encíclica "*Redemptor Hominis*": "*El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la redención*"[23].

Ese dinamismo de recentramiento, recomposición y revitalización de la vida eclesial pasa ahora por cinco exigencias con-naturales a su misión, pero replanteadas con especial vigor en el pontificado de Juan Pablo II y proseguido en el pontificado actual de Benedicto XVI:

- una refundación radical, personal y comunitaria, de la experiencia de encuentro y seguimiento de Jesucristo, conforme a la vocación universal a la santidad;
- un renovado sentido de pertenencia a la Iglesia en cuanto misterio de comunión, fundada y siempre renovada por dones sacramentales, jerárquicos y carismáticos que le son co-esenciales, en búsqueda urgida de unidad con otras Iglesias y comunidades cristianas;
- una mayor responsabilidad respecto a la verdad de la fe de la Iglesia, en la integridad de sus contenidos, de su anuncio y propuesta;
- una "nueva evangelización" que se comunique desde un ímpetu misionero en todas las situaciones, ambientes y culturas, siguiendo la "vía del hombre", para abrir a Cristo su corazón y todas las dimensiones de su existencia y convivencia;
- un renovado compromiso de presencia, solidaridad y servicio de los cristianos, que sea expresión de la fecundidad de la caridad al encuentro de las necesidades humanas, del empeño en el combate por defender y promover la dignidad de las personas, de las familias y de los pueblos, a la luz de la renovada y relanzada doctrina social de la Iglesia.

Estas exigencias replanteadas a todo el pueblo cristiano, en un magisterio abundante, rico y en incesante dedicación misionera, encontraron en los movimientos signos fecundos de su realización.

Una segura novedad

La referencia a la "nueva época asociativa" condensaba la viva atención que Juan Pablo II había demostrado desde el comienzo de su pontificado respecto a estas realidades emergentes, los numerosos encuentros que había tenido con diversos movimientos en el Vaticano o con ocasión de sus viajes apostólicos, los mensajes y palabras de aliento que había pronunciado a los primeros Congresos organizados por los mismos movimientos[25].

Su más cercano colaborador, el Cardenal Joseph Ratzinger, entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, destacaba el carácter sorprendente de tal inesperada novedad: "*Lo que lleva a la esperanza a nivel de la Iglesia universal –y ello ocurre precisamente en el corazón de la crisis de la Iglesia occidental– es el surgir de nuevos movimientos, que nadie ha proyectado, sino que han surgido espontáneamente de la vitalidad interior de la misma fe (...) Emerge aquí una nueva generación de la Iglesia (...). Encuentro*

maravilloso –escribía el Cardenal Joseph Ratzinger refiriéndose a los movimientos eclesiales contemporáneos– *que el Espíritu sea una vez más aún más fuerte que nuestros programas y valorice otras cosas de las que nos habíamos imaginado*"[26].

El Siervo de Dios era muy consciente de que los movimientos y nuevas comunidades representaban "*una segura novedad*", pero que ésta "*debe ser todavía adecuadamente comprendida en toda su positiva eficacia para el Reino de Dios en orden a su actuación en el hoy de la historia*"[27].

En efecto, el mismo Papa recordará, años después, que "*su nacimiento y difusión ha aportado a la vida de la Iglesia una novedad inesperada y a veces incluso sorprendente. Esto ha suscitado interrogantes, malestares y tensiones; algunas veces ha implicado presunciones e intemperancias, por un lado; y no pocos prejuicios y reservas, por otra. Ha sido un período de prueba de su fidelidad, una ocasión para verificar la autenticidad de sus carismas*". Y concluía, afirmando: "*Hoy ante vosotros se abre una etapa nueva: la de madurez eclesial. Esto no significa que los problemas hayan quedado resueltos. Más bien, es un desafío, un camino por recorrer. La Iglesia espera de vosotros frutos maduros de comunión y compromiso*"[28].

Veinte años después, se puede afirmar que se han dado pasos muy importantes en ese camino de madurez eclesial. Los movimientos y nuevas comunidades, extendidos actualmente en muy numerosas Iglesias locales, son mucho más conocidos y mejor apreciados. Se han ido superando muchas tensiones sufridas en el pasado en las relaciones entre algunos Obispos y estas realidades. Incluso más: son ahora muchos los Obispos que solicitan a los movimientos y nuevas comunidades iniciar su experiencia en sus jurisdicciones diocesanas. El constante magisterio pontificio ha ido dando guía, enseñanzas y certezas en ese camino.

Nuevos injertos en el árbol de la tradición

Durante estos últimos 30 años, el Consejo Pontificio para los Laicos ha procedido a reconocer canónicamente, en conformidad con la potestad de jurisdicción que le ha sido delegada por el Sumo Pontífice, numerosos movimientos eclesiales, nuevas comunidades y otras realidades asociativas. Impresiona al respecto hojear el "Repertorio" de las asociaciones internacionales de fieles publicado por este dicasterio de la Santa Sede en 2004[29].

La Exhortación apostólica *Christifideles laici* planteó oportunamente "*criterios claros y precisos de discernimiento y reconocimiento*" para afrontar la nueva realidad de los movimientos y otros sodalicios –criterios válidos para todas las asociaciones de fieles–, de modo que las autoridades eclesiásticas pudieran guiarse en el ejercicio de su servicio de discernimiento, guía y orientación "*para un crecimiento de las asociaciones de los fieles laicos en la comunión y misión de la Iglesia*": "*el primado que se da a la vocación de todo cristiano a la santidad y que se manifiesta en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles (...); la responsabilidad de confesar la fe católica, acogiendo y proclamando la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre",* como lugares en los que "*se anuncia y se propone la fe y se educa para practicarla en todo su contenido"; "el testimonio de una comunión firme y convencida",* en relación filial con el Papa y con los Obispos; *"la conformidad y participación en el fin apostólico de la Iglesia",* con renovado ímpetu misionero, evangelizador: y *"el comprometerse en una presencia en la sociedad humana que, a la luz de la doctrina social de la Iglesia, se ponga al servicio de la dignidad integral del hombre*"[30]. Claro es que, en última instancia, serán sus frutos los que indicarán su validez.

Estos reconocimientos indican que para muchos movimientos, nuevas comunidades y asociaciones se concluyó positivamente un período exigente de discernimiento y que ellos están ahora considerados y propuestos como un bien para la Iglesia universal. El reconocimiento significa que la certeza subjetiva de participar en una obra querida por Dios se vuelve ahora certeza objetiva, corroborada y proclamada por el Sucesor de Pedro, en el ejercicio de su potestad suprema, directa y universal en la Iglesia. Ello quiere decir que los carismas originarios y sus frutos educativos, comunitarios y misioneros quedan reconocidos e injertados en la gran tradición católica.

"*Es significativo al respecto* –afirmaba Juan Pablo II– *cómo el Espíritu, para proseguir con el hombre actual el diálogo comenzado por Dios en Cristo y continuado a lo largo de la historia cristiana, haya suscitado en la Iglesia contemporánea numerosos movimientos eclesiales*"[31]. Y en otra ocasión, desarrollaba aún este concepto: "*La Iglesia, nacida de la pasión y resurrección de Cristo y de la efusión del Espíritu Santo, y propagada en todo el mundo y en todos los tiempos sobre el fundamento de los apóstoles, ha sido enriquecida durante los siglos por la gracia de siempre nuevos dones. Ellos le han permitido, en las diversas épocas, estar presente en forma nueva y adecuada para*

responder a la sed de belleza y justicia que Cristo ha ido suscitando en el corazón de los hombres, y de la que Él mismo es la única, satisfactoria y plena respuesta"[32]. Más aún: tanto von Balthasar como Ratzinger han destacado que la Providencia de Dios parece ofrecer a la Iglesia numerosos y diversos carismas, a modo de racimo, precisamente para los tiempos cruciales en los que la tradición católica queda jaqueada y erosionada por nuevas culturas emergentes, para revitalizarla y reproponerla, en nuevas formas, desatando renovadas corrientes de santidad y nueva evangelización.

Naturaleza de los movimientos y nuevas comunidades

Si la Exhortación apostólica *Christifideles laici* es el primer documento pontificio que trata de la irrupción y la experiencia de los movimientos y nuevas comunidades, ¿cómo no recordar también los sucesivos encuentros en la plaza de San Pedro, primero con Juan Pablo II el 30 de mayo de 1998, y después con Benedicto XVI el 3 de junio de 2006, con centenares de miles de adherentes a estas realidades? Gracias a estos acontecimientos y a las alocuciones pontificias en ellos, pero también gracias a los mensajes enviados a los dos Congresos mundiales de movimientos y nuevas comunidades organizados por el Consejo Pontificio para los Laicos que han precedido dichos encuentros, podemos contar con una profunda doctrina y una firme continuidad en el magisterio de Juan Pablo II y Benedicto XVI al respecto[33].

Ambos pontífices han sabido acoger, valorizar y alentar a los movimientos eclesiales y nuevas comunidades en el seno de la Iglesia universal, propuestos como bienes preciosos para la vida de las personas, para la formación cristiana de los bautizados y para la edificación del Reino de Dios en el hoy de la historia. "*Si, por una parte* –precisa el Papa Juan Pablo II– (esa categoría) *no puede ciertamente agotar ni fijar la riqueza de las formas suscitadas por la creatividad vivificante del Espíritu de Cristo, por otra sirve, sin embargo, para indicar una concreta realidad eclesial de participación predominantemente laical, un itinerario de fe y de testimonio cristiano que basa su propio método pedagógico sobre un carisma preciso dado a la persona del fundador en circunstancias y modos determinados*"[34]. De todos modos, el mismo Juan Pablo II advierte ciertas características comunes en ese florecimiento asociativo: "*la común conciencia de la 'novedad' que la gracia bautismal aporta en la vida, (...) el singular*

anhelo de profundizar el misterio de la comunión con Cristo y con los hermanos, (...) la firme fidelidad al patrimonio de fe trasmitido por el flujo vivo de la Tradición"[35].

El notable estudio del Cardenal Ratzinger sobre la "colocación teológica de los movimientos" explica que éstos no se comprenden bien a la luz de una dialéctica entre carisma e institución, cristología y pneumatología, profecía y sacerdocio[36]. Es, sobre todo, la adhesión fiel a los carismas que están en los orígenes de los movimientos y nuevas comunidades lo que marca profundamente el sentido de pertenencia comunitaria y el camino educativo y misionero de estas realidades. Juan Pablo II vincula "*el redescubrimiento de la dimensión carismática de la Iglesia*" con la consolidación de esta "*singular línea de desarrollo de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades*"[37]. En efecto, los movimientos aparecen, en primer lugar, como emergencias carismáticas que, junto a muchas otras experiencias eclesiales, responden a la necesidad sentida de un recentramiento, refundación y revitalización de la experiencia creyente en la Iglesia actual.

¿Qué es sintéticamente un carisma sino un don (*gratis datae*) del Espíritu Santo dado a una persona en un determinado contexto histórico para que dé inicio a una experiencia de fe que de algún modo puede resultar útil a la Iglesia? Ya lo decía el apóstol Pablo cuando señalaba que los carismas provienen del único Espíritu (1 Cor 12,4ss), si confiesan a Jesús como el Señor (cfr. 1 Cor 12,3), concurren al crecimiento del Cuerpo de Cristo (cfr. 1 Cor 12,7; 12,22-27) y tienen como preeminencia el don de la caridad (cfr. 1 Cor 13,2; 2 Cor 6,6; Gal 5,22). Los carismas iluminan la inteligencia y mueven la voluntad en renovados caminos de encuentro y seguimiento del Señor. Por el carisma, a través de un encuentro humano, la Presencia de Cristo alcanza la persona, le toca los ojos/boca/oídos/corazón/inteligencia /libertad, y se vuelve para ella una evidencia, o sea, una Presencia tan llena de realidad, de novedad, de poder de afecto y persuasión, como la tuvo en el encuentro con sus primeros apóstoles y discípulos 2000 años ha. Por eso, los movimientos son modalidades con las que el acontecimiento de Cristo y su misterio en la historia –la Iglesia– se encuentran con la vida de las personas de manera conmovedora, educativa y movilizadora. Es la experiencia del encuentro y seguimiento de Cristo "*el acontecimiento que da a la vida un nuevo horizonte y con ello su dirección decisiva*"[38]. Se da así en ellos una experiencia, una confesión serena, llena de gozo y esperanza, sin reticencias ni problematizaciones inhibitorias, de que Jesucristo es el

Señor. De allí, la esencialidad, la simplicidad y la frescura del anuncio y la propuesta cristianas.

De ello, cabe deducir dos anotaciones muy actuales. La primera es que no podemos dar eso por presupuesto ni por descontado en las comunidades cristianas, en la vida de los bautizados. Muchas veces abunda una preocupación afanosa sobre las consecuencias morales, sociales, culturales y políticas de la fe, pero presuponiéndola así de un modo cada vez más irreal. Una confianza excesiva ha sido puesta en las estructuras y programas eclesiásticos, en la distribución de poderes y funciones, pero ¿qué pasa si la sal se vuelve insípida? Hay que "recomenzar" siempre desde un renovado encuentro personal con Cristo.

La segunda anotación se refiere a la dinámica existencial de comunicación de la fe por medio del carisma y, por tanto, de la experiencia del movimiento, en formas persuasivas, convincentes, evidencias experimentadas y sedimentadas en la vida de las personas. No cabe duda que en las actuales condiciones de descristianización, de secularización radical, la capacidad de transmitir la fe, su fuerza de *tradere* (de comunicación, de transmisión) se ha visto muy debilitada. Ya no opera aquella transmisión por ósmosis en ambientes cristianos. Por el contrario, estamos todos sometidos al influjo capilar de potentes y persuasivos medios de comunicación social por el que nuestra existencia tiende a ser conformada a las vigencias mundanas dominantes, a los modelos de vida cada vez más lejanos a toda referencia cristiana. El acontecimiento capital del bautismo, en cuanto re-generación de la persona, "revestida de Cristo" (cfr. Gal 3,26-27), queda demasiado a menudo sepultado en una tumba de olvido e ignorancia. Ante este estado de cosas, la simple repetición verbal del anuncio se demuestra cada vez más insuficiente. Hoy que la fe no es más un patrimonio común ni una posesión tranquila sino una semilla insidiada y a menudo ofuscada por los "dioses" y "señores" de este mundo, muy difícilmente se hace carne por medio de formas discursivas, por imperativos morales, menos aún por genéricas referencias a valores cristianos. La retórica sobre los "principios", la mera dicción del "mensaje", no llegan al fondo del "corazón" de la persona, no afectan su libertad, no cambian la vida. Puede atraer y fascinar sobre todo el encuentro con testimonios que sean documentación concreta, atractiva, sorprendente, de la Presencia de Cristo. Gracias a los carismas, la radicalidad del Evangelio, el contenido objetivo de la fe, el flujo vivo de su tradición, se comunican

persuasivamente y se convierten en experiencia personal, como adhesión de la libertad al acontecimiento presente de Cristo. Parafraseando a Guardini, se podría decir que de tal modo la Iglesia renace en las almas.

Reconstruir el *sensus ecclesiae*

"*La afinidad espiritual*"[39] que se crea entre los que comparten el mismo carisma suscita modales de vida comunitaria que son moradas, compañías y sostén para la vida cristiana de las personas, "*células vitales*" –afirmaba el entonces Cardenal Ratzinger– que hacen "*concretamente experimentable y practicable, al interior de una realidad más pequeña, la gran realidad vital de la Iglesia*"[40]. Son manifestaciones de la "*libertad de formas en que se realiza la única Iglesia*"[41], por medio de las cuales se educa a un auténtico sentido de pertenencia a su misterio de comunión y de participación a su misión.

Pienso que no es aventurado decir que los movimientos son principio de "respuesta providencial" en cuanto sujetos que viven y proponen, en el fuerte atractivo de sus experiencias comunitarias, el misterio de comunión, saliendo al encuentro de la necesidad de las personas, que llevan constitutivamente inscrito el ser para la comunión pero que se ven arrastradas, por una parte, hacia una masificación anónima que las reduce al rango de números, a una serie de reacciones y funciones, a engranajes de la máquina productiva y de homologación cultural; y, por otra parte, a una insoportable soledad, en ausencia de encuentros y amistades verdaderas, en procesos de desintegración del tejido social marcado por un individualismo radical. Vivimos paradojalmente en la aldea global de la revolución de las comunicaciones, pero lo que falta cada vez más es la comunión entre las personas, la superación de la extraneidad y la indiferencia, de la enemistad y la exclusión, que son la marca dominante, mundana, de sus relaciones. ¿Acaso no se da un fuerte crecimiento de las comunidades cálidas evangélicas y pentecostales, también atrayendo a no pocos bautizados en la Iglesia católica, allí donde el tejido social aparece muy desintegrado y falta una adecuada acogida de la persona en comunidades católicas vivas, atentas a todas sus necesidades?

Creo que puede afirmarse que, por lo general, la fragilidad de muchas experiencias cristianas está en proporción directa con modalidades débiles, episódicas de concreta pertenencia eclesial. Esto resulta interpelante para el discernimiento de cómo el misterio de

comunión, que es la Iglesia, se realiza efectivamente en todas sus variadas formas comunitarias. Familia y parroquia son comunidades fundamentales de iniciación y alimentación cristianas, que tocan a sectores de bautizados mucho más vastos que aquellos de los movimientos. No pueden dejar de ser prioridades pastorales en la siempre paciente y perseverante tarea de iniciación, educación y regeneración del pueblo cristiano. Pero el mismo realismo exige tener en cuenta que se multiplican hoy los huérfanos de familias desintegradas o que la responsabilidad educativa de los padres se reduce cada vez más. Y que sólo una minoría de bautizados participa regularmente en la vida parroquial y entre ellos muchos la reducen a estación de más o menos esporádicos servicios rituales, con escaso influjo real del cristianismo en sus cada vez más absorbentes, complejas y secularizadas situaciones de vida. Es una experiencia concreta de comunión (en la familia, en la parroquia, en la asociación, en el movimiento...) –no el aislamiento o la diáspora, no la provisión episódica de servicios religiosos, no las "renovaciones" de fachada, no el activismo funcional en colectivos impersonales, menos aún la simple etiqueta de católico– lo que sostiene la fe y cambia la vida. Toda experiencia comunitaria en la Iglesia tendría que suscitar también hoy, como en los primeros tiempos, la exclamación sorprendida: *"¡Ved cómo se aman!"* (¿por qué viven así?), constituyendo un testimonio inaudito de unidad, de relaciones humanas convertidas en más verdaderas, reconciliadas, fraternas, más llenas de humanidad, en cuanto milagro suscitado por el Espíritu de Dios para la conversión y transformación del mundo. El atractivo de la vida comunitaria de los "movimientos" reenvía a una renovada conciencia y experiencia de la fuente sacramental, eucarística, como la única capaz de construir esa "*communio*" que el mundo, por sí, no logra "conquistar" (sus utopías terminan, en cambio, en infiernos reales). La experiencia de los movimientos no hace más que confirmar la fundamental indicación de la *Christifideles laici* cuando dice que para reconstruir los tejidos de la sociedad humana urge ante todo reconstruir los tejidos de las comunidades cristianas[42].

Hay que señalar aún sobre este aspecto que, a diferencia de las tradicionales asociaciones de apostolado laical, aquí se habla en vez de "movimientos eclesiales", sea porque acogen a los bautizados en sus diversos estados de vida y tareas, sea porque los carismas que los suscitan y animan tienden a educar a la totalidad de la experiencia cristiana, eclesial –¡el todo en el fragmento!–. "*Iglesia en pequeño*",

decía un fundador. No se trata de experiencias parciales, sectoriales, fragmentarias, ni siquiera tan sólo de una espiritualidad particular; tampoco de la pretensión de ser "la" Iglesia, pero sí reflejos singulares de la única Iglesia. No una parcelización de la Iglesia, sino modos originales, aunque contingentes, de vivir el misterio de la Iglesia. Es la vida misma de la Iglesia –no su reducción a "parte", ni su "especialización"– lo que un movimiento lleva consigo y comunica.

De los movimientos y nuevas comunidades se espera que den valiosa contribución para construir la Iglesia como "*casa y escuela de comunión*"[43], con profundo sentido de pertenencia al misterio, que se celebra en la acción litúrgica, haciendo emerger una espiritualidad de comunión "*como principio educativo en todos los lugares donde se plasma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, los consagrados y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades*"[44].

¿Es acaso necesario destacar, por si hubiera aquí y allá tentaciones al respecto, que ello nada tiene que ver con las reducciones de las formas comunitarias a grupos narcisistas y presuntuosos que se auto-exalten como la "auténtica" Iglesia, o a refugios cálidos y protectivos lejanos del mundanal ruido, o a oasis de gratificación intimista en el desierto de la secularización, o a regimentaciones excesivas poco respetuosas de la libertad y crecimiento de las personas, o a un mero sentimental y autocomplaciente "quererse bien" y estar cómodos en compañía?

Métodos o caminos educativos

Otro aspecto verificativo de los movimientos y nuevas comunidades eclesiales como "respuesta providencial" se manifiesta cuando sus carismas se realizan como métodos educativos para que "*la fidelidad a Cristo y a la Tradición sea sostenida y confortada por un ámbito eclesial verdaderamente consciente de esa necesaria fidelidad*"[45].

¿Es acaso demasiado decir que hemos vivido, que estamos viviendo, en la Iglesia, situaciones muy frecuentes de crisis de una auténtica educación católica, de acrecida dificultad en la formación de personalidades sólidas y maduras en la fe, de adhesión más integral de las verdades enseñadas por la Iglesia? El Cardenal J. Ratzinger destacaba hace algunos años la desproporción entre las grandes inversiones en todo tipo de catequesis y de cursos y sus efectivos

resultados. ¿Qué decir, además, de los "resultados" de muchas de nuestras instituciones católicas de enseñanza? Nuestros tiempos de finales de milenio están caracterizados por conformar individualidades frágiles, escasez de compañías realmente educativas, desconfianza y devaluación de la racionalidad ("*pensieri deboli*"), banalización de la vida, poquedad de ideales...; un empobrecimiento, en fin, de la experiencia y la conciencia de la persona respecto de su propia humanidad. La reconstrucción de la persona, el renacimiento de su conciencia personal, el mantener vivo y alerta su "sentido religioso" –no obstante la gigantesca máquina de "*divertissement*", de distracción, de la sociedad del consumo y del espectáculo– requiere una paciente fatiga educadora, siempre dispuesta a re-comenzar. Y no hay verdadera educación sin una hipótesis de sentido con la que afrontar la condición humana y toda la realidad, y sin una auténtica "paternidad/maternidad", o sea, sin maestros de verdad y de vida, sin "autoridad", en el sentido etimológico de la palabra: lo que cultiva y hace crecer la humanidad del hombre.

Pues bien, los movimientos son lugares educativos que proponen a Cristo como clave de significado y de plenitud, de todo y de todos, sobreabundante con respecto a toda expectativa humana, pero correspondiente a los deseos inextinguibles de libertad, verdad y felicidad que constituyen el "corazón" de la persona y que laten en la cultura de los pueblos. Por eso, un auténtico encuentro y seguimiento de Jesucristo tiende a una nueva comprensión y transformación de toda la existencia. No basta confesar a Jesucristo con entusiasmo. Puede haber, aquí y allá, tentaciones de pietismo. El mero entusiasmo, por mejor intencionado que sea, corre el riesgo de agotarse como paja en el fuego. Es verdadero encuentro con el Señor si provoca una nueva conciencia de la dramática condición humana –conciencia de pecado y súplica mendicante de la gracia–, si anima y potencia la inteligencia como nuevo conocimiento, nueva sensibilidad y nueva actitud ante toda la realidad, y si se confía a la gracia con la simplicidad de un *fiat* mariano para que advenga la *metanoia*, la novedad de vida en todas las dimensiones de la existencia. Entonces, sí, crece la "criatura nueva", testimonio de una humanidad cambiada, convertida en más humana. Precisamente, aquel texto de la *Gaudium et Spes* que Juan Pablo II incorporó como núcleo y eje de todo su Magisterio –"*el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del Verbo encarnado*"[46]– encuentra traducción pedagógica y documentación práctica en la pedagogía misma de los movimientos. Ellos son un método de educación en la fe

para que ésta incida en la vida del hombre y de la historia. Se trata así de ir superando la separación entre fe/vida, fe/razón, que, por lo general, tiende a convertir en superflua la confesión cristiana.

Sin embargo, la experiencia cristiana del individuo o del grupo corren hoy más que nunca el riesgo del subjetivismo, prisionero en última instancia del poder y de sus modas, si no logra ir incorporando todas las riquezas de la gran Tradición Católica, verificándose en relación nutrida con la objetividad sacramental y magisterial de la Iglesia. Los auténticos carismas están ordenados a la gracia santificante, a la comunicación de la vida sobrenatural, a las virtudes teologales de la fe, de la esperanza y de la caridad, que nos hacen "*partícipes de la naturaleza divina*" (2 Pe 1,4). Por eso, tienden al encuentro con Cristo en los sacramentos, en los gestos de su Presencia salvífica en la Iglesia. El camino de seguimiento de Cristo marcado por el carisma hace más existencialmente expresiva la gracia sacramental. De allí que la experiencia suscitada por un movimiento lleve al "redescubrimiento" de los sacramentos, a una más intensa vida litúrgico-sacramental. Por otra parte, la *fides qua* no dispensa de la *fides quae*: no es que creemos en cualquier cosa. ¿Cuántos sondeos de opinión permiten advertir que confesos católicos y hasta los así llamados "agentes pastorales" componen su *mix* de creencias escogiéndolas y descartándolas arbitrariamente –reducidas así a meras opiniones– de las enseñanzas doctrinales y morales de la Iglesia? Los movimientos son "respuesta providencial" ante esta situación, sólo cuando educan personas cuya experiencia cristiana crece en una más fiel y sistemática inteligencia de la fe como clave de una más profunda inteligencia de toda la realidad. De tal modo, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades son consideradas como "escuelas" de comunión, libertad y vida verdadera, "*compañías en camino en las que se aprende a vivir en la verdad y en el amor que Cristo nos reveló y comunicó por medio del testimonio de los apóstoles, dentro de la gran familia de sus discípulos*"[47].

En estado de misión

"*Es necesario un cambio radical de mentalidad para convertirse en misioneros* –repetía con insistencia Juan Pablo II–*, y esto vale tanto para las personas como para las comunidades. El Señor llama siempre a salir fuera de sí mismos, a compartir con los otros los bienes que tenemos, comenzando por el más precioso que es la fe. A la luz de este*

imperativo misionero se deberá medir la validez de los organismos, movimientos, parroquias y obras de apostolado de la Iglesia. Sólo convirtiéndose en misionera la comunidad cristiana podrá superar divisiones y tensiones internas y reencontrar su unidad y su vigor de fe"[48]. Es la propia experiencia de las personas y comunidades la que muestra que la misión no es una tarea que se agrega a la vocación y a la vida cristiana, no es un programa o estrategia pastoral, no es para nada un proselitismo fanático, sino la comunicación del don del encuentro con Cristo, compartiendo la verdad, la belleza y la felicidad encontradas y destinadas al bien de todos. La misión es propuesta de la propia experiencia a la libertad de los otros, por desborde de gratitud y alegría, animados por la pasión por la vida y el destino de los "prójimos".

Sorprende en los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades la disponibilidad misionera dispuesta a llevar la propia experiencia cristiana a todos los pueblos y naciones. Su camino está caracterizado por la gracia de numerosos bautismos de adultos, de muchos cristianos indiferentes que vuelven a acercarse al calor de la comunidad eclesial, de muchos otros cristianos que crecen firmes y gozosos en la fe. Sorprende el ímpetu de su testimonio cristiano en los diversos ambientes de la convivencia civil, en los nuevos areópagos, allí donde la presencia de la Iglesia sobre base territorial no llega a incidir en la trama de la vida concreta de las personas, en su trabajo y en los intereses importantes de su existencia. La experiencia de los movimientos y nuevas comunidades plantea a toda la comunidad cristiana la importancia y necesidad de una presencia cristiana, incluso de una *plantatio* de la Iglesia, en escuelas y universidades, en hospitales, en los medios de comunicación social, en empresas y fábricas, en la administración pública y en los parlamentos, en las periferias humanas de la pobreza.

Si los movimientos y las nuevas comunidades tienen que evitar una imagen excesivamente crítica de la parroquia y, al contrario, valorizar "*su misión indispensable y de gran actualidad*"[49], participando de diversos modos en su vida comunitaria, especialmente en la eucaristía dominical, es claro que sería un inadecuado "parroquianismo" pretender invertir toda la riqueza carismática, educativa y misionera de todos los movimientos y nuevas comunidades sólo en el trabajo parroquial. Es necesario evitar también transformar la parroquia como institución que pretenda englobar en sí toda forma de vida cristiana. El Papa Juan Pablo II señalaba que "*es ciertamente enorme la tarea de la*

*Iglesia en nuestros días y para llevarla a cabo no puede bastar la parroquia sola (...). En efecto, muchos lugares y formas de presencia y acción son necesarios para llevar la palabra y la gracia del Evangelio en las variadas condiciones de vida de los hombres de hoy, y muchas otras funciones de irradiación religiosa y de apostolado de ambiente, en el campo cultural, social, educativo, profesional, etc. no pueden tener como centro o punto de partida a la parroqui*a"[50].

El ímpetu evangelizador de movimientos y nuevas comunidades está en directa relación con la ministerialidad apostólica universal –ontológica e históricamente precedente a la *plantatio* de las Iglesias particulares–, que es propia del colegio apostólico, pero en la que el Sucesor de Pedro tiene una responsabilidad primordial. El Cardenal Ratzinger ha explicado en diversas oportunidades que existen siempre en la Iglesia servicios y misiones que no tienen carácter simplemente local sino que son funcionales a esta ministerialidad apostólica universal y, especialmente, al ministerio petrino, en su tarea de propagar el Evangelio hacia todos los confines de la tierra. En la historia de la Iglesia –ha escrito el Cardenal Ratzinger– "*el Papado no ha creado los movimientos, pero ha sido para ellos un sostén esencial en la estructura de la Iglesia, su pilar eclesial. En ello resulta más visible que nunca el sentido más profundo y la verdadera esencia del ministerio petrino: mantener vivo el dinamismo de la misión* ad intra *y* ad extra"[51]. Por eso, Benedicto XVI llamaba a los movimientos y nuevas comunidades a ser "*todavía más, mucho más, colaboradores del ministerio universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo*"[52].

Es obvio que sería absurdo contraponer este especial vínculo petrino y misionero de los movimientos a la obediencia debida en la comunión con los Obispos de todas las Iglesias particulares en las que están presentes. De ellos se espera una humilde inserción en la tradición y el tejido pastoral de las Iglesias locales, en comunión y colaboración con todas sus fuerzas vivas, siguiendo las indicaciones de los Pastores y poniendo a disposición de la "utilidad común" sus dones carismáticos, educativos y misioneros. Al mismo tiempo, se pide a los Obispos evitar todo lo que pueda extinguir el Espíritu, acoger los movimientos y nuevas comunidades con magnanimidad y cordialidad, respetar sus carismas y ayudarlos y guiarlos en su inserción diocesana y parroquial. "*Os pido ir al encuentro de los movimientos con mucho amor*"[53]: así lo sintetizaba Benedicto XVI hablando a un grupo de Obispos en visita *ad limina.*

Los movimientos y nuevas comunidades no son un "problema" sino un don que puede reavivar, y muy a menudo así lo hacen, el dinamismo misionero de las Iglesias particulares, reevangelizando a cristianos alejados y enfriados, proclamando el Evangelio con nuevo ardor, compartiendo razones de la propia esperanza ante los anhelos de "sentido" y mayor humanidad que emergen en la convivencia humana, siendo también sujetos de auténtico ecumenismo y de diálogo inter-religioso, desde el testimonio de Cristo como único Señor y Salvador[54].

Generación de discípulos y testigos

El fruto más maduro que se aprecia en la experiencia de movimientos y nuevas comunidades eclesiales es el de la gestación de nuevas generaciones de hombres y mujeres que redescubren la gratitud, alegría, verdad y belleza de ser cristianos, y que lo comunican por doquier, con convicción y persuasión. En este sentido, estas realidades se realizan como escuelas y moradas de nuevos discípulos del Señor, que enfrentan su existencia a la luz de su Presencia.

Entre ellos, se multiplican las familias que custodian el amor y la vida, que acogen los hijos como don de Dios, signo de esperanza y contradicción para el tiempo que vivimos. Son muchos los que dan testimonio cristiano coherente y competente en diversos ambientes y responsabilidades sociales, comprometidos en la búsqueda y construcción de formas de vida más dignas para todo el hombre y todos los hombres. En modo especial, el papa Benedicto XVI espera que sean ellos los educadores de una nueva generación de fieles laicos en la vida pública de las naciones.

Esta nueva generación de discípulos está también en relación con la construcción o revitalización de muchas obras de la Iglesia en el orden educativo, sanitario, cultural, laboral y caritativo.

Ella es también hogar del despertar de numerosas vocaciones sacerdotales, así como compañías que las ayudan en su camino de crecimiento, de formación, de la misma vida sacerdotal, mientras se manifiesta también como tierra fecunda en la que florecen numerosas vocaciones religiosas, sobre todo contemplativas, o formas nuevas de consagración laical en la radicalidad de la novedad de vida aportada por el bautismo según su "índole secular".

Si estas realidades demuestran su probada capacidad de atraer y educar a los jóvenes, hoy abrazan ya diversas generaciones. En tiempos caracterizados por fuertes corrientes de descristianización, muestran

que "*la Iglesia es joven y está viva*"[55] –como afirmó Benedicto XVI al comienzo de su pontificado–, que por medio de ella Cristo continúa viniendo al encuentro de los hombres en las más diversas circunstancias de la vida, que la fe sigue siendo propuesta y trasmitida como experiencia razonable, fascinante y totalizante para la vida de las personas y naciones.

Vaticano, julio de 2006.

Notas

1) Revista *Communio*, edición en lengua francesa, n. IV, 2, París, marzo-abril 1979.
2) Juan Pablo II, Alocución al movimiento "Comunión y Liberación", 12.IX.85.
3) Juan Pablo II, Exhortación apostólica pos-sinodal *Christifideles laici (CHL)*, n. 29.
4) Fidel González, "*Los movimientos en la vida de la Iglesia*", ed. Encuentro, Madrid, 1999.
5) Cfr. *Consilium pro Laicis*, "*Las Organizaciones Internacionales Católicas*", en: Boletín "*Laicos Hoy*", nn. 13-14, Vaticano, 1973.
6) Cfr. Consejo Pontificio para los Laicos, "*El Consejo Pontificio para los Laicos*", Vaticano 1997.
7) Concilio Vaticano II, Decreto *Apostolicam Actuositatem (AA)*, 18.
8) *AA,* 18.
9) Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes (GS)*, 90.
10) *AA*, 19.
11) Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium (LG)*, 37.
12) *CHL*, 29.
13) Juan Pablo II, Encíclica *Redemptor hominis (RH)*, n. 5.
14) Juan Pablo II, Alocución a los participantes en los ejercicios espirituales de "Comunión y Liberación", 12.IX.85.
15) Juan Pablo II, Alocución en el Encuentro mundial con movimientos eclesiales en la Plaza de San Pedro, Vaticano, 30.V.1998.
16) *CHL,* 31.
17) Juan Pablo II, Mensaje al Congreso Mundial de Movimientos eclesiales, Vaticano, 27.V.98.
18) Juan Pablo II, Radio-mensaje, Vaticano, 17.X.78.
19) Cfr. Juan Pablo II, Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana, Vaticano, 12.III.82.
20) Cfr. Pablo VI, Carta apostólica *Evangelii Nuntiandi (EN)*, n. 14.
21) *EN*, 9.
22) *RH*, 4.
23) *RH*, 10.
24) "*Sobre todo durante mis viajes apostólicos en Italia y en otros países del mundo* –afirmó Juan Pablo II, en el citado discurso del 12.IX.85– *he tenido la ocasión de reconocer el grande y promisorio*

florecimiento de los movimientos eclesiales, y los he indicado como motivo de esperanza para toda la Iglesia y para los hombres".
25) El primer Encuentro internacional de los movimientos eclesiales tuvo lugar en Roma, del 23 al 27 de setiembre de 1981, promovido por "*Fede e Luce*" y "Comunión y Liberación". Sus actas han sido publicadas en el libro "*I movimenti nella Chiesa negli anni 80*", ed. Jaca Book, Milán 1981. El segundo coloquio internacional, que fue iniciativa de la "Renovación carismática católica", "Obra de Schönstatt" y "Comunión y Liberación", tuvo lugar también en Roma del 28 de febrero al 2 de marzo de 1987 y sus actas han sido publicadas en el libro "*I movimenti nella Chiesa*", ed. Nuevo Mondo, Milán 1987. Un tercer coloquio internacional de los movimientos se realizó en Bratislava (Eslovaquia) del 21 al 24 de marzo de 1991, del cual no se han publicado las actas. Los tres Coloquios recibieron sendos mensajes del papa Juan Pablo II.
26) Cardenal Joseph Ratzinger, "*Informe sobre la fe*", ed. Paoline, Milán 1985.
27) Juan Pablo II, Alocución a "Comunión y Liberación", Vaticano, 29.IX.84.
28) Juan Pablo II, Alocución en el Encuentro mundial con movimientos eclesiales en la Plaza de San Pedro, Vaticano, 30.V.98.
29) Consejo Pontificio para los Laicos, "*Repertorio de las Asociaciones internacionales de fieles*", Vaticano, 2000.
30) *CHL*, 30.
31) Juan Pablo II, Alocución a "Comunión y Liberación", Vaticano 18.XI.84.
32) Juan Pablo II, Alocución a "Comunión y Liberación", Vaticano 29.IX.85.
33) Esta firme continuidad entre el magisterio de Juan Pablo II y el de Benedicto XVI ha sido explícitamente reafirmada por este último en su alocución a los Obispos amigos de la "Comunidad de San Egidio" y de la "Obra de María": "*Mi venerado predecesor ha presentado los movimientos y las nuevas comunidades (...) como un don providencial del Espíritu Santo a la Iglesia para responder de manera eficaz a los desafíos de nuestro tiempo. Y también yo, otras veces, he tenido modo de subrayar el valor de su dimensión carismática*", Vaticano, 8.II.07.
34) Juan Pablo II, Mensaje al Congreso mundial de Movimientos eclesiales, Vaticano, 27.V.98.
35) Ibid.

36) Cfr. Cardenal Joseph Ratzinger, "*I movimenti ecclesiali e la loro collocazione Teologica*" en: Consejo Pontificio para los Laicos, "*I movimenti ecclesiali*", Vaticano, 1999.
37) Juan Pablo II, Alocución en el Encuentro mundial con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, Vaticano, 30.V.98.
38) Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est (DCE)*, 1.
39) Juan Pablo II, Alocución en el Encuentro mundial con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, Vaticano, 30.V.98.
40) Cardenal Joseph Ratzinger, "*Il sale della terra*", ed. San Paolo, Milán 1997.
41) Juan Pablo II, Alocución a "Comunión y Liberación", Vaticano, 29.XI.85.
42) *CHL,* 34.
43) Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 43.
44) Ibíd.
45) Luigi Giussani, "*Il miracolo del cambiamento*", Comunión y Liberación, Rímini 1988.
46) *GS*, 2.
47) Benedicto XVI, Mensaje al Congreso Mundial de Movimientos y nuevas comunidades, Vaticano, 29.V.06.
48) Benedicto XVI, Encíclica *Redemptoris Missio,* 49.
49) Juan Pablo II, Exhortación apostólica pos-sinodal *Ecclesia in America.*
50) *CHL*, 26.
51) Cardenal Joseph Ratzinger, *Los movimientos eclesiales y su colocación teológica*, ob. cit.
52) Benedicto XVI, Homilía en el Encuentro mundial con movimientos eclesiales y nuevas comunidades en la Plaza de San Pedro, 3.VI.06.
53) Benedicto XVI, Alocución a un grupo de Obispos alemanes en visita *ad limina,* 18.XI.06.
54) Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Dominus Iesus,* 6.VIII.2000.
55) Benedicto XVI, Homilía en la celebración eucarística de inicio del ministerio petrino, Vaticano, 24.IV.05.

3. La transmisión de la fe a las nuevas generaciones

Homenaje de gratitud

Hace cinco años asistíamos conmovidos al espectáculo de aquellas densas e interminables filas de centenares de miles de personas que, en recogido silencio, soportando toda fatiga física e inclemencia del tiempo, se manifestaban dispuestas a pasar largas horas –¡más de diez horas!–, con tal de tener la oportunidad de acercarse a decir adiós y a rezar una breve oración, en los no más de 30 segundos posibles, ante el cuerpo del Papa difunto. Era uno de los más grandiosos signos y homenajes de gratitud vistos en la historia, que se continúa hasta hoy mediante un flujo ininterrumpido de peregrinos a la tumba de S.S. Juan Pablo II en las grutas vaticanas.

En esa multitud de peregrinos romanos, italianos y de muchos países del mundo había una cantidad impresionante de jóvenes. Me quedaron grabadas las declaraciones de uno de ellos ante medios de prensa: "*Nací, fui bautizado, viví mi niñez y adolescencia, todos mis estudios, y en ese itinerario mi redescubrimiento de Jesucristo... todo dentro del arco de tiempo del pontificado de Juan Pablo II*". Era uno de los muchos de la que fue llamada "generación de Juan Pablo II". En efecto, Juan Pablo II, como testigo y maestro, como padre, había dado una contribución fundamental en esa generación de cristianos, generados en la fe de la Iglesia.

Recuerdo también tantos jóvenes adultos, marido y mujer, junto con sus hijos pequeños, que en aquel grandioso homenaje recordaban con gratitud su encuentro en alguna de las Jornadas Mundiales de la Juventud, y su camino hacia el matrimonio. ¿Cuántos serían entonces los seminaristas y jóvenes sacerdotes presentes, agradecidos por el despertar y confirmar de su vocación? ¿Y cuántas monjitas contemplativas no habrán podido estar en la plaza de San Pedro pero habrán acompañado a Juan Pablo II con la oración y la gratitud, camino al cielo? Sin duda, resonaban en el corazón de todos las primeras palabras que el papa Juan Pablo II dirigió a los jóvenes de todo el mundo, al comienzo de su pontificado: *"¡Vosotros sois el futuro del mundo, la esperanza de la Iglesia! ¡Vosotros sois mi esperanza!"* (22/X/78).

Los jóvenes, sujetos y destinatarios preferenciales

En el intensísimo despliegue misionero del pontificado del Siervo de Dios Juan Pablo II, que convocó de modo reiterado y urgido a una "nueva evangelización", los jóvenes fueron sujetos y destinatarios preferenciales.

En el programa de cada viaje apostólico, de cada visita pastoral a las parroquias romanas, hubo un espacio reservado a los jóvenes; siempre quiso un encuentro con ellos. Su pontificado estuvo surcado por un itinerario ininterrumpido de encuentros y diálogos con los jóvenes. La Iglesia tiene tanto que decirles a los jóvenes –repetía con frecuencia Juan Pablo II–, pero también tanto que escuchar de ellos. "*La Iglesia quiere dialogar con las nuevas generaciones; quiere inclinarse sobre sus necesidades y esperanzas*" (21.11.1993).

En ese itinerario tuvieron una importancia capital las sucesivas realizaciones de la Jornada Mundial de la Juventud, sobre todo en sus convocaciones mundiales presididas por el Papa en diversas diócesis de la catolicidad. "*A la luz del mandato misionero que Cristo nos ha confiado* –afirmaba Juan Pablo II– *se ven con más claridad el significado y la importancia de las Jornadas Mundiales de la Juventud*" (30.11.1991). En este año estamos conmemorando el vigésimo quinto aniversario de la que Benedicto XVI llamó "intuición profética" de Juan Pablo II cuando, en 1985, institucionalizó la Jornada Mundial de la Juventud, publicó su "*Carta pastoral a los jóvenes y a las jóvenes de todo el mundo*" (31/III/85) e inauguró el Centro Internacional San Lorenzo, muy cerca de la Plaza de San Pedro, para la acogida y la oración de jóvenes peregrinos y turistas en Roma. Así explicaba Juan Pablo II los motivos de su decisión: "*Todos los jóvenes deben sentirse acompañados por la Iglesia. Por eso, toda la Iglesia, junto con el Sucesor de Pedro, debe sentirse profundamente comprometida, a nivel mundial, con la juventud, con sus anhelos y preocupaciones, con sus deseos y esperanzas, para responder a sus expectativas, comunicando la certeza que es Cristo, la Verdad que es Cristo y el Amor que es Cristo, mediante una formación apropiada, que es una forma necesaria y actual de evangelización*" (20/12/1985).

La Jornada Mundial de la Juventud se celebra cada año en todas las diócesis de la Iglesia católica, en la Solemnidad de la fiesta litúrgica de Ramos, pero cada dos o tres años da lugar a un Encuentro mundial presidido por el Papa. Tengo la gratitud y alegría de ser de los poquísimos, contados con los dedos de una mano, que pudo estar

presente, por gracia de Dios, en todas las Jornadas Mundiales de la Juventud, que tuvieran su prólogo con el Jubileo de los Jóvenes de 1984 –"*Aperitas portas Redemptoris!*"– y con el Año Internacional de la Juventud de 1985, y que después se realizaron en Buenos Aires (1987), Santiago de Compostela (1989), Czestochowa (1991), Denver (1993), Manila (1995), París (1997), Roma (2000), Toronto (2002), y prosiguieron, bajo el pontificado en Benedicto XVI, en Colonia (2005) y Sydney (2008). Hoy, ese flujo peregrinante de generaciones juveniles camina hacia el próximo encuentro mundial en Madrid, en julio de 2011.

¡Qué tesoro de recuerdos! Quien haya tenido el don de participar en algunas de las Jornadas Mundiales de la Juventud no olvidará jamás las imágenes de las multitudes de jóvenes reunidas en torno al Papa, signo concreto de una Iglesia joven y viva, rebosante de entusiasmo en la fe, recogida en la oración, en comunión católica, motivo de gran esperanza, enorme desafío educativo planteado a toda la Iglesia.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud son especialmente importantes, no sólo por constituir ya una tradición mediante la sucesión de grandes eventos, sino porque en ellas se ha manifestado paradigmáticamente la propuesta pontificia para la evangelización de los jóvenes y la pastoral de la juventud.

Discernimiento y juicio cultural sobre la situación juvenil

Cierto es que la capacidad de acercarse a los jóvenes fue ya experimentada en Karol Wojtyla por sus experiencias pastorales de joven sacerdote, pero ese amor preferencial demostrado por el papa Juan Pablo II no provenía de un mero ímpetu del corazón ni sólo de una experiencia probada, sino también de un juicio sobre las nuevas generaciones contemporáneas a su pontificado.

En primer lugar, Juan Pablo II advertía que se había agotado la fuerza propulsora de ideologías y utopías de aquella generación de 1968, las que habían pretendido, con ímpetus de mesianismos secularizados, llenar el corazón de los jóvenes, retomando y reformulando y, a la vez, sustituyendo y suprimiendo la tradición y la esperanza cristianas. La generación del 68, ya en edad adulta, apagados los fuegos de sus mejores inquietudes originarias, con tendencia a caer en el escepticismo o en el cinismo, terminaba abdicando de toda función educativa, dejando a sus hijos sumidos en la soledad y confusión. Dejaba como herencia, retomada y relanzada por los poderes

y las vigencias culturales dominantes, resacas de violencia, el desencanto ante el fracaso de ideologías y utopías, la "revolución sexual" y su ateísmo libertino de masas, la familia sometida a crítica y asedio virulentos, una escuela incapaz de responder a los interrogantes capitales de los jóvenes, desprovista de toda hipótesis y camino verdaderamente educativos, las transgresiones como rostro de un nuevo conformismo, vehiculado y promovido por los potentes medios de comunicación y control social.

Todo ello no podía no dejar a los jóvenes desamparados, banalizada su conciencia y experiencia de lo humano, su "yo" convertido en un haz de pulsiones, de sensaciones y reacciones desordenadas, bajo la presión asimiladora y con-formadora de la sociedad del consumo y el espectáculo.

Hay "*una contaminación de las ideas y de las costumbres que puede conducir a la contaminación del hombre*" –afirmaba Juan Pablo II en Santiago de Compostela (19.8.1989)– y que lleva "*a millones y millones de jóvenes*" a "*formas de esclavitud moral sutiles, pero reales*" (15.1.1995). Se llega a ser "*esclavos, víctimas y seguidores de los modelos dominantes en las actitudes y comportamientos*" (20.8.1989). Con frecuencia el Papa prorrumpe contra los "*profetas engañosos*", "*falsos maestros*", "*ladrones y mercenarios*" que siembran en los jóvenes un criticismo exasperado sin salida, un escepticismo que muchas veces termina en los desiertos de la indiferencia, formas de espiritualismo engañoso, o que fomentan la fuga hacia el alcohol, la droga, la violencia (14.1.1995). Son "*tentaciones o ilusiones que intentan destruir vuestra juventud*", dice el Papa en su Carta a los Jóvenes.

Y, sin embargo, no obstante todo ello, no obstante esa gigantesca máquina de distracción, confusión y censura, Juan Pablo II estaba convencido de que no podía sino crecer en el corazón de los jóvenes una profunda insatisfacción y, a la vez, una apertura y una búsqueda de algo más, de mucho más, para vivir una vida verdadera y feliz.

Las dificultades de la *traditio*

En segundo lugar, el Papa advertía las dificultades crecientes para la transmisión del Evangelio de Dios de generación en generación. La *traditio* parecía, y aún parece por cierto, haber ido perdiendo o al menos atenuando su fuerza de comunicación, de transmisión, de persuasión. Ya el cristianismo no se trasmitía más, como en las

antiguas cristiandades, a modo de ósmosis de padres a hijos, de los adultos a los jóvenes. Se ensanchaba el abismo entre las generaciones, un "*gap*" cultural que dificulta la comunicabilidad, sufriendo cada vez más la ausencia de verdadero testimonio, autoridad y propuesta educativas por parte de los adultos. Ahora la fe no aparecía ya más como patrimonio común ni como posesión tranquila, sino como una semilla asediada y a menudo ofuscada por los señores y dioses de este mundo. El bautismo de muchos quedaba sepultado bajo una capa de indiferencia y olvido. La confesión de la fe tendía a reducirse en muchos a fragmentos y episodios de la propia existencia.

En tales condiciones, los tradicionales itinerarios de catequesis en las familias, en las parroquias y en las escuelas católicas mostraban una notoria insuficiencia. Se planteaba, pues, con urgencia y dramaticidad el reto de la transmisión de la fe a jóvenes profundamente configurados por una cultura cada vez más extraña y hostil a la tradición cristiana, cada vez más frágiles y desquiciados en su humanidad, cada vez más ignorantes respecto a su patrimonio de verdad y vida, cada vez más llenos de prejuicios y rechazos.

Sin conciencia ni propuesta de la tradición, no hay educación auténtica de los jóvenes. Por ello el Papa insistirá sobre el sentido de pertenencia de los jóvenes a una familia, a la historia de un pueblo o nación, a la herencia de una cultura, a la tradición de la Iglesia, a la memoria de los santos, al legado del Concilio Vaticano II, para que hagan suyo, desde la propia libertad que adhiere a Cristo, ese precioso patrimonio.

La singular riqueza de ser joven

En tercer lugar, Juan Pablo II manifestaba una profunda confianza en la juventud, muy realista y esperanzada, lejana de toda retórica declamatoria o demagógica. La juventud es "*una riqueza muy singular*", "*un bien especial de todos*" –afirmaba el Papa en su Carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo entero–, pues no es solamente un arco de tiempo caracterizado por un número de años, sino que es ese tiempo dado por la Providencia a cada persona durante el cual se pone en búsqueda, como el joven del Evangelio, de las respuestas para los interrogantes fundamentales de la vida y la realización de sus anhelos.

"*Si el hombre es el fundamental y cotidiano camino de la Iglesia*" (cfr. *Redemptor Hominis*, 14) en su peregrinación misionera, "*entonces se comprende bien por qué la Iglesia atribuye una importancia*

especial al período de la juventud como etapa clave de la vida de cada hombre" (31/III/1985). La juventud es una actitud del "corazón". Es una riqueza, porque es tiempo en que emergen prepotentes en el "corazón" de las personas, connaturales a su humanidad, las preguntas, los anhelos y exigencias de verdad –de sentido de la propia vida y de significado de la realidad–, de amor y comunión, de plena realización de sí, de felicidad. Son preguntas y deseos irreprimibles, sin confines, que buscan una satisfacción. El corazón del hombre está inquieto hasta que no la encuentra. En este abrazar la condición humana del joven subyace una hipótesis educativa fundamental, que parte de esos "por qué" fundamentales de su vida personal y social. *"¿Nos maravillamos y nos preguntamos por qué* –exclamaba el Papa a los jóvenes en Denver (14.8.1993)–*, por qué estoy aquí? ¿Por qué existo? ¿Qué debo hacer? Todos nos planteamos estas cuestiones. La humanidad en su totalidad siente la necesidad apremiante de dar un sentido y una finalidad a un mundo en el que aumenta la complejidad y la dificultad de ser feliz". "¿Qué buscáis? ¿A quién buscáis?"*, preguntaba a los peregrinos camino de Santiago de Compostela (19.8.1989). "*La juventud de cada uno de vosotros, queridos amigos,* –indicaba el Papa en su Carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo– *es una riqueza que se manifiesta precisamente en estas preguntas. El hombre se las plantea en el arco de toda una vida; sin embargo, en la juventud ellas se imponen de modo particularmente intenso, incluso insistente (...). Estas preguntas prueban la dinámica del desarrollo de la personalidad humana que es propio de vuestra edad*". De este modo, como en el joven rico de la narración evangélica –rico de su juventud–, surge la pregunta sobre la vida eterna, sobre el significado y el camino de una plenitud de vida.

Hay una diferencia fundamental entre afrontar la propia condición humana a partir de estos interrogantes y exigencias del corazón, que nacen de la naturaleza, están en el centro de la realidad humana y desde el fondo de dicha realidad indican el ideal a perseguir, y confiar en el sueño o la utopía. La utopía es para los intelectuales lo que es el sueño para los jóvenes (con su nota característica de melancolía). Pero sueño y utopía nacen de la "cabeza", de la fantasía, y terminan por llevar fuera de la vida, cuando el tema fundamental en la educación de los jóvenes es constituir el propio yo, ayudarle a percibir razones adecuadas a la vida, a la realidad de sí mismos, a toda la realidad. La Jornada Mundial de la Juventud opera como despertador y caja de resonancia, como expresión responsable de esos interrogantes, deseos y expectativas... a fin de custodiar una juventud auténtica. Dejar de plantearse estos

interrogantes -ha dicho Juan Pablo II (14.8.1993)- "*significa renunciar a la gran aventura de buscar la verdad en la. propia vida*". Sólo quien se plantea estos interrogantes y anhelos, quien es cada vez más consciente de estas exigencias de su "corazón", afronta la vida con mayor humanidad y de modo más adecuado a su razón, libertad y responsabilidad.

Esta hipótesis educativa conduce a la propuesta cristiana. En efecto, *"¿Quién podrá por tanto medir y colmar sus deseos? ¿Quién, sino Aquél que, siendo el autor de la vida, puede saciar el deseo que Él mismo ha puesto dentro de su corazón?"* La esperanza cifrada en los jóvenes se funda en una certeza: "*Que sólo el Autor del corazón humano es capaz de responder adecuadamente a las expectativas que se albergan en él*". Únicamente Él sabe qué hay en cada hombre. *"Cristo, queridos jóvenes,* –afirmaba el Papa– *es el único interlocutor competente, a quien plantear los interrogantes esenciales... Preguntadle a Él, escuchadle a Él"* (19.8.1989). Jesucristo es la respuesta gratuita y sobreabundante a todas nuestras preguntas y expectativas y, a la vez, absolutamente adecuada y conveniente, como "camino, verdad y vida", para la realización de todas las potencialidades humanas. *"Ciertamente el corazón del hombre está inquieto* –recordaba el Papa con San Agustín en su Carta a los Jóvenes de 1985– *hasta que no descansa en Dios".*

La irrupción de movimientos eclesiales y nuevas comunidades

Ese discernimiento de Juan Pablo II respecto a la situación de la juventud y su propuesta evangelizadora estuvieron también apoyados y sufragados por su percepción y aliento respecto a la irrupción en la escena eclesial de la novedad de numerosos movimientos eclesiales y nuevas comunidades. En efecto, desde el comienzo mismo de su pontificado, Juan Pablo II la señaló como motivo de esperanza para la Iglesia.

De estas nuevas realidades eclesiales, el Papa Juan Pablo II apreció mucho su fuerza carismática, su método educativo y su ímpetu misionero, que se manifestaban entonces, de modo muy especial, en la atracción de muchos jóvenes, impactados por el acontecimiento cristiano, que redescubrían la belleza y verdad de ser cristianos, su sentido de pertenencia a la Iglesia como misterio de comunión, las exigencias de su crecimiento cristiano y su responsabilidad apostólica.

En plena sintonía con el Papa, el cardenal Joseph Ratzinger,

entonces Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, observaba agudamente en 1985: "*Lo que a lo largo y ancho de la Iglesia universal resuena con tonos de esperanza —y esto sucede justamente en el corazón de la crisis de la Iglesia en el mundo occidental— es la floración de nuevos movimientos que nadie planea ni convoca y surgen de la intrínseca vitalidad de la fe (...). Cada vez encuentro más grupos de jóvenes resueltos y sin inhibiciones para vivir plenamente la fe de la Iglesia y dotados de un gran impulso misionero (...). En ellos se ve simplemente una catolicidad total e indivisa. La alegría de la fe que manifiestan es algo contagioso y resulta un genuino y espontáneo vivero de vocaciones para el sacerdocio ministerial y la vida religiosa (...). Encuentro maravilloso que el Espíritu sea, una vez más, más poderoso que nuestros proyectos y juzgue de manera muy distinta a como nos imaginábamos"* (Biblioteca de Autores Cristianos, 2005).

Sin duda, la intensa actividad apostólica del Papa Juan Pablo II respecto a los jóvenes fue, a su vez, alentada por esa irrupción de una nueva generación en la Iglesia que él mismo fue de los primeros en entrever, apreciar y sostener. No por casualidad, el Jubileo de los Jóvenes de 1984 contó sobre todo con la propulsión y la participación juvenil de varios movimientos eclesiales.

La propuesta cristiana a los jóvenes

Así llegamos al centro mismo del método y del contenido de la evangelización de los jóvenes según Juan Pablo II. Ese discernimiento y juicio sobre las nuevas generaciones reafirmaba la certeza de Juan Pablo II de que un renovado anuncio de Jesucristo a los jóvenes hallaría tierra buena donde germinar y hacer crecer la semilla de la fe.

Se trataba de todo lo contrario de un convocar, distraer y entretener a los jóvenes con muchas actividades –como si fuera ello lo que los mantiene dentro de la Iglesia–, o de proyectar cuidadosa y temerosamente toda una serie de pasos como preámbulos antes de todo anuncio. Tampoco se trataba de buscar entusiasmarlos con las consecuencias morales y sociales de una fe que corría el riesgo de presuponerse en formas cada vez más irreales, concentrándose en discursos sociales o culturales o dando vueltas en torno a temas morales, sociales, culturales, espirituales, sin llegar nunca a una propuesta clara, directa, confiada, de encuentro personal con Jesucristo en la propia vida. Había simplemente que poner a los jóvenes delante

de la presencia de Cristo. Había que mostrarles a Cristo. Había que invitarlos a percibir su Presencia extraordinaria, fascinante, con la misma realidad, novedad y actualidad, con el mismo poder de estupor y persuasión, que impactó a los primeros discípulos del Señor en las orillas del Jordán, a la samaritana junto al pozo, a Zaqueo subido al árbol, a la Magdalena a sus pies, a los desconcertados peregrinos de Emaús...

El paradigma del encuentro con el joven rico –rico de su juventud y, por eso, lleno de preguntas inquietantes– ofreció al Papa como la síntesis del método de Jesús, el método cristiano de ayer, de hoy y de siempre, en el que método y contenido coinciden perfectamente. Hubo en ese encuentro algo que sorprendió a aquel testigo que, años más tarde, como evangelista, dejó consignado con estupor el gesto de Jesús: "*mirándolo a los ojos, lo amó*". Antes de hablar al joven, antes de ningún diálogo, antes de todo razonamiento, todo se concentra en dicha mirada. "*Deseo a cada uno y cada una de vosotros* –ha escrito Juan Pablo II en aquella carta– *que descubráis esa mirada de Cristo y que la experimentéis hasta el fondo... Al hombre le es necesaria esta mirada amorosa...; le es necesario saberse amado, saberse amado eternamente y haber sido elegido desde la eternidad (cfr. Ef 1,4)*". Sin este amor no hay compañía ni propuesta cristiana que valga la pena, que conmueva el corazón, ilumine la inteligencia y temple la voluntad. Incluso más –proseguía Juan Pablo II–, "*puede decirse que en esta 'mirada amorosa' de Cristo está contenida casi como en resumen toda la Buena Nueva"*. La mirada del Papa comunicaba a los jóvenes un amor mayor aún y más comprensivo del que los jóvenes se tienen a sí mismos. En esa mirada se trasluce la experiencia de un amor sorprendente que abraza toda tu humanidad, sin censuras, que se intuye inmediatamente como correspondiente a los anhelos de verdad y felicidad de tu existencia. En efecto, como escribirá Benedicto XVI en su encíclica "*Deus caritas est*", "*no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*" (n. 1).

De tal modo el cristianismo no queda reducido a "verdad abstracta", ni a "teoría" o "ideología", ni a un conjunto de preceptos morales, sino que se comunica concretamente, sorprendentemente, a través de un encuentro humano. Todo el entramado de encuentros que suscita cada Jornada Mundial –encuentros de los jóvenes con el Papa, con los obispos, entre ellos mismos... – evoca, da testimonio y conduce a un

nuevo encuentro con Jesucristo. "*La Jornada Mundial de la Juventud* –dijo el Papa el domingo de Ramos de 1986– *significa esto precisamente: salir al encuentro de Dios que entró en la historia del hombre a través del misterio pascual de Jesucristo... Y quiere veros a vosotros, jóvenes, en primer lugar. Y a cada uno quiere decirle: 'Sígueme'*". Es Él quien convoca a los jóvenes de todo el mundo a estos grandes encuentros para ayudarles a descubrir a través de sus testigos al "maestro bueno", a experimentar su mirada, a entablar un diálogo de salvación (¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna..., para dar sentido y plenitud a mi vida?) y a responder a aquel "*ven y sígueme*", o sea, a seguirlo y a quedarse con el Señor, a permanecer con Él, a escuchar su Palabra, a dejarse introducir en su novedad de vida, a entrar en comunión con Él, a participar de su Pascua, a convertirse a la vez en discípulos, testigos y misioneros de su Presencia.

En ese encuentro con Jesucristo se revela el amor misericordioso de Dios y, a la vez, la vocación y el destino de la persona. No hubo texto más citado, más central en el magisterio de Juan Pablo II, que aquel de la Constitución conciliar *Gaudium et Spes* que afirma: "*En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...). El nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación*" (n. 22). Por eso, Benedicto XVI podrá también decir en su homilía inaugural, dirigiéndose a los jóvenes que "*quien deja entrar a Cristo no pierde nada, absolutamente nada de lo que hace la vida libre, bella y grande*", de tal modo que sólo con su amistad "*se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana*".

"*La finalidad principal de las Jornadas* –recapitulaba Juan Pablo II en una carta dirigida a un seminario de estudios sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud, del 8/5/1996)– *es hacer que la persona de Jesús se convierta en el centro de la fe y de la vida de cada joven, para que llegue a ser punto constante de referencia y sea también la verdadera luz de toda iniciativa y de todo compromiso educativo con respecto a las nuevas generaciones*".

Indicaciones paradigmáticas para la evangelización de los jóvenes

En sus encuentros con los jóvenes, S.S. Juan Pablo II mostraba a toda la Iglesia algunas indicaciones paradigmáticas para la evangelización de la juventud y la pastoral juvenil.

Quedaba claro que el cristianismo no se comunica a los jóvenes con la mera repetición discursiva de su doctrina y moral, ni como herencia de una cultura o resultado de un razonamiento. Así "impacta" difícilmente el corazón de un joven. E incluso deja en evidencia la debilidad de su forma de "*tradere*" (de tradición, de comunicación). Por ello, los jóvenes perciben con frecuencia el cristianismo como herencia de un pasado bastante lejano de su vida, como un fardo pesado que se les impone. En cambio, el cristianismo se comunica y se difunde gracias a la potencia de Dios, que se manifiesta y alcanza a la persona a través de hechos sorprendentes, a través de eventos de salvación. En las Jornadas Mundiales, la comunicación de la fe a los jóvenes se realiza en el ámbito de una experiencia fuerte, de un acontecimiento extraordinario y sobrecogedor que confiere a todo discurso, a todo gesto, una gran fuerza persuasiva. La belleza de lo vivido juntos resulta atractiva. Ese encuentro es un evento a ser vivido, no algo para ser leído o discutido. En las Jornadas Mundiales los jóvenes viven algo nuevo, un acontecimiento, un *kairós* que les despierta estupor y atractivo, que les penetra directamente en el corazón y que los impulsa hacia el seguimiento de Cristo.

En efecto, la fe no puede hacerse carne en la vida de los jóvenes sólo por medio de discursos e imperativos categóricos, ni genéricos llamamientos morales o referencias a valores abstractos, sino gracias al encuentro sorprendente con testigos que irradian dicha Presencia. Lo decía ya Pablo VI: los jóvenes atienden y siguen más a los "testigos" que a los "maestros" (¡y los testigos se convierten en maestros auténticos!). Están cansados, sí, de los grandes discursos, de retóricas sobre los "principios" y los “valores”. Sólo puede atraerles y fascinarles el encuentro con un testigo, con una experiencia, con una propuesta de vida, en los que vislumbran una positividad, una promesa de felicidad, un esplendor de la verdad tales que vale la pena seguir.

Cierto es que en la condición juvenil son fundamentales los testimonios de otros jóvenes que muestren cómo el encuentro con Jesucristo ha cambiado su vida y la ha convertida en más humana, más verdadera y feliz. Sin embargo, si la única referencia es el grupo de sus iguales, de los de su edad, en aprendizaje "horizontal", entonces falta una dimensión esencial para formar personalidades maduras y autónomas. No se crece sólo con la emulación fraterna sino con la referencia a las figuras paterna y materna. En el origen del crecimiento de los jóvenes figuran los adultos; y si éstos viven despistados, distraídos o confusos, su fragilidad y esterilidad recaen en las

generaciones futuras. Esto es muy importante hoy, dado que muchos jóvenes se encuentran como huérfanos en situaciones de disgregación familiar –o donde las relaciones están marcadas por una cohabitación superficial–, no atendidos ni cuidados en la escuela, abandonados y perdidos en una especie de "sálvese quien pueda", a menudo como víctimas. Más que nunca se necesitan testigos tales que lleguen a ser educadores, maestros de verdad y vida, modelos vivos, concretos ideales de referencia, guías cercanos y creíbles que ayuden a los jóvenes a aprender a vivir. Cuando el joven rechaza todo "paternalismo" en su ímpetu de afirmación autónoma del propio yo, es fundamental que encuentre una paternidad verdadera, es decir, una autoridad, en el sentido etimológico de la palabra: la que cultiva y hace crecer la humanidad del hombre. En el Papa Juan Pablo II, los jóvenes han encontrado y visto un testigo por excelencia y por ello lo reconocen maestro. Es esto precisamente lo que se pide a los Obispos y que de ellos se espera en sus propias diócesis y como catequistas invitados para las Jornadas Mundiales. En uno de sus mensajes a los jóvenes, Juan Pablo II afirmaba: "*Se necesitan muchos sacerdotes, maestros y educadores en la fe*". "*Pienso asimismo en todas las personas adultas, mis hermanos y hermanas,* –escribió en la Carta a los jóvenes y a las jóvenes del mundo– *que son vuestros maestros, vuestros educadores, guías de las mentes y caracteres jóvenes. ¡Cuán grande es su misión!"*. Esto es eco de su recomendación a los obispos italianos: *"Dedicad vuestros mejores sacerdotes a la pastoral juvenil..."*. Su tarea consiste en ayudar a los jóvenes a crecer *"en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres"* (Lc 2,52), para que sean capaces de cumplir el cometido que se les ha encomendado: *"Creced como personas, desarrollando los talentos del cuerpo y del espíritu; creced como cristianos aspirando a ser santos; creced como testigos de Cristo, luz del mundo*" (15.8.1991).

Cabe destacar, pues, que no se ha de dar nada por supuesto o descontado en la propuesta cristiana a los jóvenes. Es preciso comenzar siempre por el principio, por la experiencia cristiana originaria y esencial, por el *kerigma.* En las comunidades cristianas muchas veces se pone mucho empeño en la catequesis a los jóvenes, en particular, antes de la Confirmación, con cursos de larga duración. En general los frutos son mucho menores de cuanto se esperaba. Es que la catequesis es el eco y desarrollo de algo ya acontecido. Lo primero es ese encuentro impactante con testigos del Señor, que son transparencia de su Presencia, que documentan en su propia experiencia vital un "más"

de humanidad, de libertad, de amor, de felicidad, y que, por eso, suscitan un presentimiento, una curiosidad, un atractivo, un seguimiento. Y que saben dar razón de su esperanza, comunicando el don de ese encuentro. Todo lo demás viene dado por añadidura.

Esta propuesta cristiana está así muy lejos de poder ser reducida a sentimiento espiritual o ideología religiosa. Vivimos en tiempos de multiplicación emergente y variada de ofertas religiosas en el supermercado de la ciudad global. Aparecen y se difunden por doquier muchas formas de "suplemento de alma" que quieren satisfacer un ansia espiritual, la necesidad de aferrarse a algo en medio de la confusión general, harta de materialismo vulgar, de hedonismo absolutizado, de cientificismo tecnocrático... Numerosos jóvenes terminan por embarcarse en búsquedas espirituales esotéricas, en seguridades sectarias, en modalidades neognósticas, en influjos de religiones orientales. El mayor entramado ecléctico de estos varios filones religiosos se condensa en la corriente de la "*new age*" y se manifiesta en un "espiritualismo" que impregna expresiones artísticas y musicales, modos y estilos de vida, e incluso llega a reflejarse en algunas manifestaciones cristianas del ámbito juvenil. El punto radical de choque con el cristianismo está en el rechazo del misterio de la Encarnación por parte de dichas formas espirituales y religiosas. Por eso, es también fundamental que el misterio de la Encarnación del Verbo y la sacramentalidad de la Iglesia -signo real de su Presencia- se encuentren en el centro mismo de las Jornadas Mundiales de la Juventud, proponiendo el cristianismo en su dimensión dramática, cuya dialéctica esencial es pecado y gracia, muerte y vida. Nada más lejano que cierta autocomplacencia e incluso narcisismo, tentación de denunciar sobre todo los pecados fuera de uno mismo, invasión de formas de autosatisfacción espiritual, en que el cristianismo tiende a reducirse a un bagaje de sentimientos agradables y buenos propósitos, a la vez que se ofusca la conciencia de la radicalidad de la herida y del desorden, y, por eso, de la necesidad de la gracia. El Papa Juan Pablo II ponía en guardia a los jóvenes contra toda "*afirmación de autosuficiencia que nos deja indefensos frente a nuestros límites y debilidades*" (9.4.1992). No hay espacio para una retórica de autocomplacencia juvenil. "*Soy amigo de los jóvenes* –ha dicho Juan Pablo II– *pero amigo exigente*". Les hablaba de la Cruz y les confiaba la Cruz del Año Santo "extraordinario" de 1984, para que la llevasen por todo el mundo, convertida en Cruz de los jóvenes. *"¿Acaso no sentís dentro de vosotros* –les preguntaba el Papa– *al `espíritu de este*

mundo' que lucha contra el Espíritu del Evangelio?" (20.8.1989). En cada Jornada Mundial propuso con fuerza gestos penitenciales y en especial el Sacramento de la Reconciliación. Recuerdo entre las imágenes más impresionantes de las Jornadas Mundiales la del Circo Máximo en Roma, durante el gran Jubileo, con decenas de confesionarios "de campo" y largas filas de jóvenes ante cada uno de ellos (¡qué experiencia, sobre todo, para tantos jóvenes que no se confesaban desde hace muchos años... y qué experiencia para tantos sacerdotes!). El entero mensaje pontificio ha sido siempre llamado a un itinerario pascual. ¡Nada de ceder a la "mediocridad", se necesita marchar por un "*camino empinado... estrecho y fatigoso*" que "*lleva al gozo verdadero*"; hay que "*volar a gran altura*"! (15.8.1991).

En ese camino, el siervo de Dios Juan Pablo II propuso siempre a los jóvenes la compañía de la Santísima Virgen María. Desde el Gran Jubileo su imagen acompaña la Cruz del Año Santo en la peregrinación de los jóvenes. Juan Pablo II no se cansó de proponerla a los jóvenes como la primera discípula, en su "*fiat*" al designio de Dios, como madre de Jesús y en su maternidad universal, a la cual confiar todos los sufrimientos, inquietudes, anhelos y esperanzas que laten en el corazón de los jóvenes. Es compañía protectora, consoladora, intercesora y esperanzadora que, con todo afecto y cuidado, peregrina junto con los jóvenes en el camino de su vida y del seguimiento de su Hijo. Junto a Ella, en la comunión de los santos, descuellan los testimonios de santidad que el Papa propone continuamente a los jóvenes y especialmente los de aquellos santos que son "compatriotas" en las diócesis que acogen las Jornadas Mundiales de la Juventud. Santos jóvenes, como Pier Giorgio Frassati, son a menudo propuestos a los jóvenes, repitiendo aquello dicho en Santiago de Compostela: *"No tengáis miedo a ser santos"*.

Redescubrir la Iglesia

Para tantos jóvenes, el encuentro del Papa, y más aún en el cuadro del acontecimiento de sus viajes y visitas pastorales o de las Jornadas Mundiales de la Juventud, adquiría a la vez un profundo significado eclesial. Ya no se daría aquella tan frecuente actitud de los jóvenes del "sí a Jesús y no a la Iglesia". Estamos acostumbrados a hablar con frecuencia de la comunión de la Iglesia en términos abstractos. Es preciso, al contrario, dejarse sorprender y maravillar por su misterio presente. Así se aprende a comprender y a vivir la Iglesia como milagro

de unidad, no construcción nuestra sino don de Dios a los hombres, misterio de comunión más potente que cualquier lógica humana. Quien haya tomado parte en un encuentro de los jóvenes con el Santo Padre, ha podido sin duda vislumbrar qué cosa es ser miembro de un Cuerpo, ciudadano de un Pueblo, y no en sentido demasiado "espiritual" sino concretamente real. A pesar de proceder de pueblos, naciones y culturas muy diferentes, a pesar de que casi todos los jóvenes presentes se encontrasen reunidos por primera vez, a pesar de la "babel" de las lenguas, a pesar de la diversidad de itinerarios, afinidades y sensibilidades... a pesar de todo ello, en las Jornadas Mundiales se ha vivido, experimentado y celebrado un profundo evento de comunión. La realidad de la Iglesia en cuanto misterio de comunión aparece de modo muy inmediato, cercano, persuasivo, y provoca a la persona del joven a una adhesión total, a un profundo sentido de pertenencia. A diferencia de millones y millones de jóvenes que ven los mismos programas televisivos, reciben iguales informaciones, asisten a espectáculos semejantes, son espectadores de una misma publicidad, siguen iguales modas, y todo ello les ayuda a acercarse sólo epidérmicamente, dejando a cada uno en su aislamiento y soledad..., en la participación en estas Jornadas Mundiales se llega a intuir, percibir, experimentar, gustar el "*tremendum mysterium*" que rompe toda extraneidad entre las personas y gracias al cual todos juntos, en nombre de Cristo y en torno a su Vicario, llegamos a ser signo físico de su Presencia.

Es de señalar al respecto que en el valor educativo de la diversidad de signos, símbolos y lenguajes que se expresan en la comunicación profunda y vivaz entre el Papa y los jóvenes, la centralidad corresponde –y no puede ser de otro modo– a los gestos sacramentales. Cada Encuentro mundial se inaugura y se clausura con una celebración eucarística. Todo el recorrido que se propone a los jóvenes tiene lugar bajo el telón de fondo de la renovación bautismal, de los sacramentos de iniciación cristiana. Ya hemos señalado la importancia sorprendente de la experiencia del sacramento de la reconciliación en las Jornadas Mundiales. "*Toda vocación de vida, como 'vocación cristiana'* –recordaba el Papa a los jóvenes en su carta de 1985– *está arraigada en la sacramentalidad de la Iglesia*". La objetividad de los sacramentos así como de la autoridad y magisterio del Papa y de los Obispos presentes constituyen una interpelación contra toda tendencia al subjetivismo juvenil como excesiva sumisión a sensaciones, tratándose de una generación que alguno ha definido "*a la búsqueda de emociones*

fáciles".

Por consiguiente, es importante que esta experiencia fundamental no se debilite u ofusque en las grandes concentraciones mundiales. Éste es el "espectáculo" que se ha de dar al mundo, expresado en la unión de oraciones, cantos, testimonios y especialmente en la celebración de la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana. ¡Un espectáculo de unidad y santidad! Los momentos más débiles de las Jornadas Mundiales han sido cuando los organizadores se han dejado tentar por construir un espectáculo para presunto gusto de los jóvenes, deslizado a espectáculo mundano. No son una mera expresividad de la cultura juvenil, ni un "éxtasis festivo", dirá Benedicto XVI refiriéndose a la naturaleza de tales Jornadas (22.12.2008).

¡Qué importante ha resultado esta experiencia gozosa de la Iglesia como misterio de comunión, después de tantas crisis de desafección, de manipulación, de contestación y de alejamiento de la Iglesia! ¡Qué importante para confirmar la fe de muchos jóvenes cristianos, arraigándola más profundamente y enriqueciéndola con las enseñanzas de la Iglesia! ¡Qué importante para jóvenes que viven en países de pequeñas minorías cristianas, y a menudo como minorías perseguidas, gozar y fortalecerse con la compañía de multitudes de otros jóvenes cristianos, en la comunión de los santos! ¡ Qué importante también para muchos jóvenes que con frecuencia se sienten solos en ambientes muy descristianizados y padecen la presión psico-sociológica de los estilos de vida de muchos grupos juveniles lejanos de toda cultura y experiencia cristianas! ¡Qué importante para muchos jóvenes alejados de la fe y de la Iglesia que se acercan y participan como movidos por una curiosidad, por el presentimiento de que algo importante puede acontecer en esas Jornadas para su vida! ¡Qué importante para los mismos Obispos y sacerdotes que ven reavivada su responsabilidad pastoral, su celo evangelizador, el servicio de su autoridad y las exigencias de su paternidad!

Es la imagen de la Iglesia *nova et vetera*, siempre viva y joven, que abraza a nuevos hijos y discípulos, abriendo las puertas a los jóvenes, y se renueva rejuveneciendo.

Además, las Jornadas Mundiales de los jóvenes han resultado ser lugares de ejemplar experiencia de la unidad de la Iglesia, que se edifica con la multiplicidad de carismas, pedagogías, formas asociativas y comunitarias, en las que se expresan muy diversos itinerarios de los jóvenes cristianos. Han tomado cuerpo gracias a la pronta respuesta de algunos movimientos, asociaciones y comunidades

a las primeras convocatorias de Juan Pablo II. Esto es un dato histórico que nunca ha constituido un límite. Desde el comienzo revistieron carácter abierto, eclesial, católico. Muy pronto se adhirieron muchos otros movimientos y asociaciones de nivel internacional, precisamente por tener antenas más sensibles a la dinámica de la Iglesia universal y por su mayor agilidad para ponerse "en movimiento". El Papa los ha reconocido y alentado siempre. Han constituido una fuerza propulsora, persuasiva e irradiadora de estas Jornadas Mundiales. Sin embargo, también ha sido fundamental la obra educativa realizada para provocar una participación mayor y cada vez más entusiasta de los jóvenes convocados y enviados por sus Iglesias locales. Las Jornadas Mundiales han sido no sólo ocasiones convocantes y motivos interpelantes sino también paradigmas para relanzar y promover "pastorales juveniles" a niveles diocesanos y nacionales. La pastoral de la juventud se ha propuesto e impuesto de tal modo como una de las prioridades fundamentales en la vida y misión de las Iglesias locales. Ha habido al respecto un salto de cualidad. Los Obispos se han acercado más a los jóvenes. Las Iglesias locales se han preocupado cada vez más de la preparación de las Jornadas Mundiales de la Juventud en sus sedes diocesanas y, a la vez, de promover, preparar y organizar la peregrinación de los jóvenes a los encuentros mundiales. En especial, "*la experiencia de estos últimos 20 años* –ha dicho Benedicto XVI– *nos ha enseñado que, en cierto modo, cada Jornada Mundial es para el país donde tiene lugar un nuevo comienzo para la pastoral juvenil*" (21.8.2005).

Semilleros e itinerarios vocacionales

Cientos de miles y por lo general millones de jóvenes constituyen una manifestación "multitudinaria", pero no masificante. Las nuevas generaciones sufren las tenazas de la angustia de la soledad y del desierto de la masificación impersonal. En cambio, las Jornadas Mundiales nos han ido presentando el milagro de una multitud congregada, donde cada uno se siente partícipe personalmente, no una suma de individuos ni una masa de gente, sino un pueblo, un cuerpo, una gran familia, en cuya conciencia de pertenencia se despierta y crece una nueva autoconciencia de la persona. Se verificaba como un misterio de diálogo de tú a tú entre el Papa y cada joven, que hacía pensar en aquel diálogo del joven rico con Jesús. "*Nos llama uno a uno... Desde la eternidad ha pensado Dios en nosotros y nos ha amado*

como personas únicas e irrepetibles", señalaba Juan Pablo II a los jóvenes (19.8.1989).

De este modo, la relación educativa se produce a partir de una experiencia vivida juntos, pero no reducida a una lógica de grupo. Se dirige a cada persona, a su libertad. Porque al cristianismo le interesa primordialmente el valor de la persona, la adhesión de su libertad, el "aquí estoy" frente a la llamada por nombre, el hecho de comunicarse de persona a persona, de experiencia a experiencia, es decir, la personalización de la fe en el ámbito de un misterio de comunión.

Esta observación se confirma y enriquece con el fuerte acento vocacional presente en las Jornadas Mundiales. Ciertamente el Papa Juan Pablo II no temía plantear directamente ante los jóvenes el "sígueme" de la única vocación cristiana en las diferentes modalidades en que se realiza. Con frecuencia ha hablado a los jóvenes del llamamiento al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada. Al mismo tiempo, les mostraba la belleza del amor en el camino del matrimonio y en la creación de una familia como "iglesia doméstica". ¡La "vida como vocación", en el don de sí! La perspectiva madura de una vocación humana y cristiana se presenta en la dimensión del don. En sentido amplio, la pastoral juvenil es siempre pastoral vocacional; se trata de ayudar al joven a descubrir su propia vocación cristiana y, en ella, su propio itinerario y modalidad de seguimiento de Cristo. El testimonio de Juan Pablo II y sus concretas invitaciones han sido semilleros de una abundante riqueza vocacional entre los jóvenes.

Una nueva generación de apóstoles

El amor del Papa Juan Pablo II a los jóvenes, el encuentro con Cristo que les propone y la responsabilidad que les confía, iluminan y corroboran la afirmación del Concilio Vaticano II cuando dice que los jóvenes "*deben ser los primeros e inmediatos apóstoles de los jóvenes*" (*Apostolicam Actuositatem*, n. 12).

Lo que se espera de quienes han tomado parte en estos acontecimientos es que corran enseguida, como los primeros discípulos, a compartir lo vivido con sus padres, familiares y amigos. No hay necesidad de estrategias o programas muy elaborados de "nueva evangelización". Lo acontecido, lo que se ha visto y vivido, al ser tan grande, tan bueno y hermoso, por sobreabundancia de gracia y alegría se comunica espontáneamente a los demás. "*Decidlo a los de vuestra edad*", pedía el Papa a los jóvenes, y les encomendaba "*la tarea de*

gritar al mundo la alegría que brota de haber encontrado a Cristo" (Mensaje para la VIII Jornada Mundial de la Juventud, 15.8.1992). "*Andad... Seréis mis testigos...*". En Denver, el Papa exclamó: "*No tengáis miedo de salir a las calles y a los lugares públicos, como los primeros apóstoles que predicaban a Cristo y la buena nueva de la salvación en las plazas de las ciudades, de los pueblos y de las aldeas. No es tiempo de avergonzarse del Evangelio (cfr. Rom 1,16). Es tiempo para predicar desde los tejados (cfr. Mt 10,27). No tengáis miedo de romper con los estilos de vida confortables y rutinarios, para aceptar el reto de dar a conocer a Cristo en la metrópolis moderna*" (15/8/1993).

Para que ello ocurra, es necesario que el "*fuerte impulso de entusiasmo*" que se vive en las Jornadas Mundiales, se logre sostener "*y, por así decir, hacer que sea definitivo*" (Benedicto XVI, 21/8/2005). Podríamos contentarnos con decir que se ha sembrado mucho en todos esos encuentros con los jóvenes y que la Providencia fijará los tiempos y modos de la cosecha. Y es verdad que sólo somos "siervos inútiles". Pero no basta. Porque podría suceder que la semilla plantada en tierra buena, abandonada a sí misma, quede ofuscada, se la destruya y, por tanto, no dé fruto. Entonces es legítimo y necesario hacerse la pregunta: "¿Y después qué?". No ha de funcionar la tentación del Monte de la Transfiguración: quedar deslumbrados en las Jornadas Mundiales hasta el punto de desear construir tiendas para quedarse. Ni tampoco encerrarse en la nostalgia, ni vivir pensando en la "próxima"... Al contrario, es menester echarse a andar, ponerse en camino de nuevo, comenzar otra vez. Apenas terminado un Encuentro Mundial, los jóvenes quedan rebosantes de entusiasmo (palabra que, etimológicamente, indica la presencia de Dios en el corazón). ¿Pero cómo perseverar en este entusiasmo? Porque del entusiasmo, la euforia, la exaltación, el impacto de sensaciones e impresiones fuertes, se pasa pronto a la carga pesada de lo cotidiano, al desgaste agobiante de la vida ordinaria, a la fatiga monótona de lo acostumbrado, en que nada realmente importante parece que pueda ocurrir... Vuelve la amenaza de la soledad e infelicidad. Y los impulsos generosos, los buenos propósitos, caen de nuevo a la merced de "persuasores ocultos" que van recortando la vida del joven según modelos y estilos de vida marcados por el conformismo y la alienación.

Por eso, la continuidad real y verdadera de las Jornadas Mundiales fue indicada por las palabras del Santo Padre cuando pedía a los jóvenes que mirasen a su alrededor para hacer una especie de censo de

los "lugares" en que Cristo está presente como manantial de vida. Estos pueden ser –señalaba el Papa– las comunidades parroquiales, los grupos y movimientos de apostolado, los monasterios y casas religiosas, y también personas individuales por cuyo medio Cristo mismo enardece el corazón, como ocurrió a los discípulos de Emaús, y lo abre a la esperanza (cfr. Mensaje para la VIII Jornada Mundial de la Juventud, 15.8.1992). Esto quiere decir que la continuidad fecunda de las Jornadas sólo resulta posible incorporándose a una comunidad cristiana, que sea lugar y compañía que consienta seguir viviendo y experimentando el mismo misterio de comunión, con igual estupor, densidad y belleza con que se compartió este acontecimiento durante el encuentro mundial de jóvenes, y creciendo así en la fe de la Iglesia. Por esto, Juan Pablo II animaba a los jóvenes a no olvidarse de "*dar gracias todos los días al Espíritu Santo, que continúa encendiendo tantas llamas de compromiso apostólico en la Iglesia de hoy. Las comunidades parroquiales vivas y dinámicas constituyen un terreno muy fértil, lo mismo que las asociaciones, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades que crecen y se difunden con tanta abundancia de carismas, sobre todo en los ambientes juveniles. Esto es un nuevo soplo que el Espíritu Santo infunde en nuestro tiempo ¡Cómo quisiera que esto* –exclamaba Juan Pablo II– *entrase en la vida de cada uno de vosotros!*" (Mensaje para la VII Jornada Mundial de la Juventud, 24.11.1991).

Esta in-corporación en la vida de la Iglesia, casa y escuela de comunión, es la que sostiene una verificación del cristianismo como novedad de vida en la existencia concreta de cada día. No se ha encontrado verdaderamente al Señor, ni siquiera en una Jornada Mundial de la Juventud, si "*una vida nueva, don del Señor resucitado"* no *"ha comenzado a florecer aquí y ahora"* –decía Juan Pablo II– en todos *"los ámbitos de la experiencia humana: en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las actividades de todos los días y en el tiempo libre*" (Homilía en Santiago de Compostela, 20.8.1989). Estos lugares, estas comunidades vivas, estas compañías –signos y reflejos del misterio de comunión que es la Iglesia– constituyen el "terreno" donde germinará la semilla, en la que ésta crecerá gracias a una adecuada formación cristiana y llevará a estar prontos a responder a quienquiera les pregunte por la "*razón de su esperanza*" (1 Pe 3,15).

Desde tal responsabilidad e ímpetu apostólico, el Papa entregaba a los jóvenes la Cruz del Año Santo, diciéndoles: "*Muy queridos jóvenes: al clausurar el Año Santo os confío el signo de este Año Jubilar. ¡La*

Cruz de Cristo! Llevadla por el mundo como signo del amor del Señor Jesús a la humanidad y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención" (2/4/1984).

Protagonistas de la civilización del amor

Los jóvenes han sido para el Papa Juan Pablo II no sólo esperanza de la Iglesia sino también, como misioneros y constructores, esperanza de una convivencia más digna de todo el hombre y de todos los hombres. Los anhelos de justicia que vibran en el corazón de los jóvenes encuentran en el Evangelio caminos de realización.

"¿Por qué se ha llegado a esto? ¿Por qué se ha alcanzado tal grado de amenaza contra la humanidad en nuestro planeta? ¿Cuáles son las causas de la injusticia que hiere nuestra vista? ¿Por qué tantos millones de prófugos en diversas fronteras? ¿Tantos casos en que son vilipendiados los derechos elementales del hombre? ¿Tantas cárceles y campos de concentración, tanta violencia sistemática y muertes de personas inocentes?... Con razón preguntáis: ¿Por qué un progreso tan grande de la humanidad –que no puede compararse con ninguna época anterior de la historia– en el campo de la ciencia y de la técnica; por qué el dominio de la materia por parte del hombre se dirige en tantos aspectos contra el hombre?" El Papa Juan Pablo II recogía y relanzaba estas preguntas a los jóvenes, en su carta de 1985. Son interrogantes –decía en Buenos Aires, el 11.4.1987– que exigen "*un ensanchamiento del corazón. Sentid en vosotros las necesidades de todos los hombres, especialmente de los más necesitados; tened ante los ojos toda forma de miseria material y espiritual que se padece en vuestros países y en la humanidad entera; y dedicaos después a tratar de aplicar soluciones reales, solidarias y radicales a estos males*".

"*El encuentro mundial de los jóvenes* –escribía Juan Pablo II– *quiere ser semilla y propuesta de una nueva unidad, que trasciende el orden político, pero que lo ilumina*". Es signo y flujo de una unidad que ningún imperio logra construir (cfr. Mensaje para la VIII Jornada Mundial de la Juventud, 29.6.1999). La experiencia de la Iglesia como "*forma mundi*" se manifiesta en el signo y la esperanza de una humanidad reconciliada, en el perdón de los enemigos, en la justicia y santidad, en reconocerse hermanos como hijos de un mismo Padre, solidarios en una patria común que es el Reino de Dios. Por eso mismo, Juan Pablo II siempre ha querido que en las Jornadas Mundiales de la Juventud no faltaran gestos, obras y empeños de caridad para con los

más pobres y los que sufren.

Al mismo tiempo, Juan Pablo II alargaba el horizonte de los jóvenes, presentándoles los grandes retos epocales que tenían que afrontar al alba del tercer milenio: construcción de la paz, superación del inicuo abismo entre Norte y Sur, salvaguardia de un hábitat natural, humano y moral, respeto y realización de la igual dignidad y enriquecimiento recíproco entre hombre y mujer, defensa y promoción de la verdad y el bien del matrimonio y la familia, atención de toda política respecto a las oportunidades de trabajo, custodia de la libertad auténtica contra las grandes concentraciones de poder económico-tecnológico, defensa de la vida contra la cultura de la muerte, importancia capital de la educación de la persona... Llamaba a menudo a los jóvenes a ser los protagonistas en la construcción de una "civilización del amor".

De Juan Pablo II a Benedicto XVI

Hubo quien llamó a Juan Pablo II el “papa de los jóvenes” y habló de una “generación Juan Pablo II”. En efecto, con Juan Pablo II la Iglesia vivió un salto de cualidad en su relación con sectores significativos de la juventud, en su evangelización de los jóvenes, en sus movimientos de juventud, en la pastoral juvenil. Juan Pablo II se convirtió en testigo, padre, maestro y amigo de los jóvenes. Logró establecer con ellos una comunicación profunda, un diálogo ininterrumpido, abrazando su humanidad con la caridad, despertando y provocando lo mejor de sí y proponiéndoles el acontecimiento cristiano de modo atractivo y exigente como camino de vida verdadera. Millones de jóvenes han admirado y amado mucho a Juan Pablo II. Tanto es así que hubo quienes pensaron que las Jornadas Mundiales de la Juventud, al menos en la versión de sus encuentros mundiales periódicos, habrían sido una iniciativa que estaba destinada a concluir con su pontificado, con su figura paterna excepcional, con su carisma comunicativo y generativo.

Fueron Benedicto XVI y los mismos jóvenes quienes desmintieron en los hechos esas previsiones de cierta duda y pesimismo. Un mes después de aquel homenaje conmovedor al siervo de Dios Juan Pablo II, el nuevo papa Benedicto XVI, en la primera homilía de su pontificado, terminaba dirigiéndose a los jóvenes, como recapitulando y retomando el impresionante legado de su amado antecesor: “*En este momento mi recuerdo vuelve al 2 de octubre de 1978, cuando el Papa*

Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la plaza de San Pedro. Resuenan continuamente en mis oídos sus palabras de entonces: "¡No temáis! Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! (...) El Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes (...). Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a Él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la vida verdadera" (29/IV/2005).

Además, Benedicto XVI, desde el comienzo mismo de su pontificado, se vio providencialmente envuelto en la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud en su propia patria y asumió con determinación ese compromiso pastoral. La evangelización de las generaciones juveniles implica un continuo recomenzar... ¡y así lo entendió Benedicto XVI! Pero también los jóvenes se demostraron mucho más maduros que lo que no pocos observadores y comentaristas pensaban. Fueron multitudes los jóvenes que concurrieron primero a Colonia y después a Sydney, convocados ahora por Benedicto XVI, que escucharon en silencio atento y acogedor sus palabras, que rezaron con él, en comunión efectiva y afectiva con el nuevo Sucesor de Pedro.

Es que la gracia de Dios pasa por diversidad de biografías, de temperamentos y sensibilidades, de carismas y modalidades expresivas, pero se manifiesta en una impresionante continuidad de discípulos, testigos y maestros. Y esta continuidad descuella y está garantizada fundamentalmente por la sucesión en la sede de Pedro. Así lo entendieron los mismos jóvenes.

De tal modo, las Jornadas –y es ahora Benedicto XVI quien las reasume en su núcleo fundamental– "*son la culminación de un largo camino, en el que se encuentran unos con otros y juntos se encuentran con Cristo (...). Asimismo el Papa no es la estrella en torno a la cual gira todo. Es totalmente y sólo Vicario. Remite a Otro que está en medio de nosotros".* Por eso, *"la liturgia es el centro de todo el conjunto, porque en ella acontece lo que nosotros no podemos realizar y que, sin embargo, siempre esperamos. Él está presente. Él entra en medio de nosotros. Se ha rasgado el cielo y esto hace luminosa la tierra*" (22/12/2008).

¡Luminosa será, por gracia de Dios, la próxima Jornada Mundial de los Jóvenes, en Madrid, en agosto de 2011, a la que están también invitados todos los jóvenes presentes y los que están siguiendo esta

conferencia por medio de Internet! ¡Hasta pronto, a Madrid!

Murcia, España, abril de 2010.

4. Matrimonio y familia: morada de humanidad

Experiencia connatural, íntima, universal

La vida familiar es ciertamente una experiencia universal, connatural a la persona, cotidiana, en la que todos estamos implicados, que nos afecta a todos y en todo. ¡Lo universal en lo más íntimo! A veces confusamente y otras veces con gran lucidez, presentimos, percibimos, que en esa realidad tan común está en juego nuestra felicidad, nuestro crecimiento en humanidad, la realización de nuestra vocación y destino.

Sin embargo, sucede también frecuentemente que, arrastrados por la agitación y dispersión en tantas actividades y preocupaciones, o simplemente acomodados rutinariamente a los hábitos cotidianos, quedamos sólo en la superficie –¡superficialmente!– distraídos de todas sus profundas implicaciones humanas, hasta banalizando y censurando lo que es tan humano de nuestra existencia y convivencia.

Por todo eso es bueno que en la familia, como en las comunidades cristianas, y también en el debate público a diversos niveles, sepamos detenernos y re-centrarnos periódicamente, regularmente, en una común reflexión y en una exigente revisión de nuestra vida familiar. El magisterio y la pastoral de la Iglesia nos enseñan y recuerdan que la familia es cuestión de primera importancia. Incluso en la consideración de instituciones públicas e instancias políticas re-emerge, aunque contradictoriamente, como factor determinante en la evolución del cuerpo social y en la definición de su futuro.

Una morada para la persona

Causa mucha impresión que en numerosas encuestas realizadas en diversos países europeos en el correr de esta década de 1990, los jóvenes manifiesten por lo general entre sus mayores anhelos, entre lo que más desean y esperan, una vida familiar serena y feliz. La "generación del 68" la consideró como cárcel de la que liberarse, institución represiva y residual destinada a desaparecer. Utopías antihumanas expresan y generan infiernos reales. Es actualmente sintomático que crezca entre los jóvenes –víctimas de tal situación– la percepción cada vez más sentida, cada vez más urgida, de una necesidad de familia, o sea de un lugar seguro y estable de

referencia para la persona, de acogida y reconocimiento propiamente humanos, expresión viva de afectos y valores verdaderos, también de protección y consuelo en estos tiempos de crisis, confusión y violencia en que vivimos. ¡Deseo y nostalgia a la vez! Crece, sí, un anhelo de muchos por una morada humana para la persona, que la salve, por una parte, de una masificación anónima que la reduce a número, a una sucesión de reacciones y funciones, a un mero engranaje de la máquina social, productiva, cultural, apenas un consumidor "teledirigido"... Y que la salve también, por otra parte, de una insoportable soledad, de una ausencia de verdaderos encuentros, afectos y compañías que acogen y valoricen a la persona por lo que ella es, arrastrada por la disgregación y atomización del tejido social hasta el "sálvese quien pueda"... Vivimos paradójicamente en la llamada "aldea global" de la revolución de las comunicaciones, inversamente proporcionales a la comunión entre las personas. La familia se percibe, pues, como lugar de una comunicación realmente humana. Nostalgia, deseo y esperanza, a la vez, de una "casa", de una familia, de una morada para el yo.

Sistemática erosión

Se trata por cierto de un anhelo de difícil realización. Implicada en tumultuosas transformaciones socio-culturales, en medio de un gigantesco y acelerado cambio civilizatorio, resquebrajados muchos hábitos milenarios otrora tan arraigados, esa célula tan sensible del cuerpo social que es la familia se ha visto conmocionada. Sufre también por décadas de agresión ideológica, minada en sus fundamentos, distorsionada por la difusión masiva, sistemática, capilar, de modos de vida que promueven su desintegración. Basta seguir con atención los programas televisivos, desde los más aparentemente irrelevantes hasta los más groseros. Se ha ido dando una obra sistemática de impresionante erosión de la consistencia y existencia del matrimonio y de la familia, inducida por potentísimos medios de control y persuasión social.

No es ahora el momento para diagnósticos e interpretaciones sociológicas. La realidad salta a los ojos en el panorama europeo. Cae la tasa de nupcialidad: se reduce el número de casamientos, aumentan las uniones de hecho, se pretende equiparar el matrimonio con la pareja homosexual, se exalta la condición de los *"singles"*. Cae vertiginosamente la tasa de natalidad: se extiende la

mentalidad contraceptiva, hay cada vez más funerales que bautismos, imponiéndose un tipo de familia de hijo único en sociedades que van aceleradamente convirtiéndose en grandes hospicios de ancianos. Aumenta el número de divorcios. Se difunde, banalizada, una masacre de inocentes mediante la práctica abortiva. Crecen todo tipo de patologías respecto a la constitución misma del matrimonio, a la relación con los hijos, a la vida doméstica. Entre los miembros de la familia se está cada vez menos juntos, se con-vive cada vez menos, se encuentra y conversa menos, se divierte menos, se reza menos aún... «*Hay poca vida verdaderamente humana* –llega a decir Juan Pablo II en su *Carta a las familias– en las familias de nuestros días*»[1].

La amenaza mayor de nuestro tiempo es precisamente el empobrecimiento de la experiencia y de la conciencia de la persona respecto de su propia humanidad. Es ir perdiendo la capacidad de estupor, de novedad y sorpresa, de gratitud y responsabilidad, ante la grandeza y la belleza del misterio del ser, del don de la vida, de la vocación de la persona, en los que la existencia misma del matrimonio y de la familia está como entretejida. En la trivialización de la existencia sufrimos la censura de los deseos connaturales, constitutivos, determinantes de nuestra humanidad: el anhelo de verdad, de significado de las cosas, el deseo de felicidad, la necesidad de ser acogido y reconocido en el amor, el poder realizarse personalmente en todas las dimensiones...

Todo ello se sustituye por un clima general de nihilismo que pretende ser confortable y placentero, un individualismo utilitario que "libera" de todo vínculo de pertenencia y de responsabilidad. Cuanto más se proclama esa presunta libertad del individuo, tanto más queda íntimamente condicionado desde su constitución genética –y hoy día se abren aun fronteras insospechadas en materia "reproductiva"– hasta los contenidos de la conciencia y los estilos de vida impuestos. Individuos solos, aislados, son mucho más vulnerables, dependientes de quienes tienen el poder para influir decisivamente en todo: en cómo hay que vivir y con-vivir, en qué hay que consumir, en cómo divertirse, en cómo usar el tiempo libre y el dinero, en cómo vestirse, en cómo tratar a la propia pareja... hasta los mínimos detalles de la existencia, incluyendo todas las "transgresiones" inducidas y promovidas dentro de una mentalidad cada vez más conformista. Se está procediendo a una extensión universal de la lógica del mercado –y bien decía un "Nobel" como

Milton Friedman, que el mercado se mueve según humores o instintos animales– a toda la vida sexual, afectiva, matrimonial y familiar, así como económico-laboral y cultural. Todo queda librado a las preferencias subjetivas, según una libertad arbitraria sin referencia a criterios objetivos de verdad ni a exigencias de responsabilidad, para la satisfacción de los intereses individuales en el nutrido "supermercado" global que es la sociedad contemporánea. Se llega hasta a la iniquidad de interpretar y reivindicar cualquier atentado contra el concepto natural de la sociedad matrimonial, contra la unidad de la familia, contra los derechos elementales de los hijos, contra la vida misma, como legítima expresión de la libertad individual, que presuntamente debería ser reconocida y protegida como verdadero y propio derecho.

La constitución de la persona

Sin embargo, el "corazón" de la persona, en la experiencia misma de la vida matrimonial y familiar, percibe que está hecho y llamado para una vida más grande, más humana, más verdadera, que la que se difunde a través de los modelos e imágenes dominantes. Porque, no obstante nuestra agitación y distracción bajo la capa de la mentalidad imperante, la vida matrimonial y familiar no puede eludir las encrucijadas de algunas experiencias fundamentales del ser humano que en ella se plantean de modo especialísimo, plasmándola e interpelándola con singular intensidad.

Una de esas experiencias fundamentales es la constitución de la persona en la unión matrimonial, sobre la que está fundada la vida familiar. El matrimonio (y la familia) es una vocación que manifiesta que la persona es para la comunión y que se realiza en la comunión. Es decir, muestra que la comunión es una dimensión fundamental de la persona, de su ser y existir. «*No es bueno que el hombre esté solo*»[2]. Esa primera e insustituible comunidad natural evidencia la realidad originaria de la estructura comunional de la persona humana. Es un dato objetivo, universal, que pertenece al patrimonio de la humanidad, que reconocemos como sabia institución del Creador para realizar en la humanidad su designio de amor. Llevamos inscritos en el cuerpo y en el alma, en la totalidad de nuestro ser, esa vocación, ese deseo y anhelo, esa esperanza de comunión. En el matrimonio participamos del misterio tremendo del ser dos en "*una sola carne*"[3].

No es, pues, el matrimonio una institución "privada" entre otras.

Más que privado, el matrimonio es intimidad y, por la intimidad, participa de lo más universal y fontal de la realidad: el amor. «*Dios ha creado al hombre a su imagen y semejanza* –recuerda Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Familiaris consortio–: llamándolo a la existencia* ***por amor****, lo ha llamado al mismo tiempo* ***al amor****. Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano*»[4]. En efecto, «*el hombre no puede vivir sin amor*»[5]. En su primera encíclica, *Redemptor hominis,* Juan Pablo II ya destacaba que «*permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente*»[6]. Meditar sobre la propia experiencia matrimonial y familiar lleva inexorablemente al sentido del ser. Ese "nosotros" original de la humanidad, en cuanto unión del varón y de la mujer, círculo desbordante de paternidad-maternidad, filiación y fraternidad, es la familia en cuanto «*íntima comunidad de vida y amor*», llamada a «*custodiar, revelar, y comunicar el amor, como reflejo vivo y participación real del amor de Dios por la humanidad y del amor de Cristo Señor por la Iglesia su esposa*».

La pedagogía del encuentro

Esa necesaria relación con los otros, esa exigencia y anhelo de comunión, se realiza a través de encuentros especialmente significativos, de fuerte espesor, determinantes para la persona. En la trama de la propia vida, la gran mayoría de encuentros que tenemos resultan superficiales, epidérmicos, pasajeros, vividos en la distracción. Prevalece la indiferencia hacia los demás o su manipulación en función de la propia utilidad, del propio interés, del propio placer. Sin embargo, hay encuentros que dejan una "marca" o sello indeleble. Tienen un atractivo singular, mueven el "corazón", los intuimos y presentimos como importantes para la propia vida e incluso nos van cambiando la vida. ¡Quién olvida esos encuentros con la mujer amada, con el "tú" de cada uno de los hijos, con los verdaderos amigos, con los maestros de vida, con aquel

sacerdote! Es a estos encuentros que corresponde más precisamente el nombre de "amor": a los que dan origen a una relación de amistad, al camino del matrimonio, a los vínculos parentales, filiales y fraternales, a la relación que se instaura entre maestro y discípulo. Son todas ellas experiencias sorprendentes, imprevistas, que desbordan todo cálculo en su gratuidad, en las que hace irrupción un "tú" en la propia vida, convirtiéndose en compañía preciosa para tu destino. Te saca, por una parte, de tu egoísmo para acoger al otro y desear su bien, a la vez que te ayuda a reconocerte más cabalmente y a realizarte más plenamente en tu propia humanidad.

El matrimonio es precisamente ese lugar, esa morada de una íntima reciprocidad en el amor en el que toda la realidad se afronta juntos, en comunión, compañía preciosa y decisiva para el propio destino. Es mucho más, obviamente, que un simple enamoramiento, que una fuerte emoción y atracción. Es un enamoramiento llevado a la madurez de una relación personal, adulta, juzgada esencial, decisiva, preciosa, definitiva, para la propia vida. Y, por eso mismo, es fuente de renovado enamoramiento, ya no sólo como impulso emotivo sino como afectividad más profunda y más grande en el don recíproco. No es sólo un mirarse a los ojos sino también un mirar juntos hacia una meta, en un camino compartido, en el que cada uno se revela esencial, insustituible, para el otro, para recorrer ese camino y alcanzar aquella meta. Marido y mujer hemos sido escogidos desde la eternidad de Dios para encontrarnos y convertirnos en signo real, fecundo, del misterio de comunión en el amor por el que hemos sido creados, en el que hemos sido re-generados y al que hemos sido destinados. Cada uno es un regalo de Dios para el otro en ese designio de comunión.

«*El don más grande del matrimonio*»[7]

Otra experiencia impresionante en la vida conyugal y familiar es la del nacimiento y crecimiento de los hijos. Cada nueva vida, cada nacimiento, está como dentro de un gran misterio. Lo sabemos por experiencia. No es simple función biológica y reproducción de la especie. Es mucho más. Es fruto del amor de los esposos, abierto a la procreación. Es más aún. Cada nacimiento re-propone el misterio de la vida, una vida que es don y no producto. La primera evidencia

es que no nos hemos dado la vida sino que la vida nos ha sido dada. Es, pues, reconocimiento de una dependencia, de una pertenencia, de la condición de criatura. El hijo, acogido como un don, re-propone un origen, común a padres e hijos, constitutivo de ambos, fundante de la paternidad y la maternidad. En cada hijo redescubrimos la singularidad irrepetible de la persona, desde su misma concepción, colocada en un terreno de reciprocidad interpersonal y querida "por sí misma". Cada hijo tiene una vocación original, un propio temperamento, una misión, un destino personal. No es "propiedad" de los padres, que están llamados sólo, ¡y nada menos!, a acompañarlos, guiarlos, ayudarlos a descubrir el destino de Dios para su persona. El hijo, por su parte, ayuda a crecer a sus padres en el amor, que es fuente, sentido y sostén de la vida, mediante su paternidad y maternidad, ejerciendo una autoridad lejana de todo tipo de paternalismo o autoritarismo (esa autoridad que viene de *augere*, lo que hace crecer), autoridad que es condición de crecimiento en la libertad de la persona. No una autoridad indistinta, sino paterna y materna.

En esos nueve meses que la mujer lleva al niño en su seno, se anuda una alianza, una íntima comunicación, un diálogo silencioso, una complicidad singular, que se prolonga decisivamente en la más tierna infancia y que hará depender el equilibrio afectivo de fondo de una persona, acogida y amada. La paternidad, a su vez, ayuda a zafar de toda posesividad sobre la nueva persona, cooperando positivamente a introducirla en la realidad más vasta que el "útero" materno y familiar. Sabemos qué delicadas y complejas son esas relaciones humanas, que desde la procreación se prolongan en la educación del hijo como ayuda para el crecimiento hacia la plenitud de su ser personal. La familia es, sí, “escuela de humanidad”. Nada ni nadie puede sustituir esa responsabilidad primaria y directa de los padres en la educación de los hijos, a tal punto que todos los otros ámbitos educativos y de socialización sólo adquieren legitimidad y son juzgados en la medida en que respetan, hacen posible, facilitan y apoyan esa responsabilidad educativa de la familia.

Por el contrario, la crisis del matrimonio se descarga sobre los hijos como sus más inocentes y sensibles víctimas. En especial la ausencia de la figura paterna es fenómeno creciente, en cantidad y gravedad, con un impacto deletéreo sobre el tejido familiar y social, sea por causa de padre desconocido, sea en las situaciones de

mujer e hijos abandonados, sea para hijos confiados a la madre en casos de separación o divorcio, sea por una escasísima presencia y responsabilidad del marido y padre en el hogar. Todo se carga entonces sobre el cotidiano y sacrificado, a veces heroico, sostén de la mujer, de la madre, que tiene que sobrellevar a la vez las ocupaciones domésticas, el empeño educativo y el trabajo profesional.

La "revolución" de la mujer, su acceso a altos niveles de escolaridad, su irrupción masiva en el mercado laboral, su paso del *domus* a la *polis,* la toma de conciencia de su propia dignidad y la sensibilidad crítica ante toda discriminación, requieren un replanteamiento y reformulación de la compañía entre los cónyuges y de sus recíprocas responsabilidades domésticas, educativas y laborales. Esta exigencia se desvirtúa, en cambio, cuando se promueve y acepta la imagen de la familia como una cárcel para mantener a la mujer prisionera de sus funciones reproductivas y domésticas, como un *handicap* y peso del que la mujer tiene que liberarse para poder ser dueña de sí misma, de su cuerpo, de su vida. Es la imagen que difunden los grandes poderes neo-malthusianos, azuzando cierto maniqueísmo reactivo en sectores feministas. Sola, la mujer también pierde. Pierde en su genio femenino, en su humanidad, en su felicidad. Pero pierden más los hijos que, sin referencia viva, concreta, cotidiana a la paternidad y a la maternidad, al amor que se tienen los padres, quedan huérfanos, afectados, conmocionados en su propio crecimiento. Cuando la experiencia originaria de acogida del hijo y de su compañía ha sido insuficiente, vivida no en la gratuidad de un libre don de sí entre los padres y de ellos al niño, sino en la incertidumbre o, peor aún, en la distracción o en el rencor, entonces pesa la sombra de una amenaza sobre toda su vida. Allí están las estadísticas sobre las dificultades de escolarización y socialización, cuando no los problemas de drogadicción y violencia.

Paternidad, maternidad y filiación quedan hoy sometidas, en fin, a la amenaza de procesos radicales de despersonalización. Asistimos a una disociación creciente entre procreación y sexualidad, a tal punto que en el "plan" de la Conferencia sobre Población y Desarrollo promovida por las Naciones Unidas en El Cairo (1994), aun tratándose de la reproducción de la especie humana, se evitaba cuidadosamente cualquier referencia al "matrimonio" y al “amor”. Esa disociación se realiza ahora

radicalmente cuando la procreación se degrada a "reproducción" artificial. La concepción no se da así en el don interpersonal mediante el acto sexual, en cuanto lenguaje fecundo de comunión, sino por medio de una producción técnica, sometida a parámetros de control, programación y dominio. En la técnica ninguno es insustituible: los esposos pueden ser sustituidos, los gametos abastecidos por personas extrañas, una mujer que no es la madre puede encargarse de la gestación por cuenta de terceros... ¡el hombre sustituible como las cosas!

El amor es para siempre

Otra experiencia capital, la del sufrimiento, el dolor y la muerte, se vive especialmente en familia, aunque la sociedad haga todo lo posible por censurar su impacto interpelante. No nos detendremos ahora en los mil modos por los que se intenta exorcizar el sufrimiento y la muerte –escapismo, alienación, banalización y censura–, también tratando de desarraigarlo y disociarlo de la trama humana familiar. No obstante todo, la vida familiar está ritmada por el sufrimiento y la muerte de los seres queridos. Es misterio grande que no deja de afectar profundamente a la persona. Nos confirma que todo amor verdadero se construye asumiendo el dolor, llevando a la felicidad no sin sacrificio. Hay un anhelo de eternidad, un no quedar sometido a la caducidad, esperando que el amor se revele más fuerte que el dolor y la muerte. ¡El amor es más grande! Sería una tremenda injusticia, completamente irracional, que después de habernos amado tanto, todo acabara en la nada. El amor que no se quiera para toda la vida, que no tenga ese anhelo de totalidad, de eternidad, acaba como sentimiento pasajero.

Una con-vivencia difícil

La con-vivencia matrimonial y familiar nos sumerge también en otra experiencia humana sorprendente, ineludible, inquietante. ¡Qué difícil es com-partir, con-vivir, toda la vida, juntos, entre personas tan distintas, tan distinto el hombre y la mujer, tan distintas generaciones, cada uno irrepetible, singular, exponiéndose cotidianamente el uno a los otros! ¡Cuánta complejidad y fragilidad en ese complementarse íntimo de cuerpos, afectos, temperamentos,

estilos de vida, en un estar continuamente recomenzando, en prestar delicada atención al "mundo" propio de cada uno de los hijos en sus diversas fases de crecimiento! Se pasa de fases de entusiasmo sereno y gozoso a tiempos de aridez y prueba, y a otros tumultuosos y convulsos.

En la con-vivencia cotidiana sale todo lo bueno de la persona, pero también todas las miserias, fragilidades, límites. Lo mejor y lo peor, tan juntos. Construir una verdadera comunión requiere sacrificio –nada verdadero se consigue sin sacrificio... Lo que vale, ¡cuesta!–, necesita grandes dosis de paciencia y perseverancia mutuas, requiere esperanza, apela a la prontitud y sinceridad del perdón, de la reconciliación. Lo vivimos, lo advertimos, como algo que nos sobrepasa; es demasiado para nuestras escasas fuerzas, con nuestros impulsos desordenados, con la fragilidad de nuestra libertad, sometidos al bombardeo de estímulos y seducciones del entorno mundano.

La conciencia de una desproporción

Afrontar estas experiencias capitales, en toda su realidad, sin escapismos, con el corazón anhelante de felicidad, de verdad, de comunión, es no dejar empobrecer, reducir, la propia humanidad, la densidad y belleza humanas del matrimonio y de la familia. Pero al hacerlo surge neta la conciencia de una desproporción entre el misterio grande que es el matrimonio (y la familia) y las fragilidades, límites y resistencias de nuestras propias fuerzas para vivirlo en plenitud. ¡Cuánto sentimos la necesidad de algo, de Alguien, que nos ayude, que nos sostenga, que nos haga vivir realmente, en toda su fecundidad, ese misterio de comunión en el que está en juego nuestra vida! Se llega al matrimonio por lo general poco preparados, como individuos "débiles", poco equipados, sin un maduro auto-dominio de las propias tendencias sexuales y sentimentales, sin un aprendizaje vital a la donación de sí en el amor. Se cae al primer tropiezo.

El amor humano es hermoso, ¡pero qué frágil! Experimenta cotidianamente aquella herida original por la que la persona tiende a replegarse sobre sí misma y a considerar al otro sólo como “objeto de concupiscencia”. Y aunque sea un amor grande y apasionante, no termina nunca de saciar el corazón de la persona. Su intrínseca paradoja y dramaticidad es que cada uno en la pareja es respecto del

otro insaciablemente ilimitado en la necesidad de ser-amado, mientras que es muy limitado en la capacidad de dar-amor. No hay amor humano, por grande que sea, que pueda borrar ese fondo de tristeza, que es percepción viva de algo que falta, ausencia sufrida (¡pero que puede ser esperanzada!) de lo que puede colmar plenamente, con sobreabundancia, esa nostalgia y deseo.

«Este misterio *(sacramentum)* es grande»

Si la identidad sexual de varón y mujer es magnífica creación de Dios, en su designio bueno, para la comunión en el amor, no nos ha dejado abandonados a nuestras propias tuerzas ni sometidos a nuestras tendencias desordenadas. El matrimonio, aunque sea lo más conforme a la razón, necesita de la intervención redentora de Cristo para poder sostenerse. Dios ha querido introducir un ingrediente nuevo en el amor conyugal que, sin cambiarle la naturaleza creada, lo enriquece de lo que le falta, lo sana, lo transfigura, le da una potencia y cualidad nuevas que no tenía antes, lo conduce a toda su verdad, su bien y su belleza. Eso es lo que reconocemos desde la fe como gracia sacramental, o sea como Presencia y Compañía de Jesucristo que sella la alianza matrimonial y la sostiene en todo el itinerario de vida de la pareja y de los hijos. Ésa es la fuerza transfiguradora, el dinamismo de comunión, la promesa cierta que inscribe el amor matrimonial (y familiar) en un Amor más grande, en el misterio de un Amor infinitamente más grande pero implicado en el amor del marido y la mujer y de éstos para con sus hijos. Es esa Presencia y Compañía que enseña a reconocer –y ésa es nuestra fuerza y confianza– que la fuente de todo amor, su origen, consistencia y destino están en Dios, que se revela como Amor, que es comunión de Personas distintas, desbordante en un amor que se comunica al hombre mediante su designio de creación y salvación.

Si varón y mujer nos creó –a imagen suya, que es Amor, total don de sí en la comunión–, el ingrediente nuevo para que se realice plenamente esa vocación y destino es ese Amor fiel e indestructible de salvación con el que Dios se vincula con el hombre para siempre y con el que Jesucristo sella su alianza nupcial con la Iglesia. Proclamar que Jesucristo redime la experiencia del amor humano no es expresión sobre todo referida a enseñanzas morales del Maestro y ni siquiera sólo indicativa de la gracia con la que sana y eleva

nuestra pobre capacidad de amar, sino dar testimonio de una sorprendente experiencia que se hace posible por el acontecimiento mismo de la Encarnación. En efecto, el Amor se ha vuelto personal y humanamente "prójimo" de todo ser humano, ha abrazado con misericordia toda nuestra humanidad, ha dado su vida por nosotros, nos ha re-generado como miembros de su Cuerpo, ha roto los muros de la iniquidad y la división para reunirnos en la comunión, ha hecho posible el milagro de nuestra unidad, más fuerte que nuestra fragilidad y caducidad. ¡Para que "*permanezcamos en el amor*"[8], destinados a un amor eterno! Sí, la Iglesia es ese misterio de comunión, que prolonga la Presencia y Compañía de Cristo a todo hombre y en toda circunstancia –Cuerpo de tal Cabeza, Esposa de tal Señor–. Es por una cierta connaturalidad a ese misterio que el matrimonio es uno de sus sacramentos. Es signo eficaz de aquella suprema experiencia de amor establecida en la alianza definitiva de Dios con cada una de sus criaturas, en Cristo, por medio de su Espíritu. El matrimonio (y la familia) es el lugar de un re-conocimiento, de una educación y de una verificación a la luz de la revelación de Dios-Amor, Compañía siempre contemporánea a nuestro destino. En la Iglesia, por la gracia sacramental del matrimonio, la familia llega a ser "Iglesia doméstica".

Podríamos decir que esa Presencia y Compañía edifica la comunión familiar sanando y potenciando esos cuatro rostros del amor humano que son reflejo de las inseparables dimensiones del amor de Dios. Me refiero a la nupcialidad, a la paternidad/maternidad, a la filiación y a la fraternidad. Es, por una parte, razonable, y, por otra, asombroso, que la Iglesia emplee categorías "familiares" –paternidad, maternidad, esponsales, filiación, fraternidad– para auto-comprenderse y para la comprensión del mismo Dios inalcanzable. Desde el matrimonio y la familia se eleva a la comprensión analógica de su misterio, en Dios. A eso la invita y conduce la misma revelación de Dios, que se da en términos "familiares". Dios es Padre desde la eternidad. "*Abba*" lo llama Jesús, obediente hasta la Cruz, porque el Padre lo ama. Dios es también "madre", decía Juan Pablo II, en la ternura fuerte de su misericordia y com-pasión, en el vínculo de amor de su Espíritu, reflejado en la maternidad de la Virgen María. Hemos sido adoptados como hijos por gracia del Primogénito. Somos hijos pródigos abrazados por nuestro Padre común. Somos tan distintos,

pero hermanos unidos por vínculos mucho más grandes y fuertes que los de la sangre. Participamos en la alianza nupcial entre Dios y la humanidad, entre Cristo y la Iglesia. Nuestra unidad matrimonial y amor familiar es signo fecundo de ese misterio de comunión, que abraza la positividad de toda la realidad en su vocación y destino. Estamos llamados a la vez a la virginidad, que es desapego último a todo lo que no sea vivir cada gesto y momento de la vida en relación a su significado total, o sea a Cristo. ¡Familia de Dios!

Gratitud y misión

La primera actitud de los esposos y de los hijos que han encontrado a Cristo y viven la familia como auténtica morada de las personas en comunión no puede ser otra que la gratitud. La verdad y belleza de la propia experiencia sobrepasan tanto a lo que cada uno aporta de sí que sorprenden como don "des-proporcionado". Re-conozco a mi mujer como regalo de Dios para bien de mi vida y en su mirada re-descubro más a fondo mi propia humanidad. Los hijos son preciosísimo don, cada uno un don singularísimo. ¡Gracias por Lídice, por Juan Pablo, por María Pía, por María Leticia, por María Sofía! No se construye la familia si no es desde ese misterio de gratuidad, en el que las personas valen por lo que son, porque existen, porque nos han sido "dadas" y no por lo que tienen o por la función que cumplen. Hay tantos momentos y ocasiones familiares, además, en las que surge espontáneamente dar las gracias. La fidelidad perseverante, la serena alegría y la esperanza de siempre nuevos comienzos reposan en el amor misericordioso de Dios, que nunca falta ni desilusiona, que quiere siempre nuestro bien.

La gratitud se hace oferta y en la oferta se eleva también la súplica: que no nos distraigamos, que no pongamos nuestra esperanza en los ídolos del poder, del poseer, del placer, ni organicemos nuestra vida bajo tales esclavitudes; que la rutina del "siempre lo mismo" no sofoque los deseos de nuestro “co-razón”; que no vayamos perdiendo la memoria viva de la Presencia de Cristo en todas nuestras circunstancias cotidianas: cuando comemos, cuando trabajamos y nos divertimos, cuando nos enfadamos y nos reconciliamos, cuando sufrimos y nos alegramos... Su Presencia y Compañía han de ser para los cónyuges, para toda la comunidad familiar, tan real, tan actual, tan llena de novedad, de

persuasión y de afecto, como lo fue para María y José en la santa casa de Nazaret; como lo fue para aquellos que le preguntaron «*Maestro, ¿dónde habitas?*» y lo siguieron y se quedaron con Él; como lo fue en sus visitas a la casa de sus amigos Lázaro, Marta y María; como lo fue en su encuentro con Zaqueo, y con la samaritana. Suplicantes, pues, pedimos que ilumine nuestra mirada y abra nuestro corazón para re-conocerlo cotidianamente como el *Emmanuel*, el Dios con nosotros. Y que así vaya cambiando nuestra vida, personal y comunitaria, convirtiéndola cada vez en más humana, renovando siempre entre nosotros el milagro de la unidad no obstante nuestras miserias, haciéndonos capaces de más amor, de mayor gratuidad, de donación más plena, capaces de perdón porque perdonados.

Es en el encuentro y comunión con los discípulos del Señor –con quienes dan testimonio, sí, de haberlo encontrado y seguido en el resplandor de una vida nueva, en una forma más humana de vivir, en una irradiación de esa felicidad que se quiere para la propia vida– que se mantiene alerta, sostenida, cotidiana esa actitud de súplica de su Presencia. La familia encerrada dentro de sus muros sofoca. La "Iglesia doméstica" vive del sostén y del "oxígeno" de una comunión más grande. El itinerario sacramental ritma la vida familiar según la pedagogía de Dios, que renueva los gestos de su Presencia real en la comunidad de sus discípulos. La comunión del Cuerpo y la Sangre del Señor es alimento vital para la comunión de los esposos, para la comunidad familiar. La vida familiar se realiza más cristianamente cuanto más experimenta efectiva y afectivamente una comunión que la trasciende, que la funda, que la sostiene y que, a la vez, se enriquece con ella.

Necesitamos más que nunca experimentar esa compañía, esa amistad en la que sostenernos y edificarnos recíprocamente, para no quedar arrastrados y asimilados según los conformismos mundanos vigentes. Hoy, vivir cristianamente el matrimonio y la familia, vivir de otro modo a como lo propone e impone el poder mundano, es arduo. Hay que estar dispuestos a ser "signo de contradicción" y a afrontar todas sus consecuencias. "Testimonio" viene de "martirio", dar la vida por Cristo. Se hace necesario arraigar profundamente la propia vida personal y familiar en el misterio de comunión que es y que vive la Iglesia, incorporándose en la comunidad parroquial, en la asociación de fieles o en el movimiento eclesial, en la comunidad cristiana, a los que Dios nos ha destinado.

Sostenida en esa experiencia de comunión eclesial, la familia está llamada a darse una "regla" y seguirla –los buenos propósitos no bastan...– para crecer como comunidad cristiana: "santuario doméstico" en la oración común, hogar de iniciación y mutuo enriquecimiento en la fe, escuela de virtudes evangélicas en la convivencia, compañía a la vocación y al destino de cada persona que le ha sido confiada, testimonio de la caridad que irradia en la hospitalidad y solidaridad para con los más necesitados, apoyo de la misión de sus miembros en todos los ambientes de vida, estudio y trabajo.

El céntuplo más

Nos ha tocado vivir tiempos difíciles. A veces estamos tentados de añorar tiempos pasados, de soñar nostálgicamente con el ayer idealizado, de limitarnos a lamentar la degeneración de costumbres y la pérdida de valores. No se construye sino desde la positividad de las cosas. Cristo no vino a condenar sino a salvar. El fariseísmo siempre nos acecha. Otras veces nos rebelamos ante las agresiones sufridas por la familia, ante las imágenes imperantes que distorsionan su verdad, ante los programas e ideologías que atentan contra su ser comunidad de amor y de vida, ante los falsos maestros y vendedores de fantasías, y nos decidimos a combatir públicamente a nivel de la cultura, de la política y de la legislación para que se respeten valores arraigados en la naturaleza de las cosas y en la tradición cristiana de nuestros pueblos. Y eso ya es mejor. No cabe ser pusilánimes ni confusos cuando están en juego cosas muy serias para la vida de las personas, de las familias, de las naciones. Pero no es suficiente, ni siquiera lo más importante. En tiempos de capilar descristianización, es difícil y también limitado obtener resultados "políticos" en ese sentido. Habrá, pues, que predicar a tiempo y destiempo el "evangelio de la familia", aun desde los tejados, para anunciar el designio bueno de Dios, su verdad, belleza y bondad para una convivencia más humana. Y ni siquiera eso basta.

Se requiere ante todo –y esto es lo decisivo de una postura misionera– testimonios sorprendentes, fascinantes, apasionantes, de vida matrimonial y familiar. Si Cristo nos prometió con la vida eterna el céntuplo en esta vida, pues bien, estamos llamados, si en verdad hemos encontrado y seguido al Señor, a dar testimonio de un amor cien veces más hermoso y pleno entre marido y mujer, cien veces más lleno de humanidad y felicidad, cien veces más fecundo en la donación a los hijos y en su educación, cien veces más irradiante de unidad, caridad,

amistad y solidaridad. Cien veces más, nunca un menos... En estos tiempos difíciles el testimonio cristiano es, sí, signo de contradicción. Cargará sobre sí la agresión, la difamación, la persecución de los poderes mundanos que, hoy y mañana como ayer, no podrán soportarlo. Pero podrá ser, a la vez, inquietante y sorprendente experiencia de novedad de vida para quienes se topen con ella y presientan desde su corazón un resplandor de verdad y una promesa de felicidad que el mundo no puede darles. El cristianismo sólo se difunde de ese modo: de persona a persona, de experiencia a experiencia, de familia a familia, de comunidad a comunidad, gracias al atractivo verdadero de una novedad de vida que, pese a ser de pecadores, reenvía a la verdad que la funda y que continuamente la renueva.

Vaticano, abril de 1997.

Notas

1) Juan Pablo II, *Carta a las familias,* 10.
2) *Gén* 2,18.
3) Ver *Mt* 19,5-6; *Ef* 5,31.
4) *Familiaris consortio,* 11.
5) *Redemptor hominis,* 10.
6) Lug. cit.
7) *Gaudium et spes,* 50.
8) Ver *Jn* 15,9.

5. Recapitulación de cuestiones referidas a las relaciones entre clero y laicado, desde el Concilio Vaticano II hasta la actualidad

Una gran corriente histórica de 'promoción del laicado'

Pablo VI afirmó en el ya lejano 18 de abril de 1967, que "*el Concilio ratificó y amplió el aporte que ofrecen los movimientos del laicado católico, desde hace más de un siglo, a la Iglesia peregrina y militante*". También Juan Pablo II durante su primer viaje apostólico a México, el 29 de enero de 1979, dirigiéndose a las organizaciones nacionales católicas del laicado de aquel país, les dijo: "*Ustedes saben bien cómo el Concilio Vaticano II recoge aquella gran corriente histórica de 'promoción del laicado', profundizándola con sus fundamentos teológicos, integrándola e iluminándola justamente con la eclesiología de la* Lumen Gentium*, convocando y exhortando a la participación activa de los laicos en la vida y misión de la Iglesia*". Sabemos en efecto, que esta corriente histórica –uno de los hechos más significativos y relevantes del siglo XX eclesial– fue generada y conoció impulsos sucesivos en el proceso de maduración de la autoconciencia del ser y la misión de la Iglesia en nuestro tiempo, que confluyó y se expresó en el Concilio Vaticano II.

Si consideramos sintéticamente el Concilio Vaticano II desde un punto de vista histórico y en cuanto totalidad orgánica –no como una suma de documentos, comentarios e interpretaciones–, se puede afirmar que asume y discierne, transfigura y trasciende, desde un resurgimiento de la misma tradición católica, dos instancias críticas que estaban en la base de la modernidad, vale decir, la Reforma y el Iluminismo. Ambas fueron reivindicaciones de sectores laicales emergentes: la primera reivindicaba el sacerdocio universal de los fieles, pero en antítesis al sacerdocio ministerial, a la sucesión apostólica, a la jerarquía; la segunda contraponía los derechos del hombre a los derechos de Dios, la razón a la fe, la libertad a la tradición.

Ahora bien, la intención del Concilio –afirmaba Juan XXIII– era precisamente "*poner el mundo moderno en contacto con la energía vivificante del Evangelio*" (Constitución Apostólica *Humanae Salutis*, 1961). La necesidad del '*aggiornamento*' quería ser una respuesta al dramático legado de "*ruptura entre Evangelio y cultura*" de la modernidad (cfr. Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, 20). El evento conciliar constituyó, desde esta perspectiva, la premisa de una

auténtica reforma católica y puso la base para la gestación de una "nueva civilización". La Iglesia católica acogía y readaptaba así, desde sí misma –como resurgimiento de la propia tradición, sin capitulaciones ni confusiones, pero también superando la mera rigidez defensiva, resistente, de pura condena– lo mejor de aquellas instancias críticas, dejando atrás sus errores, sus callejones sin salida, y aboliéndolas de hecho, mediante su superación.

Efectivamente, la renovación eclesiológica está en el corazón mismo del Concilio Vaticano II. Responde a aquella pregunta originaria: *Ecclesia, quid dicis de te ipsa?* La Constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, es su documento fundamental. En todo el itinerario sinodal sucesivo, especialmente en la asamblea extraordinaria del Sínodo dedicada a la recapitulación y revisión críticas de la actuación del Concilio (1985), la 'eclesiología de comunión' del Vaticano II fue cuadro de referencia fundamental. Está bien claro que esta autoconciencia eclesial renovada –en el redescubrimiento de la Iglesia como sacramento, enraizada en la vida trinitaria, signo para el mundo entero del designio salvífico, que revela la naturaleza peregrinante y escatológica del pueblo de Dios, presente en la historia como manifestación de la inagotable novedad del Cuerpo de Cristo– iluminó la vocación y la dignidad bautismal de los fieles laicos y su plena pertenencia a este misterio de comunión. Se ponía de relieve la participación de todo el pueblo de Dios en el don sacerdotal de Cristo, colocando el sacramento del orden, jerárquico y ministerial al mismo tiempo, en el contexto del sacerdocio universal de los fieles (nunca negado en la tradición católica, pero alguna vez colocado de hecho en la sombra). Por esto se llegará a afirmar que "*La Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es signo perfecto de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho*" (Decreto conciliar *Ad gentes,* n. 21).

Al mismo tiempo, esta autoconciencia reafirmaba, profundizaba y relanzaba la vocación misionera de la Iglesia –su 'propia naturaleza' misionera– en cuanto prolongación en el tiempo y el espacio de la misión del Hijo de Dios, por obra del Espíritu Santo, en la realización del plan de salvación del amor misericordioso de Dios Padre. El mandato de Cristo de ir por todo el mundo y de hacer a todos los hombres sus discípulos (cfr. *Mt* 28,19; *Hch* 1,8) parecía adquirir una perspectiva y un dinamismo renovado en una Iglesia no más replegada sobre sí misma, en actitud de defensa reactiva y monolítica, sino lanzada *ad gentes,* solidaria con "*las alegrías y las esperanzas, las*

tristezas y las angustias de los hombres de hoy, de los pobres y sobre todo de aquellos que sufren" (Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 1), bien consciente de que "*la expectativa de una tierra nueva no tiene que debilitar sino estimular mucho más la preocupación del trabajo relativo a la tierra presente, donde crece el cuerpo de la humanidad nueva*" (*Gaudium et Spes*, n. 39). De ello deriva también la "índole secular" del testimonio cristiano; la valoración de la "legítima autonomía del mundo" a la luz del plan creador y salvador de Dios; el replanteamiento del diálogo entre fe y razón; la asunción, defensa y promoción de los derechos humanos a partir de la excelsa dignidad de la persona como imagen de Dios; el compromiso evangélico por la justicia y la paz y, en general, la solidaridad con todo auténtico progreso humano, para salvar la modernidad iluminista de su derivación secularista y de sus desembocaduras inhumanas.

En esta perspectiva, se destacaba que el apostolado de los laicos deriva de su misma vocación cristiana, que es participación en la obra de la redención de Cristo, que las circunstancias actuales requieren absolutamente un apostolado laical que sea más intenso y extenso, y que este apostolado se realiza evangelizando y santificando a los hombres y animando y perfeccionando con el espíritu evangélico el orden temporal (cfr. Decreto conciliar *Apostolicam Actuositatem,* nn. 1,2,5).

En la celebración del vigésimo aniversario de la promulgación del Decreto *Apostolicam Actuositatem,* que es el primer documento que un Concilio dedica enteramente a los laicos –desarrollo específico de la eclesiología integral de la *Lumen Gentium* y de la *Gaudium et Spes–,* Juan Pablo II ofrecía una síntesis iluminadora de esas enseñanzas. Subrayaba el "*pleno reconocimiento de la dignidad y de la responsabilidad de los laicos, en cuanto* Christifideles*, en cuanto incorporados a Cristo, o sea en cuanto miembros vivos de su cuerpo, participantes de este misterio de comunión, en virtud del sacramento del bautismo y de la confirmación, y del consiguiente sacerdocio común y universal de todos los cristianos (...), llamados a vivir, a testimoniar y a compartir la potencia de la redención de Cristo –clave y plenitud del sentido para la existencia humana– en el seno de toda comunidad eclesial y en todos los espacios de la convivencia humana: en la familia, en el trabajo, en las naciones, en el orden internacional*" (18.XI.1985).

A veinte años de la clausura de las sesiones conciliares, la Exhortación Apostólica postsinodal *Christifideles Laici* de Juan Pablo

II –fruto de la VII Asamblea mundial del Sínodo de los Obispos sobre '*La vocación y misión de los fieles laicos en la Iglesia y el mundo*' (1987)– representa, por una parte, una recapitulación orgánica de las enseñanzas del Concilio Vaticano II sobre los laicos, un discernimiento de las experiencias, corrientes y modalidades de participación del laicado en la primera fase postconciliar, y una guía orientadora sobre la novedad de los movimientos y las cuestiones que se desarrollaron en la Iglesia después del Concilio. Por otra parte, en su articulación y contenidos, se resaltan, en línea de tendencia, los frutos mayores madurados por la realización del Concilio en la vida de los laicos: una más profunda toma de conciencia sobre la propia vocación y dignidad cristianas; una más amplia, activa y corresponsable participación en la edificación de las comunidades cristianas, en sus diversas dimensiones litúrgica y sacramental, educativa y catequética, evangelizadora y caritativa, así como en sus organismos de reflexión, elaboración y concertación de la pastoral y en sus más diversos servicios y obras; un incremento en la colaboración y la relación recíproca entre las diversas vocaciones, estados de vida, ministerios y carismas que son co-esenciales en la comunión orgánica de la Iglesia; una más consciente y urgente responsabilidad misionera, de testimonio de la novedad de vida aportada por Cristo, de anuncio de su Evangelio, de compromiso y servicio cristiano por la dignidad de la persona humana y por una convivencia más humana en los pueblos y entre las naciones.

Contraposiciones entre clericalismo y laicidad

Hoy se puede considerar tendencialmente superada aquella visión tradicional que recluía a los fieles laicos en una condición de minoridad –como si se tratase de una masa de destinatarios y clientes de la acción pastoral–, sometida a la forma histórica y cultural de 'clericalismo' que impregnó la praxis y el rostro de la Iglesia católica, sobre todo en la fase del "tridentino" tardío, en reacción a las instancias críticas surgidas en aquel período. Respecto a los religiosos, los fieles laicos eran considerados como cristianos de segunda clase, mirados con suficiente indulgencia por sus compromisos y debilidades 'mundanas'. Predominaba, pues, una configuración 'negativa' de los laicos, en cuanto definibles como 'los no pertenecientes' al estado clerical, ni al religioso.

Con la irrupción en la escena eclesial de sectores emergentes de los laicos, animados y sostenidos por la 'teología del laicado' en auge en

los años 40, 50 y 60 del siglo pasado, se trató de evidenciar y escribir con tinta fuerte la identidad y el protagonismo del laico, situándolo al centro de la vida y la atención eclesial. Se quiso resaltar entonces lo 'específico' que define al laico, que lo distingue de lo 'específico' del sacerdote y lo 'específico' del religioso, destacando una identidad 'laical', una espiritualidad 'laical', una formación 'laical', una autonomía 'laical', un compromiso 'laical', la exaltación de la 'laicidad' en el mundo, etc. Estas afirmaciones, búsquedas y también reivindicaciones de protagonismo laical, en las cuales la identidad específica tendía a definirse en oposición, e incluso en contraposición, se libraban en el terreno sensible de una resistencia crítica a todo aquello que aparecía, o que se sospechaba, propio de una Iglesia 'clerical'. Tendió a darse como consecuencia la imagen de una comunión eclesial ofuscada y desarticulada en segmentos de tipo casi corporativo –clero, religiosos, y laicos–, en lucha por una rígida y celosa delimitación de esferas de acción, por una afirmación y distribución de los respectivos derechos, poderes y funciones. Esta imagen llegó a predominar en las actitudes y comportamientos de muchos en el tiempo del inmediato pos-Concilio. Durante esa transición crítica, las relaciones entre el clero y el laicado constituyeron un campo temático de muchas tensiones. Se corría el riesgo, aún presente hoy día, de trasplantar al seno de la comunión eclesial una lógica mundana, política, de lucha de poderes. Fueron así frecuentes las contraposiciones esquemáticas y disgregantes entre una 'Iglesia-Pueblo' y una 'Iglesia-Jerárquica', entre una 'Iglesia-Comunidad' y una 'Iglesia-Institución'. Incluso en la actualidad no faltan aquellos que reducen la 'promoción del laicado' a una permanente y obsesiva búsqueda de reivindicaciones de espacio y poder –¡hay hasta asistentes pastorales que sueñan y pretenden sustituir a los sacerdotes!– mientras subsisten por inercia, en forma residual, actitudes de clericalismo, ya anacrónicas, por parte de aquellos sacerdotes que abusan de la grey con arrogancia y prepotencia.

Semejante definición de los estados de vida por oposición y contraste, terminaba esfumando entre los fieles la conciencia de pertenecer al pueblo sacerdotal, profético y real de los *Christifideles,* en el que es "*común la dignidad de los miembros (...), común la gracia de los hijos, común la vocación a la perfección, una sola salvación, una sola la esperanza, e indivisa la caridad*" (*Lumen Gentium,* 32).

A la luz de cuanto ha sido expuesto, fue muy oportuno y necesario recentrar la vocación, la dignidad y la responsabilidad de los laicos en

su condición de *Christifideles.* En la Exhortación apostólica pos-sinodal de 1987 ya no se habla tanto de 'laicos' - un término que dice poco y resulta culturalmente ambiguo –sino más bien de 'fieles laicos', 'cristianos laicos', *christifideles laici.* Es más que una simple cuestión nominal. El sustantivo es *christifideles*, en el cual el contenido paulino "en Cristo" imprime el signo esencial y distintivo de la existencia eclesial del cristiano, previo y más radical, originario y más determinante, respecto a cualquier ulterior distinción entre los estados de vida. Ser en Cristo, o sea, vivir el seguimiento de Cristo con su dimensión misionera intrínseca, pertenece –en sí y por sí– a todos los fieles: pastores, religiosos, laicos. La figura del cristiano laico, entonces, tiene su determinación inmediata no en relación con el sacerdote o el religioso, sino en la referencia directa a Jesucristo. Esta referencia lleva en sí misma un contenido positivo fundamental, que ninguna consideración ulterior debiera ocultar o ignorar.

"*Estar injertado a Cristo por medio de la fe y de los sacramentos de la iniciación cristiana* –afirma Juan Pablo II en la Exhortación apostólica *Christifideles laici– es la raíz primera que origina la nueva condición del cristiano en el misterio de la Iglesia, que constituye su más profunda 'fisionomía', que está en la base de todas las vocaciones y del dinamismo de la vida cristiana de los fieles laicos*" (n. 9). En Cristo Jesús, muerto y resucitado, el bautizado se convierte en 'criatura nueva' (Cfr. *Gal* 6,15; 2 *Cor* 5,17): 'hombre nuevo' y 'mujer nueva', revestidos, purificados y vivificados en Cristo. Por lo tanto, no se exagera al decir que "*la existencia entera del fiel laico tiene el motivo de llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del bautismo, sacramento de la fe, porque pueda vivir las tareas según la vocación recibida de Dios*" (*Christifideles laici*, n. 10).

Por todo ello se ha podido aseverar firmemente: "¡Laico, es decir, cristiano!" Y vale en reciprocidad, aquella afirmación de San Agustín, entonces obispo de Hipona, "*Si me asusta lo que soy para vosotros, también me consuela lo que soy con vosotros. Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano. Aquel nombre expresa un deber, éste una gracia; aquél implica un peligro, éste la salvación*". En efecto, la primera cosa que se espera del sacerdote es que sea sobre todo un cristiano, o sea, que 'viva en Cristo', que toda su vida, el discernimiento y el seguimiento de su vocación, su formación, sus estudios, la conciencia de su consagración, el ejercicio de su ministerio, todos los trabajos que desarrolla… todo esté íntima y totalmente

impregnado por la experiencia del encuentro y de la comunión con Jesucristo.

Secularización del clero y clericalización del laicado

Esta expresión, presente en una intervención de un padre sinodal en la VIII Asamblea del Sínodo mundial de los obispos, ha sido frecuentemente retomada y recientemente pronunciada por S.S. Benedicto XVI dirigiéndose a un grupo de obispos brasileños en visita *ad limina* (17.XI.2009). Ella se refiere, de hecho, a un fenómeno muy presente en la vida de la Iglesia que ha causado viva preocupación.

No es éste el momento para volver a considerar la tormenta tan sufrida de crisis de identidad que indujo a muchísimos sacerdotes (y religiosos), sobre todo en las décadas del 60 y 70 del siglo pasado, a abandonar el propio ministerio, arrastrados y confundidos por las altas mareas de secularización, en medio de las turbulencias del primer período pos-conciliar. Fue un costo altísimo en un proceso crítico de renovación eclesial, donde los signos de primavera emergían junto a las granizadas de un crudo invierno. Gracias a Dios, la secularización de los sacerdotes ha ido disminuyendo gradualmente, si bien algunos esquemas secularizantes en la concepción de la misma Iglesia y del ministerio sacerdotal permanecen aún y son un peso que tiende a debilitar una verdadera, alegre y fiel renovación de la vida sacerdotal.

Hacia los años 80, se comenzó a advertir con preocupación un proceso de 'clericalización' de los fieles laicos, después de la crisis de la primera generación 'postconciliar' de laicos, 'abierta' al mundo, en pleno '*engagement*', partícipe de luchas estudiantiles, universitarias y políticas, arrastrada por altas marejadas políticas e ideológicas y muchas veces sumida en la confusión. Hubo entonces, en forma reactiva, una tendencia de los laicos a cierto repliegue eclesiástico, alimentada también por la escasez de sacerdotes, en la que la imagen prevaleciente del fiel laico parecía ser para muchos la del colaborador parroquial, del 'agente pastoral' o del 'ministro no ordenado'. De hecho, resultó notable la desproporción, por una parte, entre la cantidad y la generosidad de tantos fieles laicos dedicados al cumplimiento de tareas de catequesis, a la guía de pequeñas comunidades, como animadores litúrgicos, asistentes pastorales y sociales, colaboradores en la variedad de obras eclesiásticas, etc., y, por otra, la fragilidad de una presencia original, coherente e incisiva de los laicos en el mundo del trabajo y la economía, la política, la cultura, los medios de

comunicación, etc. Sobre la base de cierta 'clericalización' tradicional de los fieles –todavía muchos siguen muy pasivos en la comunidad cristiana– se añade esta nueva forma de 'clericalización' de los laicos comprometidos en actividades eclesiásticas.

No se trata de hacer contraposiciones esquemáticas sobre la Iglesia *ad intra* y *ad extra,* ni menos aún desmotivar la viva corresponsabilidad y los servicios preciosos que los fieles laicos prestan a la edificación de la comunidad cristiana. ¿Qué sería de muchas de ellas sin este compromiso generoso? No puede no causar, sin embargo, viva preocupación que los fieles laicos no den el aporte peculiar que se espera de ellos para la misión de la Iglesia. Si bien el trabajo inmediato de actuar en el ámbito político para construir un orden justo en la sociedad no pertenece a la "Iglesia en cuanto tal", Benedicto XVI recuerda nuevamente que este trabajo corresponde ciertamente a los fieles laicos que operan como ciudadanos bajo la propia responsabilidad, iluminados por la fe y el magisterio de la Iglesia (cfr. Encíclica *Deus caritas est*, 28ss). ¿Acaso no han sido las enseñanzas del Concilio Vaticano II las que han puesto de relieve la dignidad y el protagonismo de los fieles laicos, a los cuales les corresponde el trabajo de "*gestar y ordenar las cosas temporales según Dios*"? Está clara la insistencia con la cual estas enseñanzas conciliares han indicado la 'índole secular' como 'carácter propio y peculiar' del laico católico, dentro de la circularidad y complementariedad de los estados de vida en la Iglesia, considerándola como modalidad de realización de la vocación cristiana en las "*condiciones ordinarias de la vida personal, familiar y social*", para dilatar el Reino de Cristo, que es "*reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz*" (cfr. *Lumen Gentium,* 30ss, *Gaudium et Spes,* 43, *Apostolicam Actuositatem,* 7). Diez años después del Concilio, la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* ponía nuevamente el acento en aquella '*forma singular de evangelización*' confiada a los laicos "*en medio del mundo y a la guía de los más variados encargos temporales*" (n. 70). Y aún en la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* se subraya que "*la condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad de vida cristiana, caracterizada por su índole secular*" (n. 15), donde 'secular' no quiere decir jamás separado de Cristo, sino llamado a transformar y recapitular en Cristo todas las dimensiones de la persona y de la sociedad. El mundo es el ámbito y el medio de la vocación de los

cristianos laicos, en cuanto realidad destinada a alcanzar, en Cristo, la plenitud de sentido y de vida (cfr. nn. 15ss).

Frente a estos reclamos fundamentales, son caricaturas de clericalización las de aquellos laicos que aman ostentar los hábitos eclesiásticos en las ceremonias litúrgicas y en la sociedad civil, que se mueven lo más posible en torno al altar imitando hasta los gestos del presbítero, y que en su participación en organismos eclesiásticos terminan por considerar de mayor importancia saber si su voto es consultivo o deliberativo y si pueden sustituir a los sacerdotes en determinadas actividades, en lugar de tomar todos los días decisiones fundamentales para su propia vida, dando testimonio de Cristo en la familia, en el trabajo, en todos los ambientes de su existencia. Esta situación se agrava cuando se verifica un divorcio entre la confesión de la fe y el compromiso en tareas eclesiásticas, por una parte, y la homologación a las actitudes comunes, al comportamiento social generalizado, a los 'valores' comunes inducidos por la cultura dominante a nivel social, de la otra parte. Y se agrava más aún cuando las tareas que se asumen en la Iglesia no están tanto animadas por la fe de la persona, con espíritu de comunión eclesial, sino por el interés de obtener y mantener un trabajo profesional.

La deriva funcionalista

Otro modo equivocado de colocar la relación entre el sacerdote y los fieles laicos es considerarla a la luz de una distinción y separación de roles y funciones. De hecho, a veces se piensa en la comunidad cristiana como un conjunto de funciones dentro de las cuales es posible hacer algunas distinciones, especialmente cuando se cree que las circunstancias lo requieren y lo hacen oportuno. En particular, cuando falta el sacerdote y si se quiere colaborar con él, entonces se hace con insistencia la pregunta: ¿cuáles son las funciones que pueden ser desarrolladas exclusivamente por el sacerdote y cuáles aquellas que, en forma ordinaria o extraordinaria, pueden ejercer los laicos? Puesta así la pregunta, tiende, por una parte, a separar, e incluso oponer, el sentido de la consagración y de la naturaleza jerárquica del sacerdocio ordenado de su ministerialidad –¡cuando, por el contrario, porque pertenece a Cristo, el sacerdote está radicalmente al servicio de los hombres!– y a reducir esta última a una 'especificidad' de competencia sacerdotal, limitada a absolver y consagrar. Por otra parte, lleva a la

búsqueda afanosa de modalidades, también por vía de suplencia, para la ampliación del papel, las competencias y las funciones de los laicos.

Además, bajo este punto de vista, la 'participación' de los laicos en la Iglesia es considerada en clave predominantemente sociológica-funcionalista, más que en su valor ontológico-teológico, tal como este concepto ha sido acuñado en la tradición del pensamiento de la misma Iglesia.

¿No es ésta, en términos más generales, una característica de la cultura dominante, donde el '*know how*', una ideología del hacer, sustituye y ofusca aquellos 'por qué' que ayudan a ir de la superficie de los fenómenos a la realidad de las cosas, de la mecánica de la funcionalidad a la ontología?

Por el contrario, la identidad del sacerdote y la identidad del fiel laico, su naturaleza teológica y su participación eclesial, en la comunidad jerárquica y orgánica de la Iglesia, están fundadas y animadas por la gracia de Cristo, los sacramentos de la fe, los dones del Espíritu Santo, teniendo siempre la viva conciencia de que no son nuestros criterios, nuestros esquemas, nuestra agenda y nuestros programas –a menudo influenciados por una óptica mundana– los que definen el misterio de la Iglesia. Ella no es nuestra, es de Dios, don del Señor, es su Presencia en medio de los hombres. Sólo la gracia de una siempre y renovada evidencia, gratitud y alegría por el misterio de comunión, del cual se participa –¡un verdadero *sensum ecclesiae!*–, permite reconocer en todos los encuentros, relaciones y colaboraciones entre los fieles, la sorprendente y milagrosa unidad en la pluriformidad, que no es obra nuestra, sino de Dios!

Consagrados para dar la vida en el servicio

La autoconciencia de la Iglesia como misterio de comunión, don del Espíritu Santo, en el evento y las enseñanzas del Concilio Vaticano II, retomada y profundizada en el magisterio de los sucesivos Pontífices y en el camino sinodal de la Iglesia misma, ha sido cuadro fundamental de referencia para colocar cada vez más correctamente y para actuar en modo más sereno y fecundo las relaciones entre el clero y los fieles laicos.

Se trata, ciertamente, de un pueblo de hermanos, "*miembros del mismo y único Cuerpo de Cristo, cuya edificación es tarea de todos*" (*Presbyterorum Ordinis,* 9), pero en el que, al mismo tiempo, algunos de ellos son llamados a ser padres, maestros y pastores, porque elegidos

por Dios, ungidos por el Espíritu Santo con el sacramento del orden, configurados a Jesucristo como cabeza y pastor que da la vida por Su Iglesia, partícipes de Su *sacra potestas* y animados por Su caridad pastoral, "*no para permanecer separados de este mismo pueblo y de cualquier hombre, más bien para consagrarse enteramente a la obra para la cual lo ha tomado el Señor*" (*Prebyterorum Ordinis,* 3). El ministro ordenado actúa "*in capitis Christi*" (*Lumen Gentium,* 28) y "*participa de la autoridad con la cual Cristo mismo hace crecer, santifica y gobierna el propio Cuerpo*" (*Presbyterorum Ordinis,* 2), porque inserto sacramentalmente en el orden presbiteral y por eso en la comunión jerárquica con el propio Obispo. Él está investido de un ministerio jerárquico y ministerial al mismo tiempo. No es un simple delegado o un representante de la comunidad cristiana. Está consagrado por Dios para predicar y enseñar el Evangelio, para ser pastor fiel en la custodia y la guía del pueblo y para celebrar el culto divino y sobre todo el sacramento eucarístico. La gracia sacramental sella todo el ser y la existencia entera del sacerdote con un carácter particular, indeleble, no dependiente en última instancia ni siquiera del nivel de su moralidad personal.

En este sentido, es capital mantener con claridad, a nivel teológico y en la praxis pastoral, la diferencia entre el sacerdocio común y sacerdocio ministerial, ambos radicados en el único sacerdocio de la nueva y eterna alianza, es decir en el sacerdocio de Cristo, pero con modalidades esencialmente diversas. Ellos están "*ordenados el uno para el otro*" (*Lumen Gentium,* 10) en la comunidad orgánica y jerárquica que es la Iglesia, que se funda y siempre se renueva en los dones sacramentales y carismáticos que le son coesenciales, enriquecida por diversos ministerios, estados de vida y tareas. El sacerdocio ministerial está esencialmente referido y ordenado al sacerdocio común, como servicio para hacer crecer la conciencia y la responsabilidad bautismal de todos los fieles. Éstos no son solamente destinatarios de la Palabra, la celebración de los sacramentos, la educación de la fe y el servicio de la caridad, ya que la tarea del sacerdote es que lleguen a ser sujetos conscientes de su vocación cristiana y responsables de la misión de la Iglesia en todos los niveles y articulaciones de la existencia humana. En efecto, los presbíteros, "*porque su figura y su tarea en la Iglesia no constituyen, sino más bien promueven el sacerdocio bautismal de todo el pueblo de Dios, conduciéndolo a su plena acción eclesial, se encuentran en relación positiva y promotora con los laicos*" (Exhortación apostólica post-

sinodal *Pastores Dabo Vobis,* 17). El sacerdocio común está ordenado al ministerial porque tiene necesidad de él para poder ser ofrecimiento de toda la vida al Señor. Sin presbíteros no hay eucaristía, la vida de los fieles laicos no se convierte en hostia santa e inmaculada para la gloria de Dios.

Es necesario aprovechar este tiempo de gracia, fidelidad y renovación querido por el Santo Padre con la convocatoria del Año Sacerdotal para retomar toda la profundidad y la riqueza bíblica y teológica del don del sacerdocio ordenado, consagrado a Dios y al servicio de su pueblo, como ha sido transmitido en la gran tradición católica, en las enseñanzas del Concilio Vaticano II, en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, en la Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores Dabo Vobis*, en los documentos de la Congregación para el Clero, como el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* y *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, y tantos otros.

Educar el *sensum fidei* de los fieles laicos respecto al don del sacerdocio ministerial

Es muy importante, por lo tanto, cultivar y educar el *sensum fidei* y el *sensum ecclesiae* de los fieles laicos con relación al don del sacerdocio ordenado en el designio de la salvación, para el ser y la misión de la Iglesia y para la vida cristiana de los bautizados. Se trata de una dimensión esencial y fundamental de la catequesis, de la formación cristiana. En general, la importancia capital del sacerdocio ordenado se percibe por una 'intuición' que nace de la experiencia de la fe, se capta por un instinto católico, pero en estos tiempos de extravío, en los que son potentes y numerosos los medios que actúan para sembrar confusión en el interior de las filas cristianas, se necesita que esta 'intuición' se convierta en verdadera conciencia de la propia confesión de fe y de una toma de responsabilidad en la participación en la vida de la Iglesia.

Ciertamente, no todo se resuelve con la simple repetición de la doctrina. Mucho más impactante, incisivo y educativo es el testimonio que dan los mismos sacerdotes de Cristo que lo re-presentan ante la comunidad de los fieles, a través de su vida y de su ministerio. Los fieles laicos están muy atentos y sensibles ante este testimonio. En la Carta de la vigilia de la apertura del Año Sacerdotal, S.S. Benedicto XVI (16.V.2009) recordaba aquella feliz expresión de S.S. Pablo VI: "*El hombre contemporáneo escucha mucho más a los testigos que a los*

maestros, y si escucha a los maestros, lo hace porque son testigos". Cada laico lleva impresa en la memoria y en el corazón, lleno de gratitud, la figura de aquellos sacerdotes que han significado una presencia importante y una compañía cristiana de valor en las vicisitudes de la propia vida, en particular en los momentos cruciales.

Está realmente fuera de la realidad, la idea de una 'promoción del laicado' que redujese la importancia del sacerdocio ministerial y que llevase a considerar el incremento de la responsabilidad de los laicos como un colmar las lagunas causadas por la escasez de sacerdotes. Esto constituiría una presunta suerte de compensación ante la disminución de las vocaciones sacerdotales. Se trata, en general, de una penosa tentación clerical, que termina por reducir nuevamente el protagonismo de los laicos a un nivel de competencia y de suplencia. ¡No! Cuanto más los laicos son conscientes de la dignidad y de la responsabilidad que les es propia en cuanto bautizados... cuanto más se sienten llamados a crecer en el Señor como miembros vivos de Su Cuerpo..., cuanto más asumen responsabilidades en la edificación de la comunidad cristiana..., cuanto más se consideran testigos y misioneros en medio del mundo y constructores de formas societarias más dignas del hombre…, tanto más experimentan la necesidad del sacerdocio ordenado en la Iglesia y comprenden qué gran don es el acompañamiento concreto, cercano, de los presbíteros. Cuando se encuentran laicos, individualmente o asociados, que muestran una verdadera madurez humana y cristiana, cabría preguntarse en seguida cuáles son los sacerdotes que han sido sus padres y maestros (¡y también… cuando se encuentra laicos confundidos!)

¿Cómo no tener presente que para una gran mayoría de cristianos el don del bautismo y la responsabilidad que deriva de él han permanecido sepultados bajo una capa de olvido e indiferencia? ¿Cómo no advertir que potentes ráfagas de descristianización hacen que para muchos el cristianismo quede reducido a fragmentos y episodios de su propia existencia? ¿Cómo no preocuparse ante la tendencia actual de un sincretismo religioso que genera en muchos bautizados un '*mix*' arbitrario de creencias y valores, muchas veces lejano, si no contradictorio, respecto a las enseñanzas doctrinales y morales de la Iglesia? ¿Cómo no percibir lo agudo de la fractura actual entre la fe y la vida? ¿Cómo no tener presente el hecho de que los fieles laicos, transcurriendo frenéticamente la propia existencia entre ocupaciones y actividades de todo tipo que absorben su tiempo vital, en ambientes muy lejanos de influjos cristianos, tienen necesidad urgente de contar

con una compañía sacerdotal capaz de llamarlos, interpelarlos y recordarles la Presencia de Jesucristo en su vida, aquello que verdaderamente es importante y da sentido a toda su vida, que la cambia y la hace más humana?

En efecto, los fieles laicos tienen necesidad de que los sacerdotes compartan con ellos, a manos llenas y con el corazón lleno de gratitud y de celo por las almas, los dones de la Palabra de Dios y los Sacramentos, en la conciencia de la común pertenencia al misterio de la Iglesia como acontecimiento principal y decisivo de la vida. Los fieles laicos tienen necesidad de ser ayudados a redescubrir la belleza, la alegría, la verdad y la responsabilidad de ser cristiano. Tienen necesidad de redescubrir el significado de vivir la experiencia de la pertenencia al misterio de comunión que es la Iglesia de Dios. Ellos deben saber redescubrirse pecadores, mendicantes de la misericordia divina, para volver a acercarse con frecuencia al sacramento de la penitencia, encontrando a los sacerdotes en su espera, pacientes y disponibles en el confesionario. Ellos tienen necesidad de ser ayudados en la perseverante respuesta a la gracia del matrimonio, para vivir con mayor plenitud ese gran misterio de unidad, fidelidad y fecundidad. Tienen necesidad de sacerdotes que sean auténticos educadores de la fe y en la fe, que los sostengan en su crecimiento como *christifideles*. Tienen necesidad de recibir del sacerdote el pan bueno de la doctrina cristiana; de ser acompañados en el itinerario de una auténtica existencia eucarística, que les haga redescubrir que es la Eucaristía la fuente y el ápice de toda vida cristiana. Tienen necesidad de sentir cercano al sacerdote en los momentos cruciales de su existencia. ¡Los laicos tienen necesidad, por lo tanto, de sacerdotes para su salvación! Esta necesidad es sentida más dramáticamente en aquellas comunidades donde el presbítero no está presente y solamente puede visitarlas ocasionalmente. Los franceses las llaman expresivamente: 'comunidades en la espera del sacerdote'. De hecho, sin el sacerdote no hay Eucaristía y sin la Eucaristía no hay Iglesia.

Los fieles laicos sienten vivamente la necesidad de santos sacerdotes. "*No se trata, ciertamente, de olvidar que la eficacia sustancial del ministerio permanece independiente de la santidad del ministro*", aclara S.S. Benedicto XVI en su carta en la vigilia de la apertura del Año Sacerdotal (16.V.2009), "*pero no se puede tampoco descuidar la extraordinaria fecundidad generada por el encuentro de la santidad objetiva del ministerio y la subjetiva del ministro*". Santos

sacerdotes son testimonio de un fuerte impacto ejemplar y educativo en la vida de los fieles laicos.

La invitación del Papa Juan Pablo II en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* se dirige a todos, sacerdotes y laicos, reclamando y auspiciando un intercambio fecundo entre ellos*:* se necesita 'recomenzar desde Cristo' con la mirada fija en la realidad de Su Presencia, agradecidos por la misericordia de Dios Padre, por el designio de salvación cumplido por Su Hijo y por la efusión de la gracia del Espíritu Santo y de sus dones sacramentales y carismáticos, en actitud de perseverante oración. Sólo quienes pueden exclamar, no obstante la propia miseria, "*no soy yo quien vivo, es Cristo que vive en mí*" o *"¡la vida es Cristo!"* dan testimonio y comunican persuasivamente su Presencia a los otros. Si falta esto, todo el resto es mundano. En este intercambio, el sacerdote es la persona que en el encuentro con Cristo está llamada a ser instrumento de este encuentro para sus prójimos. Esto, ciertamente, le da una tensión dramática a la vida del sacerdote, ya que lo pone continuamente frente al misterio de Dios que se comunica al hombre, y frente al misterio del destino del hombre que, en este tiempo y para el tiempo definitivo, al menos en cierta medida, depende de él.

Pluralidad de ministerios y unidad de misión

En el itinerario del pasaje de numerosos fieles laicos de usufructuarios de los servicios eclesiales a ser auténticos sujetos de la comunión, se ha desarrollado mucho en la Iglesia la participación activa, competente y generosa de muchos de ellos en la edificación de las comunidades cristianas y, en particular, en diversos servicios que requieren una especial formación, una cierta duración, una responsabilidad singular confiada por los Pastores para responder a una necesidad de la misma comunidad. Al ejercicio de los ministerios 'instituidos' del lectorado y del acolitado se han agregado en muchas iglesias los ministerios 'no ordenados' de catequistas, de guías de pequeñas comunidades, de animadores litúrgicos, de colaboradores en el campo de la administración, de encargados de prensa y de la educación católica, de servidores de la caridad, etc. En algunas iglesias del centro de Europa se ha creado la figura del 'trabajador pastoral' o del 'asistente pastoral'. Las Exhortaciones apostólicas *Evangelii Nuntiandi* y *Christifideles laici* han ofrecido valiosos criterios de discernimiento de esta difundida experiencia post-conciliar. Por otro

lado, el Código de Derecho Canónico indica la posibilidad de suplencia por parte de laicos, en forma extraordinaria, relativa a algunas tareas que son propias de los presbíteros (cfr. can. 230).

La gran diversidad de experiencias y consideraciones críticas y valorativas de este fenómeno aún no ha llevado a madurar un juicio y a proponer una orientación global al respecto a nivel de la Iglesia universal, dejando la materia bajo el discernimiento de las Iglesias locales. Hay muchos Pastores que aprecian y valoran la contribución preciosa de los fieles laicos en el ejercicio de estos 'ministerios no ordenados' en un espíritu de verdadera comunión y servicio, mientras otros advierten, sobre todo en referencia a la figura profesional de los 'trabajadores pastorales', una tendencia peligrosa a querer sustituir o desplazar al presbítero en la guía de la comunidad cristiana. La Santa Sede ha publicado una Instrucción "*sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos al ministerio de los sacerdotes*" (15.VIII.1997), expresando las debidas clarificaciones sobre los casos de suplencia extraordinaria, con el fin de evitar muchos abusos en este campo.

En todo caso, hay algunos puntos firmes que el Magisterio pontificio ha indicado para discernir y orientar esta experiencia eclesial. Estos ministerios 'no ordenados' derivan del sacerdocio bautismal y no pueden jamás ser confundidos, ni en la teoría ni en la praxis, con el ministerio ordenado. Ellos proceden de la atribución por parte de los Pastores, y requieren un sentido profundo de comunión eclesial y una especial formación cristiana. No son confiados *sine die* sino *ad tempus.* Deben ser respuesta gratuita, en la fe, a una necesidad de la comunidad cristiana, sin caer jamás en la búsqueda de una desembocadura profesional o de un puesto de trabajo, aunque en algunos casos se necesite proveer de un digno salario a quienes se dedican *full time* a dichos servicios. Se necesita evitar de todos modos la formación de una especie de cuerpo de funcionarios, *managers* y empleados, con intereses corporativos, que consideren a la Iglesia como mera institución de funciones y servicios religiosos. Los ministros 'no ordenados' no pueden ser sino laicos (o religiosos), hombres y mujeres, fieles colaboradores de los Pastores que presiden las comunidades cristianas.

Aunque abundan buenas experiencias –baste pensar en los catequistas de muchas Iglesias locales en África, en 'los delegados de la Palabra' en Centroamérica y en tantas otras realidades–, permanecen, todavía, algunas perplejidades. Muchas veces se arriesga, de hecho, una

inflación genérica, indiscriminada y confusa de la ministerialidad. En algunos ámbitos se ha llegado casi a banalizar el sentido del ministerio, ya que todo servicio a la comunidad se considera muy rápidamente, muy fácilmente, muy banalmente… 'ministerio'. La retórica confusa sobre 'una Iglesia toda ministerial' puede llevar a creer que todo bautizado es llamado a asumir un ministerio en la Iglesia. Queda la pregunta sobre por qué se llega a investir con el encargo y la autoridad de un ministerio muchas tareas y servicios que los fieles laicos pueden realizar, y de hecho realizan de suyo, como ordinario y libre compromiso en la vida de la comunidad cristiana. Si el bautismo y la confirmación no están sólo en la base del derecho sino también del deber de participación de los fieles laicos en la edificación de la Iglesia, ¿cómo discernir la necesidad, la exigencia y la oportunidad de conferirles encargos ministeriales? La multiplicación de ministerios 'no ordenados' no puede ser nunca el expediente para pretender colmar de algún modo la falta de gratuidad, o para compensar la escasez de vocaciones sacerdotales.

En fin, está claro que el ejercicio de estos ministerios 'no ordenados' no convierte de ningún modo a los fieles laicos en 'pastores' o 'capellanes'. En este sentido es necesario ir más allá de usos genéricos y aproximativos de conceptos que lleven a confusiones prácticas: de esto sufre la misma referencia al concepto de 'ministerio' en la Iglesia. Es malo el concepto de 'agentes pastorales' que se usa en varias iglesias, que incluye en sí a los Obispos, a los sacerdotes y a los diáconos junto con los laicos y las religiosas que asumen diversos servicios "no ordenados" en la comunidad cristiana.

Otra forma institucional de corresponsabilidad de los fieles laicos en la comunidad cristiana se realiza por medio de su participación en los Consejos pastorales parroquiales y diocesanos, recomendados en las enseñanzas del Concilio Vaticano II (Decreto *Christus Dominus,* 27) Esta experiencia se ha ido difundiendo en todas partes en la Iglesia y ha ido madurando y favoreciendo la superación, por una parte, de su rechazo *a priori* por un clericalismo de vieja estampa y, por otra, del sentido pueril de reivindicacionismo laical que pretende imponer dialécticas de mayorías y minorías en el seno de los Consejos y desconoce, de hecho, la tarea indelegable del Pastor de presidir la comunidad cristiana –y los mismos Consejos– en la verdad y en la caridad. ¡No se trata de cuestiones de 'representación' sino de sentido de comunión!

En todo caso, es muy necesario que el presbítero tenga siempre presente la promoción y educación de esa corresponsabilidad de los laicos en la edificación de las comunidades cristianas y no pretenda considerarlas como su feudo, concentrando en sí todas las responsabilidades, omnipresentes en activismo y protagonismo, a veces abusando de su poder con arbitrariedad. Al mismo tiempo, ha de tener también presente que no se atrae a la gente a una comunidad cristiana mediante iniciativas de fachada, ni con búsquedas afanosas de instrumentos organizativos, ni con distribución de poderes y funciones, ni con la multiplicación de encargos. Sólo cuando la comunidad cristiana se revela sorprendente novedad de vida compartida, testimonio fascinante y muy real de una morada más humana, más llena de verdad, felicidad y belleza..., cuando se advierte que es esplendor de esa verdad y misterio de esa unidad que los hombres no pueden lograr solos con las propias fuerzas…, sólo entonces puede resultar educativa y apasionante la pertenencia a ella y ponerse a su servicio.

Discernir y fomentar los carismas

En las relaciones entre los sacerdotes y los fieles laicos es una referencia ineludible aquella exhortación dirigida a los presbíteros, en el Decreto conciliar *Presbyterorum Ordinis,* de "*saber discernir y descubrir, así como reconocer con alegría y fomentar con diligencia los multiformes carismas de los laicos y con especial atención aquellos por los cuales no pocos son atraídos a una más alta vida espiritual*" (cfr. n. 9). ¿Qué es la acción pastoral sino el cuidado de todo aquello que el Espíritu suscita, por medio de sus dones sacramentales y carismáticos, como novedad de vida entre los fieles?

La exhortación apostólica pos-sinodal *Christifideles laici* reconocía la emergencia de "*una nueva época asociativa de los fieles laicos*", "*signo de la riqueza y la versatilidad de los recursos con los cuales el Espíritu alimenta el tejido eclesial y de la capacidad de iniciativa y la generosidad de nuestro laicado*" (cfr. n. 29). De hecho, este florecimiento de carismas está en el origen, la pluralidad y el crecimiento de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades, que S.S. Juan Pablo II y S.S. Benedicto XVI han indicado como 'providenciales', un bien para la Iglesia universal y una viva esperanza para los hombres. En otros casos, muchos fieles laicos se sienten atraídos por la riqueza carismática propia de los Institutos de Vida Consagrada y se asocian a ellos a través de diversas formas de

fraternidad, comunidad y colaboración. Muchos de estos movimientos, comunidades y fraternidades han sido reconocidos canónicamente por la Santa Sede, apreciados e invitados a ser, cada vez más, cooperadores en el ministerio apostólico universal del Papado.

Estos carismas que generan y alimentan muchas formas asociativas no agotan ciertamente todos los dones que el Espíritu Santo distribuye a tantos fieles laicos individualmente, pero muestran una potencia y una fecundidad tales que requieren prestarles una atención especial en el ámbito del tema tratado.

Frente a esta realidad, los presbíteros están llamados, en primer lugar, a respetar la libertad asociativa de los fieles, y de los laicos en particular, que no es concesión benévola por parte de los Pastores, sino un derecho natural, al mismo tiempo reconocido como derecho de naturaleza bautismal, puesto de relieve por el Concilio Vaticano II (*Apostolicam Actuositatem,* 19) y reafirmado por las normas canónicas (CIC, can. 215). Ellos están también invitados a acoger con sentimientos de alegría y de gratitud los carismas sometidos al discernimiento de la autoridad eclesiástica y las formas asociativas ya reconocidas por ella. Los párrocos, en particular, en su propia jurisdicción, no pueden pretender elegir discrecionalmente si acogen o rechazan –sino por motivos graves y bien justificados– aquellas realidades asociativas que la Santa Sede, en el ejercicio de la jurisdicción universal, o el Obispo, en su jurisdicción diocesana, han reconocido canónicamente como un bien para la Iglesia universal o local. La exhortación apostólica *Christifideles Laici* ha dado claros criterios de discernimiento de eclesialidad respecto a todas las formas asociativas (n. 30).

El reconocimiento por parte de la Santa Sede no es una forma de 'exención' de la jurisdicción diocesana. A este propósito, S.S. Juan Pablo II, el 30 de mayo de 1998, ha querido exhortar a las asociaciones de fieles a una "*obediencia confiada a los Obispos, sucesores de los apóstoles, en comunión con el sucesor de Pedro*", pidiéndoles que pongan la propia experiencia y riqueza carismática, educativa y misionera, con generosidad y humildad, a disposición y servicio de las Iglesias locales y de las comunidades parroquiales, en comunión con los Pastores y atentos a sus indicaciones. En la encíclica *Redemptoris Missio,* S.S. Juan Pablo II pedía una "humilde inserción" de parte de los movimientos y de las nuevas comunidades en las iglesias locales, mientras exhortaba a los Obispos, como también a los párrocos, a acogerlos y acompañarlos con la cordialidad y magnanimidad que son

propias del corazón del buen Pastor, respetando sus carismas y usufructuando de ellos sabiamente en vista a la 'utilidad común' (cfr. n. 72).

"*Les pido ir al encuentro de los movimientos con mucho amor*": así exhortó el Papa Benedicto XVI a un grupo de Obispos alemanes en visita *ad limina,* desarrollando luego esta petición en el discurso dirigido a los participantes en el seminario de estudios para Obispos sobre los movimientos y las nuevas comunidades, organizado por el Pontificio Consejo para los Laicos (17.V.2008).

Los movimientos y las nuevas comunidades no son un 'problema', sino un don para la 'utilidad común' de las Iglesias particulares y las parroquias. Obispos y párrocos –custodios de la comunión– no pueden más que alegrarse por estos dones y nuevas energías, que ofrecen servicios cristianos a la comunidad, respetando los carismas que los han originado, acompañándolos y guiándolos en la inserción diocesana y parroquial, valorizando su contribución específica en el cuadro de una 'pastoral integrada' y guiando a todos, sin arbitrariedades ni pasos forzados pero con delicada determinación, a la unidad de la comunión y misión. Y deben, también, dejarse interpelar y enriquecer por el radicalismo cristiano, la experiencia educativa, el sentido de pertenencia comunitario y el ímpetu misionero de los movimientos y las nuevas comunidades. Esta riqueza carismática, educativa y misionera de los movimientos y de las nuevas comunidades ha de ponerse siempre a disposición, según las necesidades de las variadas circunstancias, en los más diversos contextos sociales, culturales, políticos y religiosos. Esta llamada a injertarse en la tradición de la Iglesia particular tiene que renovar siempre la propia fidelidad en la comunión con el Obispo y también con los párrocos. Es necesario que proceda a una cierta 'inculturación' e integración en el tejido civil, social y eclesial del lugar en el cual esté presente y operante. Ha de tener, en fin, bien presente las prioridades y directivas diocesanas, ofrecer con generosidad los propios dones, experiencias y servicios a la diócesis y a las parroquias, y colaborar con espíritu abierto y cordial con todas las fuerzas vivas e instancias pastorales.

Presbíteros en las asociaciones de los fieles

Además, hay que tener presente que muchos presbíteros participan activamente en la vida de las asociaciones de los fieles. Algunos lo hacen como asistentes eclesiásticos nombrados o confirmados por la

autoridad eclesiástica para ejercer la misión confiada en diversos niveles locales, nacionales e internacionales. Muchos otros, sin embargo, se sienten llamados al seguimiento de Cristo por medio de los carismas y pertenecen en primera persona a los movimientos y a las nuevas comunidades. Los presbíteros ejercen así el derecho asociativo de los fieles, que les es reconocido, pues, también a ellos. Esta pertenencia muchas veces se manifiesta como una experiencia de renovada conciencia de la propia vocación y de fortalecimiento espiritual y misionero por parte de los presbíteros, que resultan sostenidos y enriquecidos por la riqueza carismática, educativa y apostólica de las asociaciones de los fieles. Una prueba evidente de ello se revela cuando el presbítero, a través de esta pertenencia, encuentra el sostén y la ayuda necesaria para mantener un sentido de mayor comunión efectiva y afectiva con su Obispo y con sus hermanos en el presbiterio, para prestar una disponibilidad mayor al servicio de la misión de toda la Iglesia y sobre todo, para poner la Eucaristía cada vez más en el centro de su vida. "*Los carismas del Espíritu crean siempre afinidad*", ha dicho Juan Pablo II el 13 de septiembre de 1985, "*destinados a ser para cada uno el sostén para su tarea objetiva en la Iglesia (...). El sacerdote debe por esto encontrar en un movimiento la luz y el calor que lo hacen capaz de fidelidad a su Obispo, que lo hacen disponible a las incumbencias de las instituciones y atento a la disciplina eclesiástica, así como más fértil la vibración de su fe y el gusto de su fidelidad*".

Los Ordinarios de las jurisdicciones en las cuales están incardinados los presbíteros que participan en diversas formas asociativas que desarrollan su labor misionera a nivel universal, están invitados, no a abdicar o delegar su responsabilidad pastoral respecto a dichos presbíteros, sino más bien a mostrar su generosa solicitud misionera cuando ellos sean llamados a servir a las asociaciones en otras diócesis, países o continentes.

Se necesita tener presente, como subraya la exhortación apostólica pos-sinodal *Pastores Dabo Vobis,* cuán importante es que la formación del sacerdote –sobre todo en los años del seminario– no corte sus raíces y sus vínculos sociales y culturales, no cancele la riqueza, los lugares y los itinerarios espirituales que lo han hecho crecer en la fe recibida y no interrumpa sus relaciones con las experiencias y los ambientes que lo han ayudado a discernir y a madurar la propia vocación. De hecho "*la comunidad de la cual proviene el candidato al sacerdocio, con la necesaria separación que comporta la decisión vocacional, continúa*

ejerciendo una influencia no indiferente sobre la formación del futuro sacerdote" (*Pastores Dabo Vobis,* n. 68). En este sentido, hay que considerar el interés y el servicio que prestan las diversas asociaciones y movimientos en la formación de los seminaristas provenientes de sus filas, ya sea ofreciendo su acompañamiento espiritual, comunitario y pedagógico, paralelo y convergente, no alternativo ni contradictorio, con el itinerario y la disciplina del seminario, ya sea integrando la '*ratio studiorum*' con los componentes formativos específicos de la comunidad o del mismo movimiento, ya sea instituyendo casas de formación en las cuales el itinerario espiritual y pedagógico de un movimiento llegue a ser servicio de animación y de formación en relación a los estudios del candidato al sacerdocio y al proceso de maduración de la vocación. Por esto, la participación del seminarista en la vida de una asociación o de un movimiento es legítima y beneficiosa, siempre que no se transforme en alternativa o entre en contradicción con una necesaria disciplina espiritual, intelectual y de vida comunitaria del seminario, y se refiera siempre "*con coherencia y cordialidad a las indicaciones formativas del Obispo y a los educadores del seminario, confiándose con confianza sencilla a su guía y a su valoración*" (*Pastores Dabo Vobis*, 68).

En todo caso, resulta claro que la Iglesia no puede aceptar condicionamientos limitantes o hipotecas sobre la formación y el servicio sacerdotal, en referencia exclusiva a una clase social, a una cultura o a la experiencia de una comunidad o movimiento. El seminarista es formado y el presbítero consagrado para el servicio a todo el pueblo de Dios, con sentido de catolicidad, solícito para la destinación universal del Evangelio. Colaborador del Obispo, el sacerdote es siempre ministro de la unidad en la verdad y en la caridad, "defensor del bien común", pastor del conjunto de los fieles, que tiene la gracia, el deber, y tendría que tener también el arte, de conducir a la unidad la multiplicidad de los dones y experiencias que sirven para edificar la Iglesia en medio de los hombres. No en vano ellos son esencialmente definidos por el hecho de ser ministros de la Eucaristía, fuente y vértice de la comunión eclesial.

Conversión a la misión

La colaboración de los laicos, individuales o asociados, resulta hoy fundamental para la dimensión misionera del ministerio pastoral del presbítero. La Iglesia es, por su naturaleza, misionera y en ella todos los

christifideles están llamados a ser testigos y heraldos del Evangelio de Cristo. La misión no es una suerte de añadidura a la vocación cristiana, algo extraordinario que se añade a lo ordinario de la experiencia cristiana, sino que es la comunicación de esta experiencia, casi como ósmosis de persona a persona, a través del testimonio grato y alegre de quien comparte con todos aquello que considera un gran don recibido gratuitamente –¡el don del encuentro con Cristo!– experimentado y gustado en toda su verdad, bondad y belleza, y destinado a todos. Lo que se ha recibido gratuitamente, gratis tiene que ser comunicado, como pasión por el destino de toda persona. El amor por el otro mueve a la esperanza de que la Misericordia lo salve.

Como colaboradores de los obispos, los presbíteros "*tienen el deber, ante todo, de anunciar a todos el Evangelio de Dios*" (*Presbyterorum Ordinis,* 4). Tal responsabilidad adquiere una urgencia especial en la convocatoria a una "*nueva evangelización*": "*nueva en su ardor, en sus métodos, en sus expresiones*" (S.S. Juan Pablo II, Discurso en Santo Domingo, 12.X.1984). De hecho, es necesario que la Iglesia de hoy dé un paso adelante en su evangelización, entrando en una nueva etapa histórica de su dinamismo misionero (cfr. *Christifideles Laici,* 35): "*una gran, comprometedora y magnífica empresa es confiada a la Iglesia: aquella de una nueva evangelización, de la cual todo el mundo actual tiene necesidad inmensa*" (*Christifideles Laici,* 64). Se trata de compartir la propia experiencia, propuesta a la libertad de los otros, cercanos o lejanos, tanto más urgentemente en cuanto una multitud de hombres viven "*como si Dios no existiese*" (cfr. *Christifideles Laici,* n. 34) y "*el número de aquellos que ignoran a Cristo y no son parte de la Iglesia está en continuo aumento, e incluso desde el fin del Concilio casi se ha duplicado*" (*Redemptoris Missio,* n. 3).

"*Se necesita un cambio radical de mentalidad para llegar a ser misionero* –repetía con insistencia Juan Pablo II– *y esto vale tanto para la persona como para la comunidad. El Señor llama siempre a salir fuera de sí mismo, a compartir con los otros los bienes que tenemos, comenzando por aquel más precioso que es la fe. A la luz de este imperativo misionero se deberá medir la validez de los organismos, movimientos, parroquias y obras de apostolado de la Iglesia. Sólo siendo misionera la comunidad cristiana podrá superar divisiones y tensiones internas y reencontrar su unidad y el vigor de la fe*".

En particular, es correspondiente a la naturaleza misma del sacerdocio ordenado el hecho de estar en estado de misión. A veces el

ministerio sacerdotal parece detenerse y limitarse a una "sociedad cristiana" que no existe más, marcado más por una "pastoral de conservación" que de misión. Muchas veces es como si los presbíteros –reducidos a meros agentes de culto, sobrecargados de tareas burocráticas-eclesiásticas de viejo o nuevo cuño– continuasen cuidando a los cada vez menos fieles en el recinto, mientras la proporción de la parábola de las 99 ovejas del rebaño y la única perdida se ha ido hoy invirtiendo dramáticamente. El sacerdote no debe esperar a los hombres dentro de los muros del templo, de su sacristía o de los salones de catequesis, como si tuviese el derecho de esperar que los otros vengan a él. Todo lo contrario, él debe ir *ad gentes,* en todos los ambientes donde viven y conviven los hombres, donde compartan alegrías y sufrimientos, donde estudian y trabajan, luchan y esperan.

Ponerse en estado de misión es el signo mismo de la consagración sacerdotal, el donarse totalmente a Dios y al servicio de los hombres. Esto exige un cambio de mentalidad y muchas veces de estilo de pastoral, un renovado ardor por comunicar en todas partes el Evangelio de Cristo. Hoy necesitamos sacerdotes con mucho amor hacia las personas, apasionados por su vida y su destino; que vayan al encuentro de las necesidades y esperanzas de los hombres, sin discriminarlos con etiquetas o censuras previas; que sean capaces de escuchar y exponerse en un diálogo exigente en el afrontamiento de la realidad cotidiana. Todo ello sin refugiarse en discursos abstractos, sino poniendo cada cosa en relación con el anuncio de la presencia de Cristo, para darle respuestas concretas. El sacerdote es enviado por Jesús a todos los hombres, donde se encuentren. Necesitamos especialmente presbíteros dispuestos a arriesgar nuevas modalidades de presencia en los vastos y diversificados ambientes secularizados, fronteras de la misión. Ciertamente esto es todo lo contrario que la reclusión en el *ghetto* de los "buenos católicos". ¿No debe acaso el sacerdote, como Cristo, ir al encuentro de los pecadores, de los lejanos, de los jóvenes que buscan un sentido a la vida aún en medio de la confusión y la trasgresión, de cuantos anhelan una salvación que no encuentran en ninguna parte? ¿No deben acaso mostrar la compasión del Señor para con todos los que sufren en el cuerpo y en el alma, para con todos los que viven en condiciones de pobreza, injusticia y violencia, cercano de los que viven en la soledad y la marginación? El corazón del buen pastor debe primar y arder en la comunicación de vida de Cristo a todos, *ad gentes*. La caridad pastoral no puede sino realizarse como compasión por las miserias del hombre, compartiéndolas en la misericordia. El sacerdote

es hombre de la misericordia, porque vive de Dios y comunica a Dios, cuyo nombre más misterioso, sorprendente y sobreabundante es ser Dios misericordioso.

Precisamente en este siempre renovado ímpetu misionero, resulta indispensable estar cercano a todos los fieles laicos –poniéndose a su escucha, cuidando de su vida y acompañándolos en la fe– que son testigos de Cristo, portadores de la Buena Noticia, que abren las vías a la caridad en los más vastos y diversificados ambientes sociales que, en general, están muy secularizados y desprovistos de una presencia de las instituciones y del personal eclesiástico. Como recomendaba el Decreto *Presbyterorum Ordinis,* los sacerdotes "*estén dispuestos a escuchar el parecer de los laicos, teniendo en cuenta con interés fraterno sus aspiraciones y ayudándose de sus experiencias y competencias en los diversos campos de la actividad humana*" (n. 9). Esto sería una contribución muy valiosa para una verdadera inculturación del Evangelio en respuesta a las necesidades y anhelos de las personas y los pueblos en las diversas circunstancias y vicisitudes de su vida.

Una nueva generación de católicos en la política

A la luz de esta responsabilidad misionera y de la tarea peculiar que en ella se espera de los fieles laicos, S.S. Benedicto XVI ha subrayado en diversas ocasiones la necesidad y urgencia de un renovado compromiso de los cristianos en la vida pública y más específicamente en el mundo de la política.

En efecto, se requiere con determinación y urgencia superar la diáspora y el anonimato de los cristianos en la sociedad, su asimilación mundana, la fractura entre fe privada y compromiso público, a través de una educación de la fe, un conocimiento profundo de la doctrina social de la Iglesia y la promoción de una propuesta creativa del magisterio eclesial, una convergencia de ideales y una tensión hacia la unidad, para saber afrontar las grandes cuestiones del momento histórico que se vive.

Ante esta urgente tarea, valen siempre las exhortaciones de los padres conciliares en la *Presbyterorum Ordinis,* en la cual se desea que los presbíteros "*tengan el máximo respeto que corresponde a todos en la ciudad terrestre*". Esto implica que no confundan el propio ministerio, pretendiendo sustituir a los laicos o asimilarse a ellos, y que sean libres de todo vínculo desordenado, para adquirir la discreción espiritual que les permite ponerse en la justa relación con el mundo y

las realidades terrestres. En particular, es necesario evitar la tentación de secularización en el ámbito de la política. "*Son sacerdotes y religiosos: no son dirigentes sociales, líderes políticos, funcionarios de un poder temporal*" repetía permanentemente Juan Pablo II (27.I.1980; 2.VII.1981, etc.). El Código de Derecho Canónico es muy claro al respecto (CIC, can. 285, 287). Esto no quiere decir, ciertamente, ser indiferente a las cuestiones en juego en la vida política. Antes bien, los presbíteros, unidos a toda la Iglesia, están obligados a optar, en la medida de sus fuerzas, por una determinada línea de acción, cuando se trata de defender los derechos fundamentales del hombre, de promover integralmente el desarrollo de las personas, de favorecer la causa de la paz y de la justicia, con medios que estén siempre de acuerdo con el Evangelio y con su propio ministerio (cfr. II Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos, II.I.2.b; *Pastores Dabo Vobis,* 18).

Se necesita, sin embargo, pedir más a los presbíteros en este campo de trabajo laical. Esta renovada exigencia de presencia coherente de los católicos en la vida pública no puede reducirse a algunos testimonios aislados, en diáspora, sin un acompañamiento eclesial. A veces los mismos Pastores conocen escasamente los 'recursos humanos' con los cuales puede contar la Iglesia en los diversos campos de la empresa, la investigación científica, el periodismo, el sindicalismo, la política… Aún prevalece la actitud eclesiástica de tomar distancia de los católicos comprometidos en la vida pública, por el temor de no confundir la libertad de la Iglesia con las opciones contingentes que ellos asumen según la libertad del propio juicio y su personal responsabilidad. Católicos que están presentes en los diversos campos de la vida pública no sólo deben ser convocados por los pastores para ser escuchados, consultados, y para valorizar su testimonio y su competencia, sino que también es necesario que ellos sean confirmados, interpelados y alimentados en su fe. Es fundamental que haya Pastores que les estén cercanos, que los acompañen y los reúnan en el nombre de Cristo; que les recuerden el significado y la exigencia cristiana de sus responsabilidades en la *polis*; que los ayuden a vivir y a crecer como constructores de la Iglesia en sus ambientes; que compartan con ellos la experiencia de vivir, verificar y proponer concretamente el Evangelio como "*Buena Noticia sobre la dignidad del hombre*" (*Redemptor Hominis,* 10), "*fuerza de libertad y mensaje de liberación*" (Instrucción *Libertatis Nuntius,* 1) en la convivencia humana.

La pertenencia a una comunidad cristiana viva, las orientaciones de los Obispos y la solicitud de los presbíteros son los elementos

fundamentales para lograr formar y hacer crecer una "nueva generación" de católicos en la vida pública, capaces de participar en la dialéctica democrática compartiendo buenas razones, afrontando con un juicio y un comportamiento cristianos los complejos y graves problemas en los cuales está en juego la dignidad de la persona humana y el futuro de las naciones, siempre con la convicción de que Jesucristo es la piedra angular para toda construcción humana.

Compañía y apoyo de los sacerdotes

A menudo se habla del don y de la ayuda indispensable del presbítero en la vida de los fieles laicos. Pero hoy se necesita subrayar la importancia de la compañía, del apoyo y de la ayuda que los fieles laicos, las familias cristianas, las pequeñas comunidades y las asociaciones y movimientos eclesiales prestan a la persona de los presbíteros. Ellos no son *supermen*, sino hombres necesitados como todos, pecadores como todos, que viven marcados con el peso de la desproporción que hay entre la misión que les ha sido confiada y la pobreza de la propia respuesta y, por eso, mendicantes de la gracia... como todos. Ellos son hombres que a menudo viven en soledad, que experimentan el cansancio de graves responsabilidades e innumerables competencias y servicios, desprovistos hoy de los privilegios del '*status*' y del prestigio social y tentados, por los poderes mundanos, de acomodarse como si fuesen meros asistentes sociales o los protagonistas de la propia "carrera" eclesiástica. Algunos se encuentran incluso, y esto con cada vez mayor frecuencia, marginados y perseguidos, por el solo hecho de querer vivir todas las exigencias de su testimonio cristiano y de la misión sacerdotal.

La vida del sacerdote tiene necesidad de renovarse continuamente, porque a menudo es desgastante. Recorriendo siempre el camino de las cosas de la fe, se puede terminar por senderos trillados y un caminar rutinario y distraído. Y esto puede llegar a reducir en el presbítero la percepción cotidiana del misterio, del esplendor sorprendente de la encarnación en lo más concreto de la vida, de la capacidad de transformación que la gracia trae consigo. Se arriesga nivelar la fe a una mediocre medida humana; o escapar de tales desvíos y desangres por medio de un activismo desenfrenado. Ellos son hombres de la misericordia, ante todo porque han experimentado la misericordia de Dios para con ellos.

Cierto, la fuerza de los presbíteros en su debilidad está dada por un profundo arraigo en la Eucaristía, por la cual Cristo irrumpe cotidianamente en su vida y los llama a re-presentarlo en medio de los hombres. Les es vital la oración que presiden junto con su pueblo en la celebración litúrgica, pero también aquella imprescindible oración personal, cara a cara con Dios, en una cada vez mayor intimidad de comunión. Ellos encuentran también importantísimo sostén en la paternidad del Obispo y la fraternidad del presbiterio. Si el Obispo conoce uno a uno a sus sacerdotes y los cuida como padre y hermano, entonces abundarán los frutos en la vida sacerdotal y diocesana. Lamentablemente, no nos faltan en estos días descuidos graves de verdadera paternidad. Muy importante, sin embargo, es la incorporación de los presbíteros en comunidades de vida cristiana, que no son sólo objetos y destinatarios de sus servicios, sino compañía en el misterio de una pertenencia en la cual todos los fieles se edifican y se sostienen recíprocamente en la verdad y la caridad.

Por esto es muy importante que los fieles laicos se sientan hoy particularmente responsabilizados por acompañar, ayudar e incluso confirmar al sacerdote en su respuesta a la llamada de Dios, en su darse a Cristo y a la comunidad, valorizando su ministerio. El primer gesto que tiene que haber en la relación con los sacerdotes es el de gratitud y de oración por ellos. Así como es necesario sensibilizar y formar a los sacerdotes para respetar, apreciar y promover la participación activa de los fieles laicos –más allá de cualquier clericalismo–, hoy se hace más importante que nunca sensibilizar y educar al pueblo cristiano a apreciar el don altísimo del sacerdocio ministerial, a orar por los propios sacerdotes, a socorrerlos en sus necesidades materiales y espirituales, y también a ser exigentes y a la vez misericordiosos respecto a ellos.

Más vocaciones sacerdotales

En general, los fieles laicos afirman hoy día, por realismo e instinto católico, con mayor vigor y claridad, algo que a primera vista puede parecer banal y que, por el contrario, es fundamental: su necesidad de sacerdotes, de más numerosos, santos y cercanos sacerdotes. Si la gracia de Dios no falta, pero debe encontrar un terreno fértil dispuesto a acoger y hacer madurar la semilla para que se transforme en fruto para toda la comunidad..., si no faltan las llamadas del Señor en la elección de los pastores de su grey..., si no falta la conciencia de la necesidad y

urgencia de esa re-presentación de Cristo Cabeza para la edificación de su cuerpo en medio de los hombres..., entonces todos los fieles están llamados a la corresponsabilidad en la multiplicación de las respuestas a las vocaciones sacerdotales.

¿De dónde provienen los sacerdotes? De cristianos laicos, de aquellos cristianos laicos que hicieron una experiencia viva de su propia condición de 'creaturas nuevas' en el seguimiento y el testimonio de Cristo, y que encontraron, en las personas y en los caminos concretamente dispuestos por la Providencia, el impacto de una llamada atrayente que los invitó a una respuesta decidida, la de consagrar a Dios toda su vida y ser configurados por Cristo para el servicio de su Cuerpo y la salvación de muchos. En esto tienen una gran responsabilidad los esposos cristianos en su generosidad pro-creativa, en el ofrecimiento de sus hijos a Dios y en su responsabilidad educadora en el seno de auténticas "iglesias domésticas", que se transformen en cunas de vocaciones al sacerdocio ordenado. Las familias cristianas han de estar muy abiertas a acoger la presencia y a favorecer la amistad con los sacerdotes.

Las asociaciones y los movimientos, en particular, muestran su propia vitalidad y fecundidad cristiana, el *sensus ecclesiae* que los anima, suscitando numerosas y válidas vocaciones sacerdotales. ¿Por qué no podrían hacer lo mismo las comunidades parroquiales, capaces de vivir más plenamente el misterio de comunión del cual son signo, cauce y testimonio?

Aquello que más influye para despertar en el corazón la llamada de Dios y para perseverar en una respuesta positiva de entrega de la propia vida no es otra cosa que el encuentro con presbíteros que sean testimonios ejemplares de 'un algo más' de humanidad, 'algo más' de libertad, 'algo más' de caridad, 'algo más' de felicidad, totalmente entregados en las manos de Dios y al servicio a los hombres.

Corresponsabilidad en la formación del sacerdote

Toda la comunidad cristiana debe sentirse también responsable del propio seminario, que no está reservado sólo a los "especialistas". Es cierto que la responsabilidad le toca directamente a los Obispos –es en el seminario donde se forman sus más directos colaboradores– ayudados por aquellos que ellos mismos han nombrado para guiar el seminario, discernir las vocaciones y ayudar a crecer cristianamente a los candidatos al sacerdocio. Ésta es una responsabilidad capital ante

Dios, ante la Iglesia y ante los mismos seminaristas, que no puede ser descuidada ni delegada. No obstante ello, es también necesario y deseable que los fieles laicos manifiesten particular interés por la formación de los sacerdotes. Este interés está tanto más justificado cuanto más se viva la conciencia eclesial de la importancia de una institución que, desde los albores de los tiempos modernos, ha desarrollado un papel fundamental en el crecimiento espiritual, cultural, teológico y pastoral de los futuros sacerdotes. Es oportuno recordar también que, durante la primera fase del post-concilio, los seminarios atravesaron un período crítico de desestructuración y experimentación, en el que elementos de auténtica renovación se mezclaban con experiencias disgregantes y fallidas. Hoy se asiste a una coyuntura de más serena reflexión y programación, pero las circunstancias imponen que no se siga demorando mucho más una revisión sistemática, orgánica y profunda de esta institución eclesial y del itinerario de formación de futuros sacerdotes.

Está claro que el seminario no tiene que ser un cuerpo extraño y aislado de la vida de la comunidad diocesana, sino que ha de saber combinar con sabiduría las propias exigencias espirituales e intelectuales, institucionales y comunitarias, con una progresiva integración y colaboración de los seminaristas en la vida y la misión de la Iglesia local y con su participación en las actividades parroquiales, comunitarias y asociativas, en las cuales se aprende a convivir y a colaborar con los fieles laicos y a edificarse mutuamente. Es importante que los seminaristas aprendan, con especial madurez humana y sensibilidad pastoral, a relacionarse con los fieles laicos, hombres y mujeres, evitando asimilaciones por compañerismos simpaticones y afectos tan imprudentes como desordenados o refugiándose en distancias moralistas y asépticas.

La presencia de cristianos laicos, fieles, maduros y competentes, en el cuerpo docente de los seminarios, es una experiencia que podría ser incrementada. A los estudios exigentes, fieles y sistemáticos de la filosofía y de la teología, es necesario sumar la educación, entre los seminaristas, por el gusto y acercamiento al arte, a la literatura, a los avances de la ciencia y de otros campos de la cultura, frutos de la curiosidad y del celo por todo lo humano. Se aplica también en la formación de los futuros sacerdotes ese alargamiento de la razón, subrayado por el magisterio de S.S. Benedicto XVI, para saber afrontar toda la realidad a partir de un juicio cristiano y ser capaz de diálogo a 360 grados con los laicos, cada vez más instruidos y competentes. Si

los fieles laicos son hoy más exigentes respecto de la formación espiritual, cultural y teológica de los sacerdotes, no es porque quieran "intelectuales" o "*managers*" pastorales, sino porque sienten la necesidad de personalidades cristianas sólidas, totalmente captadas para la causa de Cristo, que prolonguen la auto-donación del Redentor, exentos de superficialidad, con una madurez humana y afectiva en el vivir el propio celibato como libertad de donación a Dios y a todos, capaces de enfrentar la realidad, dura y compleja, sin clausuras pietistas ni trastornos traumáticos, sino animados de una pasión por el hombre, por su bien, por su salvación. El sacerdote de estos inicios del siglo XXI debe ser un hombre con experiencia de Dios personal y profunda, dotado de un gran equilibrio humano y con el bagaje de una cultura sólida.

Santos y pecadores

La santidad de la Iglesia, porque morada de Dios entre los hombres, está llevada en "vasijas de barro". Habrá siempre y en todas partes situaciones de incomprensión, malentendidos, tensiones y conflictos entre sacerdotes y laicos; esto es inevitable, ya que todos estamos marcados por el pecado. Y no obstante ello, en la sobreabundancia de la gracia, la Iglesia es y será siempre misterio de comunión, milagro de unidad, testimonio de humanidad reconciliada, única posibilidad de superar los muros de iniquidad y mezquindad que separan y contraponen a los hombres. Más aún, la Iglesia está llamada a ser cada vez más *forma mundi,* signo, flujo y testimonio de aquella comunión, de aquella fraternidad, de aquella paz y justicia, que todos los hombres desean en el fondo del propio corazón y que no logran alcanzar con las propias fuerzas, obstinados constructores de torres de Babel.

Sacerdotes, laicos, religiosos, todos los *christifideles,* se confían sobre todo a la gracia divina para poder renovar siempre la gratitud, la alegría y la responsabilidad de ser cristianos, cada uno en la modalidad en la cual ha sido llamado y elegido, para encontrar en la Iglesia el don de la comunión que, no obstante los propios pecados, nos hace hermanos del Primogénito resucitado de entre los muertos, Hijo del Padre común, unidos en el Espíritu Santo.

Vaticano, 15 de febrero de 2010.

6. ¿Qué esperan los laicos de la vida religiosa?

Dos aclaraciones y una ocasión propicia

Me han propuesto y requerido una tarea muy exigente. Quizás he aceptado con una buena dosis de inconsciencia. Preparándome a este encuentro pude darme cuenta del «baile» en que me había metido. No soy teólogo de profesión, y menos de la vida religiosa. Me han obligado a leer y a reflexionar bastante sobre el tema, pero me siento aun bastante desprovisto para enfrentar una pregunta tan delicada. Me limitaré, pues, a lanzar algunas impresiones, reflexiones e interpelaciones, sin pretensiones de una profunda penetración en el «misterio » de la vida religiosa.

Quisiera plantear también una segunda aclaración. Aunque obvia, es por escrúpulo de honestidad. *«¿Qué esperan los laicos...?»* se pregunta. Pero cuando hablamos de «laicos» nos estamos refiriendo a gentes diversísimas y numerosísimas. Es bueno sospechar, o a veces sonreír, ante quienes se auto-atribuyen con excesiva facilidad y pretensión una «representación» de los laicos (o de los jóvenes, o de los pobres, o de las mujeres...). Estamos tentados de revestirnos con ropajes emplumados para ocultar nuestra desnudez y para darnos mejor y más fuerte «imagen». Debo responder la pregunta –¿Qué esperan los laicos...?– sabiendo que habrá mucho de personal, de este laico concreto, de este pobre cristiano, desde su propio itinerario, experiencia y convicciones. Pero el hecho de trabajar en el Consejo Pontificio para los Laicos desde hace ya muchos años me ha colocado en un mirador singular. Porque si se quiere servir bien a la participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia –como es de competencia de este Dicasterio– entonces es necesario auscultar y seguir con especial atención las sensibilidades, exigencias, necesidades, experiencias, que están en movimiento en ese mundo laical tan polifacético. Algo de esa rica experiencia espero poder trasmitir.

Si esos son dos límites evidentes de esta contribución, es cierto también que cabe considerarla en un momento eclesial oportuno y propicio. Estamos en el camino que va del reciente Sínodo extraordinario de octubre de 1985 –en cuanto conmemoración, verificación y actualización del Concilio Vaticano II, a 20 años de su conclusión– al próximo Sínodo ordinario de 1987, que tendrá como tema «*La vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad*». Las relaciones entre laicos y religiosos se iluminan

adecuadamente desde la autoconciencia que la Iglesia tiene actualmente de su misterio de comunión y de las exigencias de su misión. Y todos –Obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos–, como afirma el mensaje final del Sínodo extraordinario, estamos invitados a contribuir en el camino de preparación del próximo Sínodo, que *«debe constituir un paso decisivo para que todos los católicos acojan la gracia del Vaticano II».*

Desde una eclesiología de comunión

Nuestra reflexión puede partir de una experiencia cotidiana y evidente. Se han ido derribando no pocos muros de separación –materiales, culturales, eclesiásticos– y hoy se vive, se comparte cada vez más, una experiencia cercana, sencilla, fraterna, de colaboración entre los laicos y los religiosos y religiosas. Y esto se da en el seno de las más diversas comunidades cristianas, en las más variadas obras de Iglesia, en asociaciones y movimientos, en estructuras de «comunión y participación» de la «pastoral de conjunto» de las Iglesias particulares. Es como una evidencia inmediata, accesible, verificada, de fraternal colaboración y común participación. Nadie puede negarlo.

Se podría afirmar que ello es como un reflejo y un fruto, un signo y una realización de la «eclesiología de comunión» del Concilio Vaticano II. La doy, obviamente, como presupuesta. Me interesa apenas destacar un doble movimiento, indisociable, en la realización de esa eclesiología conciliar. Por una parte, se ha ido dando progresivamente la superación de una visión corporativa o estamental entre «clero», «religiosos» y «laicos», compartimentados y a veces en tensiones o pujas por la distribución del «poder» en la Iglesia. Se ha afirmado y acentuado, en esa superación, lo que es anterior e interior a cualquier distinción; es decir, lo que es más esencial, más común, más originario y radical de toda vida cristiana: todos somos miembros de la gran familia de los «*christifideles*», incorporados a Cristo por el bautismo, partícipes de su sacerdocio, llamados a la santidad, con igual dignidad a los ojos de Dios, todos corresponsables de la comunión y de la misión de la Iglesia. Pero cada uno «a su modo». Porque, por otra parte y al mismo tiempo, experimentamos que somos distintos, que esa unidad de todos no se reduce y empobrece en uniformidad sino que se despliega fecunda en la diversidad de vocaciones, ministerios y carismas que articulan y enriquecen la comunión y misión de la Iglesia. Es desde ese trasfondo eclesiológico y de viva experiencia eclesial que se plantea la

pregunta sobre qué esperan los laicos de la vida religiosa...

Los laicos esperan «algo más»

Creo que muchos laicos quedarían, en un primer momento, sorprendidos y desconcertados ante la pregunta, sin capacidad para dar una respuesta inmediata en un planteo consciente y orgánico sobre el tema. Sin embargo, pienso que su respuesta casi "instintiva", intuitiva, sería la de esperar «algo más» de los religiosos y las religiosas. Sí, ¡esperan algo más!: algo más radical, algo más total, algo más definitivo, algo más profundo, algo más exigente e interpelante, en la relación con Dios. Esperan algo más de santidad.

Pensando en esta respuesta inmediata, me imaginaba la reacción vivaz, inquieta, de la monjita que me diría: «pero, Doctor..., también los laicos están llamados a la santidad». Y diría una cosa obvia, considerada desde la autoconciencia eclesial actual, aunque no tan obvia para la conciencia de muchos cristianos. Se ha ido abandonando progresivamente ese prejuicio convencional y arbitrario que parecía reservar la santidad al estado religioso –como adjudicándole el monopolio de la *sequela Christi* o de los consejos evangélicos– y, al mismo tiempo, consideraba la condición laical como vida cristiana de segunda categoría, concesión a las debilidades humanas y compromisos mundanos. El ideal de santidad a veces era visto como opción heroica y un poco «aristocrática» de perfección, lograda por iniciativa de hombres y mujeres superiores. Puede quedarse tranquila la buena monjita puesto que cada vez más, y más numerosos, son los laicos que toman conciencia de esa universal vocación a la santidad, a la que se refiere en modo neto y luminoso el capitulo quinto de la *Lumen Gentium*.

Eso sí, quizás le siga inquietando que, no obstante ello, los laicos continúen esperando ese «algo más», ese mucho más, de la vida religiosa. Esperan de los religiosos una mayor radicalidad de entrega y donación a Dios (los tres votos son como dimensiones del único voto, del voto de sí mismo, global, don de la persona entera que se ofrece a Dios con todas sus energías, su tiempo, sus afectos, sus obras...); esperan de ellos una mayor, más inmediata y más total libertad y disponibilidad para seguir-imitar-servir a Cristo; esperan una más directa y palpable referencia a la presencia del misterio de Dios en la vida de los hombres. Eso esperan, aunque no sepan bien cómo expresarlo. Por eso, por lo general, el laico es mucho más exigente en

su observación y juicio respecto al testimonio que dan los religiosos que al testimonio dado por otro laico.

Es estupendo que esta expectativa –que emerge del *sensum fidei*, de ese «instinto sobrenatural» de cristianos sencillos– corresponda perfectamente a lo que es, para la Iglesia, la originalidad radical de la vida religiosa: testimoniar y «empujar» en el orden del crecimiento de la vida, de la santidad. Los laicos –intuitiva o reflexivamente– esperan que los religiosos mantengan bien alto el primado, la prioridad, la radicalidad del testimonio de santidad, no en cuanto patrimonio o metas exclusivamente suyas, sino en cuanto convocación y alerta, interpelación y atracción a todos los miembros del pueblo de Dios hacia esa vocación y programa de vida.

Está bien que los religiosos se inquieten un poco cuando se sienten sobrecargados con tales expectativas, porque sienten que no se trata de un privilegio sino de una gravosa responsabilidad. Mejor dicho, hay un amor de preferencia de Dios por cada uno de los religiosos y religiosas –fue Él quien los escogió primero y los metió en este «lío» y no ustedes quienes decidieron por sí ser más santos y santas– que los sobrecarga de responsabilidad. Es una responsabilidad en la respuesta a Dios, en la Iglesia, ante el más «insignificante» de los bautizados e incluso ante el más «distraído» de los hombres. Y no basta vestir el hábito –decir "*Señor, Señor*"– sino realizar efectivamente esa vocación como voluntad del Padre.

¿Santos o reformadores?

En la historia secular de la Iglesia se encuentra una preciosa confirmación de lo que esperan actualmente los laicos de la vida religiosa. Ellos esperan lo que la Iglesia ha esperado siempre. Se trata de una esperanza que no ha sido defraudada por ese «don especial» de la vida religiosa. Casi dos milenios de vida enseñan que los períodos cruciales en los que ha estado en juego una profunda renovación de la Iglesia –en su comunión y en su misión– se generaron y se actuaron desde grandes y desatadas energías de santidad y que en la «vanguardia» de esas energías santas y reformadoras se manifestaron muy diversos, potentes carismas de la vida religiosa.

Pasemos reseña, a vuelo de pájaro.

- Cuando la Iglesia vivió bajo la tenaza, por una parte, de fuertes seducciones de «mundanización» y, por otra, de vigorosos movimientos heréticos, en el Imperio romano-cristiano, la tradición de vida

consagrada –cuyos primeros testimonios se encuentran ya en los escritos neo-testamentarios– floreció en la experiencia monástica, suscitando una nueva «oxigenación» espiritual, una pasión por la unidad y una viva responsabilidad por la verdad.
- Poco después, mientras San Ambrosio veía como «el fin del mundo» en la total desarticulación del Imperio romano de Occidente, ante la invasión de los «bárbaros», irrumpió el carisma de Benito –así como de Cirilo y Metodio–, cuyos discípulos y seguidores, enclaustrados, fueron nada menos que los evangelizadores de los nuevos pueblos y protagonistas principales en la construcción de una nueva civilización, la cristiandad medieval.
- Cuando estuvo en juego la libertad de la Iglesia en el abrazo sofocante y corruptor de los vínculos feudales, las corrientes de santidad irradiadas desde Cluny y Chiaravalle hacen posible la reforma gregoriana y una «segunda evangelización» de la cristiandad medieval.
- Ante el surgimiento de la revolución urbano-mercantil-universitaria del Bajo Medioevo –pululando los fenómenos sectarios como respuestas desviadas a nuevas sensibilidades y demandas culturales que desbordaban los límites del «orden» feudal– Dios enriqueció la comunión y misión de la Iglesia con las órdenes mendicantes, para la más incisiva y adecuada evangelización del mundo nuevo y la nueva cultura en gestación.
- ¿Y cómo hablar de la «reforma católica» en torno al Concilio de Trento –ante el drama y desafío de la «reforma protestante» y las nuevas exigencias misioneras por la expansión europea, al alba de la modernidad– sin tener presente los carismas de santidad de Ignacio, Teresa de Ávila, Felipe Neri, Angela Merici, Francisco de Sales, Vicente de Paul?
- El resurgimiento intelectual, espiritual y misionero de la Iglesia desde la segunda mitad del siglo XIX, asediada por los ímpetus de la modernidad secularizante y anticlerical, tiene su punto de fuerza en la multiplicación de órdenes religiosas, masculinas y femeninas, que sería muy largo citar...

Se trata de una reseña esquemática pero sustancialmente verdadera de lo que quería demostrar. Hablando a los Superiores Generales, luego de haber citado los nombres de grandes santos fundadores, Juan Pablo II concluía: "*Todos estos nombres testimonian que los caminos de santidad, a los que están llamados los miembros del pueblo de Dios, pasaban y pasan en gran parte a través de la vida religiosa. Y no hay que maravillarse de ello, dado que la vida religiosa está fundada en la*

más precisa 'receta' de la santidad, que está constituida por el amor realizado según los consejos evangélicos". El Papa planteaba también dos criterios esenciales para la renovación de la vida religiosa, en su viaje en el Brasil: "*El primero es que la vida religiosa (y concretamente toda comunidad religiosa) no se renueva seriamente si el objetivo de la renovación es, de hecho, la búsqueda de la mayor facilidad y de la mayor comodidad, sino sólo si este objetivo es la búsqueda de lo más auténtico y de lo más coherente con la vida religiosa. El segundo criterio es que la vida religiosa se renueva para ser cada vez más camino de santidad*". No era otra cosa lo que afirmaba el decreto conciliar *Perfectae Caritatis* en su número 2.

Todo esto me trae a la memoria una estupenda señalación de Juan Pablo II a los laicos, celebrando el vigésimo aniversario del decreto conciliar *Apostolicam Actuositatem*, en noviembre de 1985: "*La Iglesia tiene necesidad de grandes corrientes, movimientos y testimonios de santidad entre los* christifideles *porque es de la santidad que nace toda auténtica renovación de la Iglesia, todo enriquecimiento de la inteligencia de la fe y del seguimiento cristiano, una reactualización vital y fecunda del cristianismo en el encuentro de las necesidades de los hombres, renovadas formas de presencia en el corazón de la existencia humana y en la cultura de las naciones*". La Iglesia tiene necesidad, más que de «reformadores» de santos –repite con frecuencia el Papa–, porque los santos son los mejores reformadores. Y ése es el mismo acento que han puesto todos los participantes en el reciente Sínodo extraordinario: a veinte años de la conclusión del Concilio Vaticano II hay que poner en primer lugar la «*universal vocación a la santidad*».

Entre crisis y esperanzas

A veinte años de concluido el Concilio Vaticano II –ese gran don de Dios para la Iglesia de nuestro tiempo–, en esta fase crucial de renovación de la Iglesia... ¿los religiosos y religiosas están a la vanguardia –en cuanto primado y prioridad de testimonio– de esas energías y corrientes de santidad que renuevan efectivamente a la Iglesia y al mundo? Responde un laico con temor y temblor: no me parece, o, al menos, no con la radicalidad y el vigor necesarios. No faltan ciertamente testimonios personales y comunitarios admirables de vida religiosa –los tenemos bien presentes– que «impactan» mucho más allá de los confines visibles de la Iglesia. ¡Gracias a Dios! Pero, en su

conjunto, hay aún demasiado peso residual de la crisis convulsiva sufrida durante la primera fase del "pos-concilio".

Ha escrito el gran von Balthasar que "*la fuerte crisis de la Iglesia en el inmediato pos-concilio, y que fue por una parte una crisis de secularización y por otra una crisis de comprensión de la autoridad en la Iglesia, afectó al sacerdocio y al estado religioso en lo más profundo de su teología y ello de un modo incomparablemente más fuerte que al laicado, que no tenía mayor razón para reflexionar sobre su identidad y 'cuestionarla'*". ¡Qué distancia sufrida entre las grandes esperanzas conciliares de una «*adecuada renovación de la vida religiosa*» y el duro precio de incertidumbre e inestabilidad, de desasosiego y nerviosidad sin rumbos, de secularización y crisis que le prosiguieron! Tan duro ha sido que no pocos están aún pagándolo y muchos quedaron «fundidos». Precio duro que indica, por una parte, cuán fosilizadas y anacrónicas resultaban algunas formas heredadas del pasado –que incubaban ya la crisis bajo una caparazón un poco esclerotizada– y que señala, por otra parte, interpretaciones y actuaciones desviadas y unilaterales de realización de la renovación querida por el Concilio, en las que tendían a predominar criterios "mundanos" más que un auténtico y riguroso discernimiento "espiritual". Y esto no es producto de sesudas consideraciones. De esa crisis fue testigo el laico común, cuando, por ejemplo, llevando a sus hijos a una escuela católica, advertía que muchas religiosas dejaban las comunidades, que había poquísimas novicias, que las que quedaban eran siempre más ancianas... ¿Pero de dónde vienen las vocaciones? De la gracia de Dios. Ésta no falta. Y de la respuesta de laicos y laicas que quieren vivir más radicalmente su bautismo. Y éstos tampoco han faltado en estos veinte años post-conciliares. ¿Y entonces? Entonces nos refugiamos en una prolija e incluso inteligente enumeración de todos los obstáculos que se plantean en el mundo actual respecto al compromiso en un camino de entrega total: secularismo, consumismo, pansexualismo, etc… ¿Quién puede negarlos? Sin embargo, las dificultades "mundanas" deberían resaltar aún más el vigor interpelante del signo, del testimonio, de la convocación. Quizás la respuesta más seria sobre la «crisis» está en que, en estas últimas décadas, la vida religiosa no haya sido tan radical en su seguimiento, tan arraigada en certezas plenas de vida, tan apasionante en cuanto expresión del misterio de comunión, tan interpelante para la conversión, tan vigorosa en cuanto apostolado, tan transparente en su testimonio... como para despertar estupor, fascinación, admiración, seguimiento, entre tantos laicos sensibilizados

respecto a las exigencias del bautismo y a su responsabilidad cristiana.

Hoy el momento más «febril» ha pasado. Se ha ido ganando serenidad. Hay signos promisorios de aumento de las vocaciones. Hay Órdenes religiosas que muestran el rostro de una seria y profunda renovación y hay nuevas comunidades religiosas que atraen muchas vocaciones. De tantas experimentaciones ensayadas se ha ido afinando el discernimiento para ir consolidando lo positivo y desechando lo negativo. Se respiran otros aires. La vida religiosa comienza a reflejar el nuevo clima eclesial. Pero la Iglesia espera aún mucho más de ella. Debe fortalecerse en el Señor. Se supera plenamente una crisis cuando se discierne a fondo los motivos que la causaron: crisis de disciplina espiritual, crisis de autoridad/obediencia, crisis de comunión... Se requiere una «refundación», advertía hace algunos años Don Egidio Viganó. Y los grandes hilos conductores para esta nueva fase de realización del Concilio en la vida de la Iglesia, propuestos para dicha refundación, parecen claros: radicalidad en el camino de santidad, pasión por la verdad, arraigo y fidelidad en la comunión, ímpetu misionero de nueva evangelización, caridad en el servicio de la persona y la sociedad.

Nuevas modalidades de vida consagrada

Si ha habido crisis de los institutos religiosos –afirma también von Balthasar– no puede decirse que haya habido crisis de la vida consagrada, porque más allá de las formas tradicionales de la vida religiosa se han ido desarrollando últimamente nuevas modalidades de consagración, nuevas formas de experiencias "monásticas" en el mundo, nuevas experiencias de consagración de vida. En los "movimientos eclesiales" y "nuevas comunidades" que han hecho irrupción en la vida eclesial en tiempos del pos-Concilio –Obra de María, Comunión y Liberación, Renovación Carismática en el Espíritu, Comunidades Neocatecumentales–, pero también en muy numerosas otras experiencias comunitarias a niveles locales, han ido madurando las personas y los grupos de personas que han decidido, privadamente, asumir como compromiso radical la práctica de los consejos evangélicos en comunidades de vida. Abundan las vocaciones en ese sentido. Y proceden también de estos movimientos buena parte de las nuevas vocaciones, sobre todo a la vida religiosa contemplativa.

La historia enseña, ciertamente, que variados impulsos de renovación de la vida religiosa se generaron desde fuertes experiencias

carismáticas y comunitarias, que no se adecuaron con facilidad a las formas precedentes y que fueron generando –o se encaminaron hacia– nuevos caminos de santidad. Pero esas crecientes vocaciones laicales a vivir los consejos evangélicos, en forma radical, más allá de las formas tradicionales de «consagración», deberían constituir un signo interrogativo e interpelante para los Institutos religiosos. ¿Por qué no cuentan con similar atracción? Por otra parte, los Institutos conservan un precioso patrimonio de tradición y de sabiduría espiritual que, revitalizado e iluminado, puede ser de gran importancia para confrontar y orientar las nuevas modalidades que surgen.

En el retorno de lo sagrado

No pocos atentos observadores señalan actualmente los signos emergentes de un complejo proceso de transición cultural, como si estuviésemos en los momentos de máxima realización y, al mismo tiempo, de agotamiento del proceso de secularización, animado por las ideologías secularistas, materialistas. Hemos entrado en su fase nihilista, caracterizada por la ausencia de razones e ideales grandes de vida, un vacío y letargo espirituales, el predominio de los ídolos desnudos del dinero, del placer, del poder. Simultáneamente emergen por doquier, a veces con manifestaciones sorprendentes o ambiguas, nuevas sensibilidades, demandas y expectativas «religiosas», de «significado». ¿Acaso no las apreciamos en hechos tan diversos como la revitalización del sustrato cultural-religioso de la vida pública de las Naciones –manifestada en los viajes apostólicos en Polonia, Filipinas, Haití...–, de resistencia a la modernidad secularizante –resurgimiento del Islam–, en la acelerada y peligrosa expansión de las sectas y de los cultos «místéricos» y «exotéricos», en antenas «religiosas» sensibles de las nuevas generaciones juveniles, en el aumento de vocaciones sacerdotales y religiosas, en los tan numerosos lugares en que personas y pueblos aseguran actualmente haber gozado de apariciones de la Virgen, en las enormes resonancias populares de los viajes apostólicos del Santo Padre, en los crecientes flujos de peregrinos a los santuarios de las naciones? Y en tantos y tan variados... «*No obstante el secularismo* –dice el mensaje final del Sínodo extraordinario– *existen también signos de un retorno a lo sagrado (...), de una nueva hambre y sed de lo trascendente y lo divino*». *«(...) Debemos abrir el camino a la dimensión de lo "divino" o del misterio»*. Este resurgimiento de lo sagrado –advertía un padre sinodal– podrá ser más vigoroso aún en la

perspectiva del fin del segundo milenio. Habría que prestar atención, pues, a que las respuestas y las satisfacciones respecto a esta nueva sensibilidad y exigencia no se den por canales y en formas desviadas, al fin frustrantes, porque la Iglesia católica no se muestra suficientemente referida, ella misma, a lo sagrado...

Toda la Iglesia queda interpelada ante estas sensibilidades emergentes, pero de algún modo hay un llamado de advertencia especial para la vida religiosa. En vez de perseguir una adaptación cada vez más anacrónica y subalterna a una cultura secularista en su fase de agotamiento, los signos de esta cultura emergente sólo pueden descifrarse, fundarse y alimentarse por el Signo del Absoluto de Dios, por el testimonio radical del Misterio de Dios en la vida de los hombres.

En la agitación de la vida secular

Seamos aún más concretos. Vayamos más de cerca a la experiencia concreta y cotidiana de los laicos. Les compete específicamente ordenar el mundo según los designios de Dios, vivir su vocación cristiana en las condiciones ordinarias de la vida familiar, laboral y social desde la lógica y el espesor mismo de las cosas creadas. Ése es el camino –diversificado en una enorme multiplicidad de caminos– de su santificación. ¡Es verdad! Hay muchos, silenciosos, escondidos, cotidianos testimonios de santidad entre los laicos.

Sin embargo, a veces cansa realmente tener que soportar un cierto «idealismo» o no poca retórica eclesiástica cuando se hace referencia a la condición laical, al "laico adulto". Uno tiene la impresión de que muchas veces se hace abstracción del ritmo y del espesor reales de la jornada normal de un laico común. Hay que santificar y santificarse en la vida del *domus*, del trabajo, de la *polis*. Pero ¿cómo evitar el quedar «tragado», absorbido, por una permanente agitación como ritmo de vida, conquistando aquellos tiempos materiales y espirituales necesarios para dar «respiro», «sentido» y orientación a la propia vida? Por lo general, conquistar esos tiempos –que son, por ejemplo, para asistir a Misa, para rezar en familia, para hablar de Dios con los hijos, para crecer espiritualmente en cuanto pareja cristiana, para hacer silencio...– es una lucha grande. Más aún lo es darse una «disciplina», respetarla y actuarla. Lo normal es quedar arrastrado por el torbellino de actividades, preocupaciones, responsabilidades, inquietudes inmediatas de la vida cotidiana, a tal punto que esa vida va volviéndose

opaca, gris, se empobrece de contenidos espirituales, va marginando «lo religioso» a determinados momentos rituales cada vez más espaciados y desconectados de los intereses importantes de la existencia. Incluso más: se pide al laico asumir responsabilidades eclesiales y seculares de mayor aliento y perspectiva. Se lo quiere «militante». Y está muy bien. Pero ¿qué significa esto concretamente? Que las horas dedicadas como catequista en la parroquia, o en sus equipos de servicio, o consagradas a reuniones del propio movimiento o asociación apostólica, o absorbidas por la responsabilidad sindical o la participación en el partido político –y en ese orden de compromisos las exigencias tienden siempre a crecer, si se quiere realizar las cosas en el mejor de los modos–... esas horas de «militancia» tienen que descontarse o «robarse» a la vida doméstica y familiar, al término de la jornada laboral. Por eso la militancia laical está siempre constituida por minorías inestables, amenazadas de discontinuidad, doblemente sacrificadas en abnegación y dedicación. No es un pecado. Ésa es su condición normal, habitual. Con horas sobrantes no se construyen las grandes instituciones ni se realizan las grandes obras.

Dos anotaciones parecen importantes como servicio de la vida religiosa ante esas situaciones de los laicos. La primera es la de tener conciencia de la necesidad que tienen los laicos –hoy más que nunca– de tiempos, signos y espacios específicos de oración, de ese empaparse de la perspectiva del Reino, de ese saborear las cosas de Dios, de ese impregnarse del espíritu de las bienaventuranzas, que pueden proveer un preciso alimento para su vida familiar, profesional o política. Muchos laicos miran, están mirando y buscando, la vida contemplativa de las comunidades religiosas para entrar en contacto con su irradiación espiritual. Los mismos religiosos y religiosas saben qué difícil resulta ser contemplativos en la vida secular, ya que muchas de sus comunidades están dedicadas a obras de apostolado. Pueden, por lo tanto, imaginarse cuánto más difícil suele resultarle al laico...

La segunda anotación se refiere a la disponibilidad de los religiosos y religiosas al servicio del Evangelio en relación con las necesidades de los laicos. Cuando termino la jornada de trabajo, llego a casa, no para descansar sino para ayudar a mi señora que está lidiando con los deberes de los hijos, bañar a las chiquitas, atender mil pequeñas necesidades domésticas..., quisiera leer tantas cosas que pueden hacerme crecer –y también mi señora, naturalmente– pero no tengo tiempo. Quisiera visitar amigos en dificultad. Quisiera participar en reuniones eclesiales o culturales que me parecen importantes. Quisiera

conocer personas o experiencias significativas... Pero no puedo sacrificar más el ya limitado tiempo familiar. En el matrimonio y en la familia se juega mi primera y más importante responsabilidad cristiana. Soy hombre feliz, pero a veces añoro, envidio y admiro a los «*full time*» del Evangelio, a los «revolucionarios profesionales» de la Iglesia, a los que se consagraron sólo y totalmente al Señor. Tendrían que manifestar una libertad y una disponibilidad enormes de energías para los más diversos servicios al pueblo cristiano. Que no sea que aquél que de más tiempo dispone, más tiempo desperdicia...

Sobre la participación política

Si la prioridad de testimonio de los laicos se da por la presencia cristiana en el espesor de la economía de la creación, esto no supone un campo de reserva exclusivo. El testimonio de los laicos interpela a los religiosos a superar formas caricaturescas de *fuga mundi* y a considerar su propia consagración a Dios como radicalidad de compromiso al servicio del hombre y de la sociedad. Las grandes contribuciones de la vida religiosa a la construcción y el progreso sociales resultan evidentes a lo largo de la historia. Pero es cierto que se han ido superando, desde los tiempos conciliares, los horizontes estrechos o la presunta incompetencia «espiritual» que degeneraran en formas de insensibilidad de la vida religiosa ante situaciones y condiciones de injusticia y opresión sufridas por las personas, los grupos sociales, pueblos enteros. Si el combate por la justicia es dimensión constitutiva de la evangelización; si la defensa y promoción de la dignidad, derechos y libertades del hombre forman parte necesaria de la misión de la Iglesia; si el Reino de Dios –Reino de paz y de justicia, de verdad y de amor– crece ya misteriosamente en la historia humana... ningún "religioso" podrá considerar como extrañas a su propia y peculiar vocación estos compromisos y tareas. Toca también al religioso «*evangelizar lo político*» –como dice el Documento de Puebla– en el sentido de colaborar para que toda la convivencia social quede impregnada y conformada por los valores del Evangelio.

Hasta aquí, ¡todo claro! Pero hay casos en que, ante situaciones estridentes de injusticia, miseria y violencia, faltando un compromiso vigoroso e incisivo por parte de laicos, los religiosos se sienten llamados a una acción social y política más directa, más puntual, más incisiva. Nadie puede declararse «neutral» ante tales situaciones. Pero aún en estos casos hay que, por una parte, controlar los

«inmediatismos» que terminan por absorber y debilitar la vocación original del religioso y, por otra, evitar que sus acciones desemboquen en una praxis política bien determinada, en un compromiso militante, disciplinado, organizado en un partido o estrategia políticas, en una referencia fundamental al poder. Tomando este camino se crean las premisas para la «secularización». Se manifiesta además la tentación «clerical» de usar el prestigio, el peso social y la representatividad cultural del eclesiástico –sobre todo en ambientes de cristiandad como trasfondo– para afirmar determinadas opciones políticas de por sí opinables y libradas, pues, a la prudencia de cada cristiano.

Muchos laicos advierten, en los casos en que se da esta «praxis política» del religioso, una buena dosis de impreparación o de voluntarismo «idealista», que sustituye el complejo cálculo del análisis político con formas de «indignación moral». El imperativo categórico "hay que comprometerse" se identifica mecánica con un «zambullirse» sin discernimiento en la agitación de la «*polis*». Y en esta «zambullida», con la falta de preparación técnica y política, con su condición de vida «eclesiástica» ajena al arraigo realista de la vida y a la responsabilidad familiar y profesional, como en vilo respecto de la *pesanteur* de la vida cotidiana del común de los mortales e incluso con la protección eclesial particular con que cuenta... todo termina generando un tipo particular de «político» poco confiable y de «religioso» confuso. Resulta increíble la facilidad y el simplismo con el cual algunos religiosos pasan de formas tradicionales de vida a radicalizaciones políticas e ideológicas moralistas. Quedan pronto manipulados y absorbidos en un horizonte que se transforma progresivamente en prioritario y luego en sustitutivo respecto del de la propia vocación y del de la comunión eclesial. ¡Si tendrá razón el Papa en insistir que no es propio de los religiosos convertirse en líderes políticos o sindicales, y menos aún en funcionarios estatales!

Diversas modalidades de servicio al hombre

Hay en esas experiencias de participación política puntual por parte de religiosos, aún en formas no conscientes, cierta devaluación de su peculiar vocación y, por consiguiente, como un complejo de inferioridad que se quiere superar respecto a la modalidad típicamente laical de servicio al hombre. Este servicio parece identificado con la militancia social y política si quiere efectivamente ser eficaz.

En la base de esa actitud ha comenzado a resquebrajarse la

confianza en el *proprium* de la consagración religiosa en cuanto modalidad fundamental de servicio al hombre. Ya salía al paso de ello el Concilio cuando advertía: "*Y nadie piense que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a los hombres o inútiles a la sociedad terrena. Porque, si bien en algunos casos no sirven directamente a sus contemporáneos, los tienen sin embargo presentes de manera más íntima en las entrañas de Cristo y cooperan espiritualmente con ellos, para que la edificación de la ciudad terrena se funde siempre en el Señor y se ordene a Él, no sea que trabajen en vano quienes la edifican*" (LG 46). ¿Acaso el testimonio de Santa Teresa de Lisieux no enseña el valor inconmensurable de la oración para todo servicio al hombre? Quienes asumen prioritariamente esa construcción del mundo a través del matrimonio, de la gestión de los bienes y del poder –que son los laicos– tienen viva necesidad de quienes prioritariamente los acompañen con la oración, les recuerden que están en el mundo pero que no son del mundo y que no tienen que conformarse al tiempo presente, que tienen que salvaguardar y potenciar su libertad cristiana ante las seducciones de los ídolos del dinero, del poder y del placer, que sólo la «lógica» de las bienaventuranzas es auténticamente revolucionaria, que Cristo es la piedra angular de toda construcción social que quiera resultar verdaderamente humana, que vale la pena luchar y sacrificarse para ir generando condiciones y experiencias de mayor justicia, solidaridad y paz, porque nada será olvidado y todo será rescatado cuando Dios nos regale "*cielos nuevos y tierra nueva*".

El mejor y más radical servicio al hombre es el testimonio de vida que manifiesta la total supremacía del amor a Dios. Por eso, el camino propio de servicio al hombre pasa en la vida religiosa, hoy más que nunca, por un auto-centrarse en su "consagración", en un especial cuidado y cultivo de su dimensión religiosa, de su disciplina de vida y crecimiento espirituales.

Con el rostro carismático

Esa vida según el Espíritu se diversifica y profundiza en el seguimiento del "carisma de los fundadores". La exhortación apostólica *Evangelica Testificatio* y el decreto *Mutuae Relationes* destacan esto de modo especial. Muchos laicos corren el peligro de considerar la vida religiosa como un estado genérico, bastante indiferenciado, con modalidades más o menos uniformes, apenas distinguido en familias con nombres y hábitos diferentes.

Cabe preguntarse si las diversas comunidades religiosas testimonian efectivamente el propio don recibido, la propia riqueza espiritual, su propia contribución para el enriquecimiento cristiano de todo el pueblo de Dios. Si la fidelidad al propio carisma es forma de obediencia a la gracia de Cristo, ella debe marcar la originalidad de un proyecto evangélico de seguimiento de Cristo, permitir redescubrir luces y dimensiones nuevas de la totalidad de la vida cristiana, afirmar un camino propio de santificación. La mayor contribución de una comunidad religiosa a la vida de la Iglesia y de cada uno de los cristianos es mantener muy viva la fidelidad a ese carisma, vivirlo con la misma radicalidad con que lo vivió el propio fundador, potenciar e irradiar su actualidad ante las necesidades de la Iglesia y de los hombres. De tal modo el conjunto del pueblo de Dios se vería más «recorrido» y «trabajado» por fermentos potentes de renovación de la vida cristiana. Los laicos que tienen relaciones con comunidades religiosas, directamente o a través de obras educativas, asistenciales, etc., tendrían que ser mucho más "tocados" por esos carismas irradiantes.

En ese sentido, parecen preciosas las palabras de Juan Pablo II en el Brasil, luego de haber destacado los grandes servicios pastorales y apostólicos cumplidos por los religiosos: "*No es porque es útil a la pastoral que la vida religiosa ocupa un lugar bien definido en la Iglesia y un valor incontestable. Es verdadero lo contrario: la vida religiosa presta un servicio eficaz a la pastoral porque es y se mantiene firmemente fiel al lugar que ocupa en la Iglesia y a los carismas que caracterizan este lugar*".

Las comunidades religiosas tendrían que poner más de relieve el testimonio de santidad de sus fundadores o maestros espirituales. Muchas veces valen más los testimonios que las palabras. Y los cristianos tenemos necesidad de «modelos», de padres y maestros en el camino de la fe.

Las comunidades de vida en la Iglesia

Comunidades de vida permanentes y que involucran plenamente a las personas sólo se verifican, en la vida de la Iglesia, en las comunidades religiosas y en las familias cristianas. Las diferencias entre ellas son notorias. La familia es una comunidad natural, cuyo núcleo matrimonial –en la unión amorosa y fecunda del hombre y la mujer– es "sacramentalizado" por la Iglesia. La comunidad religiosa no parte de

una base "natural" y quienes participan en ella sacrifican libremente bienes preciosos –como todo el campo del amor conyugal, de la libre disposición de los bienes materiales, de la autonomía individual para las grandes decisiones de la vida– para conseguir un Bien, por un Amor mucho más grande.

En ambos casos se manifiesta, en formas diversas, el misterio de comunión que está en el origen y el destino del hombre, convertido en milagro cotidiano. En sociedades siempre más desarticuladas y atomizadas, donde los flujos potentes de masificación disgregan los vínculos personales en el tejido social y crece el individualismo, adquieren aún más importancia y más impacto estas formas de comunidad de vida. Hay un ansia de reconocimiento personal, de amistad, de compañía solidaria, de auténtica reconciliación, de reencuentro de relaciones humanas más densas y plenas, que hace que las personas sean muy sensibles respecto al testimonio y a la acogida humana de estas comunidades de vida.

Hay tantas analogías hermosas que se podría explorar entre las comunidades religiosas y las comunidades familiares. ¿Acaso los diversos rostros del amor humano que se dan en la vida familiar y que reflejan las dimensiones indisociables del amor divino no se viven a su modo y aun más plenamente –como signos, atisbos y primicias del Reino– en la comunidad religiosa? Ambas comunidades se fundan sobre la base indestructible y fecunda de un amor esponsalicio. Mientras que en el cara a cara del hombre y la mujer esta experiencia apasionante de amor refleja realmente la alianza de Cristo con su Iglesia, los religiosos y religiosas se dejan tomar directamente y totalmente por el amor de Cristo, sin límites, en la inmediatez de la alianza entre el Esposo y la Esposa, con la totalidad y la sublimación de una entrega a la que está llamado todo amor humano. La virginidad consagrada –vivida en esa serena y misteriosa plenitud– es signo de posibilidad y ejemplaridad para ordenar y alentar también la «castidad» de la vida matrimonial en ese complejo vital, delicado e inestable entre el señorío espiritual y las pulsiones instintivas. Hay toda una educación a la libertad, al dominio de sí, que es condición del amor auténtico –tan importante y urgente hoy en las nuevas generaciones, conformadas e impactadas por una mentalidad hedonista y en ambientes de erotismo– que se transparenta en una sana vida religiosa.

La familia, aunque implícitamente, también requiere una «regla» para su vida comunitaria. Y la autoridad es principio y garante de la comunión. Desde la regla de las reglas –la de San Benito–, el

"superior" de la comunidad era llamado "padre" (abad). Es bueno que la superiora se reconozca como "madre" de la común fraternidad. Sin paternidad (y maternidad) quedamos huérfanos, se disgrega la fraternidad porque queda sin fuente y polo de referencia. Vale lo de «autoridad» como derivado de *augere*, lo que ayuda a aumentar, a crecer en la vida, lo que permite crecer lo humano en el hombre. Es siempre reflejo de la paternidad (y maternidad) de Dios, quien nos da la vida, la hace crecer en la fe, la lleva a la plenitud. Hay una fecundidad espiritual que genera frutos abundantes de vida cristiana.

Los laicos observan muchas veces con especial atención la vida de las comunidades religiosas para ver si descubren, si advierten aquel "algo más" que esperan. Por eso, excesivos formalismos, rencillas menores, divisiones, ausencia de calor humano... opacan el testimonio comunitario. Como si la vida comunitaria fuera más una formalidad obligada que una irradiación de libertad y vida. Los laicos tendrían que llegar a ver en la vida de las comunidades religiosas como las realizaciones en pequeño de esa reconciliación en profundidad, de esa fraternidad y solidaridad, de esa paz y alegría en la comunión, que todos los hombres ansían en su corazón: ¡un signo fuerte de "humanidad reconciliada" al interior del misterio de comunión de la Iglesia, un modelo de "nueva sociedad" en donde logran aunarse la libertad y la solidaridad, donde la autoridad se ejerza como paternidad (y maternidad), donde se viva una actitud diferente ante la riqueza, en las que las relaciones humanas estén caracterizadas por la libertad y no degeneren en dominación, que suscite en todos sus miembros una participación ordenada, y "*sobre todo* –dice un hermoso texto del Documento de Puebla– *donde inequívocamente se manifieste que, sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana resulta a la postre incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre*". En fin, cabe esperar de tales comunidades nada menos que un pedazo de cielo.

Algunas áreas prioritarias

Los laicos son muy sensibles al testimonio de pobreza de la vida religiosa. Son muy exigentes con los religiosos y poco consigo mismos. Pero es bueno dejarse interpelar por esa exigencia. Más que un área de trabajo o de compromiso, la pobreza es una dimensión radical de la «consagración» en cuanto desprendimiento de los bienes materiales y afirmación de la libertad que reconoce su único Bien en Dios. Hay

testimonios admirables. Pero también, en demasiadas oportunidades, los laicos no logran advertir cómo se manifiesta concretamente, en cuanto desprendimiento y libertad, ese voto de pobreza. Incluso muchas veces ven, y sin malicia, que religiosos y religiosas viven demasiado cómodamente, hasta confortablemente, con todos los problemas materiales más que resueltos en el presente y en el futuro, y en ambientes que de «pobreza» nada tienen. No se trata de pedir gestos "románticos" ni de azuzar desasosiegos críticos. Pero, al menos, se requiere una mayor austeridad y severidad de vida, una disponibilidad más generosa para compartir todos los bienes materiales y espirituales, una eliminación de todo lo superfluo. Esta exigencia resulta tanto más interpelante en cuanto se da en una Iglesia cada vez más consciente respecto a la "opción preferencial por los pobres". "*Esta opción preferencial por los pobres* –escribe Don Egidio Viganó en una síntesis muy expresiva y que ahora no podemos desmenuzar– *cuestiona muy concretamente a los religiosos, sobre todo de los Institutos de vida activa; exige una revisión de la propia misión en vista de sus destinatarios; hace programar una reubicación social de la presencia; profundiza el significado sacramental del voto de pobreza; pone en diálogo los grandes valores de la pobreza evangélica con las apremiantes necesidades de la miseria social; proclama cada vez con mayor claridad que la pobreza de las bienaventuranzas es un reto al materialismo y abre las puertas a soluciones alternativas de la sociedad de consumo*". Valen también para los religiosos los criterios señalados por el Magisterio de la Iglesia sobre la autenticidad evangélica de esa opción: no es exclusiva ni excluyente porque el mensaje de salvación se dirige a todos las personas sin discriminación; está animada por una intencionalidad primariamente religiosa y no política; no se deja atrapar y reducir en una dialéctica clasista; tiene en cuenta la existencia de rostros diversos de pobres en situaciones de hambre y de miseria, de desocupación y marginación, de privación de libertad, de privación de salud física o mental, o de otras privaciones materiales y/o morales. En ese amor preferencial por los pobres, derivado del amor total por Cristo, se juega, en buena medida, el testimonio de la vida religiosa hoy día.

Una atención especial a los jóvenes parece ser también un requerimiento fundamental y urgente para las comunidades religiosas de nuestro tiempo. Hay una impresionante tradición religiosa en la educación de la juventud, que no puede ni debilitarse ni desperdigarse, sino que debe ser retomada, actualizada y relanzada. La cuestión es

clara: la persona se socializa y es educada, a partir de la más tierna edad, fundamentalmente a través de la familia y de la escuela. Son los dos canales fundamentales para la introducción del joven a la realidad. ¿Podrá ser posible que los Estados, los partidos políticos, las estrategias ideológicas presten un interés fuerte en la escuela, para penetrar en el mundo juvenil y orientarlo según diversidad de criterios e intereses, y que la Iglesia –en especial las comunidades religiosas– subvalore su tradición educativa y sus instituciones y responsabilidades educativas? En tiempos de crisis de credibilidad y convocación de las ideologías, insatisfechas las mejores energías e inquietudes con el materialismo sofocante de la sociedad de consumo, resultan más importantes que nunca las propuestas grandes y fuertes, las certezas ideales de vida que tienen que ser ofrecidas a los jóvenes como significados y guías para la propia educación. Los laicos cristianos que son padres de familia necesitan contar con la ayuda de la escuela católica. La responsabilidad educativa primordial recae en los padres, y la familia es lugar fundamental del crecimiento de la fe de sus miembros, pero hay mucho de instrucción catequética, de actitudes cristianas, de vinculación fecunda de la fe con la cultura que se da en el ambiente y en la actividad de la escuela. El camino más fecundo es el de una activa y corresponsable colaboración educativa entre la familia y la escuela católica. Estoy seguro de que no es para nada interés de los laicos que las comunidades religiosas educativas abandonen el terreno de la escuela. Al contrario, están muy interesados en que intensifiquen su compromiso educativo –involucrando la colaboración de los laicos, especialmente de los padres de familia–, superen letargos administrativos y rutinarios en la gestión de la escuela, la conviertan cada más en un ambiente cristiano vigoroso, irradiante, incisivamente educativo, busquen los medios para hacer cada vez más accesibles y fecundos sus servicios. Eso sí, hay mucho que repensar, programar y realizar en orden a una pastoral escolástica que esté a la altura de todas estas exigencias. Es obvio que me estoy refiriendo a escuelas muy firmes en su identidad católica –no reducida a algunos cursos de religión o teología–, animadas por comunidades que sepan traducir y vivir esa identidad como propuesta educativa para el crecimiento integral de los jóvenes.

Pienso también en otros ambientes y actividades humanas que se han convertido en nuevas fronteras de la misión eclesial, donde la presencia de la Iglesia no puede limitarse a algunos laicos "francotiradores". No pueden faltar carismas religiosos para el trabajo

apostólico entre los universitarios, los intelectuales, los artistas, los profesionales de la comunicación social, los trabajadores...

Según la medida del don de Cristo

Una última anotación. El Concilio dice que "*la profesión de los consejos evangélicos, aunque implica la renuncia de bienes que indudablemente han de ser estimados en mucho, no es, sin embargo, un impedimento para el verdadero desarrollo de la persona humana, antes por su propia naturaleza lo favorece en gran medida*". O sea, que las renuncias no deben menguar lo humano sino ayudar a realizar la estatura del hombre según la medida del don de Cristo. Ese algo más, ese mucho más de santidad, que esperan los laicos de los religiosos, encuentra respuesta en el testimonio de hombres nuevos y de mujeres nuevas, compenetrados en el Absoluto de Dios, radicalmente incorporados en Cristo, totalmente dedicados al servicio de los hermanos. Si Cristo revela al hombre la plenitud de su ser y su destino, todo seguimiento radical de Cristo no puede ser sino un camino de realización integral de humanidad. Hay que demostrar que lo que se abandona por seguir a Cristo se recobra multiplicado, ya y ahora, como riqueza más plena de humanidad.

Los laicos esperan encontrar en religiosos y religiosas personalidades cristianas bien auto-centradas porque centradas en Dios. Y, por eso, personas de equilibrio afectivo y serenidad emotiva (¡cuántas "contestaciones" transparentan inmadurez psicológica!), de sólida formación intelectual (¿por qué en el pasado se invirtió tan escasamente a este nivel en las religiosas?), de una auténtica libertad porque capaces de gran obediencia, de profunda vida espiritual desde su "castillo interior", atentos y abnegados en la dedicación y el servicio, que contagien una felicidad y alegría que vienen desde adentro, devotos afectuosos de María, la primera y más grande discípula de Cristo.

Transcripción de una conferencia a Superioras Generales de Congregaciones Religiosas.

Roma, 5 de marzo de 1986.

7. Sobre la formación de los fieles laicos en el compromiso político

Una nueva generación de fieles laicos en la política

El Santo Padre Benedicto XVI manifestó en diversas ocasiones la necesidad y la urgencia de un renovado compromiso de los católicos en la vida política. En el discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Aparecida, se dirigió a aquel "continente de bautizados" con las siguientes palabras: «*El respeto de una sana laicidad –incluso con la pluralidad de las posiciones políticas– es esencial en la tradición cristiana. Si la Iglesia comenzara a transformarse directamente en sujeto político, no haría más por los pobres y por la justicia, sino que haría menos, porque perdería su independencia y su autoridad moral, identificándose con una única vía política y con posiciones parciales opinables. La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido. […] Formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector. Y los laicos católicos deben ser conscientes de su responsabilidad en la vida pública; deben estar presentes en la formación de los consensos necesarios y en la oposición contra las injusticias. […] Por tratarse de un continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas*»[1].

Otra intervención en este campo muy significativa fue la que el Papa expuso durante su visita pastoral en Cerdeña. Una tarea muy importante –dijo Benedicto XVI– es la formación de «*una nueva generación de laicos cristianos comprometidos*» que sean «*capaces de evangelizar el mundo del trabajo, de la economía y la política*»[2].

Aún más explícita fue la invitación dirigida a los participantes de la XXIII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, el 15 de noviembre de 2008: A los laicos «*les corresponde* –afirmó el Santo Padre– *dar testimonio de la caridad, especialmente a los más pobres, a los que sufren y a los necesitados, así como asumir todos los compromisos cristianos destinados a crear condiciones de justicia y paz cada vez mayores en la convivencia humana, de modo que se abran*

nuevas fronteras al Evangelio. […] De modo particular, reafirmo la necesidad y la urgencia de la formación evangélica y del acompañamiento pastoral de una nueva generación de católicos comprometidos en la política, que sean coherentes con la fe profesada, que tengan rigor moral, capacidad de juicio cultural, competencia profesional y celo de servicio para el bien común»[3].

Y recientemente, en Lisboa, Benedicto XVI se dirigió a los obispos portugueses con este llamamiento: «*Los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos, llamados a formar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo. Se necesitan auténticos testigos de Jesucristo, especialmente en aquellos ambientes humanos donde el silencio de la fe es más amplio y profundo: entre los políticos, intelectuales, profesionales de los medios de comunicación, que profesan y promueven una propuesta monocultural, desdeñando la dimensión religiosa y contemplativa de la vida*»[4].

Todavía se podría añadir otras citas en este mismo sentido, pero éstas son suficientes para ser conscientes de la necesidad que el papa Benedicto XVI siente de convocar a los fieles laicos para que sean, de modo renovado, testigos de Cristo en la comunidad política, al servicio del bien común.

El hecho que el Santo Padre pida explícita y reiteradamente la formación de una nueva generación de fieles laicos en la política pone objetivamente la cuestión de cuáles pueden ser los criterios y las modalidades adecuadas de esta formación. Éste es precisamente el tema de mi ponencia.

Una invitación dirigida especialmente al laicado católico

Esta conciencia apremiante, manifestada por el Santo Padre, es una fuerte llamada dirigida al laicado católico. Si la novedad cristiana, que viene del bautismo, define radicalmente a los fieles laicos, entonces ésta se caracteriza, como modalidad singular, por una "índole secular". Toda la Iglesia tiene una dimensión secular, pero el "mundo" es especialmente el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos. Como discípulos y testigos de Cristo, los fieles laicos viven su vocación cristiana y misionera en las condiciones ordinarias de la vida personal, familiar y social[5]. El matrimonio y la familia, el trabajo, la educación, la cultura y la comunidad política son dimensiones fundamentales de la vida de las personas en la sociedad,

son ámbitos de la misión para la adhesión concreta al Evangelio y cuestiones cruciales en donde está en juego la dignidad de la persona, la convivencia en el seno de los pueblos y la calidad de vida de las naciones. Por ello, son bancos de prueba del servicio de los fieles laicos hacia la persona y la sociedad[6]. Ésta es la enseñanza del Concilio Vaticano II, retomada por la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* y la exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles Laici*.

En muchas ocasiones, tanto los papas como numerosos obispos, han manifestado su preocupación por la desproporción que existe entre la participación activa y generosa de muchos fieles laicos en la edificación de las comunidades cristianas, asumiendo responsabilidades, cargos y ministerios, y cierta diáspora poco relevante y significativa del laicado en el ámbito político y cultural de nuestro tiempo[7]. No se trata de hacer una contraposición sistemática entre *ad intra* y *ad extra*, sino de señalar este déficit de presencia. Incluso se ha hablado de "clericalización" de los laicos cuando empezaban a calmarse las olas tempestuosas de la secularización de los clérigos. La insistencia renovada con la que el Concilio Vaticano II y los pontífices han subrayado en lo sucesivo esta tarea peculiar e insustituible de los fieles laicos parece indicar que esto aún requiere el empleo de ulteriores esfuerzos en la educación y en su realización efectiva.

Si «*el deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad*» no es, en primer lugar, propio de la Iglesia como tal, sí lo es de los «*fieles laicos como ciudadanos del estado*», que participan «*en primera persona en la vida pública*» y cooperan «*con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad*»[8]. Son llamados a «*penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven*»[9].

Esto es todo lo contrario de una caricatura de "*fuga mundi*", de cualquier forma de repliegue eclesiástico o de anonimato mundano por parte de los fieles laicos.

Un déficit de presencia

El Concilio Vaticano II había recordado, en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, la importancia del compromiso de los laicos en la política: «*La Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan las cargas de este oficio […] Los cristianos todos deben tener conciencia de la*

vocación particular y propia que tienen en la comunidad política; en virtud de esta vocación están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común»[10]. La exhortación apostólica *Christifideles Laici* corroboraba veinte años después, dirigiéndose a los fieles laicos, que «*todos y cada uno tienen el derecho y el deber de participar en la política, si bien con diversidad y complementariedad de formas, niveles, tareas y responsabilidades*»[11]. Asimismo, en la *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en el año 2002, se señala que ellos no pueden abdicar de «*la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común*»[12]. Las sucesivas recientes intervenciones de S.S. Benedicto XVI han invitado con una renovada urgencia a los fieles laicos a participar en la política.

Es verdad que se hace indispensable tener una visión amplia de la política, más allá de los límites estrechos que generalmente la limitan a los partidos e instituciones políticas, como también a los procesos electorales. La política es una dimensión de toda la actividad humana que lleva a reconocer y realizar el bien común de la sociedad, a construir un orden justo, y en esta perspectiva ningún ámbito de la vida social puede sustraerse a ella, porque los atraviesa a todos. Si se amplía así el ámbito de la política, se puede afirmar que la Iglesia misma vive esta dimensión política y contribuye al bien común, y que los fieles laicos se preocupan de realizarlo en las más diversas actividades de la vida social. De hecho, hay una fuerte presencia de católicos en lo que la doctrina social de la Iglesia llama "cuerpos intermedios", y que hoy tiende a llamarse "sociedad civil", mediante su participación en diferentes organizaciones no gubernamentales e iniciativas de voluntariado, en corporaciones profesionales y organizaciones sindicales, en diversas comunidades civiles a nivel local, en asociaciones y obras con diferentes finalidades educativas, culturales, sanitarias, asistenciales y caritativas, en empresas de diferentes tipos, en redes ideales de solidaridad y cooperación, etc.

Los llamamientos de S.S. Benedicto XVI parecen referirse e invitar al compromiso político *tout court* de los cristianos, lo que significa suscitar y sostener vocaciones específicas que impulsen a más cristianos a comprometerse en las instituciones políticas con el tesón, el sacrificio, el sentido de gratuidad y la solidaridad, la pasión y la competencia, la paciencia y la visión de futuro que conlleva este

compromiso. Es a este nivel que se advierte aquel déficit de presencia. Baste sólo citar, a modo ilustrativo, lo que indicaba el papa Benedicto XVI a los obispos brasileños en São Paulo, hablando especialmente de los cristianos: «*Es preciso trabajar incansablemente a favor de la formación de los políticos*»[13], o lo que afirman los obispos latinoamericanos en su V Conferencia General en Aparecida: «*Si muchas de las estructuras actuales generan pobreza, en parte se ha debido a la falta de fidelidad a sus compromisos evangélicos de muchos cristianos con especiales responsabilidades políticas, económicas y culturales*»[14]. En su reciente libro *Render Unto Caesar*, que tiene como subtítulo "*Servir a la nación viviendo nuestro credo católico en la vida política*", el obispo de Denver, Mons. Charles Chaput, señala que los católicos en los Estados Unidos son 69 millones, es decir una cuarta parte de la población, y que en el Congreso hay más de 150 parlamentarios que se declaran como tales, mientras que en el Senado los católicos son uno de cada cuatro y en la Corte Suprema son mayoría… «*Pero ¿qué diferencia hay?*»[15].

Alguien podría preguntarse, parafraseando a Stalin, ¿dónde están las divisiones del Papa? ¿O dónde se encuentran nuestros Tomás Moro, obedientes a la legítima autoridad, pero sobre todo a la ley inscrita por Dios en la conciencia del hombre, fuente de auténtica libertad? ¿Dónde están los Adenauer, los De Gasperi, los Monnet, los Schuman, que allanan el camino hacia la reconciliación, reconstrucción, integración y cooperación entre los pueblos? ¿Cuáles son las respuestas políticas que los cristianos sostienen y promueven como contribución original y eficaz para enfrentar nuevos caminos de desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres frente a las enormes cuestiones y desafíos que se plantean actualmente? Es verdad, no faltan testimonios de cristianos que son motivo de estímulo, esperanza e incluso admiración, pero no se advierten fuertes corrientes y movimientos de un renovado compromiso de fieles laicos en el campo de la política.

Hoy más que nunca hacen falta en todas partes dirigentes políticos verdaderamente comprometidos por el bien del propio pueblo y especialmente de los sectores más necesitados y discriminados, que no antepongan sus intereses individuales al bien común, que tengan siempre como guía la defensa y promoción de la dignidad de la persona humana, con el "carisma" y la experiencia de ponerse en sintonía con la sabiduría, el sufrimiento, las necesidades y las esperanzas del cuerpo social, con las competencias que requiere el gobierno de sociedades cada vez más complejas, con la capacidad de juicio sobre la historia del

propio país en el contexto regional y mundial, con un diseño que vaya más allá del pequeño cabotaje. Se necesitan políticos libres de toda tendencia al autoritarismo y la violencia, amantes de la auténtica libertad, con la magnanimidad de los que buscan una mayor justicia y verdad junto con la reconciliación y el perdón, capaces de sumar ideales e intereses por una mayor implicación, movilización y participación democrática de las personas, familias, cuerpos intermedios, fuerzas sociales, culturales y religiosas en la construcción de la nación. Si esto es justo pedírselo a todos los políticos, entonces hay que pedírselo también a los cristianos empeñados en la vida política. Mejor dicho, más allá de toda degeneración de la política y del alejamiento de ella que esto provoca, los fieles laicos están invitados a implicarse en este servicio noble, vivido y rehabilitado en su más alta dignidad, que es la de ser una forma singular de actuación de la caridad, es decir una respuesta al amor de Dios en el amor por los hombres, especialmente por los "prójimos" compatriotas, que es testimonio de pasión por la vida y el destino del propio pueblo, al servicio del bien común.

Ante todo, ¡formar a los *christifideles*!

A pesar de ello, de los llamamientos del Santo Padre se sacarían interpretaciones y consecuencias erróneas si se tradujese esta invitación y se respondiera a tal urgencia concentrando energías, programas e instrumentos de la Iglesia para la formación de buenos políticos. ¡No! La formación de los políticos se realiza en el ámbito de las instituciones y de la praxis de la política, del mismo modo que la formación de los ingenieros, abogados y arquitectos se realiza en el ámbito de centros universitarios competentes y en la continua praxis profesional. Los intentos de algunas instancias eclesiásticas de formar políticos entre los cristianos, según programas teóricos, normalmente han conducido al fracaso o no han dejado huella. Aquí y allá, en las recientes décadas pasadas, algunas Iglesias locales han creado escuelas para la formación política, pero los frutos resultan irrelevantes.

Ésta no es la misión de la Iglesia, que ni siquiera goza de una competencia especial en esta materia. Ella no está llamada a comprometerse de modo prioritario a formar buenos ciudadanos y buenos políticos, como la medida mundana espera de ella, reduciéndola así a una "religión civil".

Las llamadas moralistas del tipo "hay que comprometerse en la política" ya no tienen el agarre que tenían en las generaciones del

inmediato postconcilio, en plena euforia de la "apertura al mundo" y del protagonismo de los laicos comprometidos y militantes, impulsados por altas mareas de politización y fuertes vigencias ideológicas en el ápice de los mesianismos secularizados, dispuestos a "la transformación global de las estructuras". Hoy prevalece el desencanto y la desconfianza en la política, mientras que el utilitarismo domina. Además, los mandatos categóricos, a modo de exhortaciones morales, raramente conmueven el corazón de la persona, movilizan su inteligencia o cambian su vida. A menudo quedan como declamaciones retóricas para una buena conciencia, sin consecuencias reales.

La formación de los políticos no es competencia de la Iglesia, ni siquiera prioritariamente la de políticos cristianos. Su misión es la de generar de las aguas bautismales "criaturas nuevas" convertidos en hijos e hijas de Dios, ungidos por el Espíritu Santo, partícipes de la muerte y resurrección de Jesucristo, miembros de su Cuerpo. Su misión es hacer crecer "hombres nuevos" y "mujeres nuevas", cada vez más configurados en Cristo, con-formados a Él, en la comunión de sus apóstoles y discípulos. Su misión es la de reconducirlos, una y otra vez, a que encuentren la dignidad, la belleza, la gratitud, la alegría y la responsabilidad de ser cristianos.

Cualquier intento de responder a la invitación del Papa de formar una nueva generación de católicos en la política que no comience a partir de esto y que no se base en esto, que descuide este núcleo esencial y que no esté inserto dentro de este itinerario educativo de los *christifideles*, está condenado al fracaso. De hecho, a menudo resultan bastante patéticos los intentos y esfuerzos en nuestras comunidades cristianas de sacar de la vida de los laicos las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe –como si se tratara de una mera cuestión de coherencia–, mientras que ella misma resulta irreal o irrelevante.

Todos los bautizados deben «*recomenzar desde Cristo*»[16], hecho que remite a la naturaleza misma, al significado del acontecimiento cristiano en la vida de las personas. Sabemos bien que el cristianismo no es, ante todo, una doctrina, una ideología, ni tampoco un conjunto de preceptos morales, y menos aún un espiritualismo de las "buenas almas". Es un hecho que sucedió históricamente: el Verbo se hizo carne, el Misterio en el que todo consiste y subsiste ha irrumpido en la historia humana, Jesucristo ha revelado el rostro de Dios, que es amor misericordioso, y al mismo tiempo ha revelado la vocación, la dignidad y el destino de la persona humana y de toda la creación, salvados de la caducidad y corrupción, gracias a su victoria pascual. A toda persona,

en todo lugar y tiempo, le ha sido dado ser contemporánea a la presencia de Cristo gracias a su Pueblo, a su Cuerpo, que es la Iglesia, la compañía de sus testigos y discípulos. Por ello, no nos cansamos de repetir las palabras de Benedicto XVI en la encíclica *Deus Caritas Est*: «*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*»[17]. Si falta esto, o si con ligereza se da como presupuesto o por descontado, entonces sucede, como a menudo ocurre, la reducción moralista del acontecimiento cristiano, como si se tratara sólo de un símbolo de compasión por sus semejantes, un edificante voluntariado social, un mero ímpetu ético de complementación funcional para el entramado social disgregado por el fetichismo del dinero, la injusticia y la violencia, apenas un impulso de solidaridad que termina por agotarse en el cansancio o por exacerbarse en la indignación, la denuncia y la violencia.

La cuestión prioritaria y fundamental es rehacer la fe de los cristianos. Todos estamos llamados a vivir y volver a vivir la fe como un nuevo comienzo, como aquella novedad sorprendente de vida, esplendor de verdad y promesa de felicidad que remite al acontecimiento que la hace posible y la fecunda.

Sólo aquellos que viven con gratitud y alegría la verdad y la belleza de ser cristianos se harán de verdad protagonistas de una nueva vida dentro del mundo.

Una sorprendente novedad de la vida

Todo esto es exactamente lo contrario de un cristianismo disociado de los intereses que tiene la persona, de aquel divorcio entre fe y vida que los Padres del Concilio Vaticano II indicaban como «*uno de los más graves errores*»[18]. «*En su existencia* –afirma la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici– no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida "espiritual", con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida "secular", es decir la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura*»[19]. De este modo, el cristianismo termina por ser episódico y fragmentario, apenas residual y finalmente superfluo. Una nueva generación de cristianos comprometidos en la vida política sólo se podrá forjar «*si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo*

en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud»[20].

Un verdadero encuentro con Cristo, que se convierte en un fiel seguimiento, un permanecer con Él en comunión, cambia la vida de los que se confiesan cristianos. Nada puede permanecer ajeno a esta *metanoia*, a la conversión y transformación de toda la existencia. Si el encuentro es verdadero, entonces cambia la vida de la persona, marca con su impronta la vida matrimonial y familiar, las amistades y el trabajo, el empleo del tiempo libre y del dinero, el modo de mirar toda la realidad… hasta los mínimos gestos cotidianos. Todo es transformado en más humano, más verdadero, más hermoso, en motivo de alegría y felicidad. Todo es animado por un amor transfigurador, unificador, vivificante. «*El que está en Cristo, es una nueva creación*» (*2 Co* 5,17). El cristianismo es la llamada de Cristo a nuestra libertad; espera en la simplicidad del *fiat*, como el de María, para que, por medio de la sacramentalidad de la Iglesia, se haga carne en nuestra carne.

El encuentro con Cristo despierta los deseos de amor y verdad, de justicia y felicidad, arraigados en el ser de la persona, y, al mismo tiempo, responde a ellos de modo satisfactorio y completo. Le hace descubrir al hombre su propia humanidad, toda su potencialidad humana destinada a la realización. Se comprueba como una experiencia hermosa y ventajosa, adecuada y conveniente para la persona. Con otras palabras, se trata del redescubrimiento, lleno de gratitud, alegría y responsabilidad, del propio bautismo como la más profunda autoconciencia de la dignidad de la persona, disminuida, ofuscada y desordenada por el pecado, pero regenerada por la gracia, destinada a la plena estatura de lo humano en Cristo. El Señorío de Cristo llama a que sea vivido siempre de nuevo de un modo concreto, comprensible, razonable, convincente y conveniente, como certeza que se ha experimentado en la vida, y no como un discurso abstracto y formal.

Es cierto que esta novedad no es el resultado de un mero esfuerzo moral, siempre frágil, de la persona, sino sobre todo del fruto de la gracia, es decir de un renovado encuentro con el Señor que se profundiza en amistad, en comunión y en una confianza mendicante en el amor misericordioso de Dios, hasta poder exclamar con el apóstol: «*Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí*» (*Ga* 2,20). Así resplandece la fuerza de Cristo en nuestra debilidad. «*La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio*

de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana»[21].

Sólo los que viven la experiencia de una vida materialmente cambiada por la fe, a pesar de las propias incoherencias y miserias, se convierten en auténticos sujetos que hacen presente el cristianismo en todos los ambientes y actividades de la sociedad.

El cristianismo como inteligencia radical y global de la realidad

La condición para fomentar una renovada presencia de los cristianos en la vida pública es que su existencia tienda a ser transformada por la gracia de Dios y sea animada por Su Evangelio. Pero aún hay más… Esta novedad de vida, que va configurando toda la existencia, genera en la "nueva criatura" una nueva sensibilidad, una nueva modalidad de mirar, discernir y enfrentar toda realidad. En las condiciones de antiguas cristiandades, esta *mens* católica ante los acontecimientos personales, familiares y sociales venía del apego a la tradición, que impregnaba toda la vida social. Esto hoy no es así, en absoluto. Por ello la cuestión de un juicio católico sobre los hechos de la vida personal y social, incluso de la vida política, es una necesidad que no se debe descuidar.

Hoy no faltan los que se declaran católicos, católicos observantes o "practicantes", pero cuya mirada de la realidad pública de las naciones permanece confinada y empañada por los diafragmas de los poderes políticos, culturales y mediáticos. Nadie puede sentirse excluido de tales influencias. Sería ingenuo y desacertado pretender hacer un juicio adecuado sobre la realidad teniendo –según las palabras atribuidas a Karl Barth– en una mano la Biblia y en la otra el periódico.

Es más, hay gente que considera suficiente hacer una referencia genérica a los "valores evangélicos" o a una "inspiración cristiana", como un *input* subjetivo para su actuación en la vida política y social. Y hay otros, y esto es lo más insidioso, que piensan que la teología es, para el ámbito de la religión, lo que las ciencias sociales son para el análisis de la realidad. De este modo, se desconoce, por un lado, que las teorías y los modelos macrosociales implican, aunque no explícitamente, una filosofía de la historia, incluso una teología, y, por otro lado, disminuye la pretensión de verdad y el contenido cognoscitivo que es propio del cristianismo.

De hecho, si Dios existe y es el *Logos*, es decir la racionalidad originaria y última de toda realidad, ¿cómo no hemos de considerar el sentido religioso como la dimensión más radical, global y decisiva en la existencia de las personas y la sociedad? Construir la sociedad sin Dios es construirla contra el hombre. Y si Dios se ha manifestado en Jesucristo, ¿cómo no debemos considerar el acontecimiento de la encarnación como el hecho más capital de la historia humana, la llave de la inteligencia de toda la realidad? Por ello, concluye el papa Benedicto XVI, «*sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano*»[22]. La cuestión crucial es que la inteligencia de la fe sepa estar en la base de la inteligencia de toda la realidad.

Sabemos que esta pretensión de verdad no se reduce a una fórmula intelectual, a un razonamiento filosófico o a una cosmovisión ideológica, sino que se identifica con una persona que ha dicho de sí misma: «*Yo soy la Verdad*» (*Jn* 14,6), "yo" la verdad del cosmos y de la historia, "yo" la llave más radical y total de la realidad, "yo" el significado y el destino de la existencia humana, ¡"yo" el sentido de tu vida! No hay otra alternativa: o es la afirmación de un loco o es sorprendentemente verdadera. A nosotros, los cristianos, que hemos recibido esta revelación del flujo de una tradición viva de 2.000 años y que la hemos experimentado como verdadera en nuestra vida, nos toca, ¡nada más y nada menos!, proponer esta "hipótesis" y demostrar su razonabilidad escuchando, discerniendo e integrando los múltiples acercamientos a la verdad y los signos del bien y de la belleza que se dan en la aventura humana. Los que no creen en esta hipótesis deberían por lo menos aceptarla como punto de partida; rechazar esta posibilidad como hipótesis sería un prejuicio irracional. Pretender imponerla con los medios de la política, en cambio, sería una violencia.

Que Cristo es la "piedra angular" de toda construcción verdaderamente humana, es la certeza que tiene que animar a los cristianos en la vida pública de las naciones y en el orden internacional. Esta aseveración no les exime sino, al contrario, les lleva a captar los "signos del tiempo", a apreciar todo progreso en el campo del conocimiento, de las ciencias y del desarrollo social, a crecer en la competencia, a enfrentar las cuestiones que se presentan en la vida social y política y a elaborar síntesis culturales siempre provisorias, colaborando con los que quieren el bien de la persona, la familia y las naciones. Es una "hipótesis de trabajo" que debe traducirse en argumentaciones racionales y que hay que verificar por la capacidad de

persuasión, movilización y consenso en los diferentes ámbitos de la vida pública y en las diversas coyunturas históricas concretas en las que se vive.

Benedicto XVI está llamando a una revalorización de la razón, a su ampliación más allá de los límites del positivismo y el utilitarismo, que se extienda a la mayor dimensión posible hasta el encuentro con la fe, que la sostiene y valora y que «*todo lo ilumina con nueva luz*»[23].

Cabría esperar muchas más aportaciones en este sentido de parte de las instituciones educativas católicas y, en particular, del trabajo intelectual e interdisciplinar de auténticas universidades católicas.

Conciencia y pertenencia

La conciencia de cada político, y de cada cristiano en la política, permanece siempre y en todo caso como el último e inalienable criterio de juicio que nada ni nadie puede atropellar. La conciencia, sola ante Dios, se encuentra en la dramática situación de tener que elegir sobre cuestiones que pueden tener una fuerte influencia en la vida y en el comportamiento de los ciudadanos. La conciencia es siempre el último baluarte contra toda tiranía, contra toda disciplina de partido rígida y monolítica, incluso contra todo exceso de clericalismo.

Pero la conciencia nunca es neutral, jamás puede ser arbitraria y está sometida a todo tipo de estímulos y presiones. Por ello, es importante contar con referencias iluminadoras a las que se puede mirar para juzgar la propia acción. Para un cristiano en la política, la conciencia que lo guía debe ser siempre una conciencia creyente, cristiana. Tiene que tratarse de una conciencia informada y formada a la luz de la pertenencia a la comunión eclesial.

Es más, si nuestra certeza como católicos es que Cristo constituye el centro efectivo de la realidad histórica y la piedra angular de toda construcción auténticamente humana, lo mismo podemos afirmar de la Iglesia católica, su Cuerpo que prolonga su presencia en la historia. La pertenencia al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es la referencia ineludible de todos los fieles como juicio nuevo y original sobre la propia vida y toda la realidad. Cuando esta pertenencia se hace frágil en la conciencia y la vida, no se da este juicio original (la fuerza purificadora de la fe con respecto a la razón, para liberarla de la ceguera que la asedia) y termina por someterse a las instancias dictadas, impuestas por el poder y los intereses dominantes.

Vivir en la comunión de la Iglesia y dar testimonio de ella es la aportación fundamental para la construcción de toda comunidad humana y, al mismo tiempo, fuente, fuerza y apoyo para el compromiso de los fieles laicos al servicio del bien común. De hecho, en el plan de Dios, en su designio de salvación, la Iglesia es sacramento de comunión para el que todos los hombres están creados y al cual están destinados. Ella comunica la fuerza de la resurrección del Señor, la máxima revolución del amor, la rotura de toda cadena de esclavitud, la victoria sobre la muerte y la certeza de un destino bueno para lo humano. El Evangelio de Jesucristo es la buena noticia sobre «*la dignidad y el valor propios de su humanidad*»[24]; es "*mensaje de libertad y fuerza de liberación*"[25]; es esperanza presente de verdadera vida, de vida en abundancia y plenitud. Por ello, la contribución más grande e insustituible que la Iglesia puede dar a toda la sociedad es ser cada vez más ella misma, es decir dar testimonio de su vocación y misión como misterio de comunión, como sacramento de unidad entre los hombres. El *tremendum mysterium* es tal, que derriba los muros de la iniquidad, la división y la mentira, que separan y contraponen a los hombres y los pueblos, y les llama a que se reconozcan, mediante el bautismo, como "*miembros de un mismo cuerpo*", todos hechos "*uno en Cristo*" (cfr. *Ga* 3,28; *Col* 3,11), en aquel "*signo de unidad*" y "*vínculo de caridad*" que es la eucaristía[26]. De este modo, la Iglesia se presenta como *forma mundi*, humanidad reconciliada por el amor misericordioso de Dios, en el que se viven relaciones caracterizadas más por el ser que por el tener, unidos en una fraternidad sorprendente, germen y signo, anticipo y corriente de una nueva sociedad dentro del mundo.

Mientras que todas las utopías humanas de construcción de la comunidad perfecta terminan en una "torre de Babel", o incluso en un infierno real, es ésta la comunión que anhela el "corazón" de la persona y a la cual todos los hombres están llamados y destinados. A pesar de ello, se hace el mal que no se quiere y no se hace el bien que se quiere; el hombre se convierte en el "Caín" de su hermano, los intereses egoístas prevalecen sobre el bien común, la amenaza de la muerte provoca cadenas de violencia y explotación, la dialéctica de la enemistad se insinúa en todas partes, y la muralla de la iniquidad permanece erguida en el corazón del hombre y en la convivencia social y política. Es necesario que algo ocurra y que venga alguien a rescatarnos de la corrupción y a realizar aquella comunión que nosotros no conseguimos conquistar únicamente con nuestras fuerzas desordenadas. Sólo la misericordia de Dios, gracias a la encarnación y a la

pascua de Jesucristo –¡"*Redemptor Hominis*"!, en la más radical y total liberación de toda esclavitud y servidumbre– y por la gracia del Espíritu Santo, comunicadas por la Iglesia, nos salva de los límites y desórdenes que nos encadenan y nos regenera como hijos de Dios en una comunión fraterna inquebrantable. Nuestro testimonio debería suscitar el mismo estupor de los paganos ante los primeros cristianos: *"¡Mirad cómo se aman!"*; ¡es algo del otro mundo dentro del mundo! Es posible vivir así a pesar de llevar este misterio de comunión en vasijas de barro.

La pertenencia a la Iglesia vive de la caridad y llama siempre a la gratuidad, proponiendo un "modelo de unidad" como experiencia presente. Sólo un amor más grande que nuestras medidas humanas es fuente de energía y guía para reconstruir los vínculos de participación y convivencia, solidaridad y fraternidad. Por ello, la Iglesia siempre es generadora y regeneradora de personas, comunidades y pueblos. Es verdad lo que subrayaba S.S. Juan Pablo II en la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, cuando advertía que para «*rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana*» es necesario «*que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales*»[27] para que éstas reflejen y comuniquen, con la mayor transparencia posible, el misterio de comunión que es la Iglesia.

Vivir la Iglesia como «*la casa y la escuela de la comunión*»[28] es un bien para todas las comunidades humanas, y es la experiencia sustentadora que el cristiano comunica en cada ambiente, compromiso y actividad. Cuanto más se encuentren los cristianos en las fronteras de la política, las ciencias y la lucha social, cuanto más serán sacudidos por desafíos y opciones complejas, cuanto más abiertos al enfrentamiento y a la colaboración con gente de diferentes convicciones..., tanto más han de estar vital, intelectual y espiritualmente arraigados en el cuerpo eclesial.

En 1981, a cien años del nacimiento de De Gasperi, Juan Pablo II le rindió homenaje, afirmando que «*en él la fe fue centro inspirador, fuerza cohesiva, criterio de valores, razón de opción*»[29]. «*Por eso, no sorprende saber* –dice de él Benedicto XVI– *que en su jornada, llena de compromisos institucionales, ocupaban siempre un amplio espacio la oración y la relación con Dios, comenzando cada día, cuando le era posible, con la participación en la santa misa. Más aún, los momentos más caóticos y turbulentos marcaron el culmen de su espiritualidad*»[30]. Esto cabría esperar de cada fiel laico comprometido en la vida política: una fecunda síntesis entre contemplación y acción.

Las paradojas del Evangelio

Es en esta experiencia de comunión donde los fieles laicos aprenden a vivir su fe cristiana en la comunidad política según las paradojas del Evangelio. Estas paradojas ya fueron bien ilustradas en la descripción de los primeros cristianos que ofrece la Carta a Diogneto: «*Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. […] Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo*»[31].

Son paradojas que valen tanto ayer como hoy. De hecho, los fieles laicos están invitados a comprometerse en la política como ciudadanos, como todos sus compatriotas, dándole mucha importancia a una vida buena en la ciudad humana, pero se definen sobre todo por su pertenencia a la comunión de la Iglesia. Ellos son cristianos en la política, aunque la Iglesia no sea un sujeto político, no tenga una finalidad política y no tenga como referencia la conquista y el apoyo del poder político[32]. El Reino de Dios no puede ser producido por la política, y la fe no puede ser subalterna y estar subordinada a la política. Esto no quiere decir que la Iglesia se desinterese de la vida pública de las naciones, que no abrace la totalidad de sus dimensiones

fundamentales y englobantes, que ella misma no esté implicada en la vida y el destino de las naciones y que no nutra un profundo interés por el bien de la comunidad política, cuya alma es la justicia[33]. Es más, su contribución original es decisiva en la formación y el destino de las naciones, a través de un siempre perseverante recomenzar de la conversión y educación de toda persona, de los contenidos de verdad, amor y unidad que comunica en la vida de los pueblos, de la forja de energía de libertad, dignidad, fraternidad, laboriosidad, sacrificio solidario, reconciliación y justicia, de las luces de su doctrina social.

Es verdad que los cristianos tienen que escuchar y seguir el magisterio de los pastores en relación a su comportamiento en la *polis*, pero deben actuar en ella con base en su propia libertad, iniciativa y responsabilidad, sin pretender representar a la Iglesia ni implicarla en las propias opciones políticas.

Los cristianos saben perfectamente que la política tiene su propia autonomía y consistencia, porque aquel "*dad al César lo que es del César*" indicado por Jesús es el principio originario de la laicidad del Estado, preciosa herencia siempre crítica de toda forma teocrática, de todo fundamentalismo ideológico o religioso, porque éstos llevan a la violencia contra la libertad. Ayer hemos sufrido la terrible experiencia de los estados confesionalmente ateos como postulado ideológico, y hoy se impone la "*Sharia*" como ley en muchos Estados. Al contrario, la política, como organización de la convivencia sobre bases liberales, es del orden de lo relativo; no se puede convertir en absoluto. Pero los cristianos saben también que todo poder viene de Dios, para que se ordene y ejerza en el propio ámbito y según su finalidad, y que el "*dar a Dios lo que es de Dios*" significa que los cristianos, libremente comprometidos en la vida política, obedecen sobre todo a Dios según la ley que Él mismo inscribe en la conciencia humana y según lo que Él mismo comunica y enseña en la gran tradición católica y el magisterio de la Iglesia. Pretender dejar a Dios fuera de la vida pública no sólo es imposible, sino también radicalmente dañino para el bien de la comunidad política. Los cristianos comprometidos en la política son testigos de Cristo en este ámbito.

Los fieles laicos comprometidos en la política saben que ésta no se puede disociar de la ética y que a menudo están en juego graves cuestiones morales en los debates y las deliberaciones políticas, por lo que no pueden aceptar «*la alianza entre democracia y relativismo*»[34], donde la cuestión de los fundamentos y presupuestos de la comunidad política es sustituida sólo por normas de procedimiento sobre los

consensos, siempre provisionales y cambiantes. Esto deja la democracia vacía, en condiciones de fragilidad y confusión. Y mientras se niega por vía teórica una verdad ontológica sobre el hombre, el poder impone, por vía legislativa y a través de los medios de comunicación, una propia ontología y antropología. Saben los cristianos que no se trata de pretender imponer un "estado ético" a sociedades cada vez más multiculturales. Sin embargo, podrán y deberán apelar, lo más razonable y persuasivamente posible, a la "ley natural" –de donde toda ordenación jurídica toma su legitimidad, «*el único baluarte válido contra la arbitrariedad del poder o los engaños de la manipulación ideológica*»[35]–, pero conscientes de que el ofuscamiento de las conciencias y el prevalecer de los intereses arbitrarios a menudo lleva a la confusión y la violencia.

La novedad de la distinción entre comunidad política y comunidad religiosa, que el cristianismo ha aportado al desarrollo de la civilización, no sólo ha desacralizado todo poder político sino que ha relativizado también la política. Si todo es política –como se decía en los tiempos de la embriaguez de la hiper-politización–, la política ciertamente no es todo, ni tampoco la cosa más radical y decisiva en la vida de las personas y de la misma *polis*. No es la política la que puede dar respuesta a los deseos de verdad y felicidad, de comunión y de amor, que son exigencias constitutivas y sin límites de la naturaleza humana, que reclaman su plena realización. Cuando el Estado pretende ignorar o reducir estos deseos, comete una agresión contra la "dignidad transcendente de la persona"; cuando, en cambio, pretende darles una respuesta y satisfacerles, se atribuye un poder salvador que no hace otra cosa que generar un infierno. Los cristianos saben que el compromiso político requiere una dedicación apasionada, pero al mismo tiempo saben también que la política no es todo ni la cosa principal. Es más, «*el primer servicio que presta la fe a la política es* –según escribió el cardenal Joseph Ratzinger– *liberar al hombre de la irracionalidad de los mitos políticos*», que se atribuyen poderes mesiánicos y salvadores, retomando la fe cristiana y a la vez eliminándola y sustituyéndola con una esperanza superior del hombre. «*No es moral el moralismo de la aventura que pretende realizar por sí mismo lo que es Dios. En cambio, sí es moral la lealtad que acepta las dimensiones del hombre y lleva a cabo, dentro de esta medida, las obras del hombre. No es en la ausencia de toda compromiso* –concluye el cardenal en forma paradójica–*, sino en el mismo compromiso donde está la moral de la actividad política*»[36].

Además, los cristianos están llamados a dar testimonio de que el poder es servicio y a rehabilitar de este modo el sentido más excelso de la política, pero sin contraponer el poder y el servicio. No son "ángeles" impotentes en la política. Saben que la política implica la lucha por el poder… ¡para poder servir mejor! Mas su referencia ideal no es la del poderoso, sino la del necesitado, de aquel que sufre, del pobre –en el que se refleja el rostro del Señor–, porque para ellos la "caridad política" es la búsqueda y la lucha por encontrar los mejores modos institucionales para dar de comer al hambriento, dar de beber a los que tienen sed, vestir al que está desnudo, dar posada al peregrino, cuidar de los enfermos, encarcelados y perseguidos… Hoy podríamos continuar diciendo: proteger la vida de los más débiles, favorecer el matrimonio y la familia, dar trabajo al parado, acoger al migrante y a los refugiados… ¡Qué es más paradójico que el vivir las bienaventuranzas en la vida pública! Bienaventurados los pobres, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los puros de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos a causa de la justicia. ¡Incluso se pide amar a los enemigos!

Para hacer todo esto, la política tiene que ver con los cambios de las leyes y las estructuras que regulan la vida de la sociedad en muchos campos. No faltan estructuras –incluso son llamadas "estructuras de pecado"– que mantienen situaciones de injusticia, desigualdad y discriminación, pero para el cristiano todo cambio verdadero comienza, se renueva siempre y se dilata desde el "corazón" de la persona. Por ello, hay que volver a comenzar siempre desde la persona, hecho que puede parecer como una finalidad ínfima y desproporcionada frente a los grandes escenarios de la política y de las cuestiones globales. En realidad, se trata de abandonar el pensamiento engañoso e ilusorio de que tal o cual modelo o sistema, en virtud de sus mecanismos, pueda sustituir el cambio en el corazón de la persona, ahorrándole, caso por caso, el esfuerzo de decidirse por el bien. Éste es el realismo cristiano en la *polis,* que se propone, sobre todo, el rescate de la persona y de sus obras, congénitamente frágiles, reformables y mejorables.

¿De qué sirve ganar todo el mundo si después se pierde el alma? ¿Cuál es el sentido de todos los esfuerzos, sacrificios, luchas y esperanzas por una mayor justicia, si todo concluye con la muerte? Debemos ser cristianos apasionados en la custodia de la libertad, para que se abran los caminos de paz y justicia, para hacer todo lo posible por promover un desarrollo integral y solidario, pero conscientes de que

la gran esperanza, más allá de todo límite y fracaso, está en la victoria definitiva del amor sobre el odio, la violencia y la mentira, y se realiza plenamente en la morada de Dios.

Los cristianos no pueden liberarse de estas paradojas evangélicas, que están al centro de toda auténtica formación cristiana de los fieles laicos. A éstas siempre deben orientarse, de éstas depende la calidad de su testimonio y contribución en la comunidad política.

A la luz de la Doctrina Social de la Iglesia

El juicio de los cristianos sobre las diferentes situaciones históricas y sociales y su compromiso y contribución política encuentran un alimento sustancial, como fuente de inspiración y guía, en las enseñanzas y orientaciones de la Doctrina Social de la Iglesia. Ésta es el fruto del encuentro del Evangelio con los problemas que van surgiendo en la vida social. Desde siempre pertenece a la tradición de la Iglesia. Es el flujo de la caridad que va al encuentro de las necesidades de los hombres. Con la encíclica *Rerum Novarum* la doctrina social entró en una fase moderna de codificación orgánica bajo las repercusiones de la constitución y el desarrollo de las ciencias sociales, la propagación de la revolución urbano-industrial y el surgir de nuevos movimientos históricos e ideológicos, que plantearon renovadas exigencias y desafíos para el relanzamiento de la Iglesia. Desde entonces, «*se ha formado ya un "*corpus*" doctrinal renovado, que se va articulando a medida que la Iglesia, en la plenitud de la Palabra revelada por Jesucristo y mediante la asistencia del Espíritu Santo, lee los hechos según se desenvuelven en el curso de la historia. Intenta guiar de este modo a los hombres para que ellos mismos den una respuesta, con la ayuda también de la razón y de las ciencias humanas, a su vocación de constructores responsables de la sociedad terrena*»[37]. La Doctrina Social de la Iglesia sufrió una fase de eclipse en la conciencia de muchos cristianos inmediatamente después del Concilio, pero se renovó profundamente durante el pontificado de Juan Pablo II en sus fundamentos teológicos, antropológicos y culturales y en su adhesión histórica. Este patrimonio se ha resumido sistemáticamente en el "*Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*"[38].

Ahora bien, una renovada presencia de los católicos en la vida pública requiere la más plena integración de las enseñanzas sociales de la Iglesia en los itinerarios y contenidos de la catequesis y de la formación cristiana. De parte de los fieles laicos requiere fundamental-

mente su estudio, su fiel asimilación, su asunción como «*principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción*»[39]. El trípode sobre el que se basan estas enseñanzas tiene una gran potencialidad para guiar el análisis y la transformación social de nuestro tiempo: la dignidad de la persona humana (jamás reducida a partícula de la naturaleza, a un mero anillo de la cadena biológica, a un elemento anónimo de la *polis*, a una herramienta o a mano de obra…), la subsidiariedad (como valoración de la subjetividad personal y social en el ejercicio de la libertad, responsabilidad y participación de los individuos, las familias y los "cuerpos intermedios", más allá de la estrechez de la bipolaridad Estado-mercado) y la solidaridad (animada por la caridad del "buen samaritano", de la caridad de las obras y de la caridad política, en el horizonte de «*globalizar la solidaridad*»)[40].

En el *corpus* de las enseñanzas de la Iglesia hay algunos principios fundamentales e irrenunciables para la construcción de una sociedad verdaderamente humana. La dignidad trascendente de la persona humana implica la indisponibilidad de la vida y su defensa, desde la concepción hasta la muerte natural, las libertades religiosa y educativa, que son el fundamento de todas las demás libertades, la familia fundada en el matrimonio[41]. Además, los fieles laicos tienen que tener la máxima consideración de otros aspectos de importancia fundamental con relación a la política y a todos sus programas. Entre otros, se pueden enumerar algunos de actualidad particular: la inversión en la educación, el cuidado y la fructificación del capital humano, social y cultural de las naciones; el fomento de una auténtica calidad de vida, de una ecología humana de la convivencia, de una protección y un desarrollo del tejido familiar y social de las naciones; la búsqueda de nuevos modelos de desarrollo, a través de sinergias entre Estado, mercado, familias y grupos intermedios de la sociedad civil, que sepan combinar eficazmente el crecimiento económico, la equidad social y la lucha contra la pobreza; el señorío sobre el progreso tecnológico compartido y puesto al servicio de todo el hombre y de todos los hombres, según las medidas éticas y no sólo de factibilidad; el cuidado particular y preferencial de los necesitados y de los que sufren, con especial atención de todas las formas y situaciones de pobreza material, moral y espiritual, presentes en la sociedad de hoy; el rechazo de la violencia, la guerra y el terrorismo, en la búsqueda realista y audaz, sin "irenismos", de todo lo que puede llevar hacia la reconciliación y la paz; la promoción de la solidaridad, de la equitativa distribución de los bienes de la tierra, de la protección del ambiente y la seguridad, en el

camino hacia la construcción de una auténtica comunidad mundial de la familia humana[42].

Es cierto, si la doctrina social de la Iglesia queda limitada a la reiteración genérica de sus "principios" y "valores", a la exégesis autorreferencial de sus contenidos y a la consideración meramente académica, corre el peligro de convertirse en estéril. Ella pertenece al dominio de la moral social, es decir es fundamento, criterio y motivación para la acción. «*Hoy más que nunca* –escribía Pablo VI–*, la Palabra de Dios no podrá ser proclamada ni escuchada si no va acompañada del testimonio de la potencia del Espíritu Santo, operante en la acción de la comunidad cristiana al servicio de sus hermanos y hermanas, en los puntos donde se juegan éstos su existencia y su porvenir*»[43]. Juan Pablo II corroboraba que «*hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras, antes que por su coherencia y lógica interna*»[44]. Lo que está en juego no es una ideología o la discusión sobre los "máximos sistemas" sino la verdad, la vitalidad y fecundidad de una experiencia cristiana que se irradia en todos los ambientes, estructuras y circunstancias de la sociedad.

Por ello, la doctrina social de la Iglesia no se puede reducir a un discurso, no se evapora en la retórica de los valores, no provoca sólo una letanía de denuncias, no confía en modelos prefabricados, sino que afirma y sostiene la vida, un movimiento, un cambio de la realidad en el sentido más humano. De hecho, Juan Pablo II reconoce en la tradición de la doctrina social de la Iglesia «*la actividad fecunda de millones y millones de hombres*» que, «*actuando individualmente o bien coordinados en grupos, asociaciones y organizaciones, […] han constituido como un gran movimiento para la defensa de la persona humana y para la tutela de su dignidad, lo cual, en las alternantes vicisitudes de la historia, ha contribuido a construir una sociedad más justa o, al menos, a poner barreras y límites a la injusticia*»[45].

La cuestión preliminar y esencial, pues, es la de sujetos reales que no sólo conozcan bien estos principios, criterios y directivas, sino que sepan inculturarlos, traducirlos con inteligencia y competencia, tanto como hipótesis de análisis y juicio de sociedades cada vez más complejas, como de construcción de obras sociales, educativas, productivas, culturales, caritativas, que vayan al encuentro de las necesidades humanas y abran caminos hacia formas de vida más humana, y como criterios de compromiso político, legislativo y administrativo al servicio del bien común. Esto es un llamamiento

dirigido, sobre todo, a los católicos, pero hay que tener presente que la misma doctrina social propone también principios y criterios fundados a nivel racional, radicados en la ley natural, razonables y adecuados para el bien de la persona y la convivencia social. Por ello, desde la Iglesia católica también se proponen a los cristianos de otras Iglesias y comunidades y asimismo a todos los hombres de recta conciencia y buena voluntad. Es más, su influencia será aún más eficaz y amplia si se convierten en criterios de inspiración y orientación, más allá de los confines eclesiales, sobre todo de activistas sociales, dirigentes políticos y sectores intelectuales.

Identidad cristiana y colaboración en la dialéctica democrática

Los cristianos participan, junto a los demás ciudadanos, en la vida política. Están siempre abiertos al diálogo y a todas las colaboraciones posibles. No por ser cristianos son los mejores políticos. No tienen en el bolsillo las soluciones políticas. Saben enriquecerse de la experiencia y la sabiduría política en los diferentes contextos y circunstancias. No pretenden ni buscan dominios ni hegemonías. La conciencia de la propia vocación y misión no les separa ni les aleja de los demás en la búsqueda del bien común. Al contrario, les permite tener una mirada atenta y un ímpetu capaz de captar y valorizar todo el bien que se encuentra más allá de los propios límites confesionales y de fomentar todas las convergencias que existan para el bien de las personas, las familias y las naciones.

No se trata, evidentemente, de atrincherarse en la resistencia defensiva y blandir postulados de la revelación cristiana que deberían ser respetados e incluso impuestos por un "Estado católico", como aún sostienen algunos sectores minoritarios de tradicionalistas recalcitrantes. La fuerza y la coherencia en la afirmación de la identidad cristiana no pueden llevar a un repliegue ensimismado, sino que tienen que ser fuente y sostén para una apertura al diálogo y al debate democrático. En medio de una ciudadanía cada vez más multicultural, caracterizada por una gran diversidad de actitudes éticas y convicciones religiosas e ideológicas, es necesario participar en este diálogo democrático a la luz de la *recta ratio*, que ayude a reconocer lo que es justo aquí y ahora y a ponerlo en práctica. Cuando estén en juego cuestiones éticas, éstas no sólo se ponen dentro de los límites confesionales, sino que llaman a la conciencia de toda persona, de todo político.

La fe de los cristianos, llamada a proponer una calidad ética en la esfera pública, debe expresarse según la argumentación racional y el debate abierto que es típico de la deliberación política. En la política importa la conquista del mayor consenso posible. El más amplio consenso posible se debe fundar, sobre todo, en el reconocimiento y la promoción de los valores fundamentales, arraigados en el "corazón" de la persona y en la tradición de los pueblos y las naciones, que sean aptos para el discernimiento, búsqueda y construcción de estructuras que favorezcan relaciones de mayor justicia en los diferentes contextos y circunstancias. Esto está unido a la recuperación del concepto de la ley natural –que no es una "invención católica"– como principio de referencia para la acción política en una sociedad laica y pluralista. La participación de los cristianos en la vida política tiene que saber combinar adecuadamente una referencia racional a los principios, valores y derechos con el "arte del compromiso", que pertenece a toda actividad política, y con la búsqueda del consenso en el diálogo democrático para hacer que progresen las propuestas que se aproximen a la consecución del bien común.

Necesidad de acompañamiento

Si la pertenencia y el sentido de comunión en la Iglesia son esenciales para el compromiso social y político de los cristianos, es importante tener bien presentes los lugares y tiempos eclesiales para su acompañamiento comunitario, la alimentación de su fe, el discernimiento de su compromiso y sus opciones, el apoyo de su "buena batalla". Una presencia renovada, exigente y coherente de los católicos en la vida pública no se puede reducir a una especie de "francotiradores" aislados, en diáspora, donde no faltan testimonios individuales ejemplares, pero donde están presentes también aquellos cuya confesión cristiana parece irrelevante e incluso superflua con respecto a su concreto compromiso político.

A veces son los mismos Obispos los que apenas conocen los "recursos humanos" con los que la Iglesia puede contar en los más diversos campos del empresariado, de los medios de comunicación, de las universidades y laboratorios de investigación, del sindicalismo y la política. A menudo prevalece la actitud eclesiástica que cuida de la funcionalidad de la máquina pastoral en formas tan autorreferenciales que se distancia de los católicos comprometidos en la vida política. Otras veces cunde el temor de que se confunda la libertad de la Iglesia

con las opciones políticas que ellos asumen. Hay posturas pastorales que dan la impresión de un "lavarse las manos", queriendo ahorrarse el esfuerzo del discernimiento y la orientación. Es poco frecuente que los Pastores convoquen a los políticos –y a los empresarios, sindicalistas y artistas…– por un lado para conocerlos mejor, escucharlos, consultarlos, valorarlos y animarlos en su testimonio, y también para "utilizarlos" (¡en el buen sentido!), y, por otro lado, para confirmarlos y edificarlos en la fe, para reunirlos en momentos de oración, para compartir con ellos las enseñanzas de la Iglesia, para enfrentar juntos, desde una profunda inteligencia cristiana, los problemas concretos y cruciales que se presentan en la actualidad. En algunos lugares se han creado capellanías para acompañar a los políticos y, de modo especial, a los católicos en la vida política.

La participación en la comunidad parroquial, especialmente en la misa dominical, es siempre muy importante, pero a veces no es suficiente como respuesta a las necesidades que tienen los católicos comprometidos, absorbidos por los diferentes campos de acción y los debates de la vida pública.

Las asociaciones de fieles y los movimientos eclesiales son, por lo general, los lugares y las compañías más adecuadas para responder a estas necesidades, ya que como comunidades cristianas abrazan concretamente la vida de las personas a la luz de la fe, la alimentan, la apoyan y la hacen crecer en todas las implicaciones y dimensiones cristianas hasta su verificación en los diferentes sectores de la existencia. Es difícil, para los que viven su vocación cristiana en la política, mantenerse libres de las seducciones del poder, no dejarse absorber por las lógicas mundanas, no traicionar a los que representan, y crecer, en cambio, en la experiencia viva de la originalidad y fecundidad de la fe en el obrar político; es difícil si les falta una comunidad cristiana, una red de amigos cristianos, que les recuerden las razones que les han inducido a hacer política. Además, el asociacionismo favorece la formación y el protagonismo de los fieles laicos que trabajan, más que en los ambientes restringidos por la territorialidad parroquial, en los "areópagos" funcionales de la sociedad, suscitando un intercambio mucho más amplio de experiencias a nivel nacional y también internacional.

Una gran parte de las generaciones católicas comprometidas en la política a partir de las primeras décadas del siglo XX fue formada, alimentada y sostenida por una fuerte pertenencia a la Acción Católica. No es casualidad que haya habido una concomitancia entre las crisis del

asociacionismo católico, padecida desde fines de los años sesenta hasta los años ochenta, un déficit de la presencia laical en la vida política y un impacto de las fuerzas secularizadoras de la política en la vida de los cristianos.

También frente a este desafío, ha sido un signo de esperanza el surgir y el desarrollarse de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, en el cuadro de una nueva época asociativa de los fieles. Son sobre todo realidades eclesiales, pero desde otro punto de vista también se podrían considerar sujetos políticos, porque fomentan la formación y la acción de protagonistas nuevos en la *polis*, reforzando la libertad, la responsabilidad, la participación social y las iniciativas por el bien común, incrementando el capital humano. Al referirse a la "notable ausencia" de un liderazgo católico, el papa Benedicto XVI, en Aparecida, destacó el «*amplio campo*» que tienen los movimientos eclesiales «*para recordar a los laicos su responsabilidad y su misión de llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política*»[46]. Los frutos de su educación cristiana en todos los ambientes de la sociedad, sobre todo en la política, ya son visibles, pero aún no se han extendido, crecido y madurado suficientemente.

Unidad y pluralidad

Los cristianos que están comprometidos en la vida política tienen que ser también educados a vivir su unidad en la pluralidad de las opciones políticas.

Por un lado, la doctrina social de la Iglesia nunca ha pretendido traducirse en una ingeniería social prefabricada, lista para ser utilizada, formulando «*soluciones concretas –y menos todavía soluciones únicas– para cuestiones temporales, que Dios ha dejado al juicio libre y responsable de cada uno*»[47]. Por otro lado, hay cuestiones irrenunciables e incluso no negociables en el compromiso de los católicos en la vida pública. Ellos saben reconocer que una misma fe puede llevar a diferentes compromisos y opciones ante la complejidad de las circunstancias y la pluralidad de interpretaciones y de vías relativas a la búsqueda del bien humano y social. No obstante, los católicos no pueden asumir cualquier tipo de opciones, porque hay algunas que contradicen su fe. «*Esta concepción relativista del pluralismo no tiene nada que ver con la legítima libertad de los ciudadanos católicos de elegir, entre las opiniones políticas compatibles con la fe y la ley moral natural, aquella que, según el*

propio criterio, se conforma mejor a las exigencias del bien común»[48]. No pueden pretender conjugar su fe con ideologías, cuyos presupuestos filosóficos se oponen a ella y su praxis histórica ha demostrado ya la devastación humana que han provocado. No se puede ser a la vez cristiano y marxista, ni se puede ser cristiano y profesar un neoliberalismo radical. Los católicos tienen que saber aceptar los puntos firmes y las posturas comunes que se comparten ante cuestiones sociales que ponen en juego opciones éticas fundamentales, a estar también unidos políticamente en obediencia a las indicaciones prudenciales de sus pastores cuando lo requiera el supremo bien de la nación o en coyunturas muy críticas de la vida eclesial. Ninguna imposición del partido político del que se forma parte puede inducir a los cristianos a atentar contra los principios no negociables y a desatender los demás criterios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, afirmando, cuando sea necesario, el derecho a la libertad y a la objeción de conciencia.

Por último, es necesario que se cultive una cierta tensión hacia la unidad entre los católicos que trabajan en los diferentes ámbitos de la vida pública. Es un síntoma negativo si los católicos que asumen responsabilidades políticas, empresariales, sindicales y en otros campos de la vida pública, no sienten la necesidad y la exigencia de encontrarse, y de hacerlo porque están unidos por algo radical y totalmente más importante que las diferentes opciones que se asumen legítimamente en estos ámbitos.

Si se pertenece a un misterio de comunión más profundo, decisivo y total que los mismos lazos de sangre, con mayor razón esta pertenencia tiene que ser prioritaria y preeminente con respecto a cualquier legítimo pluralismo temporal entre los católicos. La experiencia de esta pertenencia no es algo que se añade a otras formas de asociación, lo que sería vivir la Iglesia no como miembros del cuerpo de Cristo, sino como simples participantes de una institución con finalidades religiosas y morales. Pero la Iglesia no es esto. La fragilidad y la pobreza de esta pertenencia hacen que la Iglesia ya no sea el lugar de donde proceden y donde se nutren los criterios que iluminan los comportamientos y las opciones de los laicos en la vida pública. Sólo la experiencia de la comunión –no el aislamiento o la diáspora en el mundo– genera e irradia libertad y originalidad ante las presiones del ambiente que empujan a adaptarse y llevan a la asimilación. De otro modo, quedarían sujetos a los reflejos ideológicos, a los prejuicios de determinadas

estructuras mentales o a los intereses dominantes que predominan en los diferentes sectores sociales.

Por el contrario, la experiencia de comunión –que encuentra su fuente y culmen en la Eucaristía– tiene que dilatarse como una unidad manifiesta de los cristianos en todos los ambientes de la convivencia humana. Esta pertenencia a la comunión eclesial se debe experimentar como la más apasionante y determinante pertenencia de la propia vida, también frente a cualquier otro interés material, afectivo o espiritual, a cualquier otro sentido de solidaridad social, político, cultural o ideológico. Sólo así se darán las condiciones para un testimonio de la unidad en la multiformidad: la adhesión a la unidad en lo esencial –la plenitud de la fe católica– y la tensión hacia la unidad en los diferentes ámbitos de la vida política –para dar testimonio de la comunión a la cual todo hombre es llamado– permiten superar los círculos viciosos que se instauran entre los que pretenden atribuir exclusivamente a las propias opciones contingentes el carácter católico y los que caen en pluralismos disgregantes, caracterizados por el relativismo cultural y moral.

Repensar las elecciones y las modalidades pastorales

Está claro que es urgente concentrar inversiones educativas y pastorales en la formación y el acompañamiento de nuevas generaciones de católicos, que sepan estar presentes en la vida política con pasión, inteligencia y tensión en la coherencia, animados por su fe, su entusiasmo misionero y de servicio al hombre y la sociedad, como protagonistas en colaborar en la promoción de nuevas formas de vida más humanas, justas, pacíficas y fraternas, arriesgando bajo la propia libertad, iniciativa y responsabilidad, sostenidos efectivamente por las comunidades cristianas, guiados por sus Pastores, iluminados por la doctrina social de la Iglesia. No sirve para nada repetir mil veces en los discursos eclesiales las referencias al déficit existente al respecto y la urgencia de llenarlo. Esto termina en retórica que no deja huellas reales, mientras que la "máquina eclesiástica" continúa impertérrita las vías y los ritmos consuetudinarios. Habría que saber abrir más bien los ojos para ver dónde, cómo y cuándo se encuentran las experiencias positivas como respuesta a estos requerimientos, para saber valorarlas, intercambiarlas y difundirlas, para saber invertir inteligencia y creatividad tanto en el plano educativo como en el pastoral de modo que se hagan presentes de modos cada vez más extendidos e incisivos y

para saber retomar en el magisterio pastoral todo lo bueno que se encuentra en ellas y proponerlo a toda la Iglesia.

Vaticano, 15 de mayo de 2010.

Notas

1) BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, en: "*L'Osservatore Romano*", ed. en lengua española, 25 de mayo de 2007, p. 10.
2) BENEDICTO XVI, *Discurso durante su visita pastoral a Cagliari (Italia)*, en: "*L'Osservatore Romano*", ed. italiana, 8-9 de septiembre de 2008.
3) BENEDICTO XVI, *Discurso a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos*: en: "*L'Osservatore Romano*", ed. en lengua española, 21 de noviembre de 2008, 3.
4) BENEDICTO XVI, *Discurso durante el encuentro con los obispos de Portugal, en Fátima*: en: "*L'Osservatore Romano*", ed. en lengua española, 23 de mayo de 2010, 11.
5) Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 31; *Gaudium et Spes*, 43; *Apostolicam Actuositatem*, 2, 5, 7; cfr. también la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, 15, 16, 17.
6) Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, parte II, 46ss; JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, 36-44.
7) Cfr. *Christifideles Laici*, 2.
8) BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas Est*, n.º 29.
9) PABLO VI, Carta encíclica *Populorum Progressio*, n.º 81.
10) CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n.º 75.
11) JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n.º 42.
12) CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, 24 de noviembre de 2002, n.º 1.
13) BENEDICTO XVI, *Discurso durante el encuentro con el episcopado brasileño en la catedral de São Paulo*, en: "*L'Osservatore Romano*", ed. en lengua española, 18 de mayo de 2007, 11.
14) CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento Conclusivo*, n.º 501.
15) CHARLES CHAPUT, *Render Unto Caesar: Serving the Nation by Living our Catholic Beliefs in Political Life*, Doubleday/Random House, New York, 2008.
16) JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n.º 29 ss.
17) BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas Est*, n.º 1.

18) CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n.º 43.
19) JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n.º 59.
20) JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n.º 34.
21) *Ibídem*.
22) BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, en: "*L'Osservatore Romano*", ed. en lengua española, 25 de mayo de 2007, p. 9.
23) CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n.º 11.
24) JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor Hominis*, n.º 10.
25) Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción sobre algunos aspectos de la «Teología de la liberación» – Libertatis Nuntius*, 6 de agosto de 1984.
26) CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium,* n.º 47.
27) JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, n.º 34.
28) JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n.º 43.
29) Citado por BENEDICTO XVI, *Discurso a los miembros de la Fundación Alcide De Gasperi*, en: "*L'Osservatore Romano*", ed. en lengua española, 3 de julio de 2009, p. 10.
30) *Ibíd.*
31) ANÓNIMO, *Carta a Diogneto*, cfr. http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010522_diogneto_sp.html.
32) Cfr. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas Est*, n.º 28.
33) Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso en el IV Congreso nacional de la Iglesia italiana en Verona*, en: "*L'Osservatore Romano*", ed. en lengua italiana, 19 de octubre de 2006; Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, cit.
34) JUAN PABLO II, Carta encíclica *Veritatis Splendor*, n.º 101; cfr. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centesimus Annus*, n.º 46.
35) JOSEPH RATZINGER, *Iglesia, Ecumenismo y Política. Nuevos ensayos de eclesiología*. BAC, Madrid, 1987.
36) JOSEPH RATZINGER, *Iglesia, Ecumenismo y Política*, cit.
37) JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, n.º 1.
38) PONTIFICIO CONSEJO "JUSTICIA Y PAZ", *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Libreria Editrice Vaticana, 2005.

39) PABLO VI, Carta apostólica *Octogesima Adveniens*, n.º 4.
40) PONTIFICIO CONSEJO "JUSTICIA Y PAZ", *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, cit., n.º 321.
41) Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, cit., n.º 4.
42) Cfr. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in Veritate*.
43) PABLO VI, Carta apostólica *Octogesima Adveniens*, n.º 51.
44) JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centesimus Annus*, n.º 57.
45) *Ibíd.,* n.º 3.
46) BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, cit., n.º 4.
47) CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, cit., n.º 3.
48) *Ibíd.*

8. ¿Cuáles laicos para el tercer milenio?

Un cambio de época

¿Cuáles laicos para el tercer milenio? Es difícil dar una respuesta precisa. Hablar genéricamente de laicos, y para todo un milenio, arriesga caer en una retórica abstracta insoportable. Sería una vana pretensión… Alguien ha dicho: un primer milenio predominantemente monacal, un segundo milenio sobre todo clerical y un tercer milenio tendencialmente laical. ¡Es un esquema sugestivo, pero totalmente excesivo! La respuesta no puede dar lugar tampoco a sueños o utopías, que son fantasías humanas, sino que ha de ser forjada desde una experiencia presente, que en cuanto hijos y responsables que somos de una tradición, está preñada de pasado y abre al futuro.

En nuestro presente, la cronología de calendario –el cambio de milenio– coincide con un real cambio de época. ¿No estamos acaso en la inauguración de una nueva fase histórica, concluido el «siglo corto» del '900, en tiempos de pos-Yalta, pero que en el apelativo «posmoderno» apunta también al agotamiento de la parábola histórico-cultural de las vigencias iluministas, de los meta-relatos ideológicos y de las expresiones del ateísmo mesiánico, que pretendieron reformular y sustituir la esperanza cristiana? ¿No se habla acaso por doquier de «sociedades pos-industriales» en una nueva «era de la información», de «globalización de mercados», de «mundialización», de búsqueda incierta de nuevos paradigmas en el orden internacional? La aceleración de innovaciones científicas y tecnológicas nos pone ya en una perspectiva de sorprendente futurismo.

En esta encrucijada de épocas, el Jubileo es *kairós* providencial de testimonio y anuncio del Verbo que se hizo carne 2000 años ha, presente aquí y ahora, que invita a ingresar en el nuevo milenio, en los nuevos tiempos que se avizoran, pasando por la «Puerta Santa», que es paso pascual, del pecado a la gracia, de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida.

¿De cuáles laicos se habla?

Hablar del laicado también arriesga una genérica abstracción. Somos, nada menos, más del 99% del pueblo de Dios, innumerables y diversísimas personas bautizadas que viven, bajo la guía de sus Pastores, los más diversos grados de pertenencia y adhesión, de

participación y corresponsabilidad en la vida de la Iglesia. Hablar de laicos es hablar de bautizados, de cristianos, llamados a vivir la novedad cristiana en las más diversas y concretas circunstancias de la existencia y la convivencia para dar testimonio de la gloria de Cristo en medio de los hombres...

Pues bien, desde hace sólo muy pocos años somos ya mil millones de bautizados católicos, el 17% de la población mundial, los que ingresamos al tercer milenio. Cifra impresionante, que comienza a relativizarse si se piensa que precisamente al mismo tiempo han llegado a ser mil millones los musulmanes, que las religiones orientales, que parecían hasta ayer un objeto exótico, se difunden y reexpresan en la cultura actual, y que, como lo escribe Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Missio*, «*el número de los que aún no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia (...) se ha duplicado*» desde los tiempos del Concilio hasta nuestro presente. De aquel 17%, además, sólo un generoso promedio del 10% cumple con el mínimo del precepto dominical, índice insuficiente pero ilustrativo. Precisamente entre estos «practicantes», y de las zonas más ricas y cultas del planeta, una encuesta realizada recientemente en los Estados Unidos y en Europa occidental, a la salida de misa, daba casi un 50% que tendía a creer más en diversas formas de reencarnacionismo que en la resurrección de los cuerpos que es un *unicum* de la esperanza cristiana. Para muchos, además, el bautismo ha quedado sepultado por una capa de olvido e indiferencia. Cierto es que sólo Dios conoce y juzga nuestra fe, y que su Espíritu opera más allá de los confines visibles de la Iglesia. En todo caso, la realidad nos indica que los laicos católicos formamos parte –como ya lo recordaba la Escritura- de una «*pequeña grey*» (Lc 12,32), o, como decía Pablo VI, de una "*etnia sui generis*" en medio de las naciones… Lejos estamos de la vanagloria de incluirse entre los «pocos pero buenos», los «puros y duros», los coherentes y comprometidos, que termina siendo deriva farisaica y sectaria. Somos, sí, *ekklesia*, de la comunidad de los elegidos y llamados, convocados y reunidos por el Espíritu de Dios, pobres pecadores sólo reconciliados por Su gracia misericordiosa, enviados al mundo para celebrar, testimoniar y anunciar el acontecimiento inaudito de la encarnación y la redención de un Dios que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad… Nuestro futuro no puede ser el de una minoría «asimilada» y por eso insignificante, sino portadora de la sal de la tierra y la luz del mundo en vasijas de barro.

Sobre la identidad cristiana

Nuestra identidad cristiana, al alba del tercer milenio, ya no reposa ni se nutre en lo que queda de cristiandades tradicionales sometidas a fuerte erosión y en procesos de descomposición… Sufrimos los influjos capilares, potentes, de una cultura mundana cada vez más lejana de la tradición católica, que tiende a comprimir y a reformular la confesión y experiencia cristianas según su propia lógica e intereses. No podemos no estar atentos y vigilantes ante tres modalidades de reducción del cristianismo que están en el futuro de nuestro presente. Una es su reducción como preferencia religiosa irracional, confinada entre las muy variadas e intercambiables ofertas «espirituales» que abundan en los escaparates de la sociedad del consumo y del espectáculo, expresada, sea en un sentimentalismo "*light*", sea en las rígidas formas reactivas del pietismo o el fundamentalismo. Otra es su reducción selectivamente moralista, como si el cristianismo fuese sólo un símbolo de compasión por los semejantes, un edificante voluntariado social, un mero *input* ético de complementación funcional para tejidos sociales disgregados por el fetichismo del dinero, por la exclusión y la violencia, por el empobrecimiento de lo humano. Está, en fin, la reducción clerical, preocupada sobre todo por el poder, en que agendas y estilos eclesiásticos quedan modelados por la presión mediática. No en vano nos toca vivir en tiempos de deriva nihilista –sin fundamentos, ni significados, ni ideales, ni esperanzas fundadas– y de su «complemento de alma» en todo tipo de eclecticismos de abstracta religiosidad. No será fácil, pero sí crucial, vivir apasionadamente en el mundo, sin ser del mundo, dentro de un mundo regido por un universalismo del poder, por un imperio que no parece tener una capital ni responsables visibles, pero que determina profundamente la vida de las personas y los pueblos –y pretende hacerlo desde la constitución genética hasta los contenidos de la conciencia y los paradigmas de la existencia–, creando zonas de bienestar y de hambre, de paz y de guerra, de vida y de muerte. ¡Cuánta verdad experimentamos en aquello de ser un pueblo peregrino entre las tribulaciones y persecuciones del mundo y los consuelos de Dios! Nadie nos separará del amor de Dios. Demos por cierto que no nos serán ahorrados situaciones de exclusión, exilio y martirio.

Es decir, *christifideles*

La cuestión capital, primera e ineludible, que no podemos dar por presupuesta ni por descontada, es la de nuestra vocación y misión. ¡Laicos, es decir, cristianos, ante todo «*christifideles*»! Ése es el título mayor de nuestra dignidad y responsabilidad: cómo acogemos y confesamos, compartimos y celebramos, alimentamos y comunicamos el don de la fe que gratuitamente nos ha sido dada. Todo está en juego en ese testimonio, que forma parte de una cadena ininterrumpida de testimonios desde los tiempos de la *traditio* apostólica, 2000 años ha. Dicho con otras palabras: en cómo somos conscientes y vivimos nuestro bautismo, en cuanto «criaturas nuevas", o sea como protagonistas de la novedad cristiana en el mundo.

Hay dos vertientes que sostienen nuestra esperanza al alba del tercer milenio. Lo fundamental y más decisivo es confiarse a la gracia, es invocar una y otra vez al Espíritu para que nos haga conocer y amar siempre más a Jesucristo, de lo que solos somos incapaces. Sabemos que la gracia no es una cosa, es una Presencia, es Jesús mismo en cuanto se hace reconocer comunicándonos su Espíritu. Ésa es la providencial gracia jubilar que hay que mendigar: renovar un encuentro con Jesucristo en las circunstancias concretas y actuales de nuestra vida, con la misma novedad, con la misma realidad, con el mismo poder de afecto y persuasión con los que fue experimentado ese encuentro, 2000 años ha, por parte de sus primeros discípulos. Se requiere la simplicidad del *fiat* mariano para que nuestra libertad adhiera a esa Presencia, para dejarnos abrazar por su Misericordia, para que Cristo se haga carne en nuestra carne hasta poder exclamar con el apóstol: «*no soy yo quien vive sino Cristo que vive en mí*» (Gal 2,20). Estamos llamados a ser Cristo mismo, como escribía San Agustín y nos lo recordaba Juan Pablo II. *In Christoi*, «en Cristo»: así el apóstol indica con sobriedad la identidad cristiana en todas las dimensiones de la vida.

Los anhelos del corazón

Ello se conjuga con otra vertiente de nuestra esperanza: el realismo de experimentar y saber que el «corazón» del hombre –su razón y afectividad– está hecho para la verdad, para la justicia, para la felicidad, para la belleza. Son deseos connaturales a la persona que no admiten confines y que no pueden quedar defraudados. Es cierto que la

sociedad del consumo y del espectáculo funciona como una gigantesca máquina de distracción –de «*divertissement*» diría Pascal–, atrofiando esos deseos, censurando sus preguntas, banalizando la conciencia y la existencia de lo humano, convirtiéndolo sólo en nexo funcional dentro de un dinamismo de creciente autorregulación tecnológica. ¿Pero la realidad de las cosas, la aventura de la vida, quedan sin significado? ¿Nuestra felicidad es un sueño, una fantasía pasajera, últimamente irrealizable? ¿La vida es «*una pasión inútil*»? ¿Quedamos acaso condenados a nuestros límites, al poder de la muerte, a la nada? Eso sería la más absurda e inicua injusticia. Los dos millones de jóvenes de Tor Vergata piden, anhelan, esperan mucho más. Son anhelos irreprimibibles que emergen hoy en las más diversas expresiones de la cultura y de la religiosidad de los pueblos…

Pues bien, nos ha sido dado experimentar y confesar que sólo Jesucristo puede dar respuesta sobreabundante a tales deseos de verdad, felicidad y justicia, promesa cierta de su plena satisfacción. Por eso, no hay texto más citado ni más decisivo en el magisterio de Juan Pablo II que aquél de la *Gaudium et Spes*: «*el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del Verbo encarnado*». Sólo Jesucristo revela y realiza la vocación, la dignidad y el destino del hombre. En él reposa toda segura esperanza… Podemos caminar en ese designio bueno del amor de Dios porque abrazados y perdonados, cambiados y esperanzados. No tenemos otro tesoro que éste: vivir la vida como vocación, testigos del Dios que se ha hecho hombre como compañía misericordiosa y salvadora de todos los hombres.

Las raíces profundas

Las raíces profundas de la fisonomía del cristiano, ayer, hoy y siempre, están en el evento de Cristo que, en el sacramento de la comunidad cristiana, se da y se propone a la libertad de la persona llamándola a una decisión para toda su existencia. Casi sin gastar más palabras, bastaría dejar resonar en nuestro corazón, como memoria viva, las palabras decisivas de la tradición apostólica: «*no conozco otra cosa que Jesucristo, y éste crucificado*»; «*si uno es en Cristo, es una criatura nueva*»; «*manteneos firmes en el Señor*»; «*no os conforméis a la mentalidad de este siglo*»; «*Cristo nos ha liberado para que nos mantuviésemos libres*»; «*tus pecados te son perdonados*», «*éste es mi Cuerpo; (...) ésta es mi sangre*», «*amaos los unos a los otros como yo os he amado*», «*donde dos o tres estéis reunidos en Mi nombre, yo*

estaré con vosotros», «*seréis mis testigos en todos los confines*», "*ven Señor Jesús*"... Ahí está todo el programa para los «laicos del tercer milenio».

Eso sí, no seremos capaces de vivirlo solos, dispersos. La fragilidad de la vida cristiana de la persona está, por lo general, en directa proporción con una relación formal y abstracta, episódica y fragmentaria con la comunidad eclesial. Apenas como consumidor de servicios, apegado a retazos de tradición. En tiempos en que la fe es como una semilla insidiada y a menudo ofuscada por los dioses y señores de este mundo, más que nunca importa estar aferrados, arraigados, en el misterio de comunión que es sacramento de Dios entre los hombres, en compañía de los santos del Señor… Es decisivo para los fieles laicos en los tiempos de albores del tercer milenio, su incorporación –dicho en toda su profundidad de pertenencia... ¡miembros del Cuerpo de Cristo!– en las comunidades cristianas a los que han sido confiados por la Providencia de Dios, en las que crezca la experiencia y la conciencia de ese «tremendo misterio» de unidad que tiene en la Eucaristía su fuente y vértice, en las que se alimente la memoria viva de la Presencia del Señor en todas las dimensiones de la existencia. Es necesario más que nunca que la fidelidad a Cristo y a su tradición sean sostenidas y confortadas por un ámbito eclesial realmente consciente de esa necesaria fidelidad. Además, en sociedades marcadas por graves desigualdades y formas de «exclusión», cada vez más fragmentadas en una multiplicidad de intereses, culturas y conflictos particulares, en las que las relaciones humanas están caracterizadas, sea por la extraneidad y la indiferencia, sea por la enemistad y la explotación, resulta fundamental el testimonio de comunidades visibles de personas muy diversas que viven relaciones verdaderas, definidas más por el «ser» que por el «tener» y el «poder», reconciliadas, de sorprendente fraternidad. Ése es milagro y don para la conversión y transformación del mundo.

Familias cristianas, auténticas comunidades eclesiales de base, renovadas comunidades parroquiales, diversificadas formas comunitarias en asociaciones y movimientos eclesiales, comunidades de consagrados... están llamadas a sostener la vida cristiana, a «rehacer el tejido cristiano» como reflejo y signo del misterio de comunión, a constituir moradas de auténtica humanidad, para que así pueda ir rehaciéndose el entramado cristiano de la sociedad humana. Vivimos en tiempos de «revolución de las comunicaciones», pero no de aumento de comunión, sino de situaciones de individualismo radical, de soledad,

de ausencia de compañías y amistades verdaderas, por una parte, y de masificación anónima y conformista, por otra. Sólo un amor más grande que nuestras medidas humanas puede ser fundamento y energía de reconstrucción de vínculos de pertenencia, de convivencia, de solidaridad, de comunión, de los que tanta necesidad tendrán los tiempos que se avecinan, si no quieren reducirse a desiertos y espejismos de lo humano.

Desde la novedad de vida

De los fieles laicos en el tercer milenio cabe esperar el testimonio de hombres verdaderos, comprometidos con la propia vida, que afrontan con realismo y pasión la condición humana, que afirman su libertad en la verdad y responsabilidad, apasionados por la vida y el destino de los demás, porque llenos de gratitud, alegría y esperanza por el don de una vida nueva que experimentan y comparten.

La misión, en efecto, no es otra cosa que comunicar el don del encuentro con Cristo, que ha dado otro gusto, otra libertad, otra felicidad, otra humanidad a la propia vida, imprimiendo la inteligencia y la afectividad con la forma de la caridad.

Estamos llamados a vivir el «martirio» en todo el espesor, en lo más concreto, de la vida cotidiana: o sea, dar la vida por Cristo al servicio de los hermanos. Aquello de la vida eterna y del céntuplo más en esta vida ha de manifestarse en el amor a la propia mujer, a los hijos, a los amigos, en el afrontar el propio trabajo, en la entrega al encuentro de las necesidades de los prójimos, en vivir todo instante y todo gesto en su dimensión de eternidad… Somos, y tenemos que serlo cada vez más, por súplica y acogida de la gracia, protagonistas de esa sorprendente novedad de vida dentro del mundo, en todos los ambientes humanos, hasta el punto que quienes nos encuentren adviertan, no obstante nuestros límites y miserias, un resplandor de verdad y una promesa de felicidad que es para todos… Estemos prontos, entonces, a compartir con ellos ese don que cambia la vida, anunciando la razón de nuestra esperanza. ¡Cómo no acoger y valorizar, pues, cualquier signo de verdad, de bien y de belleza que, más allá de todo recinto confesional y etiqueta ideológica, sea de enriquecimiento de lo humano, porque expresión, por pequeña que sea, del designio bueno que el único Señor y Salvador llevará a plenitud. Hay una hipótesis de positividad que tiene que marcar nuestra vida, nuestros encuentros, nuestros compromisos y obras.

Un capilar trabajo educativo

Hay necesidad de un vasto y capilar trabajo educativo, de una intensa obra de catequesis, de una «nueva evangelización», para que crezcan todos los bautizados en el Señor y se manifieste su presencia original, su humanidad nueva, su nuevo conocimiento y sensibilidad ante la realidad, su pasión constructora, su anuncio misionero, en todos los ambientes de la convivencia social. Tenemos que abrir caminos al Evangelio en todas las fronteras del mundo, dilatando la caridad en la *polis*, anunciando y realizando la buena nueva de dignidad de la persona humana, inculturando ese Evangelio como «*fuerza de libertad y mensaje de liberación*».

En tiempos de desmoronamiento de utopías que prometieron paraísos y se revelaron como infiernos reales, de desvelamiento de la mentira de las ideologías, no tenemos por ciertos modelos prefabricados e "iluminados" para la construcción social. Sabemos que los ídolos del poder, del dinero y de la lujuria están en la raíz de toda esclavitud y violencia. No podemos poner nuestra confianza en meras «reglas de procedimiento» de un poder cada vez más concentrado y oligárquico, ni en el enyesamiento de la vida social con cada vez más complejas y gastadas ortopedias del Estado, ni en la mera exaltación de la presunta «mano invisible» del mercado, para la resolución de los problemas humanos. Nos toca dar forma real, creativa y constructiva, en colaboración con tantos hombres de buena voluntad, bajo nuestra propia libertad y responsabilidad, sin detenernos a esperar consignas clericales, a los sólidos y fecundos criterios de las enseñanzas sociales de la Iglesia.

Estaremos en primera fila en la custodia de la vida, dignidad y libertad de la persona, allí donde está amenazada de ser tratada como «partícula de la naturaleza» o «elemento anónimo de la ciudad humana». Es decisiva la batalla por la libertad ante invasoras concentraciones del poder, que en la libertad religiosa, en la libertad de educación y en la libertad de asociación encuentran su expresión crucial. Hay tanto que hacer por la defensa y actuación de los derechos naturales de las personas y de los pueblos. La actuación del principio de la subsidiariedad es hoy fundamental para una democratización real, que amplíe los espacios de la libertad y la participación, que desate energías de laboriosidad y de empresa, de cooperación y solidaridad, en todos los campos de la convivencia al encuentro de las necesidades

humanas, movidas por un ideal de vida buena. La *caritas Christi* anime una solidaridad sin exclusiones, que no puede tolerar indiferencia alguna ante situaciones de injusticia, violencia y miseria que sufren crecientes sectores humanos, que se descargan sobre pueblos enteros y que dejan a una humanidad doliente en la impotencia y desesperanza.

El giro histórico de estos tiempos de cambio de época nos plantea desafíos cada vez más dramáticos en el enfrentamiento de una ingente tarea educativa, en la defensa y promoción de una cultura de la vida, en la salvaguardia de la verdad y el bien de la familia, en la creación de lugares y obras de auténtica con-vivencia humana, en el señorío y sabiduría para imprimir una dirección auténticamente humana a la revolución tecnológica en curso, en la refundación y desarrollo de la democracia, en la reorientación e intenso crecimiento productivo de una economía humana, social, para un nuevo contrato de solidaridad y justicia en el seno de las naciones y entre las naciones, en la búsqueda de modos más eficaces para multiplicar y distribuir las oportunidades de trabajo, en la lucha infatigable por promover por doquier condiciones de paz y de reconciliación, en el combate contra el terrorismo, en los procesos de cooperación, integración y negociación en pos de una más equitativa y eficaz comunidad internacional.

Todo llamado a esta responsabilidad de los cristianos parece tremendamente desproporcionado ante la magnitud y la complejidad de las cuestiones que se plantean. No hay recetas fáciles. Sólo la libertad y la inteligencia del hombre, constructor de obras siempre frágiles, reformables, mejorables. Los cristianos estamos en esa búsqueda y colaboración apasionadas con todos. No pretendemos ni dominios ni hegemonías, sino que contamos con la fe como factor originario y energía indomable, siempre renovada, para afrontar toda la realidad desde las más diversas iniciativas, obras y compromisos en cuanto expresión y fecundidad de la caridad, en favor de formas de vida más humanas. Contamos con la certeza de que Cristo es la "piedra angular" para toda construcción auténticamente humana. Se nos ha dicho: "*Buscad el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*" (Mt 6,33). Sólo de tal modo, podremos ser custodios y protagonistas de la esperanza en el tercer milenio.

Roma, 30 de noviembre de 2000.

Índice

Introducción……..... 3

1. El camino del laicado católico……..... 5

2. Nueva época asociativa de los fieles laicos y el don de los movimientos eclesiales……..... 37

3. La transmisión de la fe a las nuevas generaciones…… 64

4. Matrimonio y familia: morada de humanidad……..... 88

5. Recapitulación de cuestiones referidas a las relaciones entre clero y laicado……..... 105

6. ¿Qué esperan los laicos de la vida religiosa?…..... 136

7. Sobre la formación de los fieles laicos en el compromiso político…….. 156

8. ¿Cuáles laicos para el tercer milenio?..... 187

Colección “Fe y Razón”

- Nº 1 – Miguel Antonio Barriola, *“En tu palabra echaré la red” (Lc 5,5). Reflexiones sobre Dios en la historia.*
- Nº 2 – Daniel Iglesias Grèzes, *Razones para nuestra esperanza. Escritos de apologética católica.*
- Nº 3 – Néstor Martínez Valls, *Baúl apologético. Selección de trabajos filosóficos y teológicos publicados en “Fe y Razón”.*
- Nº 4 – Guzmán Carriquiry Lecour, *Realidad y perspectivas del laicado católico en nuestro tiempo.*

Todos los libros de la Colección “Fe y Razón” están disponibles en: http://stores.lulu.com/feyrazon .